

LA GENERACIÓN DEL IMPOSIBLE

Del porqué entablar y mantener relaciones
resulta hoy tan complicado

Elisabeth G. Iborra

PRÓLOGO: EN LAS TRINCHERAS DE LAS RELACIONES

Este libro comenzó a fraguarse en mi mente allá por 2002, cuando empecé a darme cuenta de que mis relaciones sentimentales eran un absoluto desastre y las únicas que me funcionaban (de aquella manera) eran las más superficiales. Las que implicaban un mínimo o ningún grado de compromiso.

Como no podía seguir culpando eternamente a los hombres de mis fracasos, hube de admitir que quizás yo tendría alguna responsabilidad ante mi idealización del enamoramiento como etapa que ha de durar *ad eternum* y, por ende, ante mi incapacidad para amar a alguien de una forma calmada, continuada y estable. Quizás tenía que asumir mi fijación por los tipos imposibles y complicados o mi manía por emprender rollos con niños o con individuos exóticos junto a los que cualquier probabilidad de conexión cultural e intelectual más allá de la cama se dibujaba como una utopía.

Buscando las razones que me abocaban a ese laberinto emocional, descubrí miedo al compromiso, a la pérdida de la independencia y de la libertad para vivir mi vida a mi manera; una autoestima que necesitaba verse reforzada por la consecución del más difícil de seducir... Y me encontré con un sistema de prioridades que empezaba por mi trabajo y continuaba por disfrutar de mi tiempo libre a solas y con mis amigos, relegando a la pareja al último escalafón porque temía repetir el esquema antiguo de la esposa que sacrifica su carrera para servir a su familia mientras el marido, como mucho, la ‘ayuda’ a poner la mesa.

Prefería enamorarme lo justo para sentir la vorágine de la pasión y salvaguardar lo que tanto me había costado alcanzar, antes de arriesgarme a la típica renuncia femenina en nombre del amor.

Una vez reconocidas las barreras autoimpuestas, no me quedó más remedio admitir que no tenía pareja ni la tendría por pura elección personal. Yo misma condicionaba el tipo de hombre con el que me relacionaba y la forma de relación que establecía. Jamás atraería a un magnífico padre de familia, más que nada porque yo me retrataba como una negada para asumir las responsabilidades consustanciales. En cambio, imantaba a

quienes buscaban lo mismo que yo: sexo, diversión y, en todo caso, amistad y cariño. Ni en broma amor. A pesar de que en el fondo, todos lo anhelamos.

Hablando de todo ello con mis amigos/as, me percaté de que en absoluto era la única en aquel lodazal (para mi consuelo). La mayoría se hallaban embarrados en las mismas dudas y los mismos problemas, idénticos desencuentros con el otro género, al que achacaban semejantes tópicos y prejuicios.

Casi todos se lamentaban del fracaso de sus relaciones, las desearan estables o pasajeras; se sentían engañados por lo que les habían contado que debía ser y decepcionados al ver que aquello ya no resultaba posible en nuestra sociedad.

Pero, sobre todo, se declaraban confundidos y despistados, pues intuían que tenían que ser ellos mismos, sin referencias, quienes inventaran su propio modelo de pareja, su modo de relacionarse y comunicarse con el otro sexo, respetando su igualdad y su derecho a comparar con otros sujetos y elegir en libertad (algo inusitado durante la época de nuestros abuelos y aun de nuestros padres).

Más allá de los traumas personales, la identificación colectiva me llevó a la conclusión de que esta generación está sufriendo las consecuencias de una nueva coyuntura social, o del tránsito hacia ella. De ahí el título. Por eso he considerado necesario consultar a jóvenes de todos los puntos cardinales de la península, para transmitir de primera mano sus inquietudes y desvelos, su percepción del panorama actual y, por qué no, sus esperanzas sobre el futuro que nos espera.

Claro que para aclarar las causas por las que nos encontramos en este punto me parecían imprescindibles las opiniones, las explicaciones, los argumentos y las teorías de psicólogos, psicólogos sociales, sociólogos, filósofos, antropólogos, sexólogos, terapeutas de pareja, periodistas, abogados, profesores especialistas en cuestiones de género, escritores...

Investigué sobre los humanistas más expertos, me documenté sobre sus conocimientos, leí sus libros, les entrevisté y, tras la recopilación de toda la información, seleccioné lo más interesante para armar el discurso de este ensayo. A fin de evitar que la seriedad de

los testimonios cayera como una ballena sobre los lectores, me he dado el lujo de manejar los hilos con toda la ironía que me permite el estar riéndome de mí misma, principal implicada en el asunto. Espero que se diviertan y, al final, lleguen a la catarsis tanto como yo mientras escribía.

CAPÍTULO 1. UNO PARA TODAS, TODAS PARA CADA UNA

El hombre busca a una mujer que ya no existe y la mujer busca a un hombre que todavía no existe. Antonio Bolinches, Psicólogo y terapeuta de pareja

Como me dijo un paciente recientemente, saltar desde un puente atado a una goma elástica es mucho menos peligroso que una relación con las mujeres de hoy. Y es cierto que, aun soñando con relaciones de pareja apasionadas, ella sigue imaginando un varón que ya no existe y él considera a las mujeres emancipadas más brujas que compañeras en un plano de igualdad. Willy Pasini, Profesor de Psiquiatría y Psicología en la Universidad de Génova y Milán

En España somos 44.108.530 habitantes, según el censo de 2005. Hasta los 49 años, la mayoría son hombres, aunque personalmente no sé dónde se esconden. La misma fuente señala que andan perdidos y solos por las poblaciones más pequeñas de la península, en tanto que miles de mujeres desesperamos en las capitales por que lleguen los autobuses de los solteros de Plan en versión moderna. Esto es, a través de portales de relaciones en Internet, de quedadas a ciegas en las que has de enamorarte de alguien en siete minutos, de agencias de contactos o matrimoniales, de chats y foros de toda índole...

Desde luego, encontrar pareja se ha convertido en casi un imposible para esta generación, que he delimitado entre los 23 y los 44 años a tenor de la diversidad de relaciones sentimentales que mantienen sus miembros. Una diferencia reseñable respecto a las generaciones de nuestros padres y abuelos, regidas por el patrón del matrimonio desde jovencitos y los consiguientes vástagos. A los jóvenes de la generación del imposible, la posibilidad de elegir nos ha dotado de la libertad de salir con quien realmente amamos o quedarnos solos o, simplemente, pasarlo bien sin compromiso. No obstante, también nos ha complicado la tarea ya que cuanto más probamos, más conocemos y más experimentamos, más dudas y comparaciones nos

surgen: Sobre si el otro es la persona idónea o nos gustaba más el anterior o vendrá uno más atractivo en el futuro; o incluso sobre si se vive mejor soltero o acompañado.

Cuando uno, con la edad, arriba a la conclusión de que prefiere la compañía, puede caer en la tentación de conformarse con la primera persona que le haga caso o bien armarse de valor, y de paciencia, para encarar el proceso de selección, con unos criterios mínimamente dignos.

Para empezar, hay que excluir a los casados, homosexuales (en el caso de los heterosexuales, por supuesto), a los enamorados hoy y a los traumatizados ayer. Y, a continuación, se requiere suerte para toparse, entre las 17 comunidades autónomas y todos sus recovecos, con los solteros, divorciados o separados, viudos inclusive. Y, además, ser compatibles. Cosa harto complicada en una sociedad en la que cada día nos volvemos más egoístas, narcisistas y egocéntricos; incapacitados para compartir, ceder o negociar. Razón que explica el alto índice de divorcios de parejas que se tiran los platos (sucios) a la cabeza a los cuatro días de convivencia, porque él nunca friega ni uno y a ella ya no le da la gana de ceder ni un ápice en sus exigencias de igualdad.

Y es que, a estas alturas del siglo XXI, los cambios protagonizados por las mujeres a raíz de la revolución femenina de las décadas de los años 60 y 70 se dejan notar tanto a nivel individual como interrelacional. Cada mujer va adaptando los cambios de roles y sobrellevando la ausencia de patrones a su ritmo y en función de multitud de factores. La experta en coaching (asesoramiento personal) Rosetta Forner señala que “en la superficie parecen haber ‘cambios’, a saber: las mujeres trabajan, estudian, toman la píldora, ligan como los hombres, llevan sus finanzas, son madres solteras, se divorcian, etc. Sin embargo, por debajo de esa aparente capa de cambio existe la verdadera corriente que más bien es retrógrada: las mujeres siguen persiguiendo como meta más excelsa el ‘cazar’ a un hombre rico-triunfador, ser madres y ponerse silicona para disimular el paso del tiempo”. Los hombres también van subiéndose al tren con más o menos ímpetu: algunos no llegan a subirse ni al vagón de las mercancías, los más van buscando su sitio entre primera y segunda clase, unos pocos van acercándose al de la locomotora que conducen unas cuantas atrevidas.

Estos últimos colectivos, más bien minoritarios, son los motores de la Historia, y, muy en concreto, de esta historia. Sin embargo, hay muchos más actores implicados en la trama de las relaciones sentimentales y sexuales en la actualidad. Tantos que, con el tiempo y las reservas que se hacen necesarias a la hora de lanzar una generalización, los he agrupado por prototipos, con la ayuda de varios expertos humanistas. Por supuesto, son posibles tantas combinaciones e híbridos como individuos habitamos la jungla cotidiana, búsquese cada cual a sí mismo.

¿Y TÚ, QUÉ TIPO DE MUJER ERES?

A imagen y semejanza de mamá... y de la abuela: No las clasifico yo, que, ya se lo adelanto sin pudor, me considero parte opuesta implicada, sino Luis López Yarto, psicólogo social de la Universidad de Comillas de Madrid. Este jesuita (para más señas) define a las mujeres que componen el grupo más tradicional del espectro como “aquellas que no soportan la soledad, y desean, ante todo, una pareja. Piensan que una mujer sola es una mujer incompleta, y por eso sacrificarían muchas cosas al matrimonio (trabajo, realización profesional, independencia). No aspiran a un marido ideal, sino a una pareja que satisfaga su necesidad de prestigio, que les de un estatus social de mujer casada, y que, por supuesto, satisfaga su necesidad sexual. Son mujeres en perpetua búsqueda, que pueden llegar a ser mujeres en ansiosa búsqueda si el tiempo pasa y no encuentran una pareja pronto”. Lo corrobora la escritora experta en sexología Alicia Gallotti, que además dirigió una agencia matrimonial: “El grupo de las convencionales lo forman multitud de chicas que van a por ellos como en el pasado, en los siglos XIX y XX. Con lo que hemos avanzado en muchas cosas, es una desgracia que continúe vigente esa caza por parte de las mujeres: sigue existiendo la que va a la universidad para conocer a un buen partido, en busca del marido, guapo, con dinero, que la lleve en bandeja (aunque luego se vaya a ponerle los cuernos por ahí y aunque luego ella se aburra como una mona). Son relaciones que terminan como en el pasado: ella tiene que mirar para otro lado ante sus canas al aire y se lo cobra con dinero, igual que las parejas convencionales de toda la vida”.

Aún se comprendería que soportaran semejante situación si al menos disfrutaran de una vida sexual satisfactoria, pero, a juzgar por las investigaciones de Inés Alberdi, Pilar Escario y Natalia Matas para su estudio social *Las Mujeres Jóvenes en España*

(Fundación La Caixa), estas féminas tradicionales “entienden la identidad sexual de la mujer en cuanto objeto de deseo de los hombres y como futuras madres. Son las que han interiorizado la concepción esencialista y biologicista del sexo, según la cual la mujer se define por lo que tiene, por *tener* hijos y por *tener* atractivo físico para los hombres. Por lo tanto, su satisfacción sexual pasará a un segundo plano frente a la prioridad de la satisfacción masculina y del tener hijos”.

Como es habitual en el modelo androcéntrico que rige nuestra cultura, prosiguen, “el coito es el sexo que supuestamente todos necesitan, y el pene el órgano sexual del placer para ambos. Este tipo de mujer necesitará un compañero estable y se sentirá una verdadera mujer si cumple con su destino natural de ser madre, puesto que tener un hombre y unos hijos completa su vacío y resuelve su existencia”. Desde este punto de vista estrictamente procreador y a duras penas placentero, “la experimentación y la búsqueda del placer son zonas oscuras y peligrosas en las que la mujer no debe entrar. Generalmente, este tipo de identidad tiene como consecuencia, en el terreno del encuentro sexual, que la mujer se sienta incompleta, se vea a sí misma como carente de recursos y tienda a la sumisión frente a un compañero, que es el que determina las pautas. Aceptan la dominación masculina puesto que se ven a sí mismas como diferentes e inferiores, e incluso llegan a ensalzar su capacidad de sacrificio como un valor propiamente femenino que les llena de orgullo”. Por supuesto, de ahí a aceptar la infidelidad masculina por el antediluviano argumento moralista de que la necesidad sexual está en la naturaleza del hombre, mientras que a la mujer no le surgen tantos deseos o, en último extremo, no le cuesta tanto esfuerzo reprimirlos, no falta ni un suspiro. Y no precisamente de enamoramiento.

Para rematar, Yarto sostiene: “Son probablemente mujeres sin mentalidad muy definida, porque también el mundo de las ideas está supeditado al fin último, que es el de encontrar pareja. Su futuro es incierto, porque la ansiedad de su búsqueda puede llevarles a metas muy diferentes, con éxitos imprevisibles, y quizá muy sonoros fracasos”. ¿Quién puede elegir este futuro tan oscuro libremente? Habrá que averiguar hasta qué punto la libertad viene condicionada por la socialización, la educación, la religión, el lugar de nacimiento, las posibilidades económicas, etc.

Las mujeres de mentalidad tradicional evolucionada: De nuevo las describe Yarto: “Han estudiado y se han preparado, pero saben que en una pareja la responsabilidad de mantener económicamente la familia es del varón. Por eso piensan que su trabajo será importante, pero no necesariamente brillante. La familia es lo primero y el papel de madre, irrenunciable. En el hogar, porque pronto tendrán un hogar, harán con gusto más tareas que el hombre, pero, como tienen cultura y han evolucionado bastante, le pedirán que ayude. Son mujeres de moderada felicidad, y que forman parejas bastante estables”.

El estudio de Las mujeres jóvenes en España también profundiza en este prototipo: “Las que valoran por encima de todo su esfera familiar atribuyen al trabajo un valor subsidiario y de seguridad económica para la familia. Son, asimismo, las que, de trabajar, prefieren puestos en los que no tengan que volcarse completamente, de modo que puedan dedicar mayor tiempo a sus familias. No apuestan por el ascenso dentro de la empresa. Sus aspiraciones se reducen a tener un empleo, no a hacer carrera. Si pudieran, cambiarían sus horarios laborales y optarían por una jornada a tiempo parcial”. En la misma línea, la abogada y escritora Lidia Falcón, que entrevistó a cientos de mujeres jóvenes para su libro *Las nuevas españolas, Lo que las hijas han ganado y perdido respecto a sus madres*, opina que “hay parejas conservadoras que se han casado, llevan una vida convencional y si él la engaña, lo disimulará y tendrán un niño, una casa, una hipoteca y ella se verá metida en la misma rueda de su madre y de su abuela de cuidar la casa, el niño, ir al trabajo si puede y pagar las deudas”.

Ahora bien, incluso para Falcón, pesimista militante, “lo evidente es que las mujeres ahora no se resignan como su madre, que se había casado con el desastroso que fuera y lo había aguantado porque no tenía más remedio o, en todo caso, se había plantado en una separación posterior con mucha amargura y un fracaso evidente. Hoy sí que se ha ganado que todas las chicas tienen unas expectativas profesionales, la cumplan o no, las tienen, en sustitución de la idea de ser ama de casa que tenían antes. El 45% de los entrevistados por el Instituto de la mujer decía que cuando la mujer tuviera hijos tenía que quedarse en casa a cuidarlos y sólo un porcentaje muy pequeño decía que cuando se casara”. Varias expertas consultadas coinciden con Falcón en que “aunque ellas tengan su carrera profesional, cuando tienen un hijo todo cambia porque se encuentran con la vida real, el niño lo va a cuidar ella, pase lo que pase y tenga las conversaciones que

quiera y digan lo que digan las leyes, que siguen haciendo un reparto de papeles absolutamente convencional”.

De la clasificación de mujeres conservadoras, que, por lo visto, tiene dos ramas (y tantas ramificaciones como mujeres la componen), ésta en particular parece ser aquella con la que más mujeres españolas tienden a sentirse identificadas o, por lo menos, es la que nos resulta más familiar. Son jóvenes que abundan en las capitales de provincia más grandes, por mencionar algunas léase Zaragoza, Vitoria, Valencia o Salamanca. Son mujeres formadas y con una mentalidad evolucionada, que han recapitado lo suficiente sobre las relaciones como para no olvidar que su mayor condena la constituiría el depender económicamente de un hombre. Porque, por mucho que confíen en que se casan para toda la vida, las cifras de divorcio y, probablemente, el caso de sus padres les demostró lo contrario.

De manera que, trabajen más o menos horas que su marido, no se desvinculan de la vida laboral, al menos hasta que empiezan a tener hijos, y normalmente con la idea de poder reincorporarse en cuanto lo necesiten ellas mismas, sea para su autorrealización o para mejorar la situación económica familiar. En este sentido, Alberdi, Escarnio y Matas concluyeron en sus entrevistas que “en cuanto a las formas concretas de gestión de los gastos llegan a veces a una extrema escrupulosidad en la determinación de equilibrar las relaciones económicas entre ambos. El dinero propio adquiere un significado extraordinario, tanto entre las mujeres autónomas como entre las objetivamente más dependientes porque sus ingresos son notablemente inferiores a los de sus parejas”.

No obstante esta necesidad de saberse económicamente independientes en último término, la mayor parte de estas mujeres ve en el matrimonio la auténtica y definitiva prueba del amor mutuo. Hace años que se imaginan de blanco pronunciando el romántico “sí, quiero” ante el cura, y, desde luego, sueñan con que el de la boda será el día más bonito de sus vidas, ni punto de comparación con el de la Primera Comuni3n. En aquella fueron princesas, ahora ya tienen al príncipe azul. Pero el príncipe no acostumbra a limpiar ni la taza del desayuno, por no hablar de la del váter. Según un estudio de Ajax y el Ministerio de Asuntos sociales de 2001, “sólo un 32% de las parejas del Estado español se reparten las tareas domésticas a partes iguales, ellas

dedican una media de 4,20 horas diarias a estos quehaceres mientras que ellos sólo 30 minutos”.

Lo recogen Nuria Chinchilla y Consuelo León en su libro *La ambición femenina*, y continúan: “Ellos piensan más que se trata de ayudar a su mujer que de compartir con ellas las tareas y las responsabilidades de la casa, así como el cuidado de los niños y los mayores dependientes”. Así que allá están ellas, reconvertidas en Cenicienta, limpia que te limpia con los pelos alborotados para que la casa común se asemeje a un hogar y no a un piso de solteros estudiantes de Erasmus. Ellos simplemente “colaborarán” poniendo la mesa, fregando los platos o metiéndolos en el lavavajillas... Porque ellas asumieron que tal es el rol de la mujer, aunque trabaje fuera de casa, y porque prefieren terminar ellas la faena “en un periquete” que perder tiempo en enseñarle a él, al que consideran poco menos que un inútil para cualquier trabajo doméstico; o no soportan ver cómo lo hace mal para luego tener que ir detrás a arreglar el desaguado. ¿El intercambio? Muy sencillo, ella mantiene la casa como la mismísima esposa de Mr. Proper y él se ocupa de los desperfectos típicamente asignados al varón, léase cambiar una bombilla, desatascar el lavabo, hacer un taladro; ese tipo de trabajos de bricolaje que surgen ¡una vez al año!

En cuanto a la sexualidad, estas mujeres se han librado (unas en mayor medida que otras, como todo el mundo) de la represión inculcada durante su período de socialización y han aprendido durante su adolescencia a relacionarse con los hombres sexualmente con naturalidad. Muchas han mantenido relaciones ocasionales durante su juventud con diferentes chicos hasta encontrar a su pareja, sin esperar a casarse para atreverse a experimentar y a explorar en el sexo, como en teoría se esperaba de ellas.

Bajo el pseudónimo que ampara a todos los jóvenes entrevistados/as, Belinda, treintañera zaragozana, felizmente casada y con 7 años de relación a sus espaldas, rememora: “Cuando tuve relaciones con otras personas, no me importó en absoluto ninguna presión social, lo hice y punto. Además, entonces creo que lo veía como una experiencia, por curiosidad más que nada. Si entonces no me importó, está claro que entre mi pareja y yo no existen problemas de este tipo. En la cama nos metemos los dos solitos y hacemos lo que nos viene bien en cada momento. Diferencio entre lo que me gusta y no me gusta, pero supongo que esto lo hace la confianza. He de decir que, en mi caso, el que ellos siempre están disponibles es una realidad y no un tópico, pero él ha

ido aprendiendo a convencerme y yo se lo agradezco. (¿Será esta otras de las cosas que nos han ido enseñando y ya nos creemos?)”. Sale otra vez a colación la misma creencia; afortunadamente, cada vez somos más las que no nos la tragamos, la experiencia causa estragos en la mentalidad patriarcal.

Las mujeres con mentalidad “progresista”: López Yarto opina que estas jóvenes “no creen en el matrimonio, pero sí en la pareja. Tantean varias veces, conviviendo con una o dos parejas diferentes, hasta que forman una estable. En ella se rompen los roles tradicionales en lo que toca a la responsabilidad por el hogar. Él puede ganar menos, o incluso no ingresar nada (estudia, prepara una oposición, tiene dedicación no convencional), y tienen uno o dos hijos. No aspiran al éxito externo: no desean subir en la escala social, sino llevar una vida sencilla y no competitiva”. A mi juicio, estas damas andan a caballo entre las anteriores, con las que tienen en común la ideología aprendida durante su socialización, y las siguientes, las “singles”. E, igualmente, las singles pueden convertirse en una más de éstas si se cansan de su adicción al trabajo y apuestan por colmar la faceta más sentimental de su espíritu. Mi montura me lleva de este prototipo al de las solteras ‘workaholic’ sin darme tregua, las diferencias son mínimas y aventuro que radican más en cuánto nos focalizamos en el trabajo que en la concepción sobre las relaciones sentimentales, marcada por los mismos patrones educativos.

Por eso me tomo la licencia de trazar el boceto de este conjunto de mujeres que conozco como a una hermana melliza. Su formación universitaria, la movilidad desde su ciudad natal a otra más cosmopolita, y el contacto con otras personas de mentalidad abierta, que no las juzgaban por sus actos como tal vez sucedía en su entorno primario; sumado a su propia necesidad de encontrar su camino y su lugar en el mundo, les ha llevado a formarse esa mentalidad progresista de la que habla Yarto. Hasta el punto de que no tienen ningún reparo en ir probando parejas, a veces por una noche, por el mero placer del sexo; otras durante el tiempo que dure la pasión, porque intuyen que su carrera sentimental puede ser una sucesión de relaciones monógamas y, entre una y otra, tienen derecho a pasárselo divinamente con amigos o incluso con algún absoluto desconocido. Saben lo que quieren en la cama, lo piden y son activas a la hora de dar y recibir placer, si bien, les ha costado un esfuerzo liberarse de represiones ancestrales que se habían quedado adheridas a su cerebro. (Eso de llevarle flores a María y sentirse marcada con una cruz en la frente con ceniza no podía conllevar nada bueno).

Sin embargo, hay un factor determinante: estas mujeres sí que desearían estar enamoradas, vivir con el objeto de su amor y hasta tener hijos llegada cierta edad. Aquí surgen las contradicciones. Por un lado, quieren pasárselo bien con distintos compañeros de cama mientras no llegue ese enamoramiento, y cantan a los cuatro vientos que quieren sólo sexo. Por el contrario, tras el susodicho encuentro puramente sexual, en muchas ocasiones acaban buscando algo más romántico, afectivo, en definitiva, sentirse queridas. Representado en detalles prácticos, anhelan que él se quede a desayunar y, después, que llame otro día para volver a quedar. Pero ellos nunca vuelven a llamar porque, entre otras cosas, ellas habían advertido que únicamente querían sexo. Cuando la historia se repite en demasiadas ocasiones, aparece el hastío, el hartazgo, el vacío, la frustración, la desesperanza y, si los hombres implicados además no se muestran demasiado considerados, hasta la mala leche contra el colectivo masculino en general. Lidia Falcón lo ha constatado en sus entrevistas: “Lo triste es el escepticismo que les ha ganado a los 25 años, su frase es “no te puedes fiar de nadie”. Han llegado hasta ahí a través de una peripecia personal y una observación de lo que ha pasado a su alrededor, si no, ¿cómo es posible que se instalen en un escepticismo así, que sería propio de alguien de 65 años en todo caso?”.

Tamaña amalgama de sentimientos de contradicción, rabia y pesimismo será analizada más adelante, pero a modo de aperitivo avanzaré que subyace una disonancia entre lo aprendido como expectativa social, que sigue siendo tener pareja, y lo concluido por una misma: que las mujeres también podemos separar sexo de amor, como ellos. Lo que pasa es que una no se olvida de 3.000 años de sometimiento de la mujer en los escasos segundos que dura un orgasmo.

En cualquier caso, las autoras del Estudio de las mujeres jóvenes en España observan que, cuando estas chicas progresistas consiguen pareja, suelen establecerla en condiciones de igualdad, “exigen de los hombres que cambien sus actitudes hacia ellas, un cambio muy deseado por las mujeres que necesitan el espejo reflejo de sus compañeros para afianzarse en su nueva identidad, en la que la referencia de la valía individual es fundamental”. Estas valientes arrastran nuevos derechos a la intimidad de la pareja al cambiar su estatus en el mundo público. Y, prosiguen, “aunque vivir en pareja sea un proyecto de relación estable, ya no existe una esperanza ciega en los

poderes mágicos del amor como fuerza que disipa los conflictos y hace que todo sea perfecto”. “Ellas están dejando de ser la parte que da generosamente sin recibir nada a cambio. Este modelo clásico de la entrega amorosa se percibe con desconfianza y se acepta de antemano que si en un momento dado los beneficios de la pareja no compensan los costes que suponen, la mejor solución es la ruptura”.

Una de las causas de ésta podrían ser las desigualdades en el hogar, ya que ellas ven como una falta de respeto hacia su persona, también trabajadora, que él no mueva un dedo. Al principio, intentan enseñarles lo que sus madres, machistas ellas, no les enseñaron, pero al poco tiempo acaban hartas de cargar con la reeducación del novio, según Alberdi y compañía: “Ven esta tarea como enorme y esta responsabilidad como abusiva e injusta. No desean estar continuamente recordándoles lo que tienen que hacer, pues si lo hacen porque ellas se lo dicen, se van a sentir como las malas de la película, y eso es agotador. Esperan que, por pura sensibilidad y por amor propio, ellos mismos se conciencien de lo que deben hacer”. Si esta técnica de confiar en su inteligencia emocional no funciona, muchas optan por no limpiar ellas tampoco hasta que la casa empieza a oler a corrompido por la dejadez o hasta que viene alguna de las respectivas madres de visita y no queda más remedio, antes de que llame a las brigadas especiales de limpiezas de choque del ayuntamiento.

Las independientes, autónomas, singles y liberadas: Para López Yarto, es “la mujer que triunfa en la vida profesional. Pone gran interés en la promoción personal y elige su pareja en función de estos intereses. Dedicar mucho tiempo y energía al trabajo. Entra en los modos de vida competitivos de la sociedad de consumo y eso le permite recibir ayuda en el hogar, que abandona mucho en manos pagadas para ello”. Por su lado, Gallotti define a las singles, como “esas chicas (aunque también algunos chicos) que empezaron una especie de movimiento femenino en el que ellas son jóvenes independientes que se autoabastecen. Ese grupo tiene bastantes dificultades para encontrar pareja porque su nivel de exigencias es muy igualitario y porque se parece un poco a la compra por catálogo. Este grupo social lo tiene más complicado que en otras épocas porque están muy bien viviendo solas o solos, salvo que les falta la pareja, que es importante. Les resulta complicado mover las piezas del puzzle para hallar al igual, dado que el igual, el tío independiente que también tiene su carrera, y ha vivido solo,

también quiere pareja pero está de coña soltero. Hay un sentimiento ambivalente en este grupo”.

A las dificultades de juntarse entre esos singles instalados en las ventajas de su bienestar, Luis Garrido, catedrático de sociología de la UNED añade que “hace 50 años los hombres partían de un nivel de formación tres veces mayor que las mujeres. Pero, hoy, ellas les han sobrepasado. El 32% de las españolas entre 26 y 31 años tienen estudios universitarios. De ellos, sólo el 23%. Esa diferencia es clave. En general, las mujeres no se casan hacia abajo (con gente menos formada). ¿Cómo se van a poner de acuerdo para emparejarse? Ahí si veo un trance cultural cuyos efectos están por ver”. No puedo dejar de darles la razón a ambos. Desde luego, ante las cifras manejadas hasta el momento y la mencionada dificultad para toparse con un igual, no parece que estemos en condiciones de ponernos tiquismiquis con las razas ni de hacerle ascos al carnicero a poco que sepa (y quiera) leer y muestre cierta curiosidad por aprender. Lo que es más, las mujeres de este colectivo podemos “permitirnos” salir con hombres con conocimientos e ingresos inferiores a los nuestros porque no los necesitamos ni para colmar nuestras necesidades culturales o intelectuales, ni para que nos subvencionen caprichitos o nos lleven de vacaciones, ya nos los procuramos nosotras mismas. Lo único que deseamos compartir con ellos es el amor, si surge, o la pasión sexual, que, me consta, es posible y satisfactoria.

Lo afirman, en otras palabras, Alberdi, Escario y Matas, para quienes las entrevistadas de esta categoría “son las mujeres más reivindicativas de la igualdad laboral en ambos géneros, y no depositan su seguridad en la pareja, aunque la tengan, asumiendo la inseguridad y el riesgo de su determinación de trabajar como símbolo de su identidad personal. En ellas encontramos más arraigadas las ideas de individualidad, de realización personal y riesgo. La movilidad, la libertad y la creatividad son potenciadas al coste de la inseguridad. Para algunas la presión es fuente de satisfacción, un incentivo y no una amenaza”.

Doy fe. Somos mujeres que vivimos y trabajamos en un entorno urbano, más bien cosmopolita, la mayoría en Barcelona, Madrid, Bilbao... y aisladamente en otras grandes capitales españolas. En este perfil encajamos un amplio número de profesionales liberales, muchas de las cuales ejercemos como freelances, enviando los

artículos periodísticos, los diseños, las fotografías, las ideas y proyectos nuevos, etc. desde casa, a través de Internet, a varios jefes con los que raramente discutimos y de cuyas empresas tampoco dependemos por completo. Con esa libertad tan valorada, bastante más que la seguridad de trabajar fija en una plantilla, añaden las especialistas en ciencias sociales, “encuentran tal satisfacción en su trabajo que lo anteponen a todo. No es que pasen a considerar la familia como algo secundario, pero sí que la ven como algo constantemente en paralelo y sobre lo que no se plantean nunca tener que elegir. Piensan en términos de carrera profesional, desean la movilidad ascendente dentro de su empresa, están dispuestas a esforzarse y competir arduamente y son especialmente sensibles a las discriminaciones que perduran”.

Esta sospechosa adicción al trabajo se puede explicar por la mera razón de que se trata de profesiones vocacionales y creativas, no sometidas a horarios rígidos y en las que el aprendizaje es continuo, aparte de que la adrenalina que supura del riesgo de no comer al mes siguiente estimula la creatividad y la imaginación. O sea, no nos cuesta tanto sacrificio trabajar como a una cajera del DIA, que padece una opresión rayana en la esclavitud y cobra ostensiblemente menos que cualquiera de nosotras por un par de colaboraciones.

A pesar de nuestra devoción por la profesión, las que integramos este colectivo optamos por vivir solas sin descartar las relaciones de pareja. Primero, porque independencia no significa incapacidad para amar, aunque lo parezca desde fuera; segundo, porque tener tu casa, tu espacio privado, tu refugio seguro del que nadie te puede echar (mientras que tú a él sí porque es tuyo) te garantiza que no vas a verte obligada a soportar a un hombre que demuestre no ser tan especial como se prometía. Ni mucho menos a depender de él, en cuanto que tú ya te has demostrado a ti misma que con tus propios ingresos sales adelante como sea, por lo general sin tener que perder la dignidad. Es más, los hombres con los que mantenemos relaciones estrictamente laborales nos respetan como a uno de los suyos. Como sorprendidos de que una mujer sea capaz de llegar alto por sí misma, sola y sin gatear debajo de las mesas. Nos valoran porque nos ven absolutamente volcadas en el trabajo y muy poco proclives a tener niños, o sea, como hombres pero con las cualidades femeninas que más les convienen. Sigue funcionando así, lo lamento.

Las tres investigadoras sociales lo analizan como sigue: “Es una forma de vida que rompe de manera clara con el pasado. Innovan en el sentido de que renuncian a la vez a la seguridad que la convivencia supone y afirman su capacidad de independencia y de actividad propia. Su perfil es innovador y posmoderno. Son mujeres que aceptan el riesgo y lo hacen de manera valiente, confiando en sí mismas y en su capacidad para luchar y salir adelante, como reflejo de la importancia de ser ellas mismas. El no tener pareja tiene, algunas veces, un sentido muy positivo, porque valoran sus logros y su independencia. Aquellas que no tienen pareja e hijos están más libres y se ven más impulsadas a luchar por su posición laboral porque no tienen a nadie que les ayude y les permita relajarse en sus esfuerzos laborales. Por eso la pareja y los hijos, la vida familiar en general, aparece como un rival poderoso frente a sus caminos profesionales, les dificulta avanzar a la vez que limita sus ambiciones”.

La imagen proyectada por esta descripción queda un poco fría, propia de una mujer superficial y materialista. No seré yo quien lo niegue, no pretendo esgrimir una autodefensa; lo matizan las propias autoras del estudio mencionado: “No por ello están menos volcadas en el crecimiento personal, en la construcción de un proyecto existencial autónomo. Se buscan a sí mismas por encima de todo, no necesitan depender de una pareja que les facilita la seguridad afectiva y material”. Lo complementa la cita de Carmen Alborch de su libro Solas: “No necesitan ni buscan los beneficios materiales que les pueda aportar un hombre, ni excusa para llenar sus vidas. Tampoco necesitan la compañía de un hombre para sobrevivir, ni para sentirse bien consigo mismas, ni alguien que defina sus vidas y dé sentido a su existencia, al haberlo logrado en buena parte”.

Toda esta declaración de principios se acerca bastante a la realidad de las singles de hoy en día, aunque a la hora de hablar de los deseos de tener pareja volvemos a las expectativas marcadas por la sociedad. Una single puede ser felizmente soltera hasta que empiezan a reiterarle por todos los flancos aquella frase tan patética de “te vas a quedar para vestir santos”, o comienza a acudir a bodas en las que, si los novios no fueran humanitarios, comería ella sola presidiendo la mesa de los solteros/as. Así que la soltera más bien renuncia “temporalmente, al matrimonio y a la convivencia”. Lo explican Alberdi y compañía: “Justamente, lo que hacen es rechazar las tradicionales ventajas del matrimonio: la identificación social con un varón, la protección y la dependencia económica”.

A su juicio, son las que más se arriesgan socialmente en cuanto que toman opciones vitales no habituales. El deseo de cambiar los moldes se ve castigado por la soledad. Suscribo sus análisis como afectada por el castigo, que en absoluto considero divino ni siquiera socialmente premeditado, me lo tomo sólo una consecuencia de la organización social imperante, que hace ver a las minorías y a las personas trasgresoras como ‘raritas’ o como serios peligros para su mantenimiento. Desde luego, este tipo de mujeres cuestiona, cuando menos, la institución familiar, en cuanto que hemos decidido permanecer solas hasta que nos enamoremos de un hombre de forma recíproca y éste nos respete en todos los aspectos, desde el profesional, incluyendo el de compartir a medias las tareas del hogar, pasando por la sexualidad.

En este último campo, el Estudio de las mujeres jóvenes en España de la Fundación La Caixa, retrata a “mujeres que buscan su propia identidad sexual sin asumir una definición previa, heredada de la imagen tradicional de la feminidad. Se afirman como sujetos sexuales, para ellas no es necesario ser madre ni aparecer como objeto de placer a los ojos de los hombres. Para reconocerse a sí mismas no necesitan desesperadamente la aprobación masculina, si bien la mirada del otro es un elemento del que no se puede prescindir completamente. Se sienten en igualdad de condiciones que los hombres para buscar su satisfacción sexual y para explorar e inventar su propio erotismo.

Las relaciones sexuales satisfactorias cobran para ellas una enorme relevancia. Piden al hombre un esfuerzo por comprender sus necesidades y preferencias”. Otra cosa es cómo lo pidamos, con cariño y consideración, o con agresividad, como denuncian muchos hombres en las consultas de los sexólogos y terapeutas de pareja. Alicia Gallotti considera que algunas chicas llegan a tal feminismo radical que acaban rozando el machismo, son “aquellas que escuchas mientras desayunas fardando de proezas como si fueran hombres, ejercen el feminismo reproduciendo el mismo patrón masculino. Están tan agresivas que asustan a los hombres y no creo que disfruten demasiado en unas relaciones de dominación del hombre, salvo que tengan tendencias sadomasoquistas”. Admitámoslo, la agresividad femenina está dibujando manchurroneos sobre el terreno de las relaciones, como reacción por el pasado o como ataque a la defensiva por prevención ante lo que nos pueda deparar el próximo hombre. Y es que, en el fondo, quizás detrás de muchas de estas mujeres que nos parapetamos en nuestra profesión, se agazapa el miedo. Un montón de miedos que someteremos a una ardua crítica.

LOS HOMBRES TAMBIÉN A ESCRUTINIO

Ante semejante variedad de prototipos femeninos, y, por tanto, de la cantidad de mujeres diferentes que surgen de todas las combinaciones posibles y en función de sus experiencias vitales, los hombres están reaccionando desde hace tiempo en consecuencia, buscando su nuevo sitio en este puzzle en el que nada es como les habían contado sus padres, ni siquiera sus madres. Lo explica Sònia Cervantes, psicóloga del IPAB, Instituto Psicológico Antonio Bolinches: “Los hombres han cambiado los modelos de referencia imperantes hasta hace pocos años. Su proceso de adaptación a la nueva realidad les descoloca un poco porque no hay que olvidar que, si algo no ha cambiado, es el hecho de que acostumbra a ser la mujer la que decide y determina el tipo de relación a establecer y en este sentido son ellos quienes deben adaptarse a los nuevos modelos”. Aquí mostramos los más generales, sin intención, otra vez, de generalizar peyorativamente.

El machista incuestionable: Según Rosetta Forner, autora de *En busca del hombre metroemocional*, “hay hombres que nunca querrán aceptar cambios y que o los boicotarán o los combatirán”. A estos machistas les conocemos a la perfección porque llevan ahí toda la vida sin variar ni un ápice sus comportamientos ni sus ideas sobre la mujer y el rol tradicional que cada uno debe tener. No necesariamente son hombres mayores, hay jóvenes y adolescentes que son machistas en cuanto que es lo que han mamado en casa y en su entorno, no han abierto los ojos a nada más y, si ven a uno de sus semejantes en la televisión, en uno de esos programas de testimonios en los que les vemos a menudo tratar a sus esposas como a mulas, ni siquiera se dan por aludidos pese a una sorprendente identificación con sus argumentos y una comprensión absoluta, como si, qué casualidad, a ellos les sucediera lo mismo.

En su casa, en opinión del psicólogo social López Yarto -nada sospechoso de ser tan radical como yo y las de mi calaña feminista por lo que a esta especie se refiere-, “este varón impone un modelo apenas evolucionado, y en función de él elige pronto a una mujer que sepa someterse convenientemente. Los dos son jóvenes, y si ella evoluciona hacia posturas más abiertas la pareja puede ser un fracaso”. Y derivar hacia la violencia doméstica, como recuerda Alicia Gallotti: “Los machistas todavía son muchos, tienen una especie de legado que pasa de generación en generación, de valores sobre el tamaño del pene, el proveedor de la casa, el defensor, el productor... Estas cosas que les destrozan la vida. Estos hombres son los más desgraciados de todos porque viven

esclavos de la responsabilidad y nunca van a poder cumplir sus expectativas porque han adquirido unas dimensiones enormes, con lo cual luego sufren unos niveles de impotencia altísimos. Y proyectan sus frustraciones a través de la violencia doméstica.”

El sociólogo Enrique Gil Calvo ahonda en las consecuencias: “Los varones ya no pueden plantear una relación de dominación como querrían, pero a la vez se sienten incapaces de aceptar una relación de paridad simétrica, temen no saber adaptarse a ella. Y este temor les lleva a rehuir el emparejamiento sincero para sustituirlo por falaces relaciones de dominación (maltrato, prostitución, pederastia, turismo sexual) o de autodestrucción: soledad, pornografía, alcoholismo, suicidio...”

Lo expresa en palabras más llanas, avaladas por su trato directo con jóvenes en el consultorio madrileño de la Federación Española de Prevención Familiar (FEPF), el sexólogo y antropólogo Alfonso Antona: “Los que no se cuestionan el modelo sexista también sufren al mantener el mismo rol, porque tienen que pagar la hipoteca, en cuanto que son el machote, pero ¿cómo hacerlo en precario? Necesitan que su mujer trabaje, para mantener toda la familia, y al final acaban sintiéndose cuestionados en el modelo de varón proveedor y procreador, pues a las mujeres tampoco les hace falta ya un tipo para tener hijos. Viven acongojados porque les han contado una película, y se la han reforzado continuamente con un discurso hegemónico sexista, mas, de repente, les dicen que tienen que hacer lo contrario a lo que han interiorizado y a lo que les conviene. Esta es una sociedad altamente disonante, no tenemos ni idea de dónde estamos ni de qué hacer”.

Dentro de esta categoría más aferrada al rol de macho se incluiría el ejemplar que Yarto denomina “El hijo que no se va”. Aquel que “sigue en casa de los padres mucho más tiempo del necesario. Goza allí de total libertad y de un nivel de vida envidiable (no da dinero en casa). Su soltería puede hacerse crónica, y entonces puede desarrollar una mentalidad “machista práctica” aunque liberal en lo que toca a la vida diaria de relaciones (mujeres de usar y tirar). Puede desembocar en un casado ya maduro, muy tradicional, con una mujer-madre que perpetúe el hogar que ha conocido siempre”.

Una historia ilustrativa la protagoniza Miguel, andaluz residente en Zaragoza que ronda ahora los cuarenta. Hace unos años anduvo saliendo con Ana María, una divorciada que tenía un hijo veinteañero. Durante su larga relación, él dejó de vivir con sus padres para

irse a convivir con ella, sin que ello implicara abandonar sus hábitos de ir al bar por las tardes a jugar a las cartas con los colegas cañita tras cañita, llegar justo para cenar, a mesa puesta, y por supuesto, echar el polvo antes de planchar la oreja sobre la almohada. Había sustituido a su madre-criada que le lavaba, le planchaba y le dejaba la comida en el horno para cuando llegara de madrugada de sus juergas, por su criada-amante. No sólo no la consideraba al menos como amiga ni tenía en cuenta los sentimientos que ella intentaba hacerle comprender, sino que acabó dejándola porque ella no podía concebir más hijos debido a que corría peligro su salud. Regresó varias veces más a picar a su puerta guiado por sus instintos más concupiscentes y, tal vez en busca de un tipo de afecto que sus padres no podían procurarle. Ella se la abría en nombre del amor que sentía por él. Pero al final él volvía a dejarla por el mismo motivo: si no podía traer al mundo un hijo suyo, no cabía en sus quinielas como esposa. No se le ha vuelto a conocer otra pareja más allá de esa tan ideal que forma con su abnegada mamá.

Los confundidos: Para Forner, “hay hombres que ni saben cómo ni cuándo suceden las cosas, y tan sólo aciertan a quejarse”. Estos que en ocasiones semejan pasmados ante el cariz que están tomando las relaciones son la gran mayoría, en opinión de Gallotti, pero matiza, entonando un oportuno mea culpa femenino que “no se puede hacer una lectura sesgada, creo que las mujeres mandamos unos mensajes muy confusos a los hombres: no quieres que te abran la puerta, pero sí que te regalen flores; vas de independiente económicamente, pero esperas que pague él en el restaurante; da igual quien llame pero, si pasa algo, te sientas al lado del teléfono esperando a que llame él. Seguimos comiéndonos el coco cuando nos dicen te llamaré y por lo que quería decir cuando dijo... Lanzamos mensajes muy confusos en un momento en que los nuevos espacios se están cambiando”.

Lo constata Matías, director de una publicación, 35 años: “Estamos un poco despistados, la verdad. Han caído los modelos tradicionales de masculinidad y no han sido sustituidos por otros. Eso está muy bien, porque da más margen a la voluntad individual. Hay muchas más maneras de ser hombre que antes. En cuanto a la relación con las mujeres, puede crear cierta confusión, porque aunque se supone que ellas están encantadas de que el modelo de macho dominante haya desaparecido, hay algunos de

sus rasgos que les siguen resultando seductores, al menos a algunas, y de manera casi inconsciente. En ocasiones, eso crea confusión y algo de desconcierto”.

Los confundidos se entremezclan, en la medida de sus posibilidades, con el feminista intelectual, aunque también se cuentan entre ellos un alto porcentaje de “acojonados que se enfadan, se protegen y huyen, a refugiarse en sí mismos, como los singles. A pesar de que quieren encontrar a una mujer y tener hijos, hacen que todo resulte bastante frío porque se protegen tanto que pareciera que quieren montar una sociedad anónima en lugar de una familia, que es lo que en el fondo desean”, interpreta Gallotti.

En la misma dirección, Alfonso Antona apunta que “no se puede hacer un discurso reduccionista sobre la sexualidad de los hombres o las mujeres, somos lo que somos en función de lo que son los otros, por la interacción. Si tú me desestabilizas y no sólo me quitas el papel de rey sino que encima me dices que somos iguales, y además me empiezas a hacer atribuciones que yo no reconocía como propias, me pones en evidencia y tengo dos opciones: o la huida o la agresión. Cuando la gente se siente insegura e inestabilizada de repente, reacciona de manera negativa”.

Este sexólogo entiende que los cambios estén derivando, por una especie de efecto dominó, hasta la cama y hasta el último extremo de las relaciones de pareja. “Lo que les pasa a los varones es que no tienen más alternativa que aceptar la pérdida, hagan lo que hagan; mientras que la mujer sabe que, si se lo curra, consigue ventajas seguro”. La lógica de estos jóvenes que ven tambaleante su otrora incuestionable masculinidad se basa en estos argumentos, reproducidos por Antona: “Si reivindicas tu placer en la cama, ¿significa que yo tengo que follar como una máquina para que tú gimias como una loca? ¿Y si no me siento capaz de hacerlo? ¿Qué hago? Pues prefiero no follar o si lo hago, paso de tus requerimientos, como hace el señor mayor de la película francesa *La maté* porque era mía. Mi disonancia cognitiva no puede perdurarme demasiado en el tiempo, no puedo estar sufriendo cada vez que una tía me haga ojitos por temores como: ‘no voy a dar la talla, me voy a correr, me va a criticar, me va a decir que la tengo pequeña, me voy a quedar hecho polvo...’ Así que reaccionan a la defensiva. Me encuentro con muchos varones que están sufriendo mucho con su sexualidad, con muchas disfunciones eréctiles a edades muy tempranas como una reacción de negación, es decir, ‘a eso no me enfrento, porque para quedarme en evidencia y pasarlo mal, no voy’. Al otro extremo

está el que se reafirma y va a su bola totalmente, que confirma su hombría ignorando a la otra. En el medio está la inmensa mayoría”.

De esa inmensa mayoría nos encontramos todas las que andamos en el mercado unos cuantos en nuestra “compra” cotidiana. La psicóloga argentina Clara Coria los reconoce por su contradicción en común: “Son hombres que esperan tener mujeres modernas, independientes, activas y que les acompañen en todas sus aventuras, pero siguen reclamando los roles de las mujeres tradicionales. Creo que una de las razones por las cuales las mujeres dicen, a veces, que no encuentran hombres es porque los que encuentran todavía están demasiado apegados a los roles tradicionales y, por lo tanto, a sus privilegios”. Según mi experiencia, se trata de hombres normales -en el amplísimo sentido que adjudico a esta palabra por lo que tiene de subjetivo el concepto de normalidad-, pero que, en determinado momento de su relación con una mujer, actúan como si les fallaran las conexiones en el cerebro.

Por ejemplo, pueden ir lanzadísimos a la conquista de la fémina, si bien, en cuanto se percatan de que ésta es inteligente e independiente, pisan el freno, dan media vuelta sin avisar, gritan te llamaré desde lejos y, a continuación, desaparecen como abducidos por no sé sabe qué fuerza extraterrestre. Ya las abuelas recomendaban el truco de asumir el papel de “mona pero tonta”. En 1988, en su libro prologado por Jesús Hermida, *Los hombres: modo de empleo*, la francesa Béatrix de l’Aulnoit aconsejaba con ironía a sus lectoras: “La inteligencia hay que esgrimirla con circunspección, sutilmente. No porque sea una cualidad que asuste, en verdad, la inteligencia no la temen sino los imbéciles y, a estos, hay que eliminarlos de entrada. La razón es otra: sólo resulta fascinante cuando se presenta junto con alguna debilidad como el miedo a las arañas, una extrema sensibilidad a los truenos o una incapacidad patológica para vaciar el depósito de un aspirador. En suma, cuando la inteligencia deja al hombre la esperanza de una cierta utilidad aneja”. Agrega Roseta Forner que, aun hoy, en el siglo XXI, “es cierto que a muchas mujeres les sigue dando mucho rédito su estrategia de ‘víctima, tonta, incapaz, inferior, etc...’ y lo explotan como si no tuviesen neuronas suficientes como para poderse alzar en pie de lucha y gritar por su dignidad”.

¿Por qué esta estrategia siempre funciona con estos tipos? El protagonista-narrador de la película mexicana (pero no por ello más alejada de la realidad relacional en España)

Sexo, pudor y lágrimas lo resumía así: “Cuanto más admira un hombre a una mujer por sus éxitos, más difícil le resultará desearla. La nueva mujer es una fuente de impotencia masculina, una castradora y una causa de divorcio”. Mi teoría al respecto es que cuando el machito que anida en su interior se topa con una mujer que le espeta una sentencia como la de esta atractiva profesional liberal treintañera, “no necesito ayuda doméstica o económica, ni protección o alguien sentado en el sofá para no sentirme sola”, él no es capaz de acallar la sospecha de que esa devora-hombres que le pone a mil le dejará en cuanto aparezca otro que la satisfaga o le atraiga más. Por más racionalidad que aplique al asunto, no consigue llegar a creer que ella le quiere a él, por cómo es y no para tener guardaespaldas gratis. El fantasma de la inseguridad, los celos y el miedo al rechazo les persigue, razón por la cual huyen de la mujer autónoma, despavoridos como si el fantasma se hubiera encarnado en sus curvas. Y corren a los brazos de otra más tradicional que no les cuestione y necesite de su hombría tanto para pagar la hipoteca como para matar a una rata con la escoba, cosas bien desagradables, sí, pero también garantía mínima de que antes de dejarlo por otro se lo tendrá que pensar dos veces.

Todo ello, por supuesto, con la ventaja de que siempre les quedará alguna morbosa soltera con la que disfrutar del dulce placer de la infidelidad y con la que vivirán los momentos de pasión que a su entregada esposa le regatean. No en vano Paloma Aznar, alias Vampirela, periodista y experta en sexología, trae a colación que “en la mente de muchos hombres, el universo femenino todavía está dividido en dos grupos: las mujeres para divertirse, que no merecen el mismo respeto que las mujeres para relacionarse en serio (madres, novias, esposas)”.

Cuando hallan a esta adorable princesa de sus sueños, -a ellos también les hicieron mucho daño las películas de Walt Disney donde aparecían siempre como salvadores- se plantea el eterno debate sobre las tareas del hogar. Este es el tipo de hombre al una mujer sin vocación de ama de casa o de chacha ha de reeducar, salvo a aquellos que hayan vivido solos antes de iniciar la convivencia juntos y que, además, sean lo suficientemente respetuosos como para seguir limpiando y cocinando a medias, en lugar de aprovechar la coyuntura para sustituir a su madre por su novia, ahora que vuelven a tener una señora en casa.

Se impone una negociación, asevera la sexóloga y terapeuta de pareja Pilar Cristóbal: “Puesto que su prerrogativa como varón ha sido siempre el tener todo hecho y ser el rey de la casa a cambio de la única contrapartida de llevar dinero, no les puedes explicar las ventajas de vivir con una mujer independiente y moderna porque para él va a implicar una pérdida de privilegios segura. Si cuando él llega a casa le está esperando su mamá con la tortilla hecha, o con la cena en el horno, o se levanta tarde al día siguiente y nadie le dice, nada, se ducha y se va y, cuando vuelve, tiene la cama hecha y la ropa lavada, todo lo que sea menos que eso significa perder. Y, desgraciadamente, nadie sale con nadie que le ofrezca menos ventajas de las que ya disfruta. Por eso hay que negociar, porque no puedes pretender que un hombre vea que la libertad de su chica le está quitando libertad a él y le parezca estupendo. El que quiera renunciar a los privilegios por su propia voluntad, se quedará. El que no quiera ceder, que siga suelto, que se comerá la sopa de los solos. Porque el castigo es la soledad”.

Resume el estado en el que observa a los componentes de este ingente colectivo Marga, una joven diseñadora gráfica de Castellón, de 32 años: “Estos pobres van de culo, dando tumbos como pollos descabezados. Las mujeres hemos ganado tanto terreno en todos los ámbitos que se ven acongojados sin saber exactamente el papel que han de desempeñar, puesto que con nuestra liberación hemos desarrollado una masculinidad que compite casi a la par con nuestros compañeros. Así, estos sufren una lucha entre sus genes más prehistóricos y la intención de adaptarse a los nuevos tiempos y formas de pensar de las mujeres. En fin, un caos en el que unos nadan en un mundo paralelo incapaces de poder comunicarse con el sexo opuesto y otros, por el contrario, llegan a superar incluso con nota”. Se refiere al siguiente grupo.

El feminista ideológico: El psicólogo social López Yarto, opina que éste prototipo “acepta, al menos nominalmente, compartir tareas y roles. Su cultura le hace ver con claridad que un cambio es necesario, y hace esfuerzos por adoptarlo. Puede llegar a tener éxito en sus esfuerzos: todo depende de la sinceridad de sus convicciones, y el tipo de profesión que él y su pareja han llegado a desempeñar”. Yarto celebra que este feminista, como mínimo “en el terreno de la ideología, está dispuesto a desarrollar aquellas partes femeninas de su personalidad que le hacen co-dependiente, y compartidor de roles. Sus ensayos pueden acabar en una indefinición del rol masculino que obliga a tanteos continuos, hasta encontrar el que sea verdaderamente satisfactorio”.

En palabras del antropólogo Alfonso Antona, son los que se identifican con su declaración: “Yo siempre digo que soy sexista pero estoy dejándolo, y recaigo de vez en cuando porque soy adicto desde pequeño”.

En este perfil reconozco a la mayoría de mis amigos, de modo que, con su permiso, me tomo la libertad de describirlos tal y como los observo en nuestras conversaciones y a través de sus relaciones: Pululan por las cosmópolis, (me resultaría tan extraño como encontrar un pingüino en mi pecera conocer a un feminista ideológico en un pueblo de Cuenca, Teruel o de todas esas provincias prácticamente despobladas de jóvenes porque todos han emigrado en busca de un empleo a las grandes urbes), suelen ejercer profesiones liberales y de cierto enfoque intelectual, habitualmente con formación universitaria, aunque no necesariamente. De manera que han estudiado y han copiado en los exámenes con compañeras que, como suelen demostrar las estadísticas, obtenían mejores calificaciones que ellos, se esforzaban más e incluso, según la carrera, puede que fueran mayoría. Por lo tanto, el reconocimiento de que ellas son iguales, simplemente personas de sexo femenino, no merecería tanta alabanza si no fuera por el machismo dominante del que en una parte considerable, al menos en las formas, han conseguido librarse.

Subrayo: al menos en las formas, porque todos los expertos, sin apenas excepción, concuerdan que lo que ha cambiado es el discurso pero no el trasfondo del asunto. Alicia Gallotti apunta que “los feministas ideológicos tienen una pose, son hombres que ideológicamente están a favor de que no haya pobreza en el mundo, de la antiglobalización, tienen una visión lúcida y de izquierdas de la realidad, e intelectualmente les parece tremendo que la mujer haya avanzado tanto, porque suelen tener mujeres amigas y amantes... Pero luego se les ve la puntilla en una situación límite: si la mujer les pone los cuernos, por ejemplo. Eso les crea mucha confusión. Si son infieles ellos, vale, les queda esa rémora del pasado machista; en cambio, si son infieles ellas, no lo pueden soportar, aunque tengan amante y todo. En realidad, ellos querrían ir mucho más allá de lo que van, y en la cotidianeidad actúan honestamente a la hora de poner las bases en una pareja o de hablar del tema o de manifestarse en pro de la mujer. Pero en situaciones límite les gana el machismo”. Álvaro Colomer, periodista y escritor de 32 años, lo expresa con exactitud de reloj suizo: “Da la sensación de que hay hombres que quieren ser abiertos de mente y en verdad no pueden serlo porque no saben

cómo hacerlo. Pero también hay montones de mujeres que dicen ser mujeres del siglo XXI y que luego, en la intimidad, tururú. De siglo XXI nada de nada”.

Incide en esta idea Rosetta Forner: “Si las sufragistas, que tanto lucharon por la igualdad de géneros, levantaran la cabeza, a buen seguro les daría un patatús al ver en que ha quedado su lucha. Ergo, los cambios a los que se enfrentan los hombres se reducen a ser ‘monos’ como ellas (algunas), usar cosmética, adoptar los roles que propone la publicidad (padres modernos y enrollados, con adosado, monovolumen, e hipoteca...)”. Hasta ahí, el modelo de metrosexual, que se limita a una limpieza de imagen. Un poco más allá va el término acuñado por la misma Forner de “hombres metroemocionales”: “Los ha habido siempre, no son producto de la ‘liberación femenina’ como tampoco lo son las mujeres fuertes, decididas y líderes de sus vidas. Mi abuelo materno era un metroemocional que ayudaba a mi abuela en la crianza de los niños y se repartían como un equipo las tareas de la casa y el trabajo que suponía su sustento (mi abuelo pescaba y mi abuela vendía el pescado). Formaban un equipo de lo más sinérgico y ‘moderno’. Y eso que ambos eran de 1900, o sea, del siglo pasado”. No dudo que siempre haya existido esta especie de seres humanos que no consideraba inferior a su compañera por esa diferencia de poder parir; ahora bien, dado que muchos todavía no lo han asimilado a estas alturas del milenio, hay que celebrar la existencia de esos hombres que, según el sexólogo Alfonso Antona, “están entendiendo que hay que ceder espacios en la negociación con las mujeres y, además, están viendo los beneficios, a saber, que lo de romper con el modelo sexista mola, porque nos quita unas cargas de encima muy pesadas: ‘ya no soy el dador de placer, ni el responsable de la familia ni de la vida de la mujer’. Eso es genial”.

Gabi Martínez pertenece a estos visionarios que han visto el cielo abierto con la liberación femenina. Ejerce en casa su multi-profesión de escritor, periodista y crítico literario, está casado y tiene un niño al que cuida más que a sí mismo. Comprende, como el que previamente ha pasado por esa fase de Cromagnon, que muchos de sus congéneres “se encuentran desubicados buscando su rol, no saben bien cómo dirigirse a las mujeres. Todas esas tácticas que antes estaban establecidas y eran fáciles, ahora no valen y hay que utilizar la inteligencia para actuar con técnicas más sofisticadas. Sus padres y abuelos han funcionado de una manera y, en cambio, ellos tienen que cambiarla, los modelos de su familia chocan de pleno con la realidad que viven”. Pero

la redención es posible: “La sociedad te obliga a ser más elástico en todos los sentidos, la elasticidad te obliga a moverte ágil y veloz en todo, eso implica ser un hombre más astuto a la hora de seducir. Te obliga a echarle imaginación, a buscar otras estrategias de seducción, de conquista. Te permite irte a una discoteca y estar tranquilo sin estar pendiente de tu chica porque no estableces una relación de control y posesión.”. Y aún enumera más beneficios que ha experimentado en carne propia: “En una comida no tienes que pagar tú, te permite conocer mejor toda la parte doméstica, interesarte por la cocina, fregar los platos y otras tareas pueden aportarte algo. Cuando estoy limpiando, tendiendo o doblando ropa tengo momentos en los que voy pensando en otras cosas y me sirven para relajarme. Y, con mi hijo, me permite participar de otra manera en la paternidad, haciéndome cargo de detalles que antes los padres no hacían, tengo una relación con el enano estupenda, me gusta salir con él a pasear... Son cosas gratificantes que te calan de alguna manera, no sabes cómo, quizás dando lugar a ese tipo de hombre que dicen que es más femenino pero que simplemente es más polivalente como persona”.

Gabi nos devuelve la esperanza, aun con su optimismo comedido: “La competencia es estimulante, la independencia de la mujer es buena para todos, y muchos hombres lo valoran y lo aprecian, pero aún es demasiado pronto para que se generalice. En el mundo en el que nosotros nos movemos (para que se hagan una idea: urbano, intelectualoide, cosmopolita, ilustrado y más igualitario que otros ámbitos laborales), ya está calando; pero incluso nosotros que somos la vanguardia, aún estamos arrastrando todos esos lastres tradicionales. Eso te crea contradicciones, pero precisamente por eso será positivo”.

Comulga con él Colomer, asimismo integrado en este círculo de la vanguardia intelectual barcelonesa: “Me niego a hacer un discurso sobre el miedo del hombre ante el avance de la mujer, pero creo que es evidente que los hombres estamos acojonados. Por eso hay tantos matrimonios con latinoamericanas, mujeres que normalmente son machistas, sumidas y adoradoras del hombre. Es decir, mujeres como las españolas de antes. Rechazo absolutamente la búsqueda de una esclava como pareja, pero entiendo que muchos hombres busquen mujeres que tengan una mentalidad antigua como la de ellos”. Una vez superada esa mentalidad, los feministas ideológicos como Álvaro admiten que la independencia y la igualdad de la mujer resulta beneficiosa porque

“siempre es mejor compartir las cosas con un igual que con alguien que está coaccionado. No creo que haya ningún perjuicio en la independencia y la igualdad femeninas, aunque creo que hay un perjuicio en el modo en el que se está haciendo”. Alude a la mencionada agresividad con la que algunas se enfrentan, como si de una guerra se tratase, contra el sexo que tachan de opuesto.

El feminista puro, o el hombre del futuro: Rosetta Forner asegura que “hay hombres que provocaron cambios, y los siguen provocando”. Yo me atrevo a apostar que de esta maravillosa categoría existen cuatro y el de la guitarra, el cual, en un principio, era un feminista ideológico que acudía a sus solitarias reuniones para amenizarlas con música pero acabó contagiándose y ha pasado al nivel 10. No es broma. Flavia Limone, psicóloga social especializada en construcción de géneros, comenta que, realmente, estos hombres que escasean como las trufas de Aqualagna, se están agrupando para defender las igualdades en las que creen: “Ellos están recién empezando especies de “masculinismos” (El nombre es controvertido y cada grupo organizado se denomina de modo diferente o tiene grandes debates interminables sobre cómo hacerse llamar: igualitaristas, pro-igualitaristas, feministas, pro-feministas, masculinistas, etc.).

Ya hay algunos chicos (con una edad promedio que, imagino, está en la treintena) organizados en grupos, luchando por sus derechos a lo privado, intentando establecer relaciones más igualitarias, rechazando derechos (más arraigados en costumbres que en leyes, a estas alturas) que les parecen poco equitativos con las mujeres. Los rechazan porque, por una parte, les imponen exigencias de demostrarse siempre pertenecientes a la categoría (Masculino) que “merece estos derechos” y, por lo tanto, es una presión constante por mostrarse viriles (¡y eso debe de ser agotador!). Por otra parte, porque tienen sentido de justicia y quieren formas de vida equitativas, aún a costa de perder privilegios que saben que sólo pueden mantenerse con la opresión de otra categoría (Femenino)”. Con principios tan loables, me juego el dedo corazón y no lo pierdo a que todos están pillados, y bien enamorados. El hombre perfecto no existe. Mas, ¿existirá algún día?

Por regla general, este raro avis ha pasado desde bien temprano, cuando aún tenía remedio, por manos de una novia con la que ha crecido y evolucionado desde la fase de analfabeto emocional hasta el desarrollo casi absoluto de sus capacidades de

comunicación, expresión y comprensión. Demos las gracias a la ONG Ex-Novias del Mundo, por haber conseguido demostrarles las ventajas de desplegar todas las facetas de su personalidad, más allá de las que se le presuponían como miembro del género masculino. Así, estos hombres tienen sensibilidad, tanto en la cama como fuera, te escuchan y son capaces de mantener una conversación cuando hay problemas candentes, sin gritos ni escaqueos del tipo ‘qué pesada eres, por qué tenemos que hablarlo todo, me voy al fútbol’; no se ponen celosos porque están seguros de que si sales con ellos, es sólo porque te lo pide el cuerpo, el alma y la piel, porque les quieres, puesto que si no, como eres libre, andarías con otro/s. Valoran tu independencia tanto como la suya, esto es, no te dejan en casa para irse con los amigos sino que se ponen de acuerdo contigo para salir cada uno con las respectivas pandillas, ir juntos otro día al teatro, otro a cenar y al siguiente por separado con un amigo/a del sexo opuesto; algo que no sienten como amenaza para la relación, porque ésta se basa en la mutua confianza y no entra en sus cabales que, por el hecho de enamorarte, dejes de relacionarte con tus amigos, tengan lo que tengan entre las piernas.

A la hora de irse con una mujer a la cama, no aplican el típico doble rasero de que si ella folla la primera noche, será una chica fácil que se va con cualquiera, sino el mismo criterio con el que juzgan a sí mismos: ‘Me atrae la mujer, yo a ella también, hay química (no les vale con que esté buena o sea la última que quedaba libre antes de salir de la discoteca, prefieren irse a la cama solos y hacerse un autoservicio), nos lo podemos pasar bien, hagamos que sea posible. Y luego ya veremos’. No prometen un viaje a las Maldivas en pleno calentón para desaparecer tal que vampiros a mitad de noche por siempre jamás. Ni padecen fonofasia, vocablo que Lisa Sussman, autora del best seller Sexo en la ciudad define como “afición que consiste en pedir el número de teléfono y no llamar”. Estos hombres, cuando dicen te llamo, llaman; y si no piensan llamar, se callan y no intentan quedar bien. Lo sé porque conozco unos cuantos, es decir, existen todavía, aunque son incapaces de explicar qué mueve a sus colegas a engañarnos prometiendo la llamadita de marras.

Continúa con la descripción de esta persona de sexo masculino ideal Laura Carrión, periodista experta en sexología que publicó, con Sonsoles Fuentes, el libro Dímelo al oído sobre las fantasías femeninas y preparan la versión masculina equivalente. Augura que “el hombre inteligente tiene mucho ganado con la mujer, porque sabe lo que quiere,

le gusta disfrutar y quiere hacerla disfrutar a ella; aunque sea para un polvo de una noche, la sexualidad tiene eso de bueno: que conlleva una comunicación, y el feeling y el morbo forman parte también de que el otro disfrute. A este hombre ya se le ve en una nueva dimensión del sexo, ya no se limita al misionero, sino que también le gusta disfrutar, como a la mujer, de todas las sensaciones que puede experimentar por todo su cuerpo. Será un hombre que se abrirá al sexo anal (siendo él el receptor de juguetitos, deditos, etc.), al contrario que los que se niegan por el perjuicio de ‘que no se vayan a pensar que soy gay’. El inteligente se aprovechará de ventajas como, por ejemplo, que cuando llegue esa edad en la que la erección ya no surge de lo más potente ni viene de inmediato ni siquiera aparece siempre, podrá disfrutar de otro tipo de sexualidad en la que entran besos, caricias, abrazos, y en la que la penetración no es el centro. Le va a beneficiar muchísimo, y a nosotras también pues, aunque la penetración se rodee de ese aura tan romántico y tan íntimo de ‘ay, le quiero y quiero sentirle dentro de mí’, lo cierto es que el placer a través de la lengua y las manos es fantástico para hacernos llegar al orgasmo a través del clítoris”. Laura, por comparación con otros ejemplares ibéricos, ha comprobado que “este hombre no se acojona ante una tía independiente, experimentada y lanzada porque piensa que va a hacer el ridículo; ni en ningún caso se le ocurre optar por una actitud prepotente demostrando que allí quien sabe es él y lo que tiene que hacer es meterla porque eso va así y punto, para, a continuación, levantarse de la cama y no volver a verle más el pelo”.

La diferencia radica, a su modo de ver, “en la inteligencia, pero no en la del coeficiente intelectual, sino en la emocional”. La cual sale a relucir en su discurso bien alejado de los patrones sexistas con los que nos han educado y, por tanto, nos regimos la mayoría. Antonio, 32 años, policía, con pareja estable y residente en Zaragoza: “En la vida nos mueve una sociedad, no un género. Somos un colectivo formado por hombres y mujeres, no vamos por separado. Por suerte”. Iñaki, arquitecto vitoriano de 32 años, cree que “existe una concepción sexista generalizada que vivimos tanto hombres como mujeres. Y ésta se extiende, como es lógico, a todos los campos de la conducta: Primero, es sexista porque separa por sexos las normas morales que contemplamos; segundo, está generalizada porque los valores que representan esta moral sexista están presentes en todas nuestras percepciones de los comportamientos entre nosotros. Nos han educado con ellos, nosotros los mantenemos vivos y los proyectamos hacia los demás”.

José Ángel, licenciado en Historia y en Biblioteconomía y documentación, gaditano de 29 años, piensa que “los géneros son estructuras culturales en continua transformación desde los albores de la sociedad. Cada individuo asume las convenciones del género de un modo determinado según multitud de factores. Yo puedo pronunciarme como integrante de esa parte de la sociedad que asume el rol masculino pero no puedo pronunciarme como parte del grupo llamado “hombres” ya que los puntos en común solo son fisiológicos. No puedo hablar de hombres y mujeres, solo de masculino y femenino”.

Jordi, 26 años, residente en Mataró, provincia de Barcelona, ahonda en esta línea no sexista: “El hombre ya no se tiene que preocupar tanto de parecer un macho. Otras valores como la sensibilidad, el cariño, el afecto... no tienen que ser en exclusiva femeninos. Todo el mundo es ‘él o ella y sus circunstancias’. Si las mujeres gobernasen no habría tantas guerras”. Después de estas manifestaciones sólo nos queda esperar a que legalicen la clonación.

CAPITULO 2. DE OCA EN OCA, Y ME LO TIRO PORQUE ME TOCA.

Las mujeres necesitan una razón para el sexo... y los hombres un lugar. FALSO

Para los hombres, el sexo es como el dinero en una cuenta bancaria: una vez que lo saca, pierde todo el interés. VERDADERO Lisa Sussman, Sexo en la ciudad

Atención, pregunta: ¿Cuántas relaciones has tenido desde que empezaste a salir con el otro género? ¿Cómo han sido: estables, cortas, rollos, de amante...?

Testimonio femenino 1: “Uff, me he enrollado con más de 100 tíos desde mi adolescencia, aunque de ellos “sólo” me habré acostado con unos 35, la mayor parte después de mi única relación estable al uso, que duró un lustro. Después, he estado enamorada dos veces y las dos he mantenido una relación continuada con ellos: un hombre casado y un ‘niño’ cuatro años más joven que yo. Más allá de una noche, en los últimos tiempos, cansada de tanta promiscuidad, he salido con cuatro chicos durante un mes o dos, pero a todos acabé dejándoles porque no me atraían, me aburría de lo previsible que eran”. Susana, 28 años, psicóloga, Salamanca.

Testimonio masculino 1: En trece años, he tenido 3 relaciones estables (de 6, 4 y, de momento, año y medio), 10 ó 12 amantes, y ciento y pico rollos. En unas 10 ocasiones se trató de un polvete y ya, con la única intención de divertirme. Hice una lista cuando tenía 20 años de las tías con las que había estado, pero me cansé de escribir. Igor. Publicista, 30 años, nacido en Vitoria.

Testimonio femenino 2: Buf, tendría que contarlas y no sé si me acordaría de todas. He tenido relaciones de todo tipo, la más larga duró un año y medio y las esporádicas son incontables. Intentaré volver a hacer la lista que quemé hace 3 ó 4 años. No es que la escribiera para tener a los tíos en plan trofeo, pero me gusta guardarlo y apuntarlo todo, por lo que mi vida sexual no iba a ser menos. La quemé porque estaba liada con un tío que me hizo un comentario sobre el hecho de tener una lista que me llevó a replantearme si seguir engrosándola. Ahora, con el paso del tiempo, me sabe un poco mal. Pero cada vez que intento ponerme a rehacerla, me canso y no la acabo nunca. Sandra. Licenciada en Filosofía y periodista, 27 años, Barcelona.

Testimonio masculino 2: De los 17 hasta los 28 años, he tenido muchas relaciones, solapadas y de todo tipo. Últimamente, sólo rollos de amante. ¿Por qué motivos? Que me guste, que lleve tiempo sin hacerlo, que no tenga nada mejor que hacer, por aburrimiento. Manuel. Escritor y periodista, 35 años, Barcelona.

No son todos los que están ni están todos los que son. De hecho, he de confesar que he escogido a conciencia los cuatro testimonios más escandalosos en cuanto al número de contactos sexuales con el viciado propósito de atraer la atención. Aún peor: He sacado de contexto las declaraciones de las dos chicas por lo representativas que pueden llegar a ser en este capítulo a fin de dilucidar por qué cada vez más mujeres se liberan y deciden practicar el sexo sin justificarlo con sentimentalismos de ningún tipo. Como han hecho ellos desde el primer troglodita hasta el último, que aún perdura por ahí suelto. Por lo que respecta a los demás entrevistados, casi todos enumeraban una sucesión de relaciones de todo tipo bastante inferior al centenar, algunos apenas habían mantenido relaciones esporádicas y otros las aborrecen porque no les aportan nada. El denominador común es que a ninguno de los cuestionados, establezcan este tipo de encuentros o no, les preocupa la cantidad de personas que han pasado por la vida o por la cama propia o ajena.

A todo esto, la pregunta inicial iba enfocada a establecer una comparación con la sociedad que ha dado origen a una serie como Sexo en Nueva York, en la cual las mujeres no ponen ningún reparo en irse a la cama con un hombre, o eso aseguran, mas luego utilizan el recurso hipócrita de no computar a aquellos con los que repiten o con los que no ha habido coito sino otros intercambios de flujos o con los que no han llegado al orgasmo. Asegura Pilar Cristóbal que “esta serie refleja una sociedad que es urbanita pero que no tiene nada que ver con el profundo sur de EEUU, y en ese sentido estamos más avanzados los españoles porque no hay tantas diferencias, ellos son muchísimo más puritanos en general”. Pese al respeto absoluto que me produce esta sexóloga y feminista de las de la antigua escuela, después de haber vivido en varios puntos cardinales de toda la península, mi observación de la realidad me impide estar de acuerdo.

Como a estas víctimas del puritanismo español: Elvira, licenciada en Diseño Gráfico y Filosofía, 29 años, cuenta cómo vive ella estas relaciones esporádicas en Barcelona:

“Me siento como una mujer adulta que toma sus propias decisiones, que quiere demostrar que los prejuicios sexuales no la han atrapado, que goza del sexo sin tabúes ni escrúpulos... Generalmente, me muevo en un ambiente donde los prejuicios contra estas relaciones han sido borrados; pero la mayoría de las personas que me rodean también saben que hacer un uso excesivo de estos actos suele hacerte sentir vacía, con lo cual, a veces puedo captar un halo de pena en el fondo de sus miradas”.

Qué no ocurrirá en las localidades de menor densidad de población que las cinco primeras capitales del país, donde si alguien osara sacar a la luz pública su promiscuidad, sería sometido al juicio social de inmediato. Como exageraría una treintañera de un pueblo andaluz: “Al día siguiente saldría en todos los periódicos”; o una residente en Sevilla de 22 años, que huyó de su municipio de 80.000 habitantes harta de que, en cuanto se enrollaba con un chico, le tildaran de todo menos de guapa: “Algunos me ven como a una guarra, otros ven bien que aproveche el momento, hay mentes para todo”. En la otra punta del mapa, Zuriñe, una licenciada en Empresariales y comercial de 28 años de San Sebastián tiene “la sensación de que me miran como a una golfa, por lo que procuro que no se entere nadie. Pero a mí me parece estupendo que los demás lo hagan”. En todo caso, de los prejuicios sociales y sus consecuencias (con especial incidencia para las mujeres), habrá ocasión de hablar más adelante.

Por el momento, en el plano individual y respaldados por el anonimato de unos alias que preservan su verdadera identidad, esto es lo que revelan algunos de los jóvenes consultados, en un segmento de edad de 22 a 40 años: “Me da exactamente igual con cuánta gente me he acostado y, sobre todo, me da exactamente igual con cuánta gente se han acostado los otros. Lamentablemente, los otros siempre quieren informarme sobre sus éxitos en la cama, cuando en realidad yo siempre he despreciado (y uso el verbo despreciar con todas sus consecuencias) a quienes hablan de sus conquistas amorosas. Me parecen imbéciles”, lo dice Andrés, 32 años, Barcelona. En una órbita parecida habla Lara, de 33 años, que ejerce de Relaciones Públicas en Madrid: “No creo que sea importante el número, en ningún caso me parecería excesivo. He visto a la madre de una amiga enrojecer porque (ella) superaba los cien y me ha hecho gracia. No me parece nada malo si se disfruta. Pero sí he hecho la lista. No quiero olvidar a ninguno, ésta es la razón. Nunca se me ha ocurrido puntuarles”. Tampoco a Ramón, informático, 29 años: “Como mínimo, la cantidad es importante por la experiencia acumulada, que puede

ayudar a prevenir roces y facilitar situaciones futuras. Ahora bien, hacer una lista es una estupidez, yo no me relaciono por competición o por cacería. Lo de puntuar ya es de traca”. Suscribe esto último Mayra, gallega de 32 años, pero con un matiz: “Lógicamente, recuerdo a los mejores amantes y, por supuesto a los peores”. A su juicio, “el número es importante a la hora de valorar tu experiencia en la vida, pero en ningún caso lo es para valorarte como persona, luego no creo que se lo deba contar a nadie”. Y puntualiza: “No pienso que haya un número excesivo ni mínimo. El sexo, como todo en la vida, es variable según la persona. Es como si quisiésemos valorar cuánta comida es excesiva. Cada uno tiene unas necesidades y es igual de respetable ser virgen, que tener una pareja para toda la vida o haberse follado a media España. No son aspectos evaluables desde el punto de vista moral”. Sí lo son desde el ángulo de cómo se sienten las personas que practican este tipo de encuentros que no suelen pasar de una noche. Casi todos ven “bien”, como Belinda, de Zaragoza, “todo lo que no haga daño a los demás y, sobre todo, a ti mismo”. No es el caso de Xavier, un informático de Sant Vicenç dels Horts (Barcelona), de 30 años: “No suelo tener relaciones sexuales esporádicas. Las he tenido en contadas ocasiones y SIEMPRE han sido insatisfactorias. El motivo siempre es el mismo: hace meses que no mantengo relaciones sexuales y me apetece mucho estar con una chica. Después me doy cuenta de que lo que me apetecía en realidad era tener relaciones sexuales con alguien con quien comparta más que únicamente esa noche. No me gustaría que mi pareja hubiera sido bastante promiscua”.

Parar y volver al mercado

Nada que ver con Susana, la chica del primer testimonio, que deniega que el hecho de liarse con uno o con cien conlleve “la menor trascendencia, mientras me sienta a gusto con lo que hago. Me he cansado en varias temporadas de acostarme con varios que sólo me atraían porque estaban buenos y de sentir siempre lo mismo o no sentir nada, por eso he decidido parar y luego he vuelto al mercado cuando me lo ha pedido el cuerpo; normalmente en otras condiciones, más consciente de mí misma y con diferentes expectativas. Las temporadas de práctica o de abstinencia sexual voluntaria me han ido sirviendo para madurar y saber mejor, como mínimo, lo que no quiero en mis relaciones”. Para Adriana, de 25 años, aunque hizo una lista para no olvidarse de sus experiencias, también carece de relevancia la cantidad, a pesar de lo cual tiende a ocultar sus conquistas: “El número actual ya lo encuentro excesivo (11). No sé por qué (bueno, sí lo sé, por educación y cultura), los hombres anhelan una lista cuanto más

larga mejor y las mujeres, en cambio, nos sentimos mal si es demasiado numerosa”. De hecho, confiesa haber sentido culpabilidad, arrepentimiento o ganas de negar que se había ido a la cama con algunos de ellos: “De mi lista borraría a algunos y me quedaría únicamente con los que lo he hecho por amor o cariño”.

Profundiza en estos efectos negativos de la promiscuidad Laila, licenciada en filología, periodista, 27 años. “No me sube la autoestima, eso seguro. Tampoco me destruye. Pero no me siento del todo bien. Creo que es un comportamiento de tíos que nosotras imitamos y que no debería ser así. La liberación de la mujer no significa ser igual a ellos. Algunas cosas hay que cambiarlas y ésta es una de ellas. Esta es una conclusión a la que he llegado hace poco y creo que me ha costado muchos años y experiencias varias. Las mujeres estamos a años luz de poder vivir nuestra sexualidad de forma real, no por imitación. Hemos pasado de ser unas víctimas / pasivas que se abrían de piernas para el marido a creer que ser dueñas de nuestro cuerpo es utilizarlo como lo hacen ellos”.

Nuria Varela, periodista y escritora de Feminismo para principiantes coincide en que “las mujeres no tenemos que equipararnos a los hombres en nada. Tenemos que desarrollarnos por nosotras mismas, sin imitar sus modelos. La sexualidad femenina no tiene nada que ver con la masculina. Afortunadamente para nosotras es muchísimo más rica. Poco a poco la vamos descubriendo y disfrutando”. Ella se muestra optimista en la interpretación de que establecemos este tipo de relaciones puramente sexuales porque “las mujeres ya comenzamos a reconocer nuestro deseo sexual. El sexo también ha sido robado a las mujeres históricamente y creo que ahora sí estamos viviendo la revolución sexual que fracasó en los 60. Aquélla fue para disfrute masculino, nada más. Por fin, hoy en día, mujeres de todas las edades disfrutan con su sexualidad, la reconocen y no quieren renunciar a ella”. Aunque lamenta que “por desgracia, también hay una parte de copia de los modelos masculinos “depredadores” entre las más jóvenes.

Lidia Falcón se fija en una parte más negativa: “Hoy en día las mujeres se han intentado equiparar también sexualmente a los hombres pero a veces se sienten mal. Porque tampoco ha cambiado tanto la moral, y los sentimientos de culpa siguen anidando en ellas tanto si se acuestan con un chico desconocido y lo olvidan, como si se quedan embarazadas y tienen que abortar, o cuando se enamoran de otro y son infieles al

primero; todo ello les hace sentir culpabilísimas”. Ahondan en esta controversia las autoras de Dímelo al oído Laura Carrión y Sonsoles Fuentes: “Como se puede apreciar, ya no es exclusivo de los hombres el juego de ligar para apuntarse tantos y sentirse con más valía o poder a medida que se acumulan los trofeos de caza. Para los psicólogos, este comportamiento en las relaciones suele ser un reflejo de falta de seguridad interior, tanto en un sexo como en el otro. Es un comportamiento muy habitual entre adolescentes y en el inicio de la vida sexual y sentimental. Cabe advertir que es un juego peligroso. Conquistar para despreciar después puede hacer más daño a uno mismo que a los demás, porque se aprende a relacionarse con el otro a partir del engaño y la falta de confianza”.

No sólo por eso. Sylvia de Béjar, autora de Tu sexo es tuyo, se preguntaba en una de sus columnas semanales de la revista YoDona: “¿A cuántas solteras liberadas conoces cuya promiscuidad sea realmente deseada y disfrutada? ¿Hasta qué punto podemos masculinizar nuestro sexo, practicar el aquí y ahora sin más consecuencias que el deleite obtenido?”. Su respuesta se fundamenta en que “los estudios indican que la promiscuidad no nos resulta divertida, sobre todo, porque se nutre más de la necesidad de sentirnos acompañadas que de la búsqueda del gozo”. Un caso representativo es el de Marga, 32 años, diseñadora gráfica: “En principio, me siento extraña por compartir con alguien a quien no conozco. En general, mi sensación depende de cómo haya trascendido todo, hay veces que me he encontrado con gente muy hermosa y otras con auténticos monstruos, depende de mi acompañante cómo me sienta... Y de las circunstancias que originan el encuentro, es decir, cuando he buscado a alguien en momentos en los que estoy de bajón emocional, siempre ha resultado un desastre”.

No es la única que se siente tocada o hundida después de practicar el “nomadismo carnal”, a juzgar por las palabras de Elvira: “En el acto te sube la autoestima, es como una inyección; en potencia, te la destroza, porque después llega el vacío y, posiblemente, la culpabilidad”. Al respecto, Varela imagina “que la educación tan castrante que hemos recibido las mujeres respecto a nuestra propia sexualidad aún hace mucho daño. En cualquier caso, sentirse vacía o utilizada depende mucho más de lo poco que sepa el hombre concreto de esa noche sobre la sexualidad femenina y el cuerpo de la mujer con la que está y la capacidad que tenga esa mujer en disfrutar y hacer lo que a ella le gusta”. De todo lo dicho, Béjar colige: “No es extraño, pues, que a

las consultas de los psicólogos empiecen a llegar falsas liberadas intentando afrontar los sentimientos de vacío y/o de insatisfacción sexual! provocados por esta liberación mal entendida (no sólo se trata de tener un orgasmo).” Finaliza su “invitación a reflexionar sobre cómo y por qué compartimos nuestros cuerpos” aseverando que “la auténtica libertad sexual se cimienta en saber cuidar de una misma”. Les preguntamos directamente a las aludidas.

Vayamos por partes. No a todas las mujeres les apetece (o se sienten capaces de) mantener esa especie de sexo gimnástico, como lo denominan algunos autores. Por cantidad de razones. Suponiendo que éstas prefieren una relación completa, no limitada a la faceta sexual, hablarán en el capítulo siguiente. En éste, investigamos a continuación los motivos por los que las mujeres liberadas, progresistas o singles, salen hoy en día de expedición a la caza de la presa nocturna. Como adelanto, Vampirella, periodista experta en sexología, agrega a la mencionada imitación de comportamientos masculinos, bajo la falsa creencia de que “así serán más modernas, poderosas, libres o interesantes”, el hecho de que, “para muchos hombres y cada vez más mujeres, el sexo se ha convertido en un objeto de consumo rápido más, como la comida basura, las camisetas baratas o la canción del verano”.

Por su parte, las autoras de Dímelos al oído interpretan que nos mueve el objetivo de subirnos la autoestima: “Coquetear y constatar que las personas seducibles siguen el juego reafirma nuestra seguridad y sube la autoestima: si somos deseables para los demás, también lo somos para nosotras mismas. Según el informe Hite sobre sexualidad masculina, cuanto más carece un hombre de autoestima, más puede intentar que el acto físico sexual sea un sustitutivo del contacto emocional, (por ejemplo, a través de la conversación). Y, aunque las pautas de comportamiento entre hombres y mujeres no son idénticas, con la incorporación activa de la mujer en todos los ámbitos de la sociedad las diferencias son cada vez más sutiles”.

No van nada desencaminadas, a juzgar por los siguientes testimonios. Rocío, 22 años, residente en Sevilla, comenta los motivos que le han llevado en unas 8 ocasiones a montárselo con un desconocido o semi: “A veces simplemente son las ganas de enrollarte, otras de que te halaguen y te suban el ego por un día; otras, el intentar encontrar lo que no hallas desde hace tiempo. Algunas veces por despecho,

aburrimiento, depresión y necesidad de llenar tu vida con relaciones vacías, que, acabas descubriendo, no te llevan a ninguna parte más que a necesitar tomarte un tiempo de descanso, hasta que vuelvas a picarte”. Elvira puede revolcarse en el colchón por varios propósitos: “paliar la soledad, desafío, placer (a veces, orgasmos NO, salvo un 2% de excepciones tirando largo), necesidad de seducir, de impactar, de gustar, de sentirme querida o, como mínimo, deseada”. Marga, que habrá mantenido unos treinta ‘aquí te pillo, aquí te mato’, “más de los que quisiera”, hace depender “los motivos del momento por el que paso, unas veces por pura necesidad sexual, otras muchas por buscar algo de afecto sin compromiso, otras tantas por sobredosis de alcohol... y las muchas ganas de exponerme a experiencias aunque sepa que me van a joder”. Vampirella explicaría esta exposición a ‘conquistas de riesgo’ porque hacer algo “peligroso” provoca placenteras descargas de adrenalina”.

Cuestión de rentabilidad sexual

Para Marga, normalmente, este tipo de sexo kleenex “no sirve para subir la autoestima porque los polvos de una noche son los más fáciles de conseguir y, por consiguiente, entiendes que no te eligen por encontrar algo especial en ti, sino por pura urgencia sexual, cosa que me pasa a mí también, no lo achaco sólo a un género. Aunque también es verdad que las mujeres somos más miradas a la hora de irnos con alguien. La verdad es que me cuesta mucho encontrar placer en un polvo de una noche y no es porque no me esfuerce, pero entiendo que es más fácil satisfacer a un hombre que lograr que éste sea capaz de encontrar el clítoris”. Es decir, una cuestión de pura rentabilidad sexual, en cuanto que si te vas con la intención de disfrutar como una loca y acabas viendo cómo el escogido disfruta de su orgasmo sin preocuparse ni por asomo del tuyo, acabas optando por montártelo en casa tú sola, con el goce 100% garantizado y sin los efectos colaterales de embarazos no deseados, enfermedades de transmisión sexual, ronquidos y flatulencias insoportables de un desconocido...

En este sentido, una joven madrileña, alias Carlota, que sólo se ha liado con un hombre para un “quicky” -como llaman en inglés a los polvos rápidos-, y que “si lo hubiera pensado más, no lo habría hecho”, recuerda que “cuando lo hice no estuve muy a gusto, porque nos sabes nada de esa persona, ni te importa ni te une nada más que el sexo, así que, sin conocerle ni que te conozca demasiado... no lo encontré muy placentero. Pero tampoco fatal.” A Mayra le da igual, ha ligado con medio centenar de hombres “por las

ganas de pasármelo bien, lo cual no incluye sólo el placer sexual sino también las caricias, el dormir abrazada a alguien, reírme y estar a gusto”. Cuando lo ha hecho bajo los efectos del alcohol o cuando ha caído en los brazos de un hombre para olvidar a otro se ha podido llegar a sentir vacía o a sufrir un bajón de autoestima, si bien, por lo general, no le cuesta demasiado obtener placer, “otra cosa es que, si repites, suele ser mejor porque te vas conociendo, pero depende. Ha habido veces en las que el primer encuentro ha sido increíble y el resto un desastre, y al revés.”

Susana argumenta su promiscuidad y varios aspectos de la misma: “Me encanta seducir. Lo mires por donde lo mires, soy una seductora nata. Me gusta comprobar que gusto. Pero si sólo fuera por eso, me valdría con notar sus miradas de deseo. Lo que pasa es que me encanta el sexo. Además, durante mucho tiempo he intentado demostrarme a mí misma que era igual de capaz que ellos de irme a la cama con el que me diera la gana, independientemente de los sentimientos. Quería follármelos y punto, igual que ellos a mí. Mientras pasaba una etapa de mi vida en la que no quería ni oír hablar de compromisos, me sirvió, pero luego comencé a sentirme vacía y hastiada. Una amiga me decía entonces que mi problema es que pienso que me puedo acostar con cualquiera por sexo pero, en el fondo, muchas veces busco algo más. Pues sí, claro, cuando el tío me interesa más allá de su cuerpo, me gustaría conocerle más, no creo que sea tan raro”.

En cuanto a lo placentero de estos devaneos, Susana se explaya: “Si por mí fuera me lo pasaría de coña, porque me lo curro. Pero la mayoría de ellos van a meterla y punto. Y como muchos españoles no están demasiado duchos en las técnicas de seducción, ya que hasta hace poco no han necesitado ejercitarlas, no llego apenas caliente a la cama. Se me hace tan difícil que prefiero probar otras razas y culturas que dominan mucho mejor las técnicas tántricas. Me lo he pasado muy bien, he probado cantidad de cosas que nunca antes se me habrían ocurrido con mi ex pareja, he aprendido muchas cosas nuevas y, sobre todo, a no tener ni prejuicios ni complejos. Me suelto mucho más ahora. Lo he hecho con hombres que prácticamente no conocía de nada y he tenido unos orgasmos estupendos, porque había mucha química. Sin embargo, con otros creo que habría necesitado muchas más noches porque se veía que prometían, pero no se esforzaban por ser un polvo de una noche. Y otros que eran desastrosos de tan egoístas o por ese incomprensible y reiterado complejo de inferioridad”.

Sandra le secunda: “Cuando me lío con alguien por primera vez no me planteo si va a ser por una sola noche o más. Depende de tantas cosas... A veces, conoces a alguien, te gusta, os atraéis y acabáis en la cama. Puede que se repita en otra ocasión o puede que no. Si me lo he pasado muy bien y el tío me cae bien, ¿por qué no repetir? Lo que pasa es que muchas veces existen algunos inconvenientes: él tiene novia y sólo quería un rollo de una noche, no te gusta como folla, sí te gusta pero no tenéis nada que contaros... A mí, en general, si me lo he pasado bien, me gusta repetir. Estoy a favor de los rollos, es decir, de estar liado con alguien con quien te vas acostando más o menos asiduamente y también puedes hacer otras cosas (cenar, cine...) pero sin el “compromiso” de una pareja estable”. De nuevo la rentabilidad sexual. En cuanto a la satisfacción, “en algunos casos he sentido mucho placer. Depende de la otra persona, de la conexión que se cree, de la química, del alcohol que llevemos encima (en general, cuanto más alcohol, peor. Pero he tenido grandes orgasmos la primera noche que he follado con un tío. Claro que, en general, a medida que conoces el cuerpo de la otra persona vas disfrutando más, te relajas, te dejas llevar por la pasión y la imaginación. La confianza y el conocer los gustos del otro ayudan mucho a disfrutar plenamente del sexo y a innovar”.

Cuanto más cantidad, mejor calidad

Bien, igualito que la informática: cuanto más usas el ordenador, mejor te manejas con él y más rendimiento le sacas. Por eso muchas mujeres y hombres que, invariablemente, sienten muchísimo más placer cuando hacen el amor que cuando simplemente “se tiran” a un desconocido, apuestan por esos rollos que recomienda Sandra, por la red de varios amantes que van alternando, por las amistades con derecho a roce, o por repetir con ex parejas, lo que se ha dado en denominar “amigovio”. Aitor pone su propio ejemplo: “Ahora mismo tengo la suerte de tener el sexo servido con una buena amiga. Tenemos una relación abierta y además tenemos la suerte de no estar enamorados ninguno de los dos. Esto viene muy bien a nivel físico y emocional”.

En efecto, es una estrategia para evitar sentirnos vacíos e incluso utilizados, algo que nos acecha debido a que, según Vampirella, “no nos gusta ser *fast food* barata ‘para un rato’, porque sabemos que un banquete preparado con tiempo siempre será mejor que varios perritos calientes y, en ocasiones, porque hay un estigma social que nos persigue, me refiero al “estigma de la puta”. Al primer supuesto se agarra Sara, de 32 años,

madrileña, que comenta las jugadas a las que le ha llevado alguna borrachera que otra: “Es algo que no me sube la autoestima porque, normalmente, resulta muy fácil. Además, en la mayoría de los casos es evidente que el afortunado no se da cuenta de la suerte que le está tocando. No me conoce y por esto no puede apreciarme como me merezco. Si me doy cuenta de que no le interesa volver a verme, me destruye un poco por dentro. En definitiva, quiero que se interese por mí, por lo maravillosa que soy, si no, me siento usada y no apreciada”. A eso se le llama error de casting, por haber elegido mal al candidato.

Según el criterio de Pilar Cristóbal, hay dos tipos de mujeres dentro de las que se lían las mantas a la cabeza con un (semi) desconocido: “Las que tienen relaciones sexuales de una noche para pasarlo bien, sin más; y las que van a pescar y ponen el cebo del sexo, con lo cual, se sienten absolutamente frustradas a la mañana siguiente, porque el sexo nunca es un buen cebo”. A quienes ponen la excusa de que hoy en día es la forma más fácil y rápida de conocer gente y saber desde el primer momento si existe química entre ambos, Pilar advierte: “No se le conoce de verdad, se le conoce en un ámbito tan primario y tan básico que no sirve para nada. Tenemos niveles: el primero es el intelectual, el afectivo, el sensorial y, por último, el sexual. Cuando buceas directo al sexual, a lo mejor ni siquiera has pasado por el sensorial. Si piensas que los chicos van a lo que van y por eso sólo puedes engancharlos por el sexo, tendrás que ir tú a lo mismo y darte una alegría al cuerpo sin más, pero si tú vas a por otra cosa, a esos, simplemente, te los tienes que quitar de encima. En una orgía no vas a encontrar al compañero de tu vida. Si de verdad quieres a ese chico para otro tipo de relación, no tengas relaciones sexuales desde el principio, ni moderneces ni nada, puesto que él entiende el mensaje de que tú vas a pasártelo bien esa noche y nada más. Algunas incluso lo verbalizan, con lo cual ellos se levantan y se marchan sin más conflicto”.

Gallotti se plantea por qué vamos con la coraza y la declaración de intenciones por delante: “Es genial salir una noche y si el tío te gusta, hay química mutua, etc. terminar en tu casa o en la suya. Pero, ¿por qué nosotras nos vemos en la necesidad de hacerle saber a ese señor en algún momento que sólo queremos un polvo y nada más? ¿Por qué esta necesidad de etiquetarlo todo? ¿Cuántas veces de un polvo y nada más ha surgido una relación, cuántas veces la intención de mantener una relación ha quedado en un polvo y nada más? Eso se explica por la inseguridad provocada por haber tirado muchas

pautas y estar buscando otras nuevas. ¿Por qué no decir nada y a la mañana siguiente, si te ha gustado, le pides el teléfono y le llamas para tomar un café? Es que si le dices que no quieres nada más y luego te gusta, te vas a sentir mal, porque es antinatural. Lo natural y espontáneo es irte a la cama, pero para que vean que somos modernas y liberales tenemos que mandarles todo el rollo. Menos palabras y más acciones, es lo que necesita la pareja”.

Laura Carrión coincide en que nuestro error radica en el lenguaje, tanto en la forma de transmitir lo que sentimos, incluso a través de la apariencia física, como en el contenido poco sincero de lo que expresamos con supuesta seguridad: “A veces nos autoengañamos y pensamos que nos hemos enamorado de alguien con quien sólo hay sexo porque estamos buscando, no a esa persona en sí, sino el rol de una pareja. En eso las mujeres a veces somos hipócritas, vamos de que no necesitamos a un hombre que nos cuide y nuestra apariencia es de castigadoras, de duras, dando caña. Es absurdo ponerte barreras y aparentar lo que no eres por miedo, pues, en un momento dado, si te tienen que dejar, que te dejen por cómo eres y no por el personaje que te has construido. Desde que empezamos una relación sexual, afectiva o como sea, adoptamos un rol y cambiamos el lenguaje. En el fondo, esa agresividad no es más que inseguridad, nos es más fácil hoy pedir ‘cómeme el coño’ que ‘quíereme un poco’. Mi maestro y gurú, Joaquín Sabina, declaró en una entrevista: ‘A mí, los sentimientos, como el culo, me da vergüenza enseñarlos’. Nos resulta más fácil revestirnos con el aura canalla y de castigadora, porque nos han vendido que eso es lo que triunfa, en los medios, en la publicidad, en el cine con los duros”.

Comparte esta caricatura Manuel Valls en su libro *Un año sin sexo*, a través de una de sus histriónicas chicas: “La mujer del siglo XX debe vivir sus emociones de forma masculina”, en el sentido de evitar mostrar los sentimientos. Ella masculla con fingido sarcasmo: “¿No mostrarlos o no tenerlos? A este paso, ni tener impulsos, ni tener deseos, ni... claro, claro, seamos invulnerables. Es muy estético ser invulnerable y esconder un corazoncito. Eso lo hago yo la mar de bien. Y ni siquiera es una pose. Ni siquiera es una actitud. Qué va, es espontáneo. Me sale así, sin más”. “Estoy empezando a dudar si algún día fui capaz de sentir algo por alguien o simplemente decidí dejarlo para luego, para cuando la pasión no significara una amenaza, para cuando eso de decir

‘¿celosa yo? De eso nada’ fuera de fiar y no sólo una fórmula moderna para la independiente de turno que jamás ha soportado la palabra posesión”.

Mucha pose de guerrera invencible, pero nos asemejamos demasiado a los huevos: duros por fuera, blandos por dentro. Para no quebrarnos, nos convendría admitir la advertencia de Vampirella: “Es complicado que una mujer evite la implicación emocional cuando tiene una relación sexual con otra persona, salvo que lo haga -fríamente- por algún tipo de interés económico, laboral... Nuestro modo de relacionarnos es diferente por motivos biológicos, psicológicos y socioculturales”.

Gemma Lienas se suma al debate con una cita de su libro *El diario rojo de Carlota*: “Es muy difícil establecer el límite: Aunque digas ‘yo solo quiero placer, no quiero ir más allá’, a través del sexo estableces un vínculo afectivo. Es muy difícil no vincularse afectivamente si repites varias veces con la misma persona. A no ser que seas un tío muy frío y muy psicópata, y tampoco hay tantos. Por eso huyen y por eso huimos también muchas mujeres. Muchas personas no son capaces de establecer una relación sexual sin una implicación afectiva. Dicho de otra forma, establecer relaciones sexuales con otra persona acaba a menudo por generar un sentimiento hacia esa persona. Y ni es positivo ni es negativo, simplemente es. Es cierto que las chicas tienen tendencia a ser más románticas que los chicos, pero no sé si es por una cuestión biológica, o sea, porque nuestro cerebro lleva impresas desde siempre las consignas del cariño, o porque durante siglos hemos sido educadas para no escuchar nuestras necesidades sexuales y las hemos reconvertido en sentimiento afectuoso. Lo mejor es el término medio. Las chicas tienen que aprender a distinguir entre deseo sexual y sentimiento amoroso. Creo que a menudo las chicas habláis de sexo cuando, en realidad, habláis de sentimientos. Es muy importante que ninguna crea lo que ha sido norma en el pasado: que su objetivo en la vida debe ser casarse y tener hijos. Los objetivos en la vida son mucho más amplios que eso”.

A esta conclusión sí que han llegado las mujeres liberadas a las que alude el reconocido psiquiatra Willy Pasini: “Las mujeres han descubierto que utilizar en beneficio propio sus cualidades no sólo va bien, sino que además conviene. Reivindicativas, decididas y con una fuerte autoestima, se han dado cuenta de que ya no tienen necesidad de hacer la corte al poder, que basta con alargar la mano y cogerlo”. No obstante, Pasini enlaza

unas sospechas más que fundadas con las de las anteriores expertas: “Quizás dentro de esas mujeres, en definitiva, bajo las uñas, se esconda un alma tierna en busca de un nuevo y más estable “centro de gravedad permanente”.

No me cabe la menor duda, ni siquiera me resulta una excentricidad incomprensible. En primer lugar, porque hemos sido educadas, y seguimos padeciendo la presión social, para tener pareja. En segundo lugar, por eso que descubrió en sus investigaciones Helen Fisher, la antropóloga norteamericana que ha escrito el libro *Por qué amamos*: “Nuestros resultados cambiaron mi manera de pensar acerca de la verdadera esencia del amor romántico. Alcancé a ver esta pasión como un impulso humano fundamental. Al igual que el ansia de alimento o de agua y el instinto maternal, se trata de una *necesidad* fisiológica, un impulso profundo, un instinto que consiste en cortejar y conseguir un determinado compañero para adaptarse”. Lo cual no implica necesariamente que todas busquemos marido, como indica Vampirella: “Cuando la mujer es inteligente, culta e independiente, tiene sus propios recursos económicos y una vida interesante, eso cada vez se da menos, afortunadamente. Pero todas buscamos relaciones en las que haya intercambio de afecto (sentirnos deseadas, valoradas, amadas. Todos, (mujeres y hombres) queremos que nos quieran”.

Excusas para nuestras incoherencias

Llegados a este punto, cualquiera se preguntará por qué, si lo que queremos es amor, no lo expresamos sinceramente en lugar de hacernos las chulas y luchar contracorriente. Un avance del factor clave: Estamos pasando por un momento de transición en el que no tenemos ni idea de cómo actuar, carecemos de modelos y el único que tenemos como referente, aunque lo aborrezcamos, es el masculino. No obstante, poseemos más excusas. Para empezar a desmadejar el ovillo: ¿Hasta qué punto estamos verdaderamente liberadas o tan sólo nos han vendido la moto de la liberación sexual de la mujer y nos estamos quemando con el motor?

La psicóloga Carme Freixa retoma el hilo de ese empeño en imitar, como auténticas monjas de feria, el sistema patriarcal: “Hay una generación de chicas que han adoptado los roles más sexistas de la masculinidad y eso no va a hacer cambiar las cosas sino a enfrentar todavía más a ambos géneros, porque hacer un mundo diferente no pasa por adoptar las reglas de la masculinidad. Ahí el pensamiento feminista tiene que hacer una reflexión, y creo que la ha hecho, en tanto en cuanto nosotros hablábamos de igualdad

de derechos, pero el mensaje no se dio correctamente y la igualdad dio la sensación que pasaba por que las mujeres se adaptaran al mundo de los hombres. Por ejemplo, en lugar de abolir la mili y la guerra para todos, propusieron que las mujeres también la hicieran”. También está de acuerdo la feminista de toda la vida Lidia Falcón: “Se están adoptando los roles masculinos, es la perversión de la igualdad: buscar la igualdad para imitar lo peor de los hombres es algo que nosotras que lo hemos defendido tanto no habíamos pensado. Ves que las mujeres quieren ser tan agresivas, tan desagradables, tan déspotas y se dedican a cosas horribles como el boxeo, los toros, el ejército, la legión; o cuando están en puestos de poder les hacen la puñeta a otras mujeres y tienen un lenguaje soez... Me deja pasmada. Nosotras defendíamos la igualdad para lo bueno: la solidaridad, el compañerismo, la lucha por el progreso y la igualdad de oportunidades en una sociedad más socialista”.

Aporta el aprendizaje de su trato cara a cara con jóvenes el antropólogo y sexólogo de la Federación Española de Planificación Familiar (FEPF) Alfonso Antona: “Hay distintas situaciones: una chica ha pasado de pensar que solamente puede tener sexo con aquel chico del cual se ha enamorado o con el cual pretendidamente tiene que estar enamorada o con el que se dice y le dice al público que está aunque no le importe; a liarse con el que le apetezca por un criterio meramente estético. Es decir, las chicas repiten el patrón masculino de “está buena, lo voy a intentar” con la intencionalidad de ponerse a prueba a sí mismas, intentan representar un papel que en realidad les cuesta... Estas chicas suelen ser la loba en público, no en privado. Si están solas no tienen este tipo de comportamiento. Es como una reivindicación de un lugar en el grupo, dentro de un modelo de competitividad, para reafirmar su identidad. Igual que el tío fanfarronea: ‘yo soy el más macho’, ellas alardean: ‘yo soy la más puta’. Es un valor positivo igual que lo es ser un cabronazo, en el sentido de que implica ser la más moderna, la más ligona, la que, si se lo propone, lo consigue y la que supera todos los retos. Se definen así entre ellas, ‘ésta es mu puta’, como los tíos se saludan en plan ‘eh, cabrón’...” A su juicio, ellas no lo hacen tanto con el fin de “equipararse socialmente en la capacidad de irse con todos los que les dé la gana, sino por reivindicar su papel dentro del grupo como individuo; de alguna manera, se ven obligadas a adoptar determinadas aptitudes para ser reconocidas dentro del grupo, y tienen el mismo perfil que el varoncito que, cuantas más piezas caza, más se valora pero, sobre todo, más le valora el grupo”.

Retorna la palabra a Freixa: “La generación de los 20-22 años ha adoptado todos los roles sexistas excepto el de la sexualidad masculina del tipo ‘yo me la guiso y me la como para mí mismo’ porque si fuera así no padeceríamos tantos embarazos no deseados, tanta incidencia del SIDA, ni otras enfermedades de transmisión sexual. Lo único que no sigue negociando la mujer son sus relaciones sexuales, la manera cómo quiere hacerlas. En eso han hecho mucho daño series como Sexo en Nueva York, la cual puede resultar tan divertida como Ally McBeal, pero sigue proyectando los típicos tópicos de unas mujeres que buscan a su príncipe azul y harán cualquier cosa por encontrarlo. Y que una vez lo han encontrado se adaptaran a él para no perderlo. Eso es terrorífico, más envenenado que los cuentos de Blancanieves porque se viste con formas modernas en las que parece que han desaparecido las barreras pero no es así, en el fondo hay exactamente los mismos problemas y la misma búsqueda del príncipe azul. Es el típico retrato de la mujer histérica, pendiente de su físico, que no ve más allá de sus narices y cuyas únicas armas de mujer son las de la seducción tradicional: el escote, el perfume, el zapato y el modelito”.

La misma engañosa libertad con grandes dosis de romanticismo idealizado subyacentes observa Regina Müller en estas series que supuestamente retratan la sociedad actual. La autora alemana del libro traducido como Deberían llover rosas para mí sostiene que “nuestras queridas chicas de la serie Sexo en Nueva York depositan sus esperanzas en conocer en algún bar neoyorquino a un tipo que las distraiga y nadie les negará su derecho a ello, aunque, si realmente queremos tranquilizarnos, siempre es mejor comprar unos trapitos en Gucci. Una experta en estos temas es nuestra colega televisiva Ally McBeal, la cual, estrictamente hablando, no sólo es una abogada casi profesional. Su profesión principal es la de cazadora de príncipes azules, para poder dejar por fin los tacones altos en el armario y los libros de leyes. Dice la ingenua Ally: ‘Siempre había pensado que cuando llegara a los 30 habría triunfado en mi carrera, tendría tres hijos, un marido que me estaría esperando cuando yo llegara a casa por la noche para masajearme los pies. Pero miradme ahora: ¡ni tan siquiera me gusta el cabello que tengo!’.”

En una onda un ápice más optimista, a pesar de que Antona tampoco ve esa promiscuidad superficial “como una señal de haber conseguido cotas de libertad a la hora de expresar su sexualidad”, sí que confía en que se han logrado algunas novedades: “Hemos avanzado en la capacidad de la mujer para expresar su deseo, se lo han

permitido, algo antes impensable porque se les consideraría putas en sentido peyorativo. Ahora son capaces de venir al centro de planificación familiar juvenil y de intentar solucionar sus dudas y problemas sexuales, no se conforman sino que tienen que espabilarse. Y están aprendiendo a decir no: ‘no quiero hacerlo, no me gustas, no me apetece o no es el camino por el que yo quiero ir’. De hecho, han reproducido el modelo masculino en algunas cosas positivas, como entender su capacidad de elegir, no sólo pareja sino cómo se quieren interrelacionar con la susodicha, buscando espacios en los que ponen sus reglas. Y los chicos están cediendo espacios para facilitar las relaciones”.

La experta en sexología Laura Carrión ofrece su visión particular de sus coetáneas, entre los treinta y los cuarenta. “Las mujeres hemos ganado terreno sexualmente en el ámbito individual pero la asignatura pendiente es salir del armario. Es decir, nos masturbamos, les pedimos a nuestros chicos ‘cómemelo, que es lo que más me gusta’, pero luego, por alguna extraña razón, no admitimos en una reunión de amigas ni públicamente temas como la masturbación, que sigue siendo tabú, como si fuera tan raro, como si no formara parte de la sexualidad ni del conocimiento, como si no supiéramos que masturbarte mejora tu sexualidad y la de tu pareja. Es algo que parece que da vergüenza, igual que celebrar abiertamente que un tío te lo ha comido como nadie mientras que, en cambio, sí que decimos que nos echó un polvo fantástico. El no hacerlo, el no dar detalles, preocupa en el sentido de que nos fingimos muy recatadas en público a pesar de que luego, en privado, sí que disfrutamos, reclamamos, nos soltamos, dejamos a los hombres porque no nos satisfacen sexualmente, buscamos experiencias puramente sexuales, tenemos rollos de cama teniendo muy claro que, al día siguiente, si te he visto no me acuerdo”.

Me veo en la necesidad de matizar que Laura Carrión se engloba en el colectivo de mujeres independientes y autónomas que reivindicamos nuestra sexualidad en voz alta desde hace mucho tiempo. Una de esas escasas voces que claman en el desierto verbalizando con sinceridad nuestras opiniones, deseos y sensaciones dentro y fuera de la cama, con plena conciencia de que se nos hace el mismo caso que al eco y se nos toma por bichos raros o por malas mujeres, dado que, por supuesto, una buena mujer se calla y se conforma con lo que el hombre tiene a bien concederle. Estoy de acuerdo con ella en que esto está cambiando, que cada vez se van subiendo más damiselas a nuestro carromato para recorrer la sabana, y las sábanas. Empero, todavía son muchas las

mujeres que no sólo nos critican por hablar de sexo con tamaña desfachatez, sino que, fastidiando de paso al resto, continúan fingiendo orgasmos desde el rol pasivo de la receptora o, peor para ellas, limitándose a la penetración sin atreverse a investigar lo que les podría satisfacer.

Masculinizando la sexualidad femenina

No en vano los expertos revelan que el modelo androcéntrico y coitocéntrico dominante sigue vigente incluso entre jóvenes que han recibido una educación mucho más abierta que sus padres y conviven en contacto con el sexo como con la comida o el aire. En concreto, Antona ha comprobado que “la vivencia de la sexualidad de la mujer sigue siendo todavía un modelo de tiempos remotos. Expresan así su paradoja: ‘Por un lado, tengo, no ya el derecho sino la obligación de llevar una vida sexual rica en cantidad, no tanto en calidad. Lo cual no significa más que reproducir el modelo sexista masculino, las mujeres no está feminizando la sexualidad sino masculinizando la suya propia: ‘Yo soy una mujer moderna en tanto que tengo montón de parejas, me pego unos polvos de muerte en los servicios de los bares y, además, lo cuento, como los tíos’. La cantidad no va, en absoluto, ligada a la calidad”.

Asimismo, este sexólogo se ha sorprendido mucho “de que las chicas todavía tienen muchas dificultades para masturbarse. Mientras que si le digo a un varón que ha de hacerlo, va como loco, cuando se lo requiero a las chicas en la terapia, me dicen que les cuesta, incluso estando solas. Me encuentro con chicas de 19 a 21 años que no se han masturbado en la vida. Lo cual viene a demostrar lo interiorizado que está el modelo de la sexualidad restrictiva y represiva, vivida en el miedo hasta el punto de que les impide disfrutar de su propio placer porque éste debe estar al servicio de otro. No son todas, pero están ahí, de hecho, las estadísticas no son significativas en este campo porque la gente contesta lo que sabe que se espera de ella”.

Del cuadro que pinta este especialista sobre la generación que ronda los veintipocos años se deducen, por regla de tres, las lacras mucho más represivas que debemos de arrastrar los miembros de la generación inmediatamente anterior, es decir, sus hermanos y, en especial, sus hermanas mayores. Aclara Antona que él nunca había trabajado con disfunciones sexuales en adolescentes, todo le está resultando bastante nuevo: “Lo primero que me sorprendió cuando empecé a trabajar con adolescentes fue que mujeres

de entre 17 y veintitantos años tienen las mismas disfunciones que las de 40, es decir, anorgasmia. Pero eso no sería tan importante si no fuera asociado a que fingen el orgasmo para que el chico no se les moleste. Parten de un prejuicio sexual. Yo daba por supuestísimo que en estas generaciones eso estaría superado, pero no es así, y me empecé a preocupar cuando me encontré con 5 casos en los últimos 4 meses. Las mujeres están condicionando su anorgasmia y la van reforzando al fingir el orgasmo. Con ello fortalecen las disfunciones de género, repiten sistemáticamente la vivencia de una sexualidad desde el control y no desde la propia satisfacción ni la del otro. La mujer termina reproduciendo el modelo de sexualidad por atribución externa, en el que el placer no está en sí misma sino en su pareja”. ¿Cómo? “Bidireccionalmente: tengo que esperar a que él me provoque orgasmos y, además, estoy al servicio de su sexualidad, tengo que ser complaciente y darle placer a él a costa incluso de mi propio placer”, reproduce los testimonios que ha escuchado.

Partiendo de tal premisa, Antona llega a la conclusión fundamental en este embrollo: “Sólo se puede decir que han cambiado las formas, no el contenido de fondo”. Le secunda Alicia Gallotti, también sexóloga: “Lo que ha cambiado más que el fondo ha sido el discurso, totalmente, ahora se habla de todo con naturalidad, de sexualidad, de los miedos... Ahora bien, en la superficie; no se habla del fondo de verdad. Ni siquiera en las relaciones de amistad se confiesan intimidades como que te sientes sola al llegar la noche, o que no tienes orgasmos con tu pareja, etc. En los medios nos bombardean con mensajes que nos pueden hacer creer libres pero creo que es sólo una aparente libertad. Los modelos sociales siguen siendo los que representan más el pensamiento popular, los más convencionales”.

En este punto interviene Freixa con ímpetu: “Otros de los problemas que siguen existiendo y se denotan en series como Ally McBeal o Sexo en NY, tanto como en las revistas de la mal llamada prensa femenina, es que a la hora de pedir en la sexualidad, lo normal, lo adecuado, continúa siendo el coitocentrismo. ¿Por qué? ¿Es más moderno? ¿Es mejor? Seguimos teniendo esa sensación de que la sexualidad normal es la del hombre, la lógica, y está tan cargada de prejuicios como la femenina: el hombre pasa toda su vida pendiente de su erección, de si va a rendir, de si va a ser capaz de... Todo eso puede condicionar su forma de vivir la sexualidad, igual que a la mujer el hecho de pensar que la regla influye en las relaciones sexuales, que en un momento dado no va a

tener ganas de tener relaciones, que el coito es la forma de obtener su orgasmo y no la masturbación... Hagamos un poco de caso a la ciencia y entendamos que nuestro órgano sexual es el cerebro, y la vía de llegarle las estimulaciones al cerebro es nuestro cuerpo. Desde el punto de vista psicológico, la mujer ha sido más capaz de reencontrar su cuerpo como vehículo de comunicación y lo que tiene que hacer, si acaso, es compartirlo con el hombre, en el caso de las relaciones heterosexuales”.

Efectivamente, y de esto sabe mucho Gallotti, no en balde ha escrito un buen repertorio de libros sobre kamasutra, el último específico sobre sexo oral, “masturbación, sexo anal y sexo oral siguen siendo los grandes tabúes. En mis reuniones con amigas o en los programas de radio, las chicas cuestionan muchas preguntas increíbles, pero, encima, muchas confiesan que no se habían permitido el gusto de masturbarse hasta que no habían leído mi libro. Es lógico, dado que la sexualidad femenina siempre se ha vendido como reproductora. El macho, cuantas más deje preñadas, más macho. La hembra debe ir sólo con un macho para que se sepa quién es el padre. No obstante, el sexo por placer incluye la masturbación, el sexo oral y anal: los auténticos juegos eróticos se consideran de segunda categoría. En los programas como Gran Hermano nadie habla de estos temas, se sigue considerando que practicar sexo es un coito y punto”.

El coitocentrismo les perjudica también a ellos

Lo incomprensible es que dicho modelo basado y montado entorno al coito les perjudica por igual a ellos. Aun contando con la ventaja de obtener placer casi con total seguridad (en tanto que el porcentaje de probabilidades de que las tías obtengamos un orgasmo con un simple coito sin estimulación directa del clítoris es idéntico al de la cerveza sin alcohol), los hombres también padecen las consecuencias de que todo gire alrededor y dependa de su pene.

Por ejemplo, a Carme Freixa sus colegas terapeutas sexuales le “relatan que uno de los problemas que más están viendo son los de falta de erección. El argumento sexista es que la culpa la tienen las mujeres, el psicológico es que el hombre, perdido su rol, se preocupa tanto de su rendimiento que muchas veces tiene esos trastornos, agravados por la ingesta de alcohol, tabaco y otras cuestiones que antes no se tenían en cuenta y ahora sí. Antes bien, al encontrarse con mujeres que por vez primera le están casi implorando que se apliquen sexualmente, recurre a la única forma que sabe: la penetración. Sin

darse cuenta de que, si disfrutara de todo su cuerpo como vehículo de comunicación, se lo pasaría mejor él y tendría menos preocupaciones. Algunos tienen miedo a ser padres, porque no pueden dejar de ejercer la paternidad y no saben muy bien qué partido tomar. Algunos de ellos se preocupan en demasía de que su compañera obtenga mucho placer porque eso les refuerza a sí mismos. Ellos siguen pensando que tienen la varita mágica que despertará la sexualidad de ellas, les cuesta entender que la mujer tiene sexualidad por sí misma; todo y que su mito continúa siendo la mujer leona, la vampiresa que se los come vivos. Se convierten en obreros de la sexualidad, con lo cual disfrutan menos”.

Antona lo confirma cada día en su consulta: “Estoy encontrándome con chicos con anorgasmia, incapaces de correrse por miedo a no saber desempeñar su tarea. Están más preocupados de la valoración que les hacen que de su propio placer. Yo les provocho diciéndoles que si lo único que quieren es un polvo y en absoluto una relación estable, para qué se empeñan tanto en que ella se lo pase bien. Los chicos reproducen exactamente el mismo patrón que las chicas, pueden haber cambiado algunas cosas, pues antes se les acusaba de que iban a su bola y no se preocupaban del placer de las chicas, y, por contra, ahora se ha convertido en una obsesión: la inmensa mayoría de los varones tiene trastornos en su sexualidad debido a ello”.

Esta declaración no asombra a Pilar Cristóbal, harta de recibir a hombres con historiales similares en su consulta sexológica: “En el ámbito sexual, muchísimas mujeres están ahora mismo superexigentes en el peor sentido de la palabra. Se tiran en la cama y le retan: ‘A ver cómo te lo haces’. Cuando terminan, les ponen nota: ‘Hombre, no ha estado mal’, que es lo peor que les puedes decir”. Pese a su forma de dominar la situación, “muchas no conocen su cuerpo y, sin embargo, le exigen al tío que sea un maestro en sexualidad tántrica, lo cual genera muchos conflictos. Estoy visitando ahora a hombres con una disfunción que antes los libros de sexología sólo atribuían a las mujeres: la anorgasmia: Montones de hombres imposibilitados para eyacular dentro de la vagina por sí mismos, porque aguantan lo que les echen pero no se abandonan debido a la presión por cumplir. De manera que cuando ella les dice que ya no puede más y que está agotada, necesitan masturbarse para poder llegar al orgasmo”.

Cristóbal está ejercitando la terapia femenina por excelencia en hombres: “Su cerebro se ha malacostumbrado a no relajarse durante la penetración, de eso pasan a no tener

erecciones y, finalmente, a la pérdida del deseo. Les han provocado el miedo las primeras mujeres con las que han tenido relaciones, las películas porno y la idea absurda de que si a una mujer le haces gozar locamente, la mantienes enganchada para toda la vida y todas esas tonterías que no sé de dónde se sacan. Como ahora una parte muy importante de su ego es el desempeño sexual, medido por cantidad de orgasmos femeninos que consiguen provocar, siguen rigiéndose por el mismo baremo de la cantidad (antes su hombría se medía en cantidad de hijos, de semen o de polvos en una noche). Con lo cual, sus orgasmos pierden importancia frente a la cantidad de gritos que pegue ella”.

No es sólo por ti, no te engañes

¿De verdad se han vuelto ellos tan dadivosos y altruistas hasta llegar a la enfermedad como para dejar de pensar en su orgasmo por procurárnoslo a sus compañeras nocturnas? No son estrellas todo lo que brilla en el firmamento, a veces son faroles. Alfonso Antona se pone en el lugar de los jóvenes de nuevo: “En realidad, no están pendientes de que ella se lo pase bien en sí, sino que buscan la aprobación y ésta se mide por los orgasmos, por eso ellas aprenden a fingir, para no dejarles hechos polvo. Ambos están reforzando una interacción sexual basada en el modelo en el que el chico sigue reproduciendo el modelo sexista para que su reputación no caiga por los suelos, en tanto que antes intentaban ser unos cracks para que ella no se fuera con otro. Anteriormente, también se pretendía que fuéramos grandes amantes pero nadie te criticaba ni te cuestionaba; ahora, sin embargo, temen que se lo cuestionen o les dejen en ridículo o les suelten que ni se han enterado, la presión queda explícita. Ahora hay mujeres que demandan: ‘¿Y yo?’ Pues ellas también podrían buscar su propio placer o pedir lo que quieren, en definitiva, es un juego perverso que simplemente reproduce el modelo de responsabilizar al tío de su propio placer y de demostrar que él es el macho dador. Ellas también tendrían que buscarse un poco la vida y expresarse, porque no se puede esperar que el hombre lo sepa todo. Es el mito de la semillita y la maceta en el que el hombre es activo y ella receptiva, aristotélico a ultranza”.

Toda esta problemática de la que las malas lenguas culpan a las mujeres se origina por culpa de lo que resume Laura Carrión: “Estamos en tierra de nadie, ni somos tan reprimidas como nuestras madres ni estamos tan liberadas como pretendemos porque en el fondo subyace ahí, bajo el subconsciente, la educación recibida”. Traducido: no

tenemos ni idea de cómo comunicarnos con el otro sexo, debido a que ni siquiera sabemos a ciencia cierta lo que queremos en nuestro fuero interno, habida cuenta de todas las contradicciones que nos asaltan. Quizás por eso cuando comenzamos nuestros primeros escarceos entre parques, coches, sofás de amigos y baños públicos nos conformamos con probar lo que suponíamos que era lo normal. Cuando, con el tiempo, vemos que aquello no nos proporciona el orgasmo celestial tan laureado por las películas, empezamos a buscarlo cómo dios nos da a entender.

Y dios, si existiera o existiese, andaría ocupadísimo en otros menesteres, así que no nos queda más remedio que encontrar la fórmula mágica por nuestra cuenta, rollo Frodo entre valles y montañas en El señor de los Anillos. En ese periplo, cada una actúa en función de su currículum sentimental y sexual. Unas son capaces de encauzar bien sus deseos y sentimientos y expresárselos al otro género de forma correcta y consecuente (desde aquí mi admiración); otras esconden la cabeza debajo del ala y prefieren retirarse de las trincheras antes de que las cosan a tiros los soldados del otro bando sobre cualquier superficie horizontal; otras optan por quedarse en el papel tradicional de las mujeres que ejercían de enfermeras, cocineras, profesoras, amantes, etc. para los que volvían hechos trizas de la batalla, y otras, las más kamikazes, nos lanzamos a pecho descubierto a la aventura. Me temo que estas últimas somos las que, después de muchas heridas y jirones en la ropa (con lo que revienta que te destrocen un vestido de noche), nos mostramos agresivas, a la defensiva, resentidas, decepcionadas, desconfiadas... y todos esos calificativos que nos adjudican los hombres, esos que no aciertan por dónde cogernos (y no sólo en el significado argentino del término).

Como muestra clara y concisa de que esta agresividad resulta, cuando menos, preocupante, léanse dos consejos incluidos en las “Nueve formas de tener una noche loca de película” que generosamente comparte Lisa Sussman en su libro Sexo en la ciudad: “No mientas: él agradecerá saber que sólo es sexo, y nada más. Además, te ahorrarás tener que escucharle planificar su huida. Menciona a otro hombre del que todavía estás enamorada: tu amigo, tu ex. O que al día siguiente te vas de la ciudad para siempre. No digas nada que le haga pensar que deseas volverle a ver”. ¿Más citas? “Es el momento de ser sexualmente egoísta: deseas una sola cosa: un orgasmo (bueno, quizás un par de cosas más). Haz que se esfuerce más de lo que nadie se ha esforzado hasta ahora. Ya es hora de que todo es sexo oral acabe en algo más que en un cuerpo

dormido al otro lado de la cama. Sé dominante, exige y ordena hasta que acabes gimiendo y retorciéndote. Recuerda: no lo estás haciendo para engatusar o retener a tu amante; estás disfrutando a tope y ya está. Muerde, araña, suda y saboréalo. Acaba con las apariencias sexuales y las expectativas sociales: lo primero es lo primero”.

Ahí queda eso. Pese a que en ocasiones muchas singles damos la impresión de ser un poco lobas, no solemos rozar tales extremos; al fin y al cabo, buena parte de mi generación estudió en colegios de monjas y recibió una educación católica. Pero lo cierto es que, a mí, en concreto, me encantaría tener las agallas de comportarme de una forma tan fría y despótica cuando me topo con un tío que me mira desde la cama con la cabeza apoyada en sus brazos a modo de almohada indicándome que se la chupe. Sussman recomienda exactamente eso: que nos comportemos como muchos de ellos. El único obstáculo moral que nos retracta a la mayoría es que el egoísmo no parece uno de esos valores éticos encomiables que convenga aprender de nadie, ni queremos tratar a alguien como nos molesta que nos traten a nosotras.

Ahora bien, hay de todo en las viñas que surten de Rioja los bares en los que comenzamos el flirteo. El testimonio de Aurelio, un joven de 29 años, suma otro botón de muestra de lo agresivas que están llegando a mostrarse algunas mujeres: “Fui a una discoteca en Granada, estaba bailando y, de repente, me empieza a tirar los trastos una gaditana. Nos liamos y me invita a su casa. Yo le pregunto qué vamos a hacer y ella me contesta: ‘Yo te lo digo: primero tú me comes el coño, después yo te chupo la polla y luego, si eso, follamos’. Buen plan. Pues no. Cuando terminé con mi parte del trato, después de oírla gemir como a una loca, ella me apartó, se dio la vuelta y me soltó: ‘bueno, quillo, que tengo mucho sueño’.” El sexólogo Alfonso Antona interpreta esta anécdota y todas las que protagoniza una mujer en el papel de subyugadora del hombre: “Cuando uno está jodido durante toda la vida y se encuentra con ciertas cotas de poder, aunque sean simbólicas, padece el Síndrome de Robespierre, es decir, tiendes a reaccionar agresivamente.”

Este síndrome tiene acongojados y alucinados a un sinnúmero de hombres, en cuanto que a muchos que no sobrepasan los 40 les están haciendo pagar todas las vajillas y cristalerías rotas durante milenios de patriarcado. Rosetta Forner conoce “a demasiadas mujeres que han adoptado comportamientos sexuales ‘liberados’ para vengarse de esos

hombres que las han tratado como felpudos, sin acertar a darse cuenta que son ellas las que se tratan a sí mismas como tal ('nadie nos hace nada, que no le permitamos'). No nos ha de extrañar, pues, la imagen que ellos se hacen de nosotras: Manuel Valls, en su libro *Un año sin sexo*, retrata en varios fragmentos su visión de las treintañeras cosmopolitas. Uno de sus personajes le comenta a una amiga: "Las veinteañeras, cielo, no tienen vuestra mala leche". A lo que ella le contesta: "¿Y cómo quieres que no la tengamos si llevamos media vida aguantando vuestras mezquindades? La relación con un hombre quema, querido. Y una, cuando acumula varias relaciones en su vida, es lógico que esté quemada. En el fondo, y no te engañes, a vosotros también os sucede lo mismo. Por eso no os sentís amenazados por una jovencita sin cerebro y mucho pecho".

En otro párrafo prosigue: "Los gays no tenemos la culpa de que las mujeres ahora penséis y actuéis como tíos. Con vuestra cruzada de la liberación, habéis acabado siendo tan egoístas y machistas como ellos. Es lógico que ahora los machotes sensibles os teman y busquen cariño y comprensión en otras criaturas más sumisas, cariñosas y fundamentalmente menos agresivas". Por último, en una escena de seducción, el chico generaliza sobre el universo femenino: "Sois muy temperamentales e impulsivas y le dais demasiada importancia a los sentimientos. La mayoría os pasáis de exigentes en vuestras relaciones y últimamente más todavía con el sexo. Lo cierto es que lo lleváis de manera muy poco distendida. Esperáis que los hombres se mueran por vosotras y cuando no lo hacen os sentís ofendidas. Es más, os sentís ofendidas si no nos gustáis lo suficiente".

Lamento admitir que me di por aludida en unas cuantas páginas del libro de Valls, lo cual me hizo barajar dos posibilidades: O él firma con pseudónimo y en una noche de borrachera le conté toda mi vida de "single" total y no ha respetado el off the record, o bien somos muchas las féminas de esta media de edad, entorno urbanita y nivel cultural las que vivimos aquejadas por las mismas dudas, contradicciones y frustraciones. Es decir, somos víctimas de nosotras mismas, no es que nos ensañemos con ellos en particular. No obstante, Ángel, periodista cultural de 35 años, cree que "actualmente los hombres sufren más que las mujeres. Pienso que se están tomando algún tipo de revancha y son mucho más frías, independientes y calculadoras, todavía tienen que sobreponerse a su estatus de igualdad relativamente reciente". Andrés lo clarifica con una metáfora: "A muchas mujeres las veo envalentonadas porque están en un momento

triumfal. Es como el corredor que sonrío porque va en primera posición y de vez en cuando se gira para ver dónde están los otros corredores. Creo que, de tanto girarse con la cara sonriente, ese corredor se va a estampar contra un muro sin darse cuenta. Pero eso aún no ha ocurrido. En ese momento de esplendor, la mujer olvida que inevitablemente siempre convivirá con los hombres. No sé. Es como si una mujer se pasara el día acogotando al hombre con el que vive. ¿Quién lo pasará mal? El hombre porque verá su autoestima minada, pero la mujer que tiene que convivir con un hombre sin autoestima no parece que vaya a ser mucho más feliz”.

Con todo, Andrés confía en que en el futuro la situación mejore: “Tendrá que arribar un momento en el que, habiendo situado a las mujeres en el rango social que les pertocaba desde hace años, se empiece a pensar en el hombre y a darle pistas sobre el modo en que tiene que relacionarse con la sociedad, con las mujeres y con los hijos. A lo mejor incluso se crea un Instituto del Hombre, que empieza a ser más que necesario”. Por su parte, Iker, diseñador gráfico vasco de 25 años, estima que “en la actualidad la sociedad no es consciente de que la igualdad es necesaria pero que no implica hacer las mismas cosas. La mujer está en un momento decisivo y, si no lo controla, acabará volviéndose en su contra. Es importante complementarse. Socialmente la mujer está siendo manipuladísima y creo que eso no es positivo. Además esto afecta a ambos sexos. Cada vez existe más competitividad y eso no es bueno”.

El escritor Gabi Martínez recuerda que “las mujeres de hoy tienen muy poco que ver con las que yo conocía en mi infancia, porque mi familia es más conservadora. Han dado unos pasos brutales, están en un momento estupendo en el sentido de que tienen más posibilidades que nunca por delante, y muchas se están aprovechando de ello, saliéndose de madre, y esto repercute en algunos detalles que se ven a pie de calle: por ejemplo, muchas adolescentes beben y fuman más que sus compañeros, quieren reivindicar tanto esa igualdad que acaban por sobrepasar incluso las libertades que se permiten los hombres. La mujer también ha conseguido equipararse en estupidez al hombre, por aquello de ponerse la medalla por que un tío se vaya a la cama con ella. También en su dureza en el trabajo, en concentrarse mucho en su negocio queriendo siempre más. Llega un momento en el que has de saber detenerte a valorar a dónde has llegado, qué es lo que tienes y a dónde quieres llegar a partir de ahora, porque puedes

dejar muchos aspectos importantes de lado. De todas formas, cuando baje la burbuja, como suele ocurrir, entraremos a alcanzar una libertad real”.

Con parecido optimismo, Aitor, diseñador vasco de 30 años, opina que “la mujer en occidente se ha liberado de ser “menos” que el hombre. Lo que pasa es que, como todo en la historia, han dado un pendulazo y vemos casos muy claros de mujeres que sienten un placer especial en ejercer su autoridad sobre los hombres. Es natural. Ya llegaremos a un equilibrio, espero”. Y confiesa con encomiable sinceridad: “Me intimidan un poco las mujeres muy inteligentes. No es algo de lo que esté orgulloso; pero lo reconozco, tengo grabado en la médula el cliché del hombre que lleva la iniciativa y tal. Qué pasado de moda, ¿no?”. Más bien al contrario, ésa es una de los rasgos comunes de gran parte del género masculino hoy en día, supongo que por herencia de la educación sexista recibida, de la cual les resulta tan complicado zafarse como a sus compañeras de generación.

No hay tantas diferencias... ¿o sí?

Tal vez por eso algunos entrevistados se muestran conciliadores y evitan hacer diferenciaciones entre hombres y mujeres a la hora de analizar nuestras relaciones. Eduardo Verdú, co-escritor de *En busca del tío in-perfecto*, ve a las hijas de su quinta “como a unas iguales. Veo a mujeres que han compartido la misma educación que nosotros y que se enfrentan a los mismos problemas y dilemas que encaramos los hombres, la maternidad (paternidad incluida). No creo que tengan complejo de superioridad a pesar de que conserven la vieja (y certera en ciertos aspectos) creencia de que los hombres somos simples. Aunque, en cierto modo, puede resultar desconcertante la inmensa variedad de modelos de mujer con los que trata mi generación, en el fondo es mucho más estimulante, enriquecedor y atractivo”.

Otro perfecto feminista, Alfredo Ruiz, escritor y fundador, junto con Manuel Valls, de la editorial *Ático*, de Barcelona, señala que ellas están “acuciadas por el mal de nuestra generación, que es quererlo todo. Esto, que es común en hombres y mujeres, quizás se acentúa más en ellas. Mi relación con ellas es muy buena, y no creo que sean especialmente agresivas. Sí que las veo a menudo intransigentes, con ellas mismas y con los demás, lo cual no es bueno para nadie. Pero lo que de verdad me sorprende es que mujeres inteligentes y capaces actúen a veces de forma tan inmadura o irracional.

¿Cuál es el motivo? No lo sé. ¿Hormonas? ¿Instinto de supervivencia? Ya me gustaría saberlo”.

Una conjetura: La causa radica en la autoexigencia que nos han inculcado como valor máximo. Nos han imbuido en el cerebro que hemos de ser perfectas: la estudiante estrella de la clase, la perfecta esposa, la amante contorsionista, la más profesional, la madre ideal de nuestros hijos, la ama de casa más escocada, la mejor amiga y confidente, la más guapa y delgada... Malgastar décadas, desde la adolescencia, persiguiendo el ideal de la mujer 10 sin alcanzarlo, genera cierta frustración, aparte de pequeñas perturbaciones como la ansiedad, el estrés y otras enfermedades que nos afectan a muchas por el camino, como no cesan de repetir los especialistas en trastornos obsesivo-compulsivos del tipo de la bulimia, la anorexia o las adicciones, sean éstas a las compras, al móvil o a Internet, a las drogas, etc. Aventuro que algo tiene que ver con esas conductas y reacciones tan extrañas que Alfredo y sus congéneres observan atónitos entre sus amigas y conocidas. Por ahora, no daré más pistas, los especialistas se encargarán en los siguientes capítulos de desmenuzar este fenomenal barullo.

Atendamos a las reflexiones de los que responsabilizan por igual a ambos géneros de las dificultades de la coyuntura relacional contemporánea. Iñaki, 32 años, arquitecto vasco: “En los dos géneros se da una bicefalia de conducta: Por una parte, la moral más profundamente instalada nos recuerda valores sexistas que definen muy claramente el campo de movimiento de cada género y los objetivos a conseguir. A saber: los hombres han de buscar la tranquilidad complaciente de una mujer fiel pero mantener alerta el piloto sexual como corresponde a un macho follador; y las mujeres tratan de conseguir por todos los medios (armas) satisfacer el ideal de pareja que apacigüe la inestabilidad emocional y responda a las necesidades vitales. Creo que son unos valores subyacentes, que he caricaturizado y que no están presentes de manera absoluta en miembros de nuestra sociedad salvo en casos extremos”.

Por otra parte, continúa con su análisis, “los valores que se están experimentando en nuestra sociedad (en España diría que desde los años 70-80) juegan con conductas de liberación (general) que también afectan a lo relacional. Así, estamos compaginando todos estos valores que se mezclan y dan lugar a una diversidad de tipos morales bastante desconcertante y despistante (sic). Además, en ocasiones, la respuesta a algunos de estos valores (los liberadores) sale en forma de conducta incontrolada y

revulsiva que no ayuda mucho a entenderse a uno mismo ni a que lo entiendan. Dejando de lado la discusión acerca de cuáles deberían ser los valores a generalizar, creo que contemplar los valores que uno lleva dentro con naturalidad es imprescindible para conocerse, para que se nos conozca, ya para iniciar algún tipo de concienciación si fuera el caso”.

Puesto que los propios encuestados se remontan a la Historia para comprender su realidad y emprender su trabajo de autoconocimiento, recurro a la revisión histórica sobre la sexualidad que Willy Pasini, profesor de Psicología y Psiquiatría en las Universidades de Ginebra y Milán, realiza en su libro *Los nuevos comportamientos amorosos*: “Después del 68, y sobre todo en la década de 1970, los jóvenes abandonaron la perspectiva reproductora para seguir un código relacional, o, mejor aún, un código hedonista. Más libre, porque sólo consideraba fuera de la norma la relación no consensuada. La crisis del código reproductor permitía que cada uno gestionara de forma autónoma sus propios valores sexuales. En este período el panorama sociocultural sufrió modificaciones radicales, lo que determinó un cambio de los conceptos de normalidad y desviación. Toda una generación de hombres y mujeres se sintió por primera vez protagonista de una auténtica revolución sexual y legitimada, por tanto, en su experimentación erótica, que incluía relaciones fuera del matrimonio, encuentros de una noche, intercambios de pareja, libre acceso a la pornografía, relaciones homosexuales... Los avances en el terreno de la contracepción, la legalización del aborto y el descubrimiento de antibióticos para combatir las enfermedades de transmisión sexual también favorecieron este clima de permisividad. Por consiguiente, el sexo fuera del matrimonio y el que no tenía como finalidad la procreación dejaron de ser considerados formas de trastorno psicosexual, del mismo modo que fueron aceptadas la masturbación, la fellatio, el cunnilingus, y la homosexualidad. Empezaron a aparecer, en cambio, los primeros signos de crisis del eros, esto es, manifestaciones de anorgasmia, inhibición del deseo, falta de erección o trastornos de eyaculación. Estamos a comienzos de los 80. Asoman nuevos fantasmas: el SIDA, la difusión del herpes genital y la hepatitis B. Y se inicia un retorno al valor de las relaciones basadas en la confianza y en la adhesión a un código estrictamente relacional, que considera el sexo un instrumento para reforzar las emociones y la intimidad. Sin contemplar, no obstante, una libertad legalizada fuera de la relación elegida como importante y sólida. La confianza, por tanto, es la base de la intimidad

sexual. Estas actitudes se ven además reforzadas por la fuerza política de los grupos religiosos que consideran nocivas las expresiones sexuales fuera del matrimonio porque suponen una amenaza para la vida familiar”.

Alabado sea Pasini: No estamos locos, sino que somos fruto de los ciclos experimentados por las generaciones anteriores a la nuestra y ahora nos hallamos en un momento de transición en el que no nos queda más remedio que inventarnos un nuevo orden, en vista de que los previos no nos funcionan. Alicia Gallotti, de 54 años, ve clara la secuencia: “Mi madre copió, con algunos cambios, el modelo de mi abuela, yo decidí que no quería copiar ni a mi papá ni a mi mamá porque eso no servía, y los hijos de mi generación saben lo que no tienen que hacer pero no lo que deben hacer, les hemos dejado sin modelos”.

Probablemente sea esa la razón por la que muchas mujeres resultamos tan incomprensibles como un libro en japonés para un occidental: estamos investigando, por el mecanismo de prueba y error, cuál es el método perfecto para conglobar las reliquias del pasado que guardamos en el trastero cerebral con los nuevos valores de colores que prácticamente acabamos de comprar en Ikea para amueblar las estancias principales al estilo más moderno. Cuesta esfuerzo y destreza, desde aquí se lo advierto, evitar que estilos tan dispares no se den de bofetadas, de hecho, a veces siento que ese dolor de cabeza no es un efecto colateral de la resaca sino de los combates que disputan, en el cuadrilátero de mi cráneo, la educación recibida y los conocimientos adquiridos a posteriori por vías de experimentación varias. Tampoco nos solivianta el hecho de que la decoración del hogar suele recaer sobre las mujeres mientras que los hombres se limitan a opinar, seguir sus pasos y, sólo después, emprenderla con los tornillos y el bricolaje en general, (así lo constataba Vampirella en un reciente estudio de la revista Time, según el cual, con respecto a la sexualidad, los hombres apenas han cambiado en los últimos 55 años. Casi todos los cambios han estado protagonizados por mujeres pero afectan a unos y a otros). Por ello volvemos a pasar el testigo a las artífices, para que revelen cómo se sitúan en este período transitorio y cómo ven a sus complementarios.

De cómo cruzar el puente sin caerse al río

Así retratan esta etapa puente las féminas que han decidido no quedarse tiradas viendo la tele en el cómodo salón del patriarcado y prefieren dirigir ellas su propia película:

Lanza el primer dardo directo a la diana Belinda: “Estamos en un momento de transición en el que ninguno de los cuentos que nos enseñaron de pequeños se ajustan a la realidad. Blancanieves ha acabado por ganar más que el príncipe, pero sigue teniendo a sus espaldas la responsabilidad de darle un heredero al trono, además de demostrarle a todo el mundo lo gran profesional que es. El príncipe está descolocado porque ha dejado de ser el pater familias y seguro que si su abuelo lo viera, pensaría de él que es un calzonazos. Pero, claro, ella cada vez le pide más: más ayuda en casa, más sensibilidad, más, más, más. Y a su vez ella también es considerada por su madre y suegra una mala madre porque lleva a sus retoños a la guardería, una mala esposa porque sale a cenar sola con las amigas y exige su propio espacio... Esto las que han conseguido un marido, ¿pero, las que no? Creo que ellas la lucha la disputan por lograr todo aquello que las primeras tienen, pero claro, sin contar con la inocencia que tenían éstas cuando conocieron a sus parejas. Así que, mientras las primeras han ido poco a poco, las segundas ya van dejando las cosas claritas y ellos están asustados. En resumen, estamos descolocados, espero que nuestros nietos o bisnietos sean capaces de llegar a un acuerdo, por el bien de la especie”.

Para Davinia, periodista de 34 años, “estamos en una etapa de confusión. Las mujeres nos debatimos entre varios modelos. Fuimos educadas para casarnos, tener hijos y ser profesionales, y ahora hemos descubierto que queríamos otra: ser independientes, sexualmente activas... Pero también queremos lo primero, sobre todo, a partir de los treinta. Es bastante difícil, la confusión de nuestros compañeros varones ante nuestros cambios incrementa más, si cabe, la nuestra”. Almudena, de 30 años, redactora de una revista femenina, nos retrata “confundidas: Hemos leído demasiado y nos hemos educado poco en inteligencia emocional. Ellos están exactamente en el mismo punto, pero no creo que estén despistados, sino que alargan en exceso su pubertad y eso les hace vivir en la inopia durante más años que antes”. Rocío también observa una coyuntura de “progreso y confusión. Progreso, porque no cabe duda de que algo estamos progresando, lo confuso es que no todas progresamos al mismo tiempo, por miedo, por no saber cómo, por creencias, por cómo nos han educado, porque lo que nos cuentan y lo que está pasando no concuerda. Hay pobrecitas mujeres a las que eso les bloquea el cerebro. En cambio, ellos están a sus anchas. Hacen lo que les da la gana, dicen lo que quieren, nadie los juzga, nadie los critica. Pero creo que algo está cambiando, me parece que un tic presente en los tíos es la inseguridad. Todo lo que

hacen para juzgar y machacar a la mujer es, simplemente, por miedo a que les superemos, a que decidamos, a que les plantemos cara”.

Mayra compara este momento convulso con otros históricos, en concreto, “el de las sufragistas británicas de comienzos del siglo XIX. Sólo unas pocas locas empezaron a gritar que las mujeres también tenían derecho a votar. Entonces armaron la gorda, pero hoy nadie se plantea, en un país occidental, claro, que una mujer no vote. Confío en que mi nieta heredará un mundo más igualitario”. Lo vislumbra lejano: “Sinceramente, y me duele muchísimo decir esto: creo que no hay ningún hombre que no sea machista, hasta los homosexuales discriminan a las lesbianas. Los hay, desde luego, más tolerantes y, la verdad, no sé qué prefiero: por lo menos con los machistas sabes a qué atenerte”.

Adriana también nos considera “en vías de desarrollo, como los países: Se están consiguiendo avances pero todavía queda mucho por hacer: las mujeres siguen haciendo las labores de casa, cargando con los niños, cobrando menos, siendo mal vistas por comportamientos que en los hombres no se ven como un problema, etc. Ellos están intentando aceptar los cambios, sobre todo, las nuevas generaciones. Con los que han vivido toda su vida en una sociedad machista, poco se puede hacer.” Sandra agrega a los despistados ante la variedad: “Antes sólo tenían un patrón de mujer: por un lado el ama de casa, dispuesta a hacer todo lo que el maridito le pida y, por otro, la puta para satisfacerles en la cama. Ahora se encuentran con una, con la otra, y con la que lo tiene todo. Y no sé si a todos les compensa tenerlo todo en una porque pierden mucho poder... No obstante, supongo que los hombres empiezan a entender que nosotras pintamos algo (poco, pero algo más que antes). Lo aceptan pero a la vez no quieren perder su poder. Y nosotras vamos intentando ganar terreno poco a poco. Lo que pasa es que tampoco nos acabamos de creer que podemos aspirar a más y ganarles terreno a ellos. Sentirse “superior” a un hombre no quiere decir necesariamente sentirse mejor. No se trata de ser mejor que ellos si no poder hacer lo mismo sin ser juzgadas por ello”.

Más de lo mismo contempla Vanesa, presentadora de televisión de 26 años: “las mujeres han conseguido alcanzar un punto en el que pueden decidir el tipo de relación que quieren tener. Los hombres no tienen del todo asumido que la mujer de hoy en día no se va a quedar en casa para prepararle la cena sino que es independiente, sabe lo que quiere y lucha por conseguirlo. De todos modos, creo que las mujeres seguimos

sufriendo muchos desengaños porque no todos aceptan a la nueva mujer. En el caso de los hombres son los primeros que juzgan la promiscuidad de las mujeres, mientras que ellos se vanaglorian de su historial sexual. Si las mujeres no estuvieran dispuestas a disfrutar libremente de su sexualidad ni ellos podrían disfrutar del sexo (a menos que pagaran por ello) ni podrían alardear de largas listas de conquistas. En cuanto a las mujeres, todavía tenemos traumas y cargos de conciencia respecto a nuestras relaciones, si no, no nos veríamos obligadas a mentir (especialmente cuando hablamos con otras mujeres) sobre los hombres con los que nos hemos acostado, cómo nos masturbamos o si nos gusta el sexo oral”.

Mucho más optimista se muestra Sara, de 32 años: “Estamos en un óptimo momento para las mujeres. Un momento estupendo. Somos muy fuertes y seguras. Más que nuestras predecesoras. Mi mundo está lleno de mujeres capaces, listas e inteligentes”. Su mundo es cosmopolita, en concreto vive en Madrid, y de alto grado formativo. Más o menos como el de la barcelonesa Pilar, periodista de viajes, de 36 años, que coincide en que “estamos en fase devoradora. Las tías tenemos hoy muchas más cartas en la manga que los tíos y dominamos mucho mejor la situación. Hemos aprendido a dar el primer paso, a seducir nosotras, a atacar sin complejos; pero también, y esto es muy importante, estamos aprendiendo a decir que no cuando alguien no nos interesa lo suficiente”. Por lo que a ellos respecta, “los veo un poco más perdidos, sobre todo a partir de cierta edad. Los hombres no saben muy bien cómo comportarse ante nosotras, y, aunque a algunos aún les funciona el rollo del macho ibérico, cada vez son menos las tías que caen rendidas. Y creo que muchos no aceptan que ahora seamos nosotras las que tengamos suficiente con una noche y mañana, si te he visto no me acuerdo. Eso los desconcierta, ya no son los conquistadores irresistibles que pensaban que eran y andan un poco desorientados”.

Con una de cal y otra de arena interviene Maite, propietaria de un salón de depilación en Zaragoza, 29 años: es un momento de libertad, muy bueno para la mayoría de nosotras pero malo para las que quieren más aún y llegan al libertinaje con la excusa de su modernidad. Y por supuesto, también es malo para las que ven en la calle esta liberalidad y su entorno se la prohíbe, supone una lucha constante”. Con su proverbial carga autocrítica, Laila certifica “un desacuerdo absoluto entre hombres y mujeres que, en parte, es culpa nuestra. Todavía no sabemos pedir lo que queremos. Ellos están

perdidos y no saben qué queremos ni cómo tratarnos. Pero continuó pensando que las víctimas (quizás en este momento histórico por culpa nuestra) siguen siendo las mujeres, que no piden por esa boquita”. Cierra la partida la más pesimista, Amanda, editora de 36 años, que niega la mayor de que la verdadera revolución sexual femenina haya llegado aún. “Me encantaría poder decir que las mujeres se han hecho las másters del universo en lo que a relaciones humanas (y, de paso, profesionales) se refiere, pero me resulta imposible. Creo que aún subsisten muchéeeerrimos (sic) machismos velados (y sin velar) en todos y cada uno de los ámbitos en los que nos desenvolvemos. Lo triste, tristísimo, es que muchas de esas actitudes provienen precisamente de mujeres. No me considero feminista recalcitrante, que conste, pero entiendo que aún hace falta que las mujeres se calcen las botas de siete leguas una buena temporada para ponerse a la par de los hombres en esta carrera de fondo”.

No sé si nos hacen falta las botas de siete leguas o nos valdrá con desgastar todos esos zapatos que coleccionamos como verdaderas adictas. Tampoco me puedo jactar de ser la compañera de viaje perfecta para un hombre, ni de tener la capacidad de comunicarme correctamente con el otro sexo, ni de haber alcanzado grados de conocimiento lo suficientemente altos como para eliminar esas contradicciones que nos asaltan a todas, ni de saber comportarme en la práctica como me impondría mi propia teoría. Quiero decir que no soy la consejera idónea, ahora bien, visto lo visto, haciendo un poco de autocrítica, sí que me parece evidente que convendría que las mujeres nos aclaráramos primero, nos concediéramos el permiso de equivocarnos y que, a renglón seguido, imitáramos a los hombres en esa cualidad tan admirable que les honra, la sinceridad.

Esto implica, por si lo hemos olvidado por falta de entrenamiento, decir las cosas sin rodeos y pedir lo que queremos (no justo lo contrario) sin esperar a que nos intuyan. Seamos comprensivas: bastante esfuerzo les supone ya entenderse a sí mismos en este momento-puente igualmente tambaleante para ellos, intentar adaptarse a los cambios y tratar de reubicarse en los nuevos términos en los que se van estableciendo nuestras relaciones. Todo ello, por descontado, dando por hecho el deseo recíproco de seguir relacionándonos entre los géneros de forma pacífica en lugar de seguir con la eterna batalla de los sexos que conviene a tantos. Cuyos intereses ocultos también desvelaremos, no se van a ir de rositas.

CAPÍTULO 3. LO QUE NECESITAS ES AMOR

Se estima que, en el año 2020, el 25% de las mujeres de los países occidentales permanecerán siempre solteras.

Hay que vivir el amor con pasión y sufrir con dignidad. Mi amigo Bas, de vinos en La Bodega del Raval.

“El dios del Amor vive en un estado de necesidad”, Platón dixit. A tenor de lo leído en las páginas anteriores, el filósofo sigue llevando razón miles de años después. Todita para él. Necesitamos el amor como el comer o el beber (agua), según la antropóloga Helen Fisher. Todos queremos amar y que nos amen, aunque en algunos ratos más que en otros y unas personas con más ansia o necesidad que otras. En función de esas necesidades, de las experiencias vitales, de nuestra escala de prioridades y de valores, del entorno en el que crezcamos y/o maduremos, de los conceptos del amor y de las relaciones que nos inculquen y que seamos capaces de modificar por cuenta propia, del azar y las circunstancias, y de cantidad de factores más, establecemos entre nosotros tipos de relaciones muy dispares, tanto que con cada potencial pareja se construyen unos vínculos sentimentales absolutamente diferentes a los de la anterior. Eso, si entra en los planes de la persona la posibilidad de cambiar de pareja, puesto que muchas confían en quedarse con la misma para toda la vida. Todas las combinaciones están presentes en la carta, cada cual puede escoger sus platos favoritos, aunque algunos le salgan muy caros.

Abre la veda de este debate Nuria Varela, escritora del libro *Feminismo para principiantes*: “En general, los seres humanos, hombres y mujeres buscamos querer y que nos quieran, es muy difícil para todos y todas vivir sin afecto y además no creo que la mayoría de la gente deseemos renunciar a él. El nivel de compromiso es otra cuestión y, generalmente, ésta es otra de las grandes mentiras. Quienes se quieren casar son los hombres: salen ganando. De hecho, tras un divorcio, son ellos mayoritariamente quienes se casan. Ellas, mayoritariamente no repiten”. De la misma opinión es Sonsoles Fuentes, periodista y escritora de *Chicas malas*, *Cuando las infieles son ellas*: “A todos nos gusta que nos quieran y, teniendo en cuenta que tanto hombres como mujeres somos seres sociales, sí que hay algo de cierto en el hecho que todos o casi todos buscamos

una pareja con quien compartir nuestra vida, pero también es cierto que el modelo social actual tiende a las relaciones de pareja sin compromiso e incluso hay personas que optan por vivir una vida en solitario”.

Fuentes continúa con su exposición: “Estamos en un momento de cambio y todo depende del entorno en que ha crecido cada mujer y cada hombre, y de si ha encontrado una satisfacción personal. Hay personas que necesitan constantemente de la aprobación de los demás, especialmente de la familia, de los padres.” En ese sentido, “todavía quedan muchas mujeres que se sienten “incompletas” si no tienen pareja o si no son madres”. No obstante, matiza, “no creo que seamos únicamente las mujeres las que buscamos afecto, considero que toda persona mínimamente equilibrada espera que la quieran y que la acepten tal como es. Tener marido como quien posee algo porque eso le otorga un estatus es otra cosa. Evidentemente, hay muchas que de forma inconsciente buscan eso, pero también hay muchísimos hombres que buscan pareja por lo mismo”.

En efecto, aún pueblan tierras españolas hombres “aliñados” a la antigua que se casan para asegurarse las relaciones sexuales, por miedo a quedarse y envejecer solos, para tener una señora que le cuide el hogar con los polluelos que la naturaleza le lleve a procrear, a cambio de que él les provea el sustento, porque eso le proporcionará el reconocimiento social. Como mínimo en el entorno en el que ha sido criado, que es lo que más relevancia tiene para todos los individuos. (De la misma manera que a mí, como mujer autónoma urbanita, me da igual cómo me juzguen los de un pueblo de la España profunda y cañí, pero me sentiría fatal si en mi barrio supertrendy me consideraran una maruja jarrón que no se las sabe apañar sola).

La combinación de estos tipos de hombres y mujeres que consideran la pareja como eje de sus existencias ha sido sometida a estudio por la feminista Lidia Chacón entre jóvenes de 18 a 25 años. El panorama que describe suena escalofriante: “Por las respuestas de ellas, la pareja es parte de su frustración. Si están frustradas en las facetas educacional, profesional, laboral y económica, le suman la relación con el otro sexo porque les dijeron que todo había cambiado, que los hombres eran muy comprensivos, solidarios, amables, que lloraban (yo los he visto llorar siempre, sobre todo, cuando te quieren engañar y conseguir alguna ventaja), que ya no hay prejuicios respecto a las relaciones sexuales, y que tener un hijo soltera no es ninguna maldición y que todo esto implica la igualdad con mayúsculas. Sus frustraciones comienzan tan temprano como se

empiezan a acostar con ellos. La sorpresa mía fue el lamento continuo que iban desgranando las muchachas respecto al machismo en los modos que se encontraban: ni saben hacer el amor, ni las compensan placenteramente, ni son fieles, hasta les gusta presumir de haber seducido a varias e incluso a las amigas de la novia. Tienen una permisividad absoluta y una falta de valores situacionales respecto a esas relaciones, porque practican la prostitución los fines de semana (jovencitos de 18 años) y luego salen de marcha con la novia y se lo cuentan, además, burlándose de las prostitutas, criticando su físico, la manera de hacer y lo divertido que ha sido. Y ellas lo aguantan. Cuando ya la relación se estrecha, hacen como sus padres y sus abuelos. Pasan a engañarlas con alguna amiga, a robar dinero o a pedirselo a ellas, también es muy común que ellas trabajen para que él estudie, aunque sea a costa de abandonar sus estudios y, por supuesto, si tiene carrera, dejará de ejercerla en cuanto tenga que irse a otra ciudad a acompañarle a él por un nuevo trabajo o en cuanto tenga un niño. Y, al entrar en una edad más avanzada, pasada ya está situación difícil y más situados económicamente, suelen dejarlas por otra más joven. Éste es un número de casos muy grande. Es la perversión de las demandas que hemos reclamado durante tantos años: libertad sexual, independencia de los padres, falta de represión de la sociedad, pero eso ha servido para que los jóvenes abusen de las muchachas y gratis”.

Qué panorama tan desolador

Me quedo ojiplática ante semejante discurso, incrédula inclusive. No acierto a imaginar dónde habitan este tipo de parejas. Ni siquiera en los barrios, obreros y pobres, cuna de inmigrantes y de la clase media-baja autóctona, en los que he vivido o conozco gente, he llegado a observar conductas por el estilo ni me han relatado historias de tal calibre entre parejas jóvenes. He presenciado escenas de celos con violencia explícita por parte de ambos miembros de la pareja, pero no estaba enterada de la existencia de relaciones tan dramáticas y desequilibradas en la juventud. Lidia Falcón deja muy claro que, lejos de mis prejuicios, se “lo han contado en diversos círculos, la mayoría universitarios y urbanos; los entornos rurales ni los he pisado, pero supongo que estará mejor en el sentido de que la represión social que les rodea va a impedirles abusar tanto. La queja es casi unánime, luego hay parejas más conservadoras que se han casado, llevan una vida más convencional y, si él la engaña, lo disimulará y tendrán un niño, una casa, una hipoteca y ella se verá metida en la misma rueda de su madre y de su abuela de cuidar la casa, el niño, ir al trabajo si puede y pagar las deudas”.

Dando por ciertos los dos retratos-robot anteriores, con millones de variantes y atenuantes, cabe pensar que millones de personas no pueden estar equivocadas... ¿o sí? Hasta hace unos años, la mayoría de las mujeres se veía obligada a soportar estas relaciones tan desiguales porque no le quedaba más remedio ni era demasiado consciente de que había otras posibilidades y otras formas de vida. Hoy en día, esas amas de casa saben perfectamente que existe vida más allá de la cocina y los domingos de fútbol en los que él sale a pasear con el auricular y simula que la escucha. España es uno de los países europeos con mayor número de universitarios, y quien más quien menos tiene acceso a una mínima formación profesional. Entonces, ¿por qué siguen dependiendo de los hombres estas mujeres de mente tradicional?

Chacón lo achaca en su libro a que “aunque el porcentaje de población activa femenina es del 36,40%, lo que supone haber ascendido más de 23 puntos en treinta años, sólo el 70% de ellas tiene empleo. Es decir, de la población femenina en edad laboral, solamente el 36,40% busca empleo, frente al 62% de Francia o el 75% de Dinamarca. Pero de ellas el 30% no lo encontrará nunca. En resumen, de 15 millones de mujeres en edad de trabajar, únicamente algo menos de 5,5 millones buscan empleo y de ellas lo consiguen 3.800.000 mujeres. De modo que sólo estas obtienen ingresos económicos, medianos o pequeños la mayoría. A estas cifras hay que añadir la de 5 millones y medio de amas de casa, el colectivo más grande de Europa, que no tienen salario, ni seguridad social, ni jubilación”. Añade que “el desempleo y el subempleo femenino quizás expliquen que las muchachas sigan considerando el amor el principal objetivo de su vida, cuando comprueban, con decepción, que su desarrollo personal es tan difícil”.

En la investigación sobre “Estrategias y toma de decisiones de las tituladas para su inserción en el mercado laboral: Una aproximación comprensiva” realizada por Carmen Botia Morilla, profesora asociada de la Universidad Pablo Olavide de Sevilla, se viene a demostrar que la precariedad laboral que afecta con mayor inclemencia a las mujeres “puede motivar a algunas de ellas, debido a la realidad de género, a salir del mercado laboral al menos temporalmente, hasta que sea necesario completar el salario familiar que tampoco muchos varones están pudiendo aportar”.

Vanessa, de 26 años, mide el conformismo a la hora de establecer un determinado estilo de pareja en función del entorno social: “En cuanto a la independencia laboral y económica, en mi círculo más cercano creo que es algo que ni se plantea porque somos capaces de valernos por nuestros propios medios. Sin embargo, sí que he conocido a personas que han mantenido y consolidado una relación porque les reportaba un beneficio y una situación económica que solas no alcanzarían. Lo mismo ocurre con personas que anhelan sentirse queridas y necesitadas por su pareja y que se quedarían con ella por la comodidad y la tranquilidad que les da”. Incide en esta línea Mayra, gallega afincada en Madrid, “todo depende del nivel de estudios, las vivencias, la ciudad. No es lo mismo una mujer con una carrera universitaria que hay viajado y que es de una gran ciudad que una que vive en un pueblo de 3.000 habitantes y apenas tiene graduado escolar. La cultura, como en tantos otros temas, tiene mucho que ver. Ya lo decía Jesucristo: “Veritas liberavit vos”, traducido: la verdad os hará libres”.

En el pueblo ni se plantean estos problemas (sino otros)

Estos factores condicionan las expectativas y sueños de las mujeres hasta el extremo de no dejarles otra salida que amoldarse a la cruda realidad y bajar el listón, como explica la socióloga María Jesús Izquierdo, profesora de la UAB: “Vivimos en una sociedad estructuralmente segmentada, no podemos observarla como un continuo. Por lo tanto, hay gente en una posición moderna y gente que se aproxima a esa posición tradicional, puesto que incluso la opción de tener un trabajo remunerado ocupa diferente nivel en el rango de preferencias si tu alternativa es ser abogado o periodista que si formas parte de una cadena de montaje. Y es que, para el colectivo que tiene trabajos descualificados, en mano de obra directa o en servicios, el ideal de las mujeres es, muy frecuentemente, tener un hombre que pueda ocuparse de la familia, en el sentido de aportar medios financieros, mientras que ella se ocupa de cuidar de los niños. Por eso a ella le parecería mejor no tener que salir a trabajar y el marido piensa que tendría la casa mejor atendida si ella no tuviera que trabajar fuera. Las jerarquías de valores son diferentes en los distintos grupos sociales, en función de la posición. Un hombre con una posición alta busca una mujer profesional porque no quiere cargas, al igual que ella quiere vivir por sus propios medios porque no desea dependencia alguna, quiere ser libre”.

Asume también el tercer factor de que “el imaginario no se corresponda con tu posición estructural, de donde surgen enormes tensiones: si tu imaginario es ser una mujer

autónoma pero a todo lo que puedes acceder es a un trabajo en una cadena de montaje, empleo precario y mal pagado, tienes un problema; porque si no llegas a un equilibrio entre tu imaginario y tu realidad, te puede llevar a la desestructuración psíquica y social, y quedar en situación marginal y alterada psíquicamente, en cuanto que lo que tú quieres no se corresponde con lo que tú puedes: hay una disonancia muy fuerte que hay que resolver lo antes posible”.

A la experta en sexología Alicia Gallotti le resulta quizá más incomprensible la actitud de otras mujeres que sí que contarían con todos los medios a su alcance para cambiar las reglas y progresar pero se quedan ancladas por voluntad propia en los roles tradicionales: “Hay un grupo también de mujeres entre 30 y 35 que mantienen primero una pareja estable y luego se casan por la iglesia; al principio, se diría que imponen unas reglas de la pareja distintas a las de sus madres, las economías suelen ser separadas, se respeta la individualidad del otro... hasta que nace el niño. Entonces ellas empiezan a querer trabajar menos, como si fuera un sueño que, si no cumplen, es porque no les conviene económicamente, en tanto que, como a él le va mejor económicamente que antes porque es más mayor, pueden apañarse sólo con su sueldo y se vuelven parejas convencionales. Su pensamiento cambia, dejan de verse tanto con las amigas solteras, se hacen más amigas de las que tienen niños, y van al gimnasio... Y cuando les adviertes que es peligroso porque el niño va a crecer y van a quedar totalmente dependientes del marido, no te quieren escuchar. Entonces te preguntas qué había de verdad en lo que venían diciendo de los 25 a los 35”.

Hasta la más liberal se puede convertir al conservadurismo llegado el caso. Y la verdad es que muchas lo comprendemos, aunque no lo compartamos, pues reinventarse las normas y las formas de llevar una relación, rechazar los modelos heredados e indagar en otras nuevas fórmulas, a base de experimentos de laboratorio que te pueden estallar en la misma jeta, supone un esfuerzo agotador y nunca se sabe hasta qué punto acertado y productivo. Avisa el filósofo José Antonio Marina en *El laberinto sentimental* de que “los cambios producen sorpresa, incluso miedo, porque gran parte de nuestra vida está organizada para preservar la continuidad. Las rutinas, contra las que tantas veces protestamos, garantizan cierta estabilidad en un mundo caótico. Al mismo tiempo, la posibilidad del cambio excita la imaginación”.

El cambio personal, según este humanista, se presenta en forma de “fenómenos cognitivos y afectivos que aparecen en la siguiente secuencia: sorpresa, desequilibrio emocional, evaluación, reflexión y, al menos potencialmente, cambio personal”. O sea, un montón de quebraderos de cabeza que corrobora la psicóloga Carme Freixa: “Los cambios te van a costar mucho: aunque estés viviendo una situación muy jorobada, horrorosa y desagradable, al menos tienes unos parámetros de actuación, sabes cómo es tu medio ambiente y cómo relacionarte en él, cómo va a relacionar ese medio ambiente cuando tú hagas determinadas conductas o cuando dejes de hacerlas. En los procesos de cambio, careces de parámetros a los que agarrarte y no sabes lo que va a pasar cada vez que actúas, no sabes incluso cómo actuar para sentirte bien, y eso es terrorífico. Además, cuando alguien quiere cambiar una situación que no le gusta quiere sentirse bien inmediatamente, por eso es imprescindible el continuo apoyo psicológico, porque lo va a pasar mal. Al contrario de lo que la persona espera, que cree que lo va a pasar bien al cabo de un ratito de haber cambiado las conductas malas, lo va a pasar mal hasta que aprenda a sentirse cómoda en ese nuevo traje, en tanto que va a echar en falta un modelo a seguir y a veces puede que ni siquiera obtenga recompensa, puede que su medio ambiente no le devuelva nada gratificante”.

Las perezosas tienen miedo al cambio

Freixa duda que las mujeres convencionales se muestren perezosas escudándose tras ese discurso tan elaborado, simplemente les sale así porque “para muchas personas el miedo al cambio es tan grande que se quedan paralizadas y siguen con su situación más o menos saludable, debido a que desarrollar un rol que sabes que es apreciado te da más satisfacción que desarrollar un rol que los demás desprecian. Por ejemplo, recordar constantemente que tú no tendrías porqué estar encargándote de determinado tipo de tareas y deberes familiares es insatisfactorio tanto para la propia persona como para la relación, pues el otro también lo vive mal, se esfuerza pero lo lleva mal. Las mujeres estamos luchando cada día por conservar las posiciones que hemos avanzado y eso hace que muchas mujeres se queden donde están”.

Agrega otro motivo por el que muchas se paralizan, incluso profesionales de muy reconocido prestigio: “Muchas se disculpan por reivindicar principios de fundamento feminista y se excusan diciendo que no son feministas, porque hoy en día la mujer continúa viviendo que su éxito pasa por el aplauso de la mayoría, y la mayoría en el

espacio público continúa siendo masculino. Las mujeres están muy condicionadas por ese aplauso y si no lo reciben se sienten cuestionadas e incluso en su propia profesionalidad, por ampliamente demostrada que esté”.

A pesar de todo lo anterior, existe otro perfil de mujeres que apuesta por que “otro mundo de las relaciones es posible”, aunque haya de dejarse la piel para lograr hacerlo realidad. Entre estas estamos las liberadas (falsamente o no) que vamos echando polvos por ahí con mayor o menor frecuencia e intención de encontrar el amor. Ahora bien, téngase en cuenta a otras muchas, dentro de la minoría que representamos en el conjunto de la sociedad, que no son promiscuas sino que o bien mantienen una relación porque se han enamorado de un hombre que las trata como se merecen, o bien prefieren esperar en soledad hasta que aparezca alguno que las enamore.

Izquierdo encuadra a las liberales en “un segmento de población autóctona, con niveles educativos altos e ingresos ampliamente suficientes, que corresponde al patrón de persona libre que elige lo que quiere y no está por la labor de cargar con responsabilidades. Las probabilidades de que no se case o de que, si se casa, la relación no pueda ser considerada fusional (del tipo ‘soy tu media naranja y hago lo que sea por ti’), son muy altas. Su relación ideal se basa en “dos personas que construyen una pareja que podríamos denominar asociativa: ‘yo voy por la vida a mi aire y si por el camino me encuentro con alguien muy afín y me apetece convivir con esa persona, lo hago; pero no por vínculos de dependencia sino por afinidad. Y admito que yo y el otro pueden cambiar sus intereses, la unión es libre en su formación y su disolución”. Para la socióloga, esto es crecientemente generalizable en un segmento de población, frente a esos otros segmentos tradicionales: “Existe la concepción del individuo libre, autónomo, que va a su aire y se junta con personas que van a su aire si les apetece a ambos, al mismo tiempo que la concepción de que ‘yo no estoy completo si no estoy con el otro’, en función de la cual el matrimonio está por encima de los intereses individuales de los dos miembros, con las renunciaciones que conlleva”.

Supongo que las personas más “adelantadas”, por aquello de formar parte de un grupo minoritario, de transgredir las normas sin el respaldo popular, de sentirnos juzgadas y criticadas, de sufrir un perpetuo sentimiento de inseguridad por el miedo a equivocarnos de elección, etc. tendemos a reforzarnos a nosotras mismas autoproclamándonos

vanguardia y avanzadilla del resto de la población. Quiero decir: no es que seamos raros, como no cejan de tildarnos los “normales”, sino que vamos por delante porque somos más progresistas, más cultos, y estamos abriendo el camino que, en unos años, sin atisbo de duda, recorrerán todos esos que hoy nos miran con cara de lástima por llevar esas relaciones tan abiertas, por seguir solteros y con el archimanido síndrome de Peter Pan a cuestras o por irnos solas de vacaciones y dejar al novio en casa. Nos queremos creer que son los demás los que están retrasados por pura ignorancia, porque cierran los ojos, pero ahí intervenimos los listos con nuestro despotismo ilustrado para guiarles por el camino de la felicidad. Cada uno se autosugestiona como quiere. Mas, entonces llega alguien con un poco más de perspectiva externa, como María Jesús Izquierdo, y niega en rotundo que haya una vanguardia y el resto de la sociedad vaya a acabar adoptando esas formas: “Ese grupo es posible porque existen los otros. No es que unos vayan adelantados y otros les sigan, sino que existe una desigualdad y, para que alguien pueda pensarse así, requiere de otro que piense de otro modo. La sociedad no sería viable si no hubiera gente cuidando niños, que doblegara sus intereses individuales en pos de las necesidades e intereses de las personas que socialmente se asignan a su cuidado, los miembros de su familia”. En otras palabras, somos siempre en relación con el otro y nos definimos por la comparación.

Los solteros reivindican su dignidad

Pone un ejemplo que también se integra en esta categoría la especialista uruguaya en Psicología Clínica Isabel Sánchez Larraburu, en un artículo sobre “Solteros involuntarios” publicado en Internet: “Los solteros a pesar de sí mismos son los que más luchan por mantener su dignidad erosionada por la presión social que los estigmatiza en la tribu como "incolocables, "imparejables", neuróticos y conflictivos, a los cuales seguro que algo les pasa ya que no encuentran a nadie o los dejan. Con el fin de mantenerse erguido ante tales afrentas, el soltero recurre a diversas racionalizaciones de tipo personal para sentirse mejor: las parejas que me rodean no son ningún modelo de felicidad, todos mis amigos se están separando, a estas alturas no aguantaría a nadie, con lo bien que se está solito, sin recibir broncas ni servir a nadie... O a teorías sociológicas hechas a medida como que no se necesita ninguna pareja ya que el futuro en Europa se vislumbra como una sociedad compuesta de una mayoría de viejos y viejas solitarios, rodeados de buenos amigos que viven en una cuasi convivencia equiparable a una gran familia. Vivirán en unos nichos confortables con unas zonas

comunes en las que la cohabitación se realizará "ad libitum" (a voluntad) para paliar la soledad. Mientras tanto, gozan de los placeres gastronómicos con la esperanza de ulteriores satisfacciones para otro tipo de carencia”.

De las mujeres independientes singles, equiparables hoy a los hombres solteros de siempre en su filosofía vital, Larraburu destaca que “es típico del soltero defensivo dedicarse obsesivamente al trabajo y transformarse en un trabajólico, tener relaciones compulsivas puramente a nivel de piel, sin entregarse a ningún sentimiento, o simplemente ser demasiado racional. Este último suele ir con su "check list" para ir comprobando las cualidades de las potenciales parejas y descartar aquellas que no cumplan por lo menos el 75% de los ítems. Detrás de estas posturas vitales habitualmente se hallan el miedo al rechazo, a la dependencia de otra persona, el temor a no tener el total control de las situaciones y el de transformarse en un ser vulnerable al que pueden hacer daño”.

Por último, recomienda al soltero que quiere casarse: “Debería dejar caer sus defensas y admitir que le encantaría encontrar pareja”. Del artículo se desprende que, inconscientemente, la persona soltera sueña con babear mirando a su pareja mientras ésta ocupa la parte derecha de la cama, que siempre está tan fría, como le ocurre al soltero abandonado de la película argentina *No sos vos, soy yo*, desesperado por encontrar sustituta. El estudio sociológico sobre solteros españoles realizado en 2005 por Parship.es, un servicio de relaciones personales on line europeo, confirmaba la sentencia: Un 79% de los encuestados reconoció estar buscando pareja en el momento de la investigación, preferiblemente, una a largo plazo; un 93% no se atrevía a declararse feliz y un 84% no estaba convencido de que los demás solteros sean felices”. “Estas opiniones alejan a los españoles del cliché que muestra al soltero como una persona amante de la libertad que se deriva de vivir sin ataduras sentimentales. Esta idílica actitud sólo parece encontrarse en un grupo como el que configuran el escaso 5% de singles que se declaran “bastante felices” y el 1% que llega a definirse como muy feliz sin pareja”, interpreta el estudio de Parship.

Imagino que ese porcentaje es parecido al que ha existido a lo largo de la historia de la Humanidad, por la que sin duda han pasado bastantes solteros y solteras voluntarios. No en vano, la sexóloga Pilar Cristóbal asegura que “las órdenes religiosas surgieron por

agrupación de gente que no se quería casar: como no se les dejaba vivir solos, se iban a vivir en comunidad, pero había tal desorganización que tuvieron que poner unas reglas para la convivencia. Sin esas reglas, era imposible convivir, sólo hay que ver los pisos de solteros”.

Monjes y monjas aparte (la juventud actual no se caracteriza por su castidad), dudo que la mala fortuna de no encontrar pareja sea la causa principal por la que los solteros seguimos solos y nos autoconvencemos de que lo hemos escogido por voluntad propia. Detrás de la soltería pueden esconderse razones íntimas que ejercen la función de barreras: miedos variados, prudencia, egoísmo, un autoconcepto demasiado elevado que le lleva a creer que nadie está a la altura... Todo lo cual aboca a la dualidad que apunta con tino Manuel Valls en *Un año sin sexo*: “Lo más fácil es descubrir cuántos tienen miedo a encontrar pareja y cuántos temen no encontrarla. Suelen coincidir. Quiero decir que suelen ser los mismos”.

Ten points: Tenemos miedo a ceder o a que nos arrebaten ese territorio individual que nos hemos creado a medida y en el que la independencia y la libertad son las amas de llaves; a la par que miedo a no coincidir nunca con nadie con quien compartir mañana felicidad, así como esas lindas cualidades que salen a relucir cuando uno se enamora. La misma contradicción que detecta Larraburu: “Sin tener demasiada conciencia de ello, el soltero con vocación de pareja suele presentar también cierta ambivalencia. Su conflicto proviene de que valora por igual su vida actual y una relación de pareja. Cree que desea tener pareja pero no le agrada prescindir de lo que le gusta de ser soltero. Quiere enamorarse, pero no sufrir. No está seguro de que la pareja estaría antes que su carrera. Teme volver a equivocarse. Duda de que lo que puede lograr pueda superar todo aquello a lo que tiene que renunciar”. Todos esos miedos y autodefensas pueden tener la suficiente envergadura como para enclaustrarnos a cada uno en nuestro castillo de tal manera que acabamos arrastrando las tan valoradas libertad e independencia como pesadas cadenas.

En ese refugio (relativo) están acorazados los singles, unas filas parecidas a las del Ejército en cuanto que antes sólo podrían alistarse los hombres pero desde hace unos años cada vez se apuntan más mujeres. A la hora de las relaciones, estas jóvenes urbanitas prefieren vivir solas y sobreestiman su autonomía, según deducen Inés Alberdi, Pilar Escario y Natalia Matas en su estudio sobre *Las mujeres jóvenes en*

España, “por prudencia o miedo a que la convivencia sea un freno para su bienestar”. “Renuncian a ciertas ventajas que tiene la compañía, pero se evitan sobre todo los peligros que la compañía puede suponer”. Si bien, lo que está claro para estas autoras, como para la experta en solteros Carmen Alborch, es que se trata de una opción, no de una resignación, porque su máxima es ‘más vale sola que mal acompañada’. “No consideran que la pareja sea una solución necesaria y definitiva en sus vidas. Más bien prefieren probar la experiencia con distintos hombres y, si la relación no funciona como ellas quieren, simplemente vuelven a vivir solas”.

Ellas hablan de sus relaciones

Carlota da buena muestra de ello: “Estoy intentando tener una relación ahora, aunque no sea una relación “al uso” porque no vamos diciendo por ahí que somos novios ni entra en los planes conocer a su familia ni él a la mía, ni vamos a vivir juntos... Pero es lo más parecido a una relación estable y conocida por los demás que he tenido (siete de ellas han sido de amante, siendo yo “la otra”). No me da miedo comprometerme porque no temo rectificar y romper algo si me equivoco. Y tengo tantas oportunidades como días para vivirlas. Mi prioridad personal es ser feliz y si puedo tener a alguien al lado que contribuya a que yo me sienta genial y él conmigo, mejor. Por suerte, ahora sí es así; y si deja de serlo, fin del tema.”

Para Pilar, periodista de viajes cuya relación goza de buena salud desde hace años, “sucede que llega el tío que te engancha y la cosa transcurre de manera bastante natural. Si la cosa se tuerce, se corta la cuerda y basta, no tengo problemas para acabar la relación cuando ésta no da más de sí, aunque ahora mismo no sea el caso”. De testimonios similares deducen Alberdi y compañía que “estas rupturas no tienen porqué ser traumáticas, puesto que no han basado todas sus expectativas vitales en el mantenimiento de esa relación. Esta actitud de mayor insensibilidad a las rupturas les da una cierta fortaleza, se puede deber a que no basan su autoestima exclusivamente en el refuerzo de la pareja, sino que, como si fueran racionales inversoras, han distribuido sus activos en distintos valores y, al diversificar, reducen el riesgo”.

Marga, diseñadora gráfica, cree que cuanto más independiente es una mujer menos prioriza el hecho de tener pareja: “La vida está llena de un montón de cosas más: amigos, trabajo, tiempo para ti... y tener una pareja supone, en muchas ocasiones, dejar

un poco de lado los placeres individuales para tener que ponerte de acuerdo con el susodicho a la hora de emprender cualquier acción”. Elvira añade que “no necesitamos esa relación para llenar nuestra vida y no estamos dispuestas a tolerar cualquier cosa por parte de nuestras parejas”. Y Laila compara “una relación con el culo de un bebé: hay que mimarla y cuidarla, y cuando las prioridades son otras, es difícil que la relación funcione”.

Es decir, la parte negativa (a la hora de encontrar y conservar una relación) es que nos acostumbramos a dedicar el tiempo a lo que más nos enriquece y reporta bienestar, en muchos casos el trabajo; a hacer lo que nos viene en gana, a disfrutar del espacio personal sin tener que limpiarle nada a nadie ni darle explicaciones de cuándo entramos o salimos ni de con quién, a gastarnos todo el dinero en caprichitos o necesidades particulares, sin compartir nada... Y, claro está, nadie abandona sus privilegios por cualquiera, por eso empezamos a defenderlos a capa y espada: “Una vez acostumbradas a regir su vida autónomamente, sin restricciones exteriores, a estas mujeres les cuesta mucho renunciar a este estilo de vida y adquirir compromisos que, desde una óptica altamente individualista, implica renunciar. El hecho de sentirse controladas, de tener que dar explicaciones por sus actividades, es algo que realmente les cuesta y no les apetece”, concluyen las sociólogas.

Dejemos de lado el egoísmo que, con seguridad, se está atribuyendo a estas alturas a las singles (como a los solteros desde que la familia se convirtió en institución). El escenario descrito semeja, en verdad, idílico: Vivimos como reinas, somos adultas con alto nivel adquisitivo y cultural, salimos con quienes queremos durante el tiempo que dure la pasión y, si no funciona, cambiamos de compañero como de pilas, sin más complicación ni sufrimientos insoportables.

No por casualidad las formas en las que nos relacionamos suelen ser bastante abiertas: de amigos con derecho a un lado de la cama, de enamorados que se permiten mantener relaciones sexuales con otras personas, de salir e ir conociéndose en el plano intelectual y sexual durante semanas hasta que, por lo común a los dos meses, uno se da cuenta de con la otra persona no llega a sentir la química imprescindible para seguir juntos y se agota por sí misma la historia; de arrebatos pasionales que queman mientras ambos sigan retando a sus mutuas testosteronas; de relaciones tranquilas, con cariño y ternura,

en las que el sexo brilla por su ausencia y, por tanto, nos parecen demasiado prematuras para la juventud y su característico ardor sexual.

Son relaciones de corta duración, sin embargo, ello no es óbice para que exista un compromiso, que no es exclusivo de los matrimonios, puntualiza la psicóloga social Flavia Limone: “En esas relaciones diferentes del matrimonio (en el amplísimo abanico desde el rollo de una noche hasta las convivencias sin papeles) existen compromisos y pueden ser muy intensos. Puedes comprometerte, por ejemplo (aunque no sea de forma explícita) a dar placer a tu pareja –ocasional o no- y a hacerla sentir bien en general. De hecho, te sientes defraudada y hasta estafada si eso era lo que esperabas y el compañero que has escogido no responde de ese modo y se limita a obtener placer sexual sin ocuparse del tuyo ni crear un ambiente de confianza y simpatía mutua. Ni hablar de relaciones de amigos con ventaja en las que ambas personas pueden tener otras relaciones y sólo se encuentran para el sexo y algunas actividades de ocio. De hecho, en estos casos, los compromisos suelen ser más explícitos: “no me cuentes de tus otras relaciones” (o contémonos todo o variantes intermedias), “usaremos siempre condón en otras relaciones, pero no entre nosotros porque yo tomaré píldoras” (o siempre usaremos protección), etc. Son compromisos por el cuidado mutuo, aunque la relación sea por unos 3 ó 4 encuentros”.

En definitiva, se trata de un universo en el que cada uno puede construirse una constelación estelar a la medida de sus necesidades coyunturales. ¿Inconvenientes? La probabilidad de pasar de ser la estrella de la noche a estrellarse por agotamiento, hastío, frustración, etc. De ahí surgen dos bifurcaciones: unas buscarán el antídoto probando otras relaciones de compromiso más duradero y unidireccional; a algunas otras, por el contrario, les asalta tanto la desidia o la decepción que intentan retirarse de la primera línea de la batalla y obviar las relaciones con el otro género más allá de sus amigos íntimos sin-derecho-a-roce, en muchos casos gays, para no dar pie a situaciones comprometidas, malentendidos o falsas esperanzas.

El antropólogo Alfonso Antona traza una irónica y acertada caricatura de las solteras treintañeras liberales de esta generación: “Estáis totalmente emparanoiadas con la independencia, la libertad y con ‘a ver quién me toca esta vez’. Pensáis: ‘Casi mejor no me lío con ninguno porque cualquier tipo es susceptible de ser un macho cabrón’ y, por

tanto, ante cualquier cosita, pensáis que el tipo no os conviene porque ya se le ve venir y empezáis a poner distancia ante de que os hagan daño. Pero esa vuelta a la soledad va en contradicción con lo que realmente deseáis, que es un rollito estable, quizás hasta tener niños...” Por un lado, prosigue Antona, “las mujeres se dan cuenta de que lo que tienen no les gusta, empiezan a entender que existen posibilidades de cambio, que son ellas mismas las agentes activas del cambio. Por el otro lado, no se han desprendido aún del paquete de ser madre, tener un marido fantástico pero no sexista, enrollado y colaborador, y criar a los niños en una casa en las afueras con jardín y perro”.

Cualquier película de Hollywood basta para visualizar la escena, incluso algunas de calidad, como *Closer*, donde ella se conforma con el maridito que le dará una buena vida mientras el amante vuelve con su ex novia porque no soporta la soledad. Es la idealización de ese modelo lo que aún las damas de hoy van buscando, sin embargo, analiza el antropólogo, “cuando la realidad te demuestra varias veces que no es posible, te planteas: o renuncio, o me quedo donde estoy”. De modo que, viene a concluir Antona, no consigues ni lo que querías a nivel racional, desde el punto de vista de mujer progresista que no se conforma con cualquier pretendiente sino que exige a un hombre inteligente, culto, sensible, amigo y amante, con sentido del humor, maduro emocionalmente... Ni mucho menos logras lo que te pedía el subconsciente en respuesta al modelo interiorizado desde la infancia porque ni de broma te lo permiten tus principios.

El sexólogo de la FEPE les recomendaría a todas esas personas, también a ellos, que están ahí en stand by, evitando de mil maneras exponerse al riesgo de relacionarse con el otro sexo por temor a sufrir, “que tenemos que ser más benevolentes todos con nosotros mismos, darnos permiso para transgredir nuestros propios principios, permitirnos, por ejemplo, la debilidad de desear ser madre, enamorarse de un pringado, gozarlo y, después, intentar construir alrededor todo aquello que queremos de la manera más aproximada al ideal. Hay que ser un poquito permisivos porque somos producto no sólo de nuestra razón sino también de nuestras emociones, que además, interaccionan”.

Por su parte, Isabel Sánchez Larraburu recalca que “el mundo de las relaciones obedece a leyes mucho menos explícitas y predecibles que las del mundo académico o laboral. De hecho, tienen más que ver con la teoría matemática del caos y la lógica difusa que

con la lógica formal. De ahí el gran porcentaje de fracasos y la poca destreza para las relaciones afectivas de algunas personas consideradas geniales. Nunca se tienen los enunciados claros ni los problemas bien definidos. En resumen, nunca dos y dos son cuatro. Así, para dejar de ser soltero con la mínima probabilidad de fracasar, habría que saber andar por arenas movedizas, asumir riesgos, adaptarse rápidamente a los cambios, desarrollar la inteligencia emocional, abandonar expectativas no realistas y, sobre todo, nunca bajar el listón. Casi nada...”

No importa, moriremos al palo. Da igual la tozudez bizarra o la completa ineptitud emocional con la que nos resistamos a embarcarnos en una relación, así como resultarán inservibles todas las trampas que nos pongamos con el fin subrepticio de que las potenciales parejas fracasen para mantener nuestra autonomía o para no salir trasquilados. Llegará un día en el que nos cansemos de la espiral infernal del ¿y si fuera ella? que cantaba Alejandro Sanz, al darnos cuenta de que la variedad no implica contacto físico, ni afecto, ni apoyo ni una vida sexual plena; a lo que levado montante de mujeres sumará el arrebató de hallar una pareja con la que procrear.

Salta a la vista que, en la actualidad, las mujeres independientes económicamente estamos retrasando el compromiso tanto como los hombres porque ambos nos encontramos muy bien solos, queremos tantear y comparar antes de elegir y poseemos todas las puertas abiertas para hacerlo; y no nos conformamos con el primero que nos pretende sino que vamos picoteando hasta quedarnos con el que más nos convence. Pues, a pesar de ello, curiosamente, al rondar los 30, muchas (y muchos) empezamos a sentirnos inclinadas hacia la estabilidad emocional que se le presume a una relación, tal vez porque ir descartando candidatos desde la adolescencia, con una o dos relaciones duraderas de por medio, resulta devastador y acabamos percatándonos de que hay que elegir entre pasarnos toda la vida así, mariposeando, o bien quedarnos con el mejor equipado e intentar mantener la historia lo máximo posible. A las mujeres la urgencia del emparejamiento suele sobrevenirnos unos años antes que a los hombres de la misma edad, por múltiples factores.

Por ejemplo, dicen que las chicas maduramos antes que ellos. No sé en qué se fundamenta esa creencia, quizás en razones fisiológicas como la regla, que nos hace más conscientes del paso del tiempo, o en las responsabilidades en las que se nos educó

desde pequeñas para ser buenas mientras que a ellos se les permitían más travesuras porque ‘ya se sabe, son niños’, motivo por el cual también se les ríe la gracia de que folleteen con unas y con otras hasta que hayan de sentar la cabeza; o quizás maduramos antes porque invertimos más horas en analizar nuestros sentimientos y tenemos más desarrollada la zona cerebral de las emociones y de las relaciones. En todo caso, y por si fuera poco, conforme cruza el ecuador de la treintena, se presupone que la mujer oye la alarma del reloj biológico que le recuerda que el tiempo de traer descendencia se le agota. Esa alarma no tiene porqué ser más que una llamada aprendida, socialmente inculcada y basada en el error histórico de que una mujer no está completa hasta que no es madre. Lo peor es que una falsedad, a fuerza de repetirla, se ha convertido en verosímil y, en consecuencia, muchas chicas que no sienten naturalmente el instinto maternal se ven inducidas a buscar un compañero a esas edades para cumplir con lo que se espera de ellas y evitarse así la pesadilla de aguantar las continuas preguntas extemporáneas del tipo: ‘cuándo te vas a echar novio, y para cuándo la boda, a ver cuándo nos traes un retoñito’, etc. Qué pesadilla.

¿De verdad hay que ser madre?

Esta circunstancia debe de ser universal, a tenor de lo que se preguntan las escritoras alemanas del libro *¿Qué es lo que quieren las mujeres?: “¿Por qué mujeres que hasta ese momento habían tenido una suerte estupenda con su profesión, su vivienda y su vida en general, se convierten en muchachitas lloriqueantes en cuanto se aproximan tambaleando hacia los atroces 30?”*. Y se responden: “Una mujer de cada cuatro siempre tiene miedo al tictac del reloj biológico, según la revista *Elle*”. Nuria Varela protesta: “Los problemas vienen cuando tú dices que no quieres ser madre y te explican que eso es imposible porque todas las mujeres del mundo tienen instinto maternal. Creo que ahora se trata precisamente de acabar con los roles. Es el momento de creerse que todos y todas somos seres humanos y no por ser hombre o mujer debemos pensar o comportarnos de una manera preasignada social o culturalmente”.

Asimismo, la escritora Gemma Lienas recuerda a las víctimas del patriarcado que una mujer es igual de mujer aunque no llegue a dar de mamar en su vida: “Estoy convencida de que el deseo de tener hijos es aprendido. Creo que hay personas, tanto hombres como mujeres, que tienen vocación de padres o madres; en cambio, otras que no la tienen. El problema es que las mujeres que no sienten necesidad de ser madre sufren una presión

social tan grande que acaban por quererlos tener, muchas veces cuando ya se les ha pasado la edad. Vete a saber si, sin la presión social, les pasaría lo mismo. Para tomar decisiones libremente es preciso poder pensar en libertad. Y eso es difícil cuando desde el nacimiento te han estado educando en una dirección concreta”.

En cualesquiera de los supuestos, queramos flagelarnos con la soledad o nos agobie a pendulazos el tictac de marras, o ambas cosas consecutivas, la autora alemana Regina Müller cree oportuno que nos relajemos pues, de tanto que nos queremos liberar, acabamos cayendo desesperadas en el otro extremo: “No hay nada que nos obligue. No estamos obligadas a tener hijos, no estamos obligadas a casarnos. Lo único contra lo que debemos luchar son nuestras propias expectativas acerca de la vida. En un momento u otro, todas nos decimos: Dios mío, esto me sobrepasa. El anhelo por una correcta y fácil solución se hace enorme: anhelo por el tipo adecuado que pueda hacerse cargo de aquello que nos preocupa”. Aplicado a nuestro discursito de mujer autónoma, esto significa que: de no querer a un hombre cerca porque estamos muy orgullosas de valernos por nosotras mismas, al dejar de lado facetas muy importantes que demandan atención en nuestro interior, pasamos a sentir un vacío que, al final, preferimos que alguien nos venga a colmar porque nosotras no nos sentimos con fuerzas para solucionarlo solitas.

¿Sucede así de verdad? Todo es posible. Mas eso implicaría una renuncia total a los principios racionales en pos de las imposiciones del conservador subconsciente, con lo cual estaríamos otra vez igual de desequilibradas. Así que cada una debe buscar su punto de equilibrio. No sé cómo en algún momento de mi existencia he sufrido la ceguera puntual de pensar que yo estoy mejor de la azotea que esas mujeres conservadoras que renuncian a su trabajo por su familia. Qué va: ¡Hay cacao mental para todas! Si no esperen a ver las contradicciones que albergan en sus mártires cerebros quienes sí se lanzan a la piscina de las relaciones en cuanto a la duración del amor, la monogamia, infidelidad, la sucesión de distintos compañeros en función de las etapas vitales... Nadie dijo que fuera fácil.

¿Y para ellos, también hay cacao?

Huelga reiterar que las que estamos en pleno apogeo tanto individual como relacional somos las mujeres puesto que somos las principales interesadas en cambiar y en llevar a

buen término los cambios. Hoy por hoy, muchas, como Nuria Varela, hemos llegado a la conclusión de que “siempre es mejor sola que mal acompañada. Nosotras ya hemos hecho nuestra propia revolución. Es hora de que los hombres se pongan manos a la obra, pero eso tienen que hacerlo ellos solos. No es nuestra tarea”. Un detallito sin importancia: Muy pocos de los beneficiarios de los privilegios del patriarcado habrían pensado en cambiar nada motu proprio, por una lógica de cajón de madera de pino: cuando algo te funciona, para qué lo vas a cambiar, pero si no te funciona, a qué esperas para cambiarlo. Eso es, precisamente, lo que está aconteciendo: lo que antes les funcionaba, ahora les está empezando a fallar más que una escopeta de feria. Así que, aparte de ir “a remolque”, a ellos les toca también ponerse al día, enfrentándose a los tópicos que se nos han adjudicado durante siglos a ambos géneros.

Sònia Cervantes, psicóloga del IPAB, asegura que “en el caso de los hombres han cambiado los modelos de referencia imperantes hasta hace pocos años. Su proceso de adaptación a la nueva realidad les descoloca un poco porque no hay que olvidar que si hay algo que no ha cambiado es el hecho de que acostumbra a ser la mujer la que decide y determina el tipo de relación a establecer y, en este sentido, son ellos quienes deben adaptarse a los nuevos modelos”.

Tampoco ha de extrañarnos que les cueste adaptarse si tenemos en cuenta la variedad de mujeres con las que se cruzan en sus relaciones. No tienen ni idea de por dónde les vamos a salir, ni de cómo reconocer a un tipo de mujer frente a otro. Antes podían esperar que casi todas quisieran amarrarlos para llevarlos al altar, sin embargo, ahora unas quieren formar una familia y lo demuestran, otras quieren casarse pero lo disimulan, otras lo quieren pero no lo reconocen ni ante sí mismas, otras no saben que lo quieren; otras no saben lo que quieren, otras quieren sólo sexo sin compromiso, otras buscan compromiso a través del sexo, otras huyen del compromiso al tiempo que anhelan estar enamoradas y ser correspondidas... Hay tantas variedades como mujeres y combinaciones de factores influyentes, desde la socialización recibida en la familia pasando por las experiencias sentimentales vividas.

Las pobres criaturitas, les compadecería mi abuela, están perdiendo todos los privilegios que disfrutaban por el hecho de haber nacido con un pene entre las piernas. Todos aquellos tratos de favor que sus madres les procuraban, todo el refuerzo que tenían en la

escuela y en los medios de comunicación, así como entre todos los amigos como tipos seguros con derecho a todo lo que quisieran (luchando más o menos por ello, eso quizás dependa más de la clase social), lo están perdiendo en cuanto comienzan a relacionarse con las mujeres de hoy. A la hora de conquistarnos, ya no les sirve, simplemente, ir con su autoconcepto bien alto (por equivocado que sea) e invitarnos a una copa, han de demostrar que tienen algo interesante que aportar, que su atractivo radica en algo más que en su vestimenta, para que aceptemos, como mucho, salir a cenar con un marcador secreto en el que evaluar a fondo al candidato. Una vez conquistadas, necesitan demostrar que son inteligentes y sensibles, que se han librado del australopitecus que llevaban dentro y poseen la habilidad de freír (bien) un huevo. Para colmo, en la cama ya no les vale con la recurrida posturita del misionero, entrar -salir, empujar-sacar, sino que han de proporcionarnos placer, saber hacer cunnilingus, y no empeñarse tanto en la cantidad como en la calidad, de lo contrario muchas se lo reprochamos y no movemos ni un músculo a cambio. A la hora de mantenernos a su lado, han de mostrarse amigos, compañeros, sensibles y empáticos, capaces de escuchar en lugar de huir a ver el fútbol con los colegas en cuanto hay un problema.

Es obvio que todo su mundo se está resquebrajando, tienen que reinventarse a sí mismos y adoptar otros modos de actuar que nadie les ha enseñado. Bienvenidos al club de la incertidumbre y la regeneración. Ramón, informático de 29 años, lo expresa divinamente: “Hay mucha duda. Estamos en época de cambios y, como suele pasar, no todo el mundo va a la misma velocidad: unos/as siguen anclados en los tabúes y las tradiciones, otros/as se han revelado completamente, otros/as están en plan prueba y error, otros están de vuelta, porque no siempre lo blanco es mejor que lo negro... En el caso del hombre, además, como en la ideología antigua él era el que supone que dominaba, es especialmente traumático, porque ha de superar un doble complejo: el de no dejarse llevar por inercias pasadas y convertirse en dominador, que lo desacredita en los nuevos cánones, y el de no sentirse humillado, por un exceso de sentimiento de culpa por todos los “pecados” de su género en el pasado”.

Manu, comentarista cinematográfico y webmaster barcelonés opina que “el machismo todavía domina el mundo, en parte por obra de las mujeres. Pero hay elementos que están cambiando, aunque no de manera positiva. Los hombres, por una parte, intentan mostrar más sentimientos, igualar a la mujer en todos los sentidos, en el hogar, el

trabajo, el sexo... Pero suele ser más una pose verbal que la acción. Por algo se empieza”. Y tanto, reforcemos a los que tratan de sobreponerse a la marejada, para animarles a seguir. El profeminista Iñaki continúa en su línea de no separar por sexos: “Los cambios que veo están más relacionados con la manera de movernos por las situaciones. Se ha abierto mucho el espectro de actuación. Creo que se ha empezado por ofrecernos la libertad de movimiento (en las relaciones, las drogas, los viajes, la información...) y nos toca a nosotros configurar una respuesta moral a la situación. Dentro de ese proceso de liberación de los movimientos, el salto cualitativo mayor ha sido para las mujeres (porque partían de una situación de menor libertad de movimiento socio-moral); pero la liberación nos puede ayudar a todos a descartar comportamientos encapsulados y a comprendernos mejor a nosotros mismos. Aunque también creo imprescindible re-configurar y re-crear los valores nuevos a los que nos proyecta esa liberación”.

Buen apunte. Hasta la generación de nuestros padres, a los hombres se les achacaban los típicos tópicos retroalimentados en las películas de humor castizo de los años 70. Rememoremos: miedo al compromiso con la consecuente huída, sea en cuanto empiezan a intimar o sea el mismito día de la boda; completa dejación de las tareas domésticas y familiares, tendencia a la infidelidad, insistente persecución de la mujer inalcanzable porque la valoraban más, inmadurez emocional, egoísmo... Al enumerarlos, me doy cuenta de que en el siglo XXI, por lo menos en las grandes ciudades, estos pretendidos defectos históricamente masculinos no son ya patrimonio cultural suyo. Con total sinceridad, he de reconocer que algunas jóvenes de hoy pecamos prácticamente de los mismos.

Confieso que he pecado

Para que no se diga que utilizo a mis confidentes de forma interesada en la defensa de mi tesis, confieso en primera persona hasta qué punto me identifico con muchos comportamientos antaño masculinos (no me siento orgullosa de ello, conste): He huido despavorida cientos de veces de todas aquellas relaciones que se prometían prolongadas y convencionales, prefiero vivir sola para no tener que limpiar lo que ensucia el otro y, de vez en cuando, no dudo en contratar a una señora de la limpieza por pura vagancia; tiendo a coquetear con otros hombres para comprobar que, aunque salga con alguien, sigo resultando atractiva en el mercado del trueque carnal. Es más, defiendo con firmeza

que una mujer puede hacerle el salto a su novio/marido una noche sin un ápice de sentimiento de culpa porque lo ve como sexo sin implicación sentimental que valga. Voy, indefectiblemente, a la busca y captura del que más zancadillas me pone por el camino de la conquista, porque todo aquello que me ofrecen sin que me esfuerce para conseguirlo se devalúa al instante, como les ocurre a ellos cuando se acuestan con una tía la primera noche. No sé lo que es el amor pero tengo idealizado el período de enamoramiento, del cual soy incapaz de pasar; y, por último, cuando fantaseo con la idea de tener pareja sólo pienso en las ventajas, no en aguantar manías, ni en ceder, ni en renunciar a mis prerrogativas. Como, por suerte, no me considero única en la faz de la Tierra, sino que sé de buena tinta que tanto mujeres como hombres de mi generación pasan por reflexiones parecidas y por causas similares, en el próximo capítulo diseccionaremos las relaciones desde el punto de vista de la interacción, con el objetivo último de observar cómo y por qué se complementan o chocan entre sí nuestras diferencias en la actualidad.

El toma y daca de las relaciones

De momento, los entrevistados de ambos sexos cuentan qué esperan de las relaciones y qué dan, en qué términos las establecen, cómo es su pareja ideal: A pesar de que se consideraba irredento, tras pasar por dos relaciones muy duraderas con incontables episodios de infidelidad, Igor encontró hace un año y medio a la horma de su zapato y no la cambia por nadie. “Ahora tengo una relación estable y me gusta, porque ella es la hostia, en general, como persona, como amante, como novia. Es mi ideal de mujer porque entiende como soy y no intenta cambiarme y me deja mi parcela”.

Marina, editora de 37 años, se declara feliz con su nueva relación: “Me aporta un montón de puntos positivos, le da a mi vida un equilibrio fantástico y estoy contenta de haber encontrado una persona con la que compartir esa aventura de iniciar y mantener una relación. Espero “poco”: estar bien con mi pareja, descubrir, sentir que el paso del tiempo tiene un sentido, cariño, respeto, una intimidad que dote de cierto sentido a la vida... Quiero decir que no pido grandes cosas o metas concretas, mi relación me gusta porque se construye cada día y sólo está establecido lo básico: que estamos muy a gusto juntos. Por mi parte le doy exactamente lo mismo: el respeto al tiempo y las maneras propias de la otra persona, el apoyo, inmensas dosis de cariño... No tengo ni idea de a

dónde nos encaminamos; es una relación relativamente reciente, unos seis meses, y casi todo está por construir. Lo cual me gusta mucho”.

También Andrés está emocionado de haber empezado una relación, porque “no quiero ir de flor en flor. Es una pérdida de energía brutal y un disparate a la larga. Y porque vivir solo está muy bien durante el día, terriblemente bien, pero por las noches es espantoso. Cuando duermo solo, me paso la noche moviéndome de un lado a otro; cuando duermo con alguien, aunque sea una desconocida, me duermo plácidamente tan solo cerrar los ojos y no me muevo en toda la noche. Sé que mi espíritu es un espíritu de pareja y por la noche mi cuerpo lo exterioriza. Amar para mí es admirar absoluta y completamente a la otra persona. Eso me ha ocurrido sólo una vez. Y es extraordinario. Lo único que le pido al otro es respeto. Yo me exijo ser un hombre de los pies a la cabeza (mi concepto de la palabra hombre es: persona absolutamente coherente con lo que dice, aunque lo que diga sea una estupidez”. Marga sale ahora con “él” y le sublima la sensación de “sentir que soy importante para alguien y, del mismo modo, que ese alguien sea importante para mí. No tengo demasiadas pretensiones con respecto a la vida en pareja, ni espero que mi pareja me llene de otra forma que no sea la afectiva. No quiero a nadie para llenar mi tiempo sino mis emociones. Para mí, amar es la capacidad de dar todo sin esperar nada, es un acto de absoluta generosidad, de entrega. Del otro espero respeto y afecto, yo me exijo tener la capacidad de ponerme en su piel, de entenderle”.

Isabel, periodista de 30 años, mantiene una relación estupenda casi por azar: “La verdad es que siempre he tendido más a buscar diversión sin esperar ningún tipo de compromiso y jamás me he parado a pensar qué esperaba de la otra persona. En cualquier caso, a ellos no les daba tiempo a esperar demasiado de mí porque hasta conocer a mi pareja actual nunca había mantenido una relación estable, no me interesaba en absoluto. ¿Qué ha pasado, entonces? Que un día nos conocimos dos personas que no tenían ninguna intención de mantener una relación duradera, que sólo buscábamos diversión y... ya llevábamos unos cuántos años divirtiéndonos, así que, ¿por qué lo íbamos a dejar? Mi relación ideal es una en la que des y recibas, en la que tengas el apoyo y el cariño de la otra persona, en la que el otro siempre te anime en la lucha por alcanzar tus aspiraciones profesionales, en la que exista comunicación... y, ahora va el más difícil todavía, en la que, a la hora de vivir juntos o tener un hijo, todo sea cosa de dos. Por desgracia, lo de que cada uno haga el 50% sería la panacea”.

Elvira pone como condición sine qua non para salir con su pareja “que haya amor”, nada de conveniencia ni comodidad. Solamente el amor le proporciona la alegría de “intimar con esa persona, ir construyendo complicidades, ir indagando en la otra persona, irte mostrando y ver que a él le gustas, mejorar día a día en el terreno sexual, ilusionarte con los detalles, las sorpresas, las palabras... Mi ideal es esa persona que me haga sentir y me respete, me escuche y me hable. Que sea maduro sentimentalmente y que sienta de verdad. Para mí, amar es entregar sin pedir nada a cambio. Conocer y dejarse conocer. Cooperar, luchar de la mano, nunca en contra. Hacer de él tu mejor amigo, tu mejor amante, tu mejor confesor, tu mejor acompañante...”

En esta misma órbita romántica se encuentra Vanesa, de 26 años, completamente enamorada de su novio: “Después de llevar casi un mes si vernos, me di cuenta de cómo me gusta poder abrazar, que te acaricien unas manos que has echado de menos. De él espero que las cosas sigan fluyendo con la misma naturalidad, que siga siendo fácil estar juntos, y yo espero volcar todo lo bueno de mí para que la relación continúe adelante y sigamos dando mutuamente lo que el otro necesita. Querer a alguien de manera incondicional y saberte correspondido es una de las mejores sensaciones que se pueden experimentar. No me he planteado qué me gustaría cambiar de mi relación, supongo que porque todavía no ha habido nada que hiciera saltar la alarma de “¡Cuidado! ¡Esto no me gusta!”. Supongo que si soy capaz de cumplir mi máxima de amor y respeto, cualquier problema se puede solucionar fácilmente, dialogando e intentando buscar soluciones entre los dos. Hablar del futuro siempre da un poco de miedo, vivimos en un mundo tan provisional que nunca sabes cuánto te va a durar nada. Es la filosofía Ikea: no gastes todos tus ahorros en un mueble que te dejará de gustar cuando todavía esté en buen estado, mejor cómprate uno barato que te satisfaga en un momento concreto de tu vida y que puedas cambiarlo cuando te canses. Emocionalmente, nos cuesta hacer una gran inversión por miedo a poner toda la carne en el asador y que la relación se frustre. Mentiría si dijera que no me gustaría que la relación que tengo ahora pudiera durar mucho tiempo, con las mismas ganas, la misma ilusión y las mismas satisfacciones. Si ambos crecemos y evolucionamos a la par, y seguimos queriendo estar juntos, creo que la cosa puede funcionar...”

Para Elsa, residente en Vitoria, su chico cumple con su prototipo ideal: “Alguien que me haga sentir feliz y tranquila, sensible, sociable, comunicativo, inteligente y sincero. Parece que pido mucho pero es posible. Soy exigente pero a la par bastante flexible si hay unos mínimos que podamos consensuar entre ambos. Amar es hacer todo lo posible por el bienestar del otro, sin diluirse uno mismo en el intento. Ser compañero en todos los sentidos. Para amar hay que admirar a la otra persona y sentirse cómplice”. También Davinia ha hallado su pareja ideal: “Es justo la que tengo: basada en el amor, la experiencia, la complicidad, la confianza, la igualdad... a diferencia de lo que se ha creído siempre, para que una pareja funcione, ambos tienen que parecerse, compartir gustos, aficiones, esquemas de vida...” Asimismo, Belinda ha alcanzado la felicidad emocional: “Mantengo una relación estable desde hace 7 años, supongo que porque alguien dibujó nuestras vidas con dos líneas paralelas. Espero del otro lo mismo que doy. A veces amor tierno, otras pasión loca, otras simplemente risas, otras veces tolerancia, paciencia (que aquí más que nunca es la madre de la ciencia...), amistad,...Cuando nos conocimos ninguno de los dos debía estar allí y creo que era el único momento de mi vida que no deseé un novio, así que me gusta “echarle” la culpa al Destino. ¿Hacia donde se encamina? Espero al final de nuestra vida. Me casé por la Iglesia (soy católica) consciente de que juraba ante Dios, los presentes, él y yo que lo amaría, cuidaría y respetaría hasta que la muerte nos separe. Así que en esas estoy”. Por ahora confía en que es posible, a juzgar por sus palabras: “Mi la relación ideal es la mía. Comparto mi vida con una persona que me quiere por como soy, lo mismo que yo a él. Hemos ido evolucionando juntos, a la vez que lo ha hecho también nuestra relación, basada siempre en el respeto mutuo”.

Ana, por su parte, se teme “que la palabra ideal es la culpable de muchos fracasos sentimentales. Cuando esperas mucho del otro y viceversa, malo. Lo mejor es dejarse sorprender y aprender de la diferencia (siempre y cuando no sean abismales). Desde luego, lo que ahora priorizo es la comunicación. Nunca se habla suficiente y creo que es un error relativizar lo que para tu pareja es muy importante (y viceversa). Eso implicaría dejar de ser tan egoístas, aunque creo en el individuo antes que en la pareja. Para mí, la pareja es la unión de los individuos y esa individualidad es necesario que no desaparezca. Actualmente tengo pareja estable y estoy muy satisfecha con mi vida sentimental/sexual. Tenemos mucha química en ambos terrenos y, sobre todo, mucha comunicación, así que cuando hay algún problema, solemos llegar a una “entente

cordiale” rápidamente. Pero, no me gusta hablar en términos futuros. Simplemente, me gustaría seguir experimentando y descubriendo cosas nuevas con mi pareja”. Maite, otra emparejada felicísima, celebra: “Tengo una relación desde hace más de tres años y yo tendido bastante a tenerlas, me encanta vivir en compañía de alguien a quien amo y que me da cada día las ganas de ser mejor persona, de hacer cosas. Para mí, en la vida, es esencial estar enamorada, sentirme querida y, sobre todo, amar a alguien, con la suerte de que ahora no me siento mal por ello. Esta relación la encamino a algo como lo que tengo, de convivencia sin egoísmo, con total confianza y con el deseo como algún fundamental, pero reforzado por el matrimonio y que crezca con niños; la quiero para siempre”.

Antonio también recomienda su estado actual, de novio comprometido, y subraya que eso lo dice alguien que ha estado sin pareja mucho tiempo y se encontraba estupendamente: “Compartir tu vida con otra persona está muy bien, por todo, es una forma de vida. Amar es un sentimiento que te supera, que te hace comportarte de una manera, tu vida gira entorno a eso y todo lo que te pasa lo quieres relaciona con tu pareja, y todo lo compartes con ella. Al otro, más que pedirle, esperas que te dé. Yo no sé qué me exijo pero sí intento que la otra persona siempre se encuentre bien y no hacer algo que le pueda molestar, aunque, por supuesto, esto es imposible”. Ángel, por su lado, reza por que todo se quede en su santo lugar: “Mantengo una relación estable y ruego a Dios que siga así. Básicamente porque esta es la chica con la que quiero estar, la chica a la que quiero y por eso deseo que dure lo máximo que pueda durar. Del otro y de mí espero que ambos estemos bien, felices y contentos cuando estamos juntos. El futuro lo veo como una proyección hacia delante del presente que, en este caso, trato de conservar. Me gusta tener una relación larga porque significa que he conseguido mi objetivo –encontrar una chica que realmente me guste- y porque no me va estar solo ni vivir de relaciones esporádicas”.

No todos se las pintan tan felices

En el lado opuesto, suelen erigirse aquellos que aún sufren los coletazos de una anterior relación. Rubén, treintañero que trabaja en un departamento de prensa, dejó una relación larguísima y muy absorbente hace un año y medio y todavía rehuye cualquier cosa que se aproxime a la intimidad: “No tengo un modelo pensado de pareja ideal. No sé si la pareja es algo necesario, ni mucho menos ideal. Me gustaría un nuevo marco de

posibilidades de relación con el sexo femenino. No tengo ni idea de si está en mi mano o no cambiarlo. Cuando a veces creo que va todo viento en popa por mi parte, me doy cuenta de que no hay feedback por ningún lado”. Más quemados: Zuriñe, que continúa atada a una relación de seis años bastante insatisfactoria muestra su desilusión con respecto al amor: “Ahora mismo necesitaría estar sola una temporada. Hacer con mi vida lo que realmente me plazca. Necesito soltarme la melena. En un futuro me gustaría encontrar un hombre que me haga sentirme especial, que quiera un compromiso de futuro, pero que no me ahogue, quiero empezar a divertirme . Ahora no pienso en si algún día formaré una familia o no. El tiempo lo dirá. Dudo que así sea con mi actual pareja y con la vida que he hecho con el en los últimos años. Realmente estoy muy decepcionada con las relaciones. He llegado a la conclusión de que todos los hombres dan problemas, entonces, ¿por qué buscar otro que me complique más la vida?”

Le ha leído el pensamiento Jordi, de 26 años: “Ahora por ahora, no quiero una relación estable, ya he tenido una muy larga y necesito desconectar un poco. Estoy satisfecho por el hecho de estar libre, pero tengo el sentimiento de pérdida demasiado cerca. A partir de ahora quiero ser yo mismo, no me planteo mi vida sentimental como algo prioritario. Tengo que arreglar antes otras cosas. Y si surge algo, bienvenido será... De una relación espero confianza, fidelidad, cariño, seguridad, compromiso y sexo (aunque no necesariamente en este orden). Creo que doy lo mismo pero tampoco en el mismo orden. Si mantuviera una relación estable quisiera que se encaminara a generar vida... sí, un retoñito”.

Amanda, de 36 años, no está en la unidad de quemados pero rompe prejuicios de que las mujeres buscan más el compromiso que los hombres: “Toda mi vida ha estado llena de relaciones estables (ojo, que tampoco son tantas, solo dos, pero eternas), así que, hoy por hoy, me apetece bastante poco más de lo mismo. Es cierto que resulta muy, muy agradable saber que por ahí hay alguien que piensa especialmente en ti, pero si soy sincera, no creo que pudiera pagarle con la misma moneda. Nunca he podido, de hecho. Y a ciertas edades, de pronto una va y apuesta por la honestidad, y resulta que “mi” honestidad radica en eludir compromisos que, al menos en buena parte, no estoy segura de cumplir. Lo que son las cosas...”

Indecisos Indeterminados S.A.

A medio camino, entre los felizmente enamorados y los que reniegan del amor, están los indecisos por diferentes motivos, quizás porque no han conocido a alguien que les arrebatase la razón: Adriana y sus dudas: “Sinceramente, no sé si quiero una relación estable. Llevo tanto tiempo sola (cuatro años) que me he acostumbrado y me gusta mi independencia. Actualmente estoy con un chico (sólo llevamos unos meses y por tanto no se le puede llamar novio) y me encuentro en esa encrucijada: estoy genial con él pero no quiero nada serio. Supongo que es cuestión de que llegue la persona con la que no me importe arriesgarme. Cuando me enamore se me pasarán las manías y se derrumbarán mis trincheras. En caso de que quisiera mantener una relación estable, sería por la infinidad de cosas buenas (al margen del sufrimiento) que también aporta: el amor correspondido te hace sentir viva, te da estabilidad, apoyo, calma, etc.”

Laila también está dubitativa: “Me gustaría mantener una relación pero no estoy muy convencida de estar preparada para ello. Creo que soy más adicta a las pasiones iniciales de las relaciones estables que a la estabilidad en sí”. Qué decir de Carlos, madrileño de 28 años que co-dirige una agencia de comunicación de moda: “No mantengo ninguna relación estable, en este momento no me lo planteo. Por otra parte, me gustaría estar enamorado, aunque, por la otra, solo se está muy bien. En estos momentos no creo en una relación ideal, si existiera, se sustentaría en altas dosis de respeto, mucho cariño y mucho diálogo”.

Otros no lo buscan, si bien, no lo rechazarían, como Aitor, diseñador vasco: “Ahora no mantengo una relación, pero no me importaría nada mantenerla. Pienso que montar algo estable con una persona del otro sexo es algo natural y puede ser fuente de muchísimas satisfacciones. También podría serlo de infinitas frustraciones, pero con el suficiente amor (y no me refiero a ese amor pastoso y pegajoso, sino algo más elevado) no tiene por qué pasar. Del otro no espero nada. Prefiero que me sorprendan. Yo daré lo que me salga de modo natural, tampoco espero nada de mí. Que fluya... Me gustaría que se encaminase hacia una larga y duradera amistad. Por otra parte, me gustaría que la llama (ahora sí me refiero a ese amor pastoso y pegajoso) durara muchos años encendida. Vaya, que dure lo que tenga que durar. Pienso que hemos mamado tanta película romántica y tanta música melancólica que a veces nos gusta rebozarnos en ese sentimiento de soledad y esa añoranza por el “amor” ideal. Lo reconozco, me encanta la

música romántica y melancólica. Pero si ahora mismo tuviese que decidir entre pasar enamorado locamente el resto de mis días o, por el contrario, vivir libre de tal hechizo pues... ¡no sé lo que haría! Todo tiene sus ventajas e inconvenientes.”

Iker también está abierto a lo que surja: Por ahora me siento bien sin compromiso pero no descarto que algún día pueda apetecerme compartir mi vida con alguien y lo haré encantado. Creo que una relación siempre es algo positivo aunque no la tengo ni la deseo, las cosas deben de surgir de forma natural a ser posible... Me gustaría que una relación se encaminara a compartir y madurar juntos manteniendo una buena amistad. Quiero creer que no espero nada de la otra persona, aunque yo, si me enamoro, lo doy todo. En una pareja es importante que ambas partes muestren sus sentimientos y, por supuesto, el sexo, porque implica la unión entre ambos...”

En busca y captura

Estos dos chicos ya se van acercando más a los anhelos de este otro colectivo de jóvenes que sí apostarían por una relación si coincidieran con la persona idónea: Sandra, 27 años, confía en la improvisación: “Tengo ganas de conocer a alguien y compartir cosas con ese alguien. Pero nada viene así como así (creo en el amor a primera vista y me ha ocurrido pero, una vez las cosas se calman, hay que descubrir muchas cosas de la otra persona). Cuando conoces a alguien no sabes lo que va a pasar con él. No sabes si será el rollo de una noche, un rollo de un par de meses, un novio formal o el padre de tus hijos. No hay que cerrarse a nada y disfrutar. Y dejar que las cosas fluyan. Y ya se verá...No creo que tenga una pareja ideal. Supongo que quiero lo que todo el mundo: que me quiera, me entienda, me respete, me escuche, me desee, me haga reír...y me haga el amor como nadie”.

Rocío, a sus 22 años, lo tiene claro: “Tengo ganas de tener pareja porque hay sensaciones que sólo tienes con ella, sentimientos, confianza, complicidad...Creo que mi ideal de amor es estúpido, de niña de 14 años, pero sigo pensando que pasa por que te cueste hasta respirar de feliz que eres con esa persona, que te pegarías todo el día con ella y no necesitarías nada más. Poniendo los pies en el suelo, amar significa compartir todo en tu vida, con respeto, complicidad, confianza; lo que tienes con una amiga pero más especial.” Irina es muy original. Me gustaría mantener una pareja estable para poder compartir mi yo, ¡qué egoísta y posesivo sería quedármelo para mí! No sé cómo

expresarlo, pero no espero nada del otro, ya me gusta lo que me dan. Yo doy dolores de cabeza...” Sebas, malagueño de 35 años, se lanzaría a la piscina sin meditarlo porque “necesito el cariño de la otra persona, me hace sentir más seguro, más acompañado en el devenir de la vida, más feliz y más estable. Mi ideal de mujer es culta, tolerante, solidaria, que me ponga a cien y no sea posesiva. Que se divierta conmigo y que si termina su amor por mí, me lo diga. Mi concepto de amar es sentir que siempre llevo dentro algo de esa persona”. Para Iñaki conlleva algo parecido: “Sentirme implicado en los sentimientos de otro. Sentir que formo parte de su emocionalidad”.

Xavier, informático de 30 años, afirma que una de las razones por las que le apetecería estar en pareja es “por el sexo con calidad. Para mí es la única manera de tener experiencias con relaciones sexuales satisfactorias, sobre todo, porque acabas conociendo bien la sexualidad de la otra persona y viceversa. En mi opinión, las ventajas de ser soltero son muchas, así que hasta que no creo haber encontrado a una persona con la que querer compartir por entero mi vida, no doy el paso”. ¿Qué requisitos ha de cumplir? “Los tres o cuatro imprescindibles: buena persona, que me resulte atractiva, tolerante, inteligente... con esa base sólo me falta sentir algo especial al estar junto a esa persona, cosa que me ha ocurrido muy pocas veces a lo largo de mi vida. A ella intentaría darle mucho de lo que soy, pero sin dejar de tener mi vida individual (amigos, aficiones...). Le dedicaría la mayor parte de mi tiempo libre y formaría parte de mi vida, es decir, realizaría siempre mis acciones pensando en ella y en la relación. Me gustaría que ésta se encaminara a la formación de una familia completa, a poder ser con hijos. No sabría estar con nadie que no me considerara uno de los pilares de su vida, y viceversa.”

Aurelio, de 29 años, asegura que sería genial tener una relación, “es lo mejor, llegar a compartir con alguien tus frustraciones y tus alegrías, que te quiera mucho sin querer demasiado, sin agobios. ¿Qué doy? Lo que puedo, si estoy muy pillado me paso. Y me gustaría que se encaminara hacia la eternidad, una relación eterna y cómplice, con confianza, buen sexo, mutuo buen rollo, libertad de movimientos y relaciones (los cuernos no están en los genitales, están en las palabras). A Manu también le iría como anillo al dedo “una persona que me complete, con quien hablar, discutir, disfrutar. Esa a la que deseara sorprender cada día, que se te queda grabada en la cabeza, en la que piensas y con la que quieres estar a diario, cada uno independiente del otro pero

dependiente al mismo tiempo”. Me gustaría encontrar a esa persona que me hiciera querer ofrecerle mi vida a su lado, en una relación al 50%, en la que, además, la faceta sentimental y sexual fueran unidas”.

Más romántico incluso que las chicas siguientes: Mayra, 32 años: “Me encantaría tener una relación estable porque creo que todos hemos nacido para estar en pareja, otra cosa es que la encontremos. Creo sinceramente que es el estado natural del hombre. Sueño con encontrar a esa otra persona que me quiera y me acepte como soy para poder tener una vida feliz a su lado y formar una familia. Es una aspiración de la que estoy muy muy segura”. Lara, RRPP de 33 años, anhela iniciar una relación “con un hombre maravilloso, sexy, atractivo e inteligente. También me gustaría que fuera sensible y cariñoso, guapísimo y que supiera cómo tratarme. Es maravilloso estar bien con alguien, me encanta compartir mi vida con mi pareja y hacer las cosas juntos. Odio y temo la soledad. Me encantaría tener una relación estable y larga que no me aburra ni me canse, ¿existirá alguien así?”.

Ingrid, de 35 años, prefiere las relaciones duraderas porque son más enriquecedoras y, sobre todo, más interesantes, porque te permiten establecer una conexión más íntima con alguien, con más confianza, así como el intercambio de algo más que sexo (información, pensamientos inteligentes, formas de interpretar la realidad en la que vivimos o de enfrentarse a un sistema bastante hostil...). Mi ideal es un hombre interesado en pensar, no en evitarlo. Más seguro que yo, que esté enamorado de mí y me dedique tiempo de calidad. Amar significa una unión de pensamiento, enfrentar retos (o marrones, que es lo que más hay) de manera conjunta. Es una alianza a alto nivel. Una forma de superar los problemas y evitar la soledad, que es algo que muy pocas personas pueden soportar a largo plazo”.

Por eso y por otros motivos Susana confiesa que no le importaría intimar de verdad con alguien: “Tengo bastantes ganas. Porque hace 4 años que estoy sola, vivo sola, he probado otro tipo de relaciones más o menos continuadas y sentimentales y estoy bastante harta de probar príncipes y que todos se vuelvan a su reino a casarse con otra más tradicional. Y me gustaría conocer a alguien interesante que estuviera enamorado de mí al mismo nivel que yo de él, ni más ni menos, el tipo de relación no me importa. Pero sí lo de compartir tiempo, ganas, viajes, confidencias, risas, lloros, cama... y sentir

sin miedo a demostrarlo o a que huyan. Me gustaría poder estar segura de mis sentimientos y de los del otro, no tener que negármelos a mí misma ni ver cómo el otro se los niega y me hace daño para que no me haga ilusiones. Para enamorarme, necesito sentirme atraída física y sexualmente por esa persona, si no hay química, difícilmente puedo llegar a funcionar como pareja. En cuanto a la personalidad, lo básico es que sea un hombre inteligente, al que pueda admirar por lo que me cuenta y por su modo de moverse por la vida, seguro de sí mismo (en el sentido de no sentirse inferior a nadie, ni mucho menos a mí, porque no le podría admirar), y liberal, que entienda que cada uno necesitamos nuestro espacio personal vital. Para mí, amar implica compartir, mirarme en los ojos del otro y sentirme feliz por ser como soy cuando estoy con él y por estar con él, sentir con el otro, ponerme en su lugar cuando está triste y cuando está contento, querer que siempre esté lo mejor posible, cuidar del otro, de su bienestar, preocuparme cuando está mal o me necesita, acariciarle y sentir que todo fluye y se me remueve por dentro. Tener ganas de hacer cosas juntos, aunque sea mirar el techo desde la cama”.

Pero, ¿qué coño es el amor?

Puro romanticismo. Love is in the air, suena la canción de John Paul Young. Empero, ¿qué es el amor desde el punto de vista teórico? El filósofo José Antonio Marina empieza con una mala (o buena) noticia en su libro El laberinto emocional: “El amor, por supuesto, no existe. Existe una nutrida serie de sentimientos a los que etiquetamos con la palabra amor, que está a punto de convertirse en un equívoco. Esta confusión léxica nos hace pasar muchos malos tragos, porque tomamos decisiones de vital importancia para nuestra vida mediante un procedimiento rocambolesco. Experimentamos un sentimiento con frecuencia confuso, lo nombramos con la palabra amor, y, por ensalmo, la palabra concede una aparente claridad a lo que sentimos y, de paso, introduce nuestro sentimiento en una red de significados culturales que imponen, exigen, o nos hacen esperar del amor una serie de rasgos y efectos que acaso ni siquiera sospechábamos. Parecería más sensato esperar a ver qué sale de nuestro sentimiento para saber si era amor y qué tipo de amor, o si era algún otro sentimiento emparentado”.

El filósofo se refiere, si no me he equivocado al darme por aludida, a todos esos otros disfraces engañosos del amor, desde el encaprichamiento para paliar el aburrimiento, hasta la sugestión de que un pretendiente muy pesado nos gusta porque no tenemos otros candidatos a la vista, pasando por la idealización de un semidesconocido seductor

que nos ha conseguido embaucar en una sola noche o por la pretendida conversión de una íntima amistad en amor de conveniencia. Por ganas de amar somos capaces de confundir esos espejismos con el verdadero amor, algo comprensible teniendo en cuenta las universales dudas que refleja Manuel Valls en su libro *Un año sin sexo* a través de una de sus protagonistas treintañeras: “Amor, amar, querer, desear... en el fondo sólo son palabras. Y las palabras no pueden definir la complejidad de nuestros sentimientos, a menudo contradictorios, por la simple razón de que los sentimientos son respuestas emocionales y las emociones escapan a nuestro control. Por tanto, ¿cómo puedo juzgar mis sentimientos en base a que se ajusten o no a esas palabras que nadie usa del mismo modo?” N.p.i.

A ciencia cierta, tiene mucha más idea que yo y que cualquier otro experto en la actualidad la antropóloga Helen Fisher, que después de escanear y estudiar cientos de cerebros enamorados llegó a una conclusión, entre otras: “El amor romántico es un sentimiento universal, producido por sustancias químicas y estructuras específicas que existen en el cerebro”. Esos componentes químicos son: la dopamina, que “en altos niveles en el cerebro produce una gran concentración de la atención, así como una motivación inquebrantable y una conducta orientada a un objetivo”, características clave para que exista el verdadero amor. La norepinefrina, cuyo aumento produce euforia, energía excesiva, insomnio y pérdida de apetito, también básicas. Y, la prueba del algodón de la serotonina, que, a causa del aumento de las dos anteriores, desciende en picado provocando que el enamorado no pueda dejar de pensar obsesivamente en el objeto de su amor, fantaseando, soñando despierto, meditando y dándole mil vueltas a la maravillosa frase que le susurró por teléfono antes de irse a dormir.

Arroja un rayo más de luz el psicólogo Robert Sternberg en el mismo libro *Por qué amamos* de la doctora Fisher: “Sternberg divide el amor en tres ingredientes básicos: la pasión, que incluye el amor, la atracción física y el deseo sexual; la intimidad, todos los sentimientos de calidez, cercanía, conexión y unión; y la decisión/compromiso, esto es, la decisión de amar a alguien y el compromiso de mantener dicho amor. Para él, el encaprichamiento se compone sólo de pasión. El amor romántico es la pasión más la intimidad. El amor consumado es pasión, intimidad y compromiso. El amor compañero incluye la intimidad y el compromiso, pero carece de pasión. El amor vacío es sólo compromiso; adopta las actitudes del amor pero sólo alberga sentimientos de

compromiso para mantener la relación. El afecto se basa en la intimidad, no se siente pasión ni compromiso. Y el amor fatuo a menudo está lleno de pasión y compromiso pero carece de intimidad”. Como guía práctica para intentar identificar qué es lo que nos atrae como un imán hacia la otra persona no tiene precio.

Probablemente, muchos jóvenes no sepamos desenmascarar al auténtico amor porque hemos idealizado el período de enamoramiento y no llegamos a superar esa idealización. Todavía nos dejamos arrastrar por la pasión loca de los primeros meses, dado que no nos han enseñado a convertirla en amor, con los componentes de pasión, intimidad y compromiso que Sternberg consideraba imprescindibles. El amor, por desgracia, no lo imparten como asignatura en la escuela. En la escuela, en mis tiempos de colegiala, allá por los 80, como mucho se aprendía a mirar las bragas de las chicas cuando se agachaban.

Juan Viñeta, pensador humanista extraoficial que ha escrito un libro sobre el amor, describe cómo se van desarrollando los acontecimientos desde que irrumpe el enamoramiento hasta la ruptura: “En la convivencia en pareja, se hacen planes y se aceptan compromisos. El principal compromiso es el acuerdo de iniciar, con un objetivo a largo plazo, una vida juntos. Es una etapa romántica, llena de poesía, donde se mezcla la emoción y la imaginación, donde se acoplan el pensamiento y la expresión; pero, también, es una etapa con brotes de desasosiego, donde surgen las discrepancias, los desencuentros, las decepciones y las influencias externas negativas, las cuales acarrear dudas y ponen trabas. En el enamoramiento hay una búsqueda de reciprocidad. El amante le pide al ser amado todas aquellas cosas de las que carece y el otro le puede dar. Si la entrega no se efectúa en ambas direcciones, el nexo de unión se rompe. A estos obstáculos con los que nos encontramos durante la etapa del descubrimiento del amor hacia otra persona, hay que sumar los enamoramientos engañosos: el del donjuán que flirtea sólo por el placer de seducir o el de la coqueta que incita a la seducción sólo por el placer de ser seducida. En ambos, el deseo queda extinguido automáticamente cuando se ha conseguido el objetivo”.

En efecto, prosigue, “no todas las relaciones que se entablan llegan a buen puerto, la ilusión del inicio, a veces, se diluye y acaba por poner fin al idilio. Es necesario un cierto tiempo de relación para conocerse, para cerciorarse de que es, efectivamente, la

otra persona la que de verdad estamos buscando, la que podrá compartir nuestras ilusiones, la que colmará nuestras carencias. En definitiva, la persona que queremos amar y ser amada por ella, y gozar juntos de este amor. La ruptura de un enamoramiento es una experiencia dolorosa, a veces, dramática; el estado anímico se resquebraja cayendo en una profunda melancolía. Es un pequeño accidente que puede superarse sin tener que renunciar al intento de seguir ascendiendo por la escalera del amor. La mayoría de víctimas del enamoramiento se reponen del trauma, ven que la vida sigue y se mantiene la esperanza en la oportunidad de un nuevo amor”.

Aún más profundizan en *La ambición femenina*, Nuria Chinchilla y Consuelo León sobre el proceso del amor, ese que sucede al enamoramiento y que tampoco tenemos oportunidad de aprender en las películas, ni siquiera en los clásicos románticos –a decir verdad, *Madame Bovary*, nunca fue un modelo a imitar por su madurez emocional-. Escriben las autoras: “El primer paso de la madurez afectiva está en la razón: a medida que voy captando racionalmente al otro como persona completa, actúo en consecuencia y voy interiorizando su modelo, lo cual desarrolla armónicamente mi afectividad. La afectividad se desarrolla, por tanto, entrando en el mundo del otro, saliendo de sí y de las propias necesidades. La cultura que nos rodea -desde los medios de comunicación hasta las novelas y las series televisivas- parece que nos anima a pensar que los sentimientos deben ser la causa de nuestras acciones. Sin embargo, eso sólo significaría dar rienda suelta a las emociones, en vez de desarrollarnos íntegramente como personas compuestas de cabeza y corazón. De hecho, la realidad nos demuestra que ese dar rienda suelta va configurando un mapa afectivo en el que a veces no nos reconocemos. Y es que los sentimientos son, de hecho, consecuencia de nuestras acciones (u omisiones). El proceso de aprendizaje para el desarrollo de la afectividad empieza, pues, por querer (racionalmente) hacer algo por otro por el que quizá no sentimos nada positivo ahora (pero quizás sí lo habíamos sentido con anterioridad). Pero ese algo tiene que ser algo factible, accesible para nosotros (cada uno sabrá cuán alto puede ser ese escalón que va a saltar) que supondrá un esfuerzo por nuestra parte por huir de lo que espontáneamente me apetece en ese momento (pasar de alguien o incluso tratarle mal) y seguir el dictado de nuestra razón que indica que es lo más conveniente en esa circunstancia”.

¿Todo eso antes de irnos a la cama a comprobar si el otro se lo sabe montar bien sexualmente? Quizás haya que intentarlo. Las autoras facilitan un esquema, por si no ha quedado claro: “Las etapas del proceso para el desarrollo afectivo serían, pues, las siguientes: capto el valor del otro racionalmente, quiero efectivamente hacer algo, lo hago influir en mis decisiones, lo hago operativo y, como consecuencia, crecen mi virtud y mi sentimiento; es decir, me humanizo, poniendo las bases, además, para que el otro si quiere –es un ser libre- cambie o mejore su actitud o sentimientos hacia mí. Es el principio de la reciprocidad en las relaciones humanas. Es el amor racional que nace en la voluntad y crece con las acciones de entrega”.

Eso tan racional ya concuerda bastante más con la aseveración filosófica de que el amor no existe. Más bien nos lo fabricamos. Desde mi punto de vista de bebé emocional en pañales, ése es el proceso que hay que seguir cuando uno empieza a inclinarse por las relaciones serias y duraderas a largo plazo, en detrimento del flechazo que te atraviesa y, por absurdo que sea, no puedes evitar.

De romanticismo, nada de nada

Ambas opciones, la del amor creado y la del enamoramiento ineludible, se llevan un duro revés con el crudo realismo de la socióloga María Jesús Izquierdo: “Si antes nos implicábamos era porque teníamos dependencia, luego es falso el rollo del amor; lo socializamos en el estado de enamoramiento y en la ficción de que elegimos libremente al sujeto de nuestros amores en función de la necesidad objetiva. Asociamos estado emocional a necesidad objetiva, de manera que cuando el sujeto te informa de que está enamorado, no miente, pero es curioso de quién te enamoras... Y llamas estar enamorada a tener garantías de estabilidad, de una posición social, de tener los hijos bien criados... Como pruebas: cuando sales por ahí buscas más un hombre con un buen coche y una buena posición que a uno sin profesión, igual que ellos las buscan jóvenes y guapas. Aunque busques sexo o posición, le llamas amor, por el proceso de socialización te lleva a ficcionar o a creértelo de verdad. Cuando decían en otras sociedades ‘el amor ya surgirá’, querían decir que si te sale a cuenta, esto es, si te da estabilidad, si tus niños pueden estar bien cuidados, o la casa está limpia, o tengo a alguien que me soporta cuando vengo deprimido, claro que puedes querer a esa persona”. Is love still in the air? Acaban de asesinar al romanticismo.

Marina ahonda en el pragmatismo del amor racional: “Tenemos muchas necesidades y la familia se hace cargo de ellas. Necesitamos sexo, pero también compañía, intimidad, comprensión, entusiasmo creador, serenidad, sentido. Los antropólogos consideran que la sexualidad humana es un sistema de vinculación poderosísimo y necesario para la estabilidad de la pareja. Incluso sostienen que esa necesidad ha presionado para que se dieran en la mujer dos novedades fisiológicas: la posibilidad de tener relaciones con independencia de los ciclos fértiles y la posibilidad de disfrutar del orgasmo” lo cual es fundamental para estabilizar la pareja pero, paradójicamente, facilita que hoy en día juguemos más a las relaciones esporádicas y huyamos de las relaciones estables”.

A juzgar por las declaraciones de los encuestados, la mayoría no huimos de las relaciones estables sino del matrimonio convencional por interés mutuo de intercambio de servicios por manutención de la mamá con su prole. Lo que deseamos muchos jóvenes ahora, al menos los que nos lo podemos permitir, es unirnos dos personas en igualdad de condiciones, voluntaria y libremente, porque nos atraemos, nos gustamos, nos llevamos bien, nos encanta estar y hacer cosas juntos, nos divertimos, el sexo sabe mejor que con otro/otros y nos gustaría pasar todo el tiempo posible juntos mientras dure la pasión. Cuando ésta se acabe, cosa muy probable según la propia Fisher, que ha comprobado que el cronómetro del horno del amor romántico está programado para que a los 4 años avise del fin de la cocción, preferiremos romper antes que agonizar mirando al otro como si del perchero se tratara. Antes que acabar odiando su olor, ese que tanto nos gustaba.

Viñeta lo ha comprendido a la perfección: “La idea de Schopenhauer de que una mujer desea del hombre dos cosas fundamentales: hijos y convivencia; y que muchas veces el hombre ideal para procrear no es, necesariamente, el mismo para convivir, se está poniendo de manifiesto en la sociedad occidental actual. Libres ya de las ataduras religiosas que sólo admiten el sexo dentro del matrimonio y un matrimonio para toda la vida, y gracias a las leyes de divorcio, las parejas estables, y con hijos, duraderas son cada vez menos frecuentes. Schopenhauer, eterno solterón, diría que los matrimonios duraderos son los que coinciden, en la misma pareja, el ideal reproductivo y el ideal de convivencia. La mujer actual, especialmente en los países del norte de Europa, empieza a disociar la procreación y la convivencia, siendo muy numerosas las mujeres que

primero quieren tener hijos estando solteras y después casarse o juntarse sin necesariamente hacerlo con el padre de sus hijos”.

En España también ha aumentado en los últimos años el número de familias monoparentales en las que la madre cuida a su niño/a sin la figura paterna. Sin embargo, no es ese el sueño de las nuevas españolas, ni de los españoles que apuestan por el cambio de paradigma. Casi todos optamos por esa comunión meramente afectiva y sexual, libre de vinculaciones económicas y de dependencias por necesidad, pero con intenciones de compartir y de permanecer unidos mientras dure el amor. Pone las bases la psicóloga social Flavia Limone: “Placer sexual puedes obtener también de la masturbación; afecto puedes obtener también de buenas amistades, familia, etc. La cuestión es que necesitamos de ambas cosas (y de muchas más, claro). Por lo tanto, se puede vivir sin pareja y se puede ser muy feliz sin pareja. De hecho, creo que es importante que hayas descubierto esto, que puedes ser feliz sin pareja, antes de empezar una relación “seria” (por decirlo de algún modo). Eso te prevendrá de dependencias bastante dañinas para las personas y las relaciones que establecen. Algo así como: “la vida me resulta aún más hermosa y me hace mucho bien compartirla contigo. Sufriría si esto acabara, pero voy a sobrevivir y continuaré siendo feliz porque esa es una capacidad mía”. Pero no se trata de decirlo de boquilla para afuera, se trata de haberlo descubierto y de sentirlo de verdad”.

Para el filósofo José Antonio Marina se trata de un “proyecto sexual pro creador, un modo de actuar, relacionarse, disfrutar dos personas que aumenta las posibilidades vitales, afectivas, intelectuales de cada una de ellas. No es una mera interacción entre dos individualidades clausuradas, no es narcisista convivencia de dos soledades que mutuamente se respetan y reverencia, como deseaba Rilke, sino que es una polinización cruzada, una causación recíproca, una fecundación mutua, un milagro. Una de las posibles concreciones de este régimen creador puede ser engendrar y criar hijos. Ni es la única forma de conseguirlo ni es obligatoria para todos”.

Pero en la ausencia de hijos o, como mínimo, de intereses económicos comunes, detecta Pilar Cristóbal el talón de Aquiles de este tipo de proyecto. “Cuando una persona tiene independencia económica, social y política, se puede decir que es madura. Falta el compromiso para tener hijos, que no es obligatorio, o para tener un proyecto de vida

común. Un proyecto como el de Madame Curie y Mesie Curie, o el de Sartre y Simone de Beavoire, cuyos compromisos duraron hasta el fin de sus días. Pero un compromiso sin una finalidad común muy clara es imposible. Los hijos pueden ser ese proyecto común, porque la crianza, el desarrollo, etc. precisan un compromiso, pero si simplemente son dos personas que comparten piso, tienen que llegar a acuerdos, y como no hay razones de peso para esforzarse, ambos piensan que viven mejor solos y se acaba la historia. O sea, que si ambos tienen independencia en todos los aspectos, al matrimonio no le queda nada”.

Ay, qué fatalismo, ¿no es sostenible un proyecto que dos personas mantengan voluntariamente por puritito amor, movidas por esas necesidades afectivas que tenemos todos? Pues no, contesta tajante la sexóloga y feminista: “La afectividad no la proporciona la pareja, sino cualquier ser humano con el que se tenga una relación, sea familiar o de amistad. Y si tú le pides a tu pareja que rellene todas tus carencias afectivas, estás abocado al fracaso. Lo básico es tener un proyecto común para que se creen esos lazos afectivos, pero no llenar un molde con quien sea para paliar la soledad, porque entonces cedes toda tu identidad y el día que ya no sientas colmadas tus necesidades, te vas. Una pareja que se mantiene perfectamente es una unidad económica, la relación que uno mantiene por ejemplo con un trabajo estable es la más comprometida del mundo, la más auténtica: Cuando sólo se debe al cariño, no dura, pues, en cuanto el otro te toca las narices, algo muy fácil, te largas; en cambio, si te las toca tu jefe, te acuerdas de que necesitas comer y aguantas. El pegamento del afecto es el que menos fuerza tiene. Muchas veces lo que rompe las relaciones es la desaparición de la pasión, se queda en amistad y buscamos la aventura de nuevo. Y ahí se trata de elegir entre el parque de atracciones y el sillón cómodo. Si hay proyecto común, la aventura pasa a segundo plano”.

Gemma Lienas no puede mostrarse de acuerdo por experiencia personal en cuanto a que no es posible un proyecto común sin hijos. “Al revés, a mí me parece que los hijos desgastan la relación de pareja, pero sí que creo que es importante tener una ideología común así como espacios separados. También es verdad que es bueno disponer de espacio común donde coincidir, sea un proyecto del tipo que sea o que te lo pases bien viajando, yendo a cenar, charlar... eso es lo que te mantiene en pareja”.

La polémica no arribaría nunca a un punto final porque la avivan dos posturas que siempre han ido e irán contrapuestas y que, como advertía Izquierdo, se requieren la una a la otra para existir. Una es más conservadora y la otra más arriesgada, y cada persona las adopta en mayor o menor grado ajustándolas a su propia realidad. Esa ilimitada posibilidad de elección es, quizás, la mayor ventaja de la indefinición en la que nos ha tocado desarrollarnos a los jóvenes de hoy. Alguna habíamos de tener para contrastar todos los inconvenientes, que no son pocos.

CAPÍTULO 4. HOUSTON, TENEMOS UN MONTÓN DE PROBLEMAS. NOS LA VAMOS A PEGAR.

El hombre es un animal polígamo que se ha empeñado en ser monógamo. Potts M. Y Short, R. Historia de la sexualidad desde Adán y Eva.

El amor siempre supone una renuncia a la propia comodidad, Leon Tolstoi

De sobras lo saben los políticos: no hay mecanismo sociológico más eficaz para unir a un pueblo, por dividido que esté, que amenazarlo con un enemigo común. En este capítulo, por fin, hombres y mujeres estamos unidos, sin apenas diferencias, porque hemos de enfrentarnos, día a día, con idénticos problemas. Ya no hay distinción de género puesto que todos partimos de la misma base de que deseamos amar, pero, a la vez, anhelamos otras muchas cosas que, mira por donde, suelen ser contradictorias. Por eso nos asaltan multitud de disyuntivas del tipo ¿mejor solo que mal acompañado? ¿dejo a mi pareja, de la que ya no estoy localmente enamorado, para abrir la puerta a nuevos amores? ¿puedo estar enamorada de un hombre, querer como compañero vital a otro y desear a un tercero sin ser un pendón desorejado? ¿por qué cuanto más necesito que me quieran menos candidatos atraigo y más espanto a los pocos que quedan? Y viceversa: ¿por qué paso temporadas desesperado sin atraer a nadie y cuando por fin conozco a alguien que me encanta y me corresponde, se me presentan miles de oportunidades con mujeres preciosas?

De ahí surge la GRAN DUDA, la que constituye el tema central de un sinfín de películas rodadas en todos los continentes, sin distinción (véanse Las muñecas rusas, El último beso, Closer, La maté porque era mía, El declive del imperio americano, Alta Fidelidad...), a saber: ¿Me conformo con una pareja para toda la vida suponiendo que entre nosotros también funcionará el amor eterno prometido (y desmentido por el incesante incremento de los divorcios), para seguir la corriente que promete que la felicidad se alcanza pasando las pantallas de la hipoteca, los niños, el coche, los nietos, y esa bucólica imagen de envejecer dando paseos de la manita por el jardín de la segunda residencia; o sigo por ahí, enlazando enamoramiento-sufrimiento-enamoramiento- polvo, polvo, polvo, -enamoramiento... y así hasta que me salgan arrugas, se me caigan los pechos o me cuelgue la tripa cervecera y ya no tenga

posibilidades de atraer más que a la vecina del quinto, con la que podré descansar del ajeteo de Campanilla o de Peter Pan y copular tranquilamente hasta el fin de mis días?

Si alguien lee este capítulo creyendo que le va a resolver la existencia, le felicito por conservar la inocencia y la esperanza, pues he encontrado tantos argumentos a favor y en contra de todas las dubitaciones en liza que todo se reduce, al final, a lo de siempre: a la libertad personal de elección. Una cruz. A la par que un arma básica para luchar por aquello que realmente queremos contra cualquier enemigo de todos los que nos atacan. Partimos de la situación que describe Willy Pasini, fundador de la Sociedad Europea de Sexología, psicólogo y psiquiatra: “Ninguno de los ideales propuestos consigue satisfacer el imaginario colectivo. Esta ausencia de modelos fuertes es una de las grandes paradojas de nuestra época. Por una parte, la vida de pareja es considerada, más que nunca, como la principal forma de relación amorosa socialmente plausible, y de hecho, los triángulos y las relaciones abiertas forman parte de esos recuerdos de juventud que nadie tiene intención de resucitar. Por otra parte, nunca la vida a dos ha generado más malentendidos que hoy en día, conduciendo a veces a separaciones inevitables”. Continúa con su análisis proverbial: “Hoy en día, lo que muchas personas piden a la pareja no es sólo sentimiento, sino sensaciones satisfactorias, únicas, intensas. Estamos asistiendo a una nueva transición de la pareja romántica a la pareja “sensorial”. No obstante, en mi opinión, es muy arriesgado construir un modelo duradero sobre la base de estas emociones, que son intensas pero efímeras”.

En este sentido, recurriendo a la película italiana *El último beso*, en la que un joven se debate entre su novia formal, con la que va a casarse y procrear, y la atracción por una dulce jovencita que le hace revivir sus años de mozo atractivo, se cuestiona: ¿Acaso las parejas de hoy han sellado un pacto-involuntario e inconsciente, desde luego basado en la capacidad recíproca de procurarse emociones, y si ya no funciona, se separan? Muchos quieren dar un beso más, seguir sintiendo emociones fuertes, de ahí que haya tantos solteros por elección, lo que no quita que sientan momentos de soledad y depresión”. Tiradas las cartas, levantémoslas una por una.

De lo efímero a lo eterno, van muchos pasos. Nos apasiona lo efímero, las emociones fuertes, los intensos flechazos de Cupido, los impulsos atrevidos... Por el contrario, ¡seguimos creyendo en el amor eterno! Las autoras alemanas de ¿Qué quieren las

mujeres? ironizan: “Las cifras de divorcio no disuaden a las mujeres, tan inquebrantables en su creencia en el amor eterno. “A mí esto no me pasará”, “entonces, no era el hombre adecuado”... Según su lógica femenina, éstas son las razones que les pueden encontrar. Al fin y al cabo, la abuela siempre decía: cada olla tiene su tapa, y ella debía saberlo, porque tenía al abuelo. Por supuesto, en su momento la abuela tuvo que casarse, porque mamá estaba en camino, pero bueno, no vamos a buscarle tres pies al gato”.

El filósofo José Antonio Marina, en su libro *El laberinto sentimental*, da una explicación del fenómeno: “En la actualidad, casi todo el mundo cree a pies juntillas que el amor no dura, o al menos, dice creerlo; a pesar de lo cual cada fracaso amoroso, en vez de vivirse como una corroboración de la creencia, se siente como una decepción. Y es que en el enamoramiento se incluye como rasgo inevitable la presunción de que aquel sentimiento tan poderoso, tan vibrante, tan pleno, no puede ser efímero. Ese valor vivido en un momento de entusiasmo –el sentimiento de intensificación de la existencia, la alegría de ser aceptado por quien parece dotado de una perfección objetiva, la euforia del éxito– puede convertirse en objeto de pensamiento, en valor pensado. La inteligencia encuentra en él atractivos que le hacen merecedor de la existencia. Entonces se convierte en ideal, dirigiendo la creación afectiva. Es bueno que el amor sea eterno, luego mi amor debe ser eterno si es verdadero amor. Invento un proyecto y luego me empeño en realizarlo, así sucede también en la creación sentimental”.

Lo sentimos: el amor eterno no existe

Reconozcámoslo: el amor eterno es uno de esos mitos que se nos han adherido como garrapatas a la materia gris y no hay forma de extirparlo ni mediante intervención quirúrgica ni por lobotomía. Ahora bien, como la mayoría de los mitos, tiene sus raíces en una realidad histórica: cuando la media de esperanza de edad era de 30-35 años, resultaba muy fácil prometerse amor para toda la vida. Si el trato te salía mal, “sólo” tenías que aguantar al otro unos 20 años, tirando por lo alto. Pilar Cristóbal lo detalla: antes la media de edad era de 50 años de manera que hasta los 15 era la infancia-juventud, de 15 a 30, el tiempo de la reproducción; y de 30 a 50, el tiempo suficiente para dejar un hijo de 20 que pueda sustituir el puesto de trabajo vacante del que se muere. La madurez llegaba a los 14, empezaban a esa edad a buscar trabajo, marido, hijos... Una adolescente, si su madre se había muerto, se hacía cargo de toda la familia,

igual que el hijo se ponía a trabajar para traer dinero al hogar familiar. Ahora la media de vida está en 84 años, aproximadamente. Lo divides en tres trozos y sale, Adolescencia-juventud, hasta los 30. A partir de esa edad, hasta los 50, se tienen los hijos, y hasta los 90 te da tiempo a conocer hasta a los tataranietos en muchos casos”.

Personalmente, más que un ideal romántico, pasar 60 años de mi vida con la misma pareja, teniendo en cuenta todos los cambios psicológicos que vamos experimentando, me parece no sólo imposible, sino, sobre todo, una tortura estadounidense. Sonsoles Fuentes también considera consecuente que aceptemos que eso del amor eterno es una falacia: “Era muy fácil prometer que no te separarías hasta la muerte cuando la gente se moría con 25 años. Puede que tengamos que aceptar de forma natural que la gente deja de amarse. Lo importante, a mi parecer, no es que la relación dure en el tiempo, sino que ambos nos encontremos a gusto mientras dura”. Pilar Cristóbal, por el contrario, considera una locura malgastar la existencia cambiando el sillón cómodo por la montaña rusa, como muchos de sus pacientes: “Mucha gente en mi consulta ha descubierto que esta sucesión de aventuras no compensa, porque el sexo con una persona comprometida puede ser muy divertido siempre que uno se olvide de la pasión y empiece a ponerle la chispa y la ilusión que le ponemos a todas las tareas que hacemos a menudo y bien.”.

Laura Carrión le lleva la contraria en nombre de muchos jóvenes que no concebimos compartir la vida con alguien de quien ya no estemos enamorados: “La amistad y el cariño sin sexo lo puedes mantener un tiempo, pero no como pareja: el hecho de tener a un señor al lado que te pone la mano encima y te da repelus, te lleva a acabar cogiéndole manía. Llega un momento en que te molesta todo, todo te rebota, hasta que tenga el mando a distancia. En cambio, si cada uno se va a su casa, puede volver a retomarse la amistad para toda la vida”. Para más INRI, tampoco existen, al parecer, razones biológicas para que permanezcamos tanto tiempo unidos. Según los antropólogos colegas de Helen Fisher, “el intervalo de cuatro años entre un parto y el siguiente era el patrón de tiempo habitual que marcaba la frecuencia del nacimiento de los hijos en los humanos durante nuestra larga prehistoria”. De lo que ella deduce, con sus estadísticas en la mano, que “la duración del intervalo entre un nacimiento y otro en los humanos es similar a la duración típica de los matrimonios que acaban en divorcio en todo el mundo”. Y, por lo tanto, quizás, al igual que muchas “criaturas caracterizadas por la monogamia sucesiva, los antiguos humanos que vivieron hace 3,5

millones de años se emparejaban sólo durante el tiempo necesario para criar a un hijo durante su infancia, esto es, unos cuatro años”. Después la madre podía dejar el crío al cuidado de sus familiares mientras iba a buscar sustento, así como divorciarse y enamorarse de otro que le gustara más, con la compensación genética de que “los hombres y las mujeres que volvían a casarse podían tener más hijos con otra pareja, dando lugar a una beneficiosa variedad en su descendencia”.

Eres infiel, deja de autoflagelarte

Así pues, más nos valdría dejar de congratularnos con ese pensamiento tempocéntrico de que cualquier tiempo pasado fue peor: por lo menos en aquella época nuestros antepasados lo vivían de una forma natural y no tenían que sufrir, además del desencanto de la ruptura, la carga de culpabilidad que nos cae cual losa en la cabeza cuando el amor se esfuma. Fisher deja constancia de que en el s.XXI sigue sucediendo exactamente lo mismo, y unas veces la pasión se volatiliza y reaparece enfocando a otro sujeto, mientras que otras veces ese amor romántico se convierte en apego manteniendo juntos a los cónyuges en lo que denomina matrimonio de compañeros, entre iguales. Ateniéndonos a la ciencia, podríamos acabar con todos esos pajaritos que nos han ido metiendo en la jaula craneoencefálica, como retrata Willy Pasini: “La pareja siempre ha estado determinada por factores externos, para responder más a las exigencias de la sociedad que a las de sus componentes. Más tarde, con la revolución francesa y el romanticismo, la pareja se fue vinculando a emociones de la propia pareja o del individuo. Las heroínas de las novelas aparecían “escindidas entre la necesidad social de construir un vínculo sólido, incluso desde el punto de vista económico, y la exigencia romántica basada en los sentimientos, que va en dirección opuesta”.

Por supuesto, a las mujeres protagonistas no se les podía ocurrir la idea de echar una canita al aire por pura lujuria: Anna Karenina se enamora locamente, no es infiel de forma gratuita. Por contra, al hombre se le ha achacado siempre el tópico de picha loca. Sólo el hecho de que les llamaran de esa manera ya les tendría que haber movido a rebelarse, pero estaban demasiado ocupados en pavonearse ante los amigos para obtener prestigio social. Rosetta Forner lo confirma: “Es un tópico muy extendido. Es cierto que los hombres, por el hecho de serlo, tienden más por cuestiones físicas y biológicas a la promiscuidad sexual porque su deseo parece ser mayor que en las mujeres. De todos modos, como creo en las diferencias individuales y personales de cada individuo más

que en las diferencias puramente marcadas por el género, habrá hombres que sólo busquen satisfacción sexual pero también habrá muchos otros que quieran y deseen relación, afecto e incluso esposa”.

Así lo están comprobando los terapeutas de pareja, a cuyas consultas acuden cada vez más pacientes masculinos que creen necesitar una estabilidad emocional y muestran su preferencia por el sexo con amor, según recogen Laura Carrión y Sonsoles Fuentes en *Dímelo al oído*. También destacan que la monogamia no está en nuestros genes, según la psicóloga y sexóloga Marian Pontye, del Institut Clinic de Sexología de Barcelona: “Se trata de un modelo de apareamiento que se ha enraizado en el 16% de las civilizaciones de este planeta. Pero los occidentales vivimos en una sociedad que entiende el amor como un sentimiento de exclusión y posesión. Y, hala, nos lanzamos de cabeza a la monogamia esperando encontrar en ella la absoluta solución. ¿Y si no es así? ¿Qué ocurre cuando no nos satisface, por más empeño que pongamos en ello? ¿estamos preparados para derribar los valores inculcados y la manera en que se nos ha enseñado a vivir en pareja? ¿Somos capaces de someternos a un cambio semejante?”

Con todo, sigue vigente la eterna disyuntiva de si el hombre (masculino, no genérico) es monógamo o polígamo. Juan Viñeta reflexiona: “Si es monógamo, ¿por qué va por ahí, como un loco, inseminando todos los úteros que están a su alcance? Si es polígamo, ¿por qué se compromete en exclusividad sexual a una mujer? Todas las culturas han establecido unas normas éticas para controlar la sexualidad, de la misma manera que lo han hecho para frenar los deseos irresistibles de la codicia o la venganza, por poner sólo algunos ejemplos. La primera norma sexual que encontramos en la mayoría de sociedades es la prohibición del incesto; pero, en cuanto a la monogamia y a la poligamia hay diversidad de criterios. No hay un consenso generalizado. El hombre pone más énfasis en la individualidad sexual, quiere tener libertad de elección y acción; en cambio, la mujer basa más la sexualidad en la relación afectiva. Estas dos actitudes, ¿son suficientes para hacer a la mujer más monógama y al hombre más polígamo? Para algunos sociólogos, la monogamia no tiene nada que ver con la exclusividad sexual en la pareja, sino que la entienden como el deseo y el gusto que tenemos los humanos de vivir con otra persona; diferencian claramente el vivir con otra persona y la actividad sexual, la cual no tiene siempre que limitarse al ámbito de la pareja, sino que puede abarcar a otras personas fuera de ella”.

En esta línea se inscribe Helen Fisher, que facilita muchas excusas para no sentirse como un cabrón o una zorra en esos conflictos sentimentales de vodevil: “Por desgracia, muchos de nosotros pasamos en nuestra vida por períodos en los que estos tres impulsos del emparejamiento, el deseo, el amor romántico y el apego no se concentran en la misma persona. Parece estar en el destino de la humanidad que seamos neurológicamente capaces de amar a más de una persona a la vez. Uno puede sentir un profundo apego por el que hace tiempo que es su cónyuge, y sentir una pasión romántica por alguien de la oficina o de su círculo social, y al mismo tiempo experimentar un deseo sexual mientras lee un libro, ve una película o hace cualquier otra cosa en la que ninguna de estas personas tiene nada que ver. Puede que incluso se vaya pasando de un sentimiento a otro”.

Qué tranquilidad. En cuanto a la monogamia, sin distinción de género porque, evidentemente, responde a un montón de prejuicios sociales que analizaremos más adelante, afirma Fisher que ésta surgió auspiciada por el bipedismo humano, porque las hembras, al erguirse, se vieron obligadas a llevar a sus criaturas en brazos en lugar de en la espalda, con lo cual, perdieron su capacidad de ir a por provisiones porque llevaban los brazos cargadísimos de bultos. “Creo que aquellas primeras mujeres comenzaron entonces a necesitar un compañero que las ayudara a alimentarse y las protegiera, al menos mientras llevaban y criaban a un bebé. A medida que formar una pareja fue convirtiéndose en algo esencial para las mujeres, resultó adecuado también para los hombres. ¿Cómo podía proteger y abastecer el hombre a un harén?”

Por eso se acabaron conformando ambos con una sola pareja sexual. Si bien, la cabra tira al monte. Y para la poligamia, para esa separación de los sentimientos de deseo sexual y apego duradero, también proporciona excusas Fisher: “Creo que la volubilidad del amor es parte del plan de la naturaleza. Si un varón homo erectus tenía mujer y dos hijos y se enamoraba de una mujer de una tribu diferente y concebía con ella otros dos hijos, conseguía duplicar el número de sus descendientes”. Con lo sencillo que podría ser todo. ¿No nos ahorraríamos cantidad de disputas, dolores de cabeza, sentimientos de culpabilidad por parte de los amantes y de frustración por la de los cónyuges, e incluso suicidios si, simplemente, aceptáramos el dictado de la madre naturaleza? A estas alturas de la Historia, veo complicado que volvamos al paraíso celestial, (ya se encargarían muchos interesados de impedirlo).

Sin embargo, Willy Passini se muestra optimista: “La monogamia coactiva, forzosa y legalizada, indisoluble ante dios y ante los hombres, que tan bien conocen nuestras abuelas, está en decadencia. Y con ella la desigualdad entre hombres y mujeres. En los últimos 30 años se ha desmoronado la idea de familia patriarcal, pero también se ha deteriorado la idea de las parejas abiertas, mientras que la condición de quien ha mantenido posiciones laterales, como los solteros, se mantiene estable. En resumen, es como si hoy día hubiésemos vuelto al año cero”.

Maravilloso, no sólo ve lugar para la esperanza sino que además la pone en ¡los solteros! Alguien que no carga sobre los solteros toda la crisis de la familia merece todo el respeto, por osar a llevar la contraria. Y lo hace convencido: “Estar juntos supone competencias afectivas muy distintas de las exigidas a la generación anterior: mientras que antes la mujer sensata cerraba los ojos ante una aventura del marido, y en cambio el marido no quería ni oír hablar de la palabra adulterio, hoy día la pareja ha de enfrentarse a la poligamia. Y aprender a convivir con la tendencia, propia y ajena, a tener más amores”. Bastante más realista. Sin embargo, sospecho que esto ha sido posible gracias a los cambios que han ido calando en la sociedad a partir de la revolución sexual de las feministas en los 60, en cuanto que una mujer que no podía trabajar, ni votar ni controlar su sexualidad, tanto para no parir como conejas como para hacerlo con otros distintos al oficial. No podía correr el riesgo de ser infiel por miedo a que la echaran a la calle estigmatizada hasta el ataúd el marido y su propia familia, como pasa todavía en países musulmanes donde inclusive la misma madre de la presunta adúltera la somete a la quema del hornillo y apoya su asesinato para limpiar el honor de la familia. No hace tanto tiempo que esos ajustes del honor y la honra se ejecutaban aquí.

Recuperando a Pasini, la monogamia sucesiva es hoy día plausible gracias a las féminas: “Son sobre todo las mujeres las pioneras de este nuevo reto sentimental: quieren más, no se conforman con la supuesta familia feliz para toda la vida, necesitan vivir emociones nuevas y avanzar en la vida por sí mismas. Es la historia de la evolución, no de destrucción: después de un hombre de apoyo, con el que ha crecido y ha formado una familia, ha encontrado a todo un hombre que sabe darle, sobre todo en el sexo, las emociones que busca y desea”. “Las mujeres, por tanto, reivindican muchas, muchísimas cosas. La necesidad de seguridad, los sentimientos, pero también la capacidad de seguir enriqueciéndose y emocionándose mutuamente. Este es el gran reto

que tienen las parejas de hoy”. Arrastradas por ellas: “La mujer de hoy está intentando implicar al hombre en una vida más diversificada, menos encerrada en las normas de la sociedad civilizada, mientras que antes era el varón el que la empujaba hacia una sexualidad más libre. No es casual que en esta sociedad que busca emociones fuertes las nuevas mujeres sean determinantes: ya no son musas etéreas, sino criaturas que irradian energía y trasgresión. Son, de nuevo, mujeres tentadoras, aunque en esta ocasión la tentación consiste en romper los esquemas habituales, lo que las hace muy peligrosas”. Uy, sí, auténticas boas constrictor con lenguas viperinas dispuestas a inyectar nuestro veneno y fagocitar a todos los hombres que se interpongan en nuestro recorrido. No. No somos tan harpías, simplemente ya no nos atenemos al infantil “esto son lentejas”; vamos a comprar lo que nos gusta, comparamos calidades y precios y, con inteligencia y visión de futuro, elegimos.

Como niñas a la hora de elegir

Suena contundente y envidiable. Pero es una fanfarronada. Una utopía. Al final, andamos todavía a gatas en este período de transición. A la hora de elegir, por ejemplo, se vislumbran multitud de defectos y carencias de fondo, en tanto que intervienen múltiples variables. Para comenzar, a la hora de escoger candidato, Christiane Bongertz y Natali Michaely, autoras de *¿Qué es lo que quieren las mujeres?* se chotean de las treintañeras: “Lo elevadas que sean las pretensiones a la hora de encontrar príncipe “dependerá, entre otras cosas, de dos factores casi inseparables: a) cuántos pretendientes le quedan en lista de espera, para, llegado el caso, darle el pasaporte al candidato no adecuado, y b) lo cerca que se encuentra la mujer de la menopausia. Cuanto más fuerte suene el tictac del reloj biológico, menos probables serán los compromisos, por lo menos si la mujer piensa en reproducirse. Así que se rebajan las expectativas”.

Bromas aparte, las mujeres tendemos a una excesiva exigencia, con nosotras mismas y con los candidatos a novio/marido/rollo o lo que sea, bien lo expresa Almudena: “En general, tenemos el listón muy alto, sobre todo a ciertas edades, y casi no damos oportunidades a la gente. Quizás detrás de un hombre que te pregunta ¿estudias o trabajas? hay una estupenda persona. Pero el pobre no está muy ducho en materia de ligues. No todo el mundo nace pícaro. Hay de todo”. Paradójicamente, a pesar de ponernos tan puntillosas a la hora de seleccionar pareja de baile, muchas tendemos con una facilidad pasmosa a elegir fatal, a personas con las que jamás podríamos compartir

un proyecto de futuro y que incluso nos amargan el presente. Almudena recuerda: “Como dijo en su día Reyes Salvador, yo creo que todos hemos pecado alguna vez de ‘un error de casting’.” Un gran ejemplo, Amanda, editora madrileña: “No me siento cómoda con aquellos que te devuelven miraditas de carnero degollado ya durante el primer encuentro, pero reconozco que tampoco me seduce el modelo “castigador” (detesto sentirme prescindible). Con respecto a elegir... ¡elijo pésimamente, ja, ja, ja! Los hombres buenos, “recomendables”, los que sabes que no te van a dañar..., no suelen ponerme nada. Me gustan no los malos-malísimos, sino los que exigen de mí un sobreesfuerzo (ojo, si es un sobreesfuerzo intelectual, mejor, todo sea dicho).

A Irina, dependienta barcelonesa de 28 años, no le va mucho mejor: “Cuando salgo sin compromiso encuentro personas proclives a una relación, cuando salgo con proclives a una relación llegan los sin compromiso. Cuando elijo como yo deseo me equivoco y cuando creo que estoy yendo hacia lo contrario de lo que deseo tengo relaciones muy satisfactorias”. Adriana continúa en su línea: “ Huyo de las personas proclives a la estabilidad. Sólo tengo relaciones kamikaze y necesito saber que la otra persona busca lo mismo que yo. Si no, me agobio y, además, tampoco quiero hacer daño ni aprovecharme de nadie. Mis tres últimas relaciones, por ejemplo, han sido chicos con novia y, por lo tanto, con los que creía no tener ningún futuro. El segundo vivía en Madrid y la relación empezó en un viaje a Suiza, por lo que pensaba que iba a quedarse ahí. Lo que tienen en común es que todas las relaciones tienen la fecha de caducidad impresa desde el momento de iniciarlas, que yo les atraigo a ellos porque ven en mí lo que también buscan: una mujer que no desea atar a nadie, y el problema es que mis experiencias me han hecho evolucionar así, por el miedo al sufrimiento que asocio a las relaciones.

Mayra, por su parte, sospecha que reincide en el mismo tipo de hombres porque “siempre voy a los mismos sitios, luego la gente es muy similar. Lo que tienen en común es que a muchos los he conocidos por la noche y tarde”. Rocío comulga con ella: “A parte de pensar en el factor “mala suerte”, supongo que adonde voy normalmente sólo puedo encontrar ese tipo de gente sin ganas de comprometerse para nada, el entorno por el que te mueves hace mucho, hay pocas oportunidades de que alguien venga y te pregunte: ‘Oye, ¿te importa darme tu número y te llamo mañana para tomar un café?’ Más bien te dice: ‘yo te invito a una copa y tu me invitas a tu casa’. O los que

directamente no te invitan, sólo te dan el coñazo, que por lo menos podían estirarse. Puede influir también la forma de ser. Yo salgo muy guapa a la calle, me voy a beber, luego me pongo a bailar como si no hubiera nadie más en toda la discoteca... Supongo que algo llamaré la atención, y claro, no se la voy a llamar al chico simpático y agradable que está hablando tranquilamente, porque ha salido a lo mismo que yo, a divertirse; me miran colgaos de la vida que piensan que con dos copas de más van a conseguir algo esa noche.

Susana también se considera un desastre en su puntería al elegir: “Yo repito patrones equivocados siempre, en función de la temporada anímica que esté pasando: Unos con novia, otros inmaduros, otros muy jovencitos para mí, otros cabronazos insuperables... A mí juicio se debe a que atraemos a los demás en función de cómo estamos por dentro. Yo atraigo a toda esa serie de personajes imposibilitados para mantener una relación porque yo misma transmito que soy incapaz de tenerla. Soy como un sueño para los buenos y el complemento perfecto para los huidizos porque saben que no corre peligro su independencia. Asimismo, atraigo sospechosamente a tíos inseguros, quizás porque se aferran a mi seguridad y optimismo como a un clavo ardiendo para solucionar sus problemas. Lo cual encaja a la perfección con mi instinto maternal frustrado, que se vuelca en los hombres, a falta de hijos. Independientemente de cómo se acabe la relación, todos acaban confesándome que soy una joya, pero terminan con otras mucho más previsibles y conservadoras. Soy yo la que los espanta, lo reconozco”.

Sandra concuerda: “Supongo que hay etapas para todo. Inconscientemente, debemos de escoger o fijarnos en la gente según el momento en el que estemos. Pero, así como he tenido épocas en que todos los tíos con los que salía querían algo ‘serio’ y yo no, últimamente me he encontrado con tíos con mucho miedo a una relación estable. Y no es que yo sí la quiera a priori. Primero conozco a la persona y ya veremos lo que pasa después, si duramos 2 días, 2 meses, 2 años o 20... Cuando me equivoco y repito el mismo patrón supongo que es porque, en el fondo, es lo que necesito en ese momento y si no elijo mejor se debe a que quizás no esté preparada para una relación más “profunda”. Atraigo a todo tipo de hombres, pero puede que atraiga a tíos que quieran una relación de una sola noche porque quizás se piensen que soy súper liberal y que es eso lo que yo quiero también”.

Los hombres ahora sí que eligen

En la misma dirección apunta Andrés, aunque él sí suele acertar a salir con mujeres que desean relaciones estables, como él mismo: “Otra cosa es que luego no salga bien o que en verdad no quieran tener relaciones estables, aun cuando ellas crean que sí (a lo mejor esto es lo que me pasa a mí también). A los treinta uno sabe lo que quiere perfectamente. Pero todo cambia si no hay oferta de lo que uno quiere (mujeres estables) y tienes que buscar entre lo que hay (mujeres que quieren ser estables pero que no lo son). El problema radica únicamente en mí, siempre radica en uno mismo, bien porque no sabe elegir, bien porque no sabe decir que no, bien porque no sabe qué coño quiere”. Manuel presiente que algo así le sucede a él: “No sé si yo atraigo a las chicas inestables o son ellas las que me atraen o soy yo el inestable. Probablemente las tres cosas al tiempo.”

Por su parte, Matías asevera: “Salgo con quien me gusta, y me veo incapaz de establecer una regla que ponga en común a todas esas personas, ni siquiera mi actitud hacia ellas. Las elecciones afectivas son bastante inconscientes, y además no me parece que sean constantes, pueden variar a lo largo de la vida en función de tu situación personal”. En general, por las respuestas recibidas, se podría concluir que, ora los hombres no eligen (ejem), ora no sienten que se equivocan tanto como nosotras. Es significativa la contestación de Jordi. “La pregunta no es si me equivoco al elegir, la pregunta es si se equivocan ellas (y la respuesta es que no saben lo que se hacen eligiéndome): Los hombres no elegimos, las mujeres nos hacen creer que hemos elegido, pero obviamente no es así. Por mucho que quieras conquistar a una mujer, si te tiene marcado con una cruz, ya puedes ir dejándolo correr. Al grano: con las que me han elegido a mí y yo he aceptado, no creo que me haya equivocado: era porque en ese momento lo quería y creía así, también hay un sexto sentido masculino”.

Culmina la serie un testimonio revelador, de Lara, RRPP de 33 años que ya se tiene auto-psicoanalizada hasta la médula: “Alterno historias locas con gente con la que no tengo nada que ver e historias largas y serias con chicos estupendos con los que en algunos momentos hasta llego a soñar un futuro juntos. Luego se me va la pasión y me canso. No sé porque se repiten patrones, pero se repiten. Me he preguntado por qué y no he sabido contestarme o se me han ocurrido demasiadas razones: pereza, masoquismo, debilidad, inseguridad... En realidad, mis parejas son muy diferentes entre sí. Sólo

tienen en común el resultarme atractivos y que, a veces, están un poco loquitos. Tampoco suelen gustarme los niños buenos y serios, y acabo a menudo con tíos que no tienen ni idea de qué harán de mayores. A estos inmaduros les atraigo porque sé cómo parecer segura y madura con ellos, de alguna manera, les engaño. Y el problema radica en mí, en la manera en la que me relaciono. Quiero algo si no puedo tenerlo. Me canso de algo que tengo seguro. Siempre quiero sentir, necesito apoyo y seguridad. Soy extremadamente exigente. Con estos principios se pueden esperar problemas en las relaciones”.

Tropezando dos veces en el mismo perfil

Veamos si los expertos consiguen aclarar por qué vamos a parar, con tanta reincidencia, en las garras del más inadecuado, esto es, con el que quiere lo contrario que nosotras o no nos pega ni con loctite, por mucho que sea una gran persona. Sònia Cervantes, psicóloga del IPAB lanza al aire: “Se suele decir que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. Yo me atrevería a decir que es la persona inmadura quien suele tropezar dos veces con la misma piedra. Todos y todas en algún momento dado hemos podido estar con alguien que no nos convenía por muy enamorados que estuviéramos, pero este tipo de experiencia debería servirnos para no volver a cometer los mismos errores en un futuro. Si tenemos muy claro (cosa difícil) quién nos conviene y quién no, evitaremos sufrir y hacer sufrir por amor. Es cierto que en este terreno la mujer suele ser más exigente que el hombre pero quizá no tanto con ella misma como con la pareja. A la hora de escoger pareja la mujer valora muchas más variables de las que pueda valorar un hombre cuando decide establecer una relación con alguien. Y a veces esto juega en su contra, una elevada exigencia nos puede conducir a no encontrar lo que realmente buscamos o a tener la sensación de que no acabamos de tenerlo todo con ese “alguien” tan especial”.

Para la escritora y asesora personal Rosetta Forner, “los seres humanos, sin distinción de género, necesitan amor. Punto. El que cada uno exprese su necesidad de una manera, es otra cosa. Asimismo, hay distintos estilos de seres humanos, diferentes comportamientos, con lo que cada cual debería juntarse con aquellos que son de su manada, es decir, con ideas, principios, valores, comportamientos, actitudes vitales... parecidas y compatibles. La empatía es fundamental. Si yo, pongamos por caso, soy ‘león’, difícilmente me podré relacionar eficaz y sanamente con una ‘mariposa’. Deberé

relacionarme con animales con quienes guarde una similitud que facilite la interacción”. La sexóloga Pilar Cristóbal incide: “Hay muchas maneras de defender la identidad propia, por ejemplo, eligiendo bien a priori. Yo no entiendo por qué tantas mujeres eligen siempre a los peores, ¿qué quieres, triunfar donde tu madre fracasó o demostrar al mundo que eres capaz de domar a un salvaje? Si te buscas a uno divertido, que se mete drogas por todos lados, que está todo el día de juerga y con el que te lo pasas divinamente pero luego quieres un marido generoso, responsable y trabajador, pues no es el mismo hombre. Si buscas un Peter Pan, tendrás un Peter Pan que se funde el sueldo porque luego va a casa y su madre le da de comer todavía; en tanto que si eliges una persona madura, puede ser que mire por el dinero, que no haga locuras, pero que tenga un cierto proyecto de futuro”.

Lo mismo opina Vanesa, reportera de televisión: “En cada relación esperas encontrar algo que esté en consonancia con tu situación: Si estás en un momento en que necesitas una relación duradera no irás a buscar al cantamañanas de turno, del mismo modo que si estás en un momento de dispersión amorosa, el romántico que te ve como la madre de sus hijos tendrá que esperar”. Vampirella apostilla: “El deseo no es razonable. Hay personas que nos atraen de un modo especial por motivos conscientes e inconscientes (el aspecto físico, el carácter, el comportamiento, el estilo de vida, los gustos y manías, el olor...). Lo que nos atrae tiene relación con las experiencias vividas y soñadas, nuestra cultura y nuestra “química”. Tal vez haya personas que nos aprecian y respetan, generosas, atractivas e interesantes, pero que no nos “enloquecen”. Y otras, menos “convenientes”, pueden “arrebatarlos”. El corazón tiene motivos que no comprende la razón”.

Helen Fisher viene a decir que el cerebro tiene razones que el corazón asimila, pues almacena en sus estantes todos los inputs recibidos durante la vida de un individuo y compone con ellos un mapa del amor que es único, específico, personal e intransferible, inclusive para dos hermanos gemelos idénticos. Cito textualmente del libro Por qué amamos: “Crecemos en un mar de momentos que van esculpiendo lentamente nuestras preferencias amorosas. El ingenio y la facilidad de palabra de nuestra madre, el entusiasmo de nuestro padre por la política y el tenis; la afición de nuestro tío por los barcos y las excursiones; el interés de nuestra hermana por adiestrar perros, la forma en que las personas de nuestra familia expresaban la intimidad y el enfado; su forma de

administrar el dinero; la abundancia de risas a la hora de la cena; lo que nuestro hermano mayor encontraba interesante; nuestra educación religiosa y nuestros intereses intelectuales; los pasatiempos de los compañeros de colegio; lo que nuestra abuela consideraba educado; cómo valoraba la comunidad en la que vivíamos el honor, la justicia, la lealtad, la gratitud y la amabilidad; lo que los profesores admiraban y deploraban; lo que veíamos en la televisión o en el cine: éstas y otras mil fuerzas sutiles construyen nuestros intereses individuales, valores y creencias. Así que, en la edad de la adolescencia, cada uno de nosotros ha elaborado ya un catálogo de cualidades y actitudes que buscamos en una pareja”.

El filósofo Marina agrega que “los proyectos concretos, el rostro que se espera que tenga el amor, lo que va a producir después decepciones o sorpresas, depende de las culturas o de los momentos históricos o, en último término, de preferencias biográficas. Aristóteles dijo que cada cual ama de acuerdo con lo que es. Y, a veces, lo que uno es o cree ser aparece como un impedimento insalvable para el amor.” Pese a todo lo anterior, cada cual ha de asumir su mapa e intentar ir variándolo en el supuesto de que le esté bifurcando por el camino de la amargura, pues, a ciertas edades, señala la psicóloga Carme Freixa, ya no vale eso de “culpar a papá y mamá de las cosas... tienen una cierta influencia, pero nunca van a condicionar tu vida. La prueba está en que hijos del mismo padre salen distintos, por los rasgos de personalidad y el nivel de autoestima. Si éstos están equilibrados, no influye cómo hayan sido tus padres”.

Pero ahí no queda el asunto para Fisher: “El mapa psicológico de la personalidad es también enormemente complejo. Unos buscan una pareja que esté de acuerdo con lo que ellos dicen, otros prefieren un animado debate. A unos les encantan las travesuras; a otros, lo predecible, el orden o la extravagancia. Hay quien pretende que le diviertan; otros quieren una persona que sea interesante desde el punto de vista intelectual. muchos necesitan una pareja que apoye sus causas, acalle sus miedos o comparta sus objetivos. Y otros eligen a una pareja adecuada al estilo de vida que desean llevar. Sören Kierkegaards, el filósofo danés, pensaba que el amor debía ser desinteresado, rebosante de entrega hacia el ser amado. Pero algunos no se sienten cómodos con una pareja entregada. En cambio, prefieren a alguien que les estimule a crecer intelectual o espiritualmente”.

En esta última categoría entramos todas aquellas personas que pasamos de los que nos proporcionan una estabilidad porque nos parecen aburridos e insípidos, carentes de cualquier tipo de morbo, y, contra toda conveniencia, tendemos a relacionarnos con personajes imposibles, inaccesibles, inalcanzables, balas perdidas, crápulas, conflictivos, psicológicamente inestables... Robin Norwood traza este perfil psicológico en su libro *Mujeres que aman demasiado*: “En líneas generales, se trata de féminas que necesitan dar afecto, sentirse superiores y necesitadas; reaccionan emocionalmente frente a hombres inaccesibles, nada les parece demasiado esfuerzo si creen que ello puede ayudar a su hombre, esperan que él reaccione, conservan la esperanza y se esfuerzan para que él cambie, aceptan más del 50 % de la responsabilidad de lo que no funciona en la pareja, su amor propio es bajo, por ello “quedan pegadas” a lo que no funciona ni las hace felices, necesitan controlar a sus hombres y sus relaciones pero lo disimulan bajo la apariencia de ser “útiles”, están mucho más en contacto con sus sueños que con su realidad, y suelen autoengañarse quitándole hierro a la gravedad del problema”.

Sonsoles Fuentes y Laura Carrión reinterpretan a esta autora: “Además del factor competencia –algunas mujeres son extremadamente competitivas entre ellas-, subyace la idea romántica de que el amor lo puede todo, una especie de fuerza redentora capaz de convertir al más crápula de los individuos en un fiel y manso corderito rendido a los pies de una y ciego (o cegado de amor) para el resto de mujeres. Una vez más el cine y la literatura han alimentado el mito, dotando siempre a los donjuanes de un irresistible poder de seducción. Él es el más guapo, el más inteligente, el más divertido y esa aura canalla le sienta tan bien...” La escritora Gemma Lienas apoya la moción: “Salvadora de su hombre, éste es el problema de muchas mujeres... Por la educación recibida, la mujer se cree en la obligación de salvar a su pareja. Si bebe, le ayuda porque se siente responsable, si tiene un lío detrás de otro con dos señoras distintas, lo consiente porque culpa a la otra mujer; si tiene comportamientos agresivos, le perdona porque, acabada la furia, él vuelve a decir que la quiere...la gran tontería es intentar ayudar a alguien a costa de la propia autoestima”.

Y la psicóloga Carme Freixa lo subscribe: “Hay un mito social latente en el sentido de que, en general, la mujer sigue creyendo que ha de cambiar a un hombre, y no ha aprendido a superarlo. A la hora de buscar pareja, les digo a las mujeres: ‘nunca esperes

que alguien se comporte contigo de manera diferente a como lo hace con los demás: si quieres conocer a alguien, conócelo en su ambiente, conoce cómo se comporta con sus amistades, con su pareja anterior, qué dice de su pareja anterior, cómo habla de las personas, cómo reacciona ante las frustraciones o ante las cosas que le salen bien, porque así es como es y no va a cambiar si no tiene intención de cambiar, por mucho que tú seas amable, cariñosa, comprensiva y te conduzcas con la conducta de espejo para que él cambie al verte a ti'. Ha hecho mucho daño a las mujeres el mito social y religioso subyacente ahí (apoyado en la idea de la virgen maría), de que una mujer tiene que ser más comprensiva, más cariñosa y paciente, porque todo eso hará cambiar a la fiera interior del hombre. Una tiene todo el derecho a ser ambiciosa y gruñona, a dar un puñetazo en la mesa y a no tener paciencia en absoluto ni con los niños, ni con el compañero ni con el mecánico. Una tiene derecho a tener su cupo de paciencia agotado, no es connotativo de la feminidad tener paciencia; pero las mujeres se esfuerzan en tenerla porque piensan que, en compensación, recibirán la aceptación y el aplauso. Por eso muchas mujeres acaban escogiendo malas parejas, porque escogen a la que no les conviene en absoluto, en la esperanza de cambiarlo, como conlleva el mito de que el amor lo puede todo”.

La psicóloga argentina Clara Coria, autora de “Las negociaciones nuestras de cada día”, asegura que “Hay que revisar los mitos que tenemos sobre el amor y que las mujeres tienen bastante más incorporados que los hombres. Las mujeres arrastran la tradición de que por amor se hace cualquier cosa, se es incondicional, se sostiene la carrera de los otros, se toleran malos tratos...” Esta entrega absoluta se debe a que “a las mujeres la cultura les hace creer que lo único que da sentido a su vida es el amor”. Por lo tanto, “si las mujeres terminan creyendo que su vida sólo tiene sentido cuando son amadas, apenas dejan de serlo se derrumban, porque creen que la vida ya no tiene sentido”. A lo peor por culpa de esa creencia muchas buscan a tipos tan conflictivos y problemáticos, para generarles una dependencia y despejar el peligro de ser abandonadas. Razonamiento equivalente al de aquellos hombres que prefieren a mujeres sumisas, tontas y dependientes para que no se les pase por la mente la idea de desterrarlos de sus existencias.

A estos mitos tan dañinos, Alicia Gallotti suma su experiencia en la agencia matrimonial: “Las mujeres tenemos más que los hombres ese instinto maternal de que

conseguir cambiar a uno que nos hace daño nos va a revalorizar, que vamos a poder con lo que nadie puede. Todas sabemos que es imposible. En la agencia matrimonial venía una clienta y me contaba cómo habían sido sus relaciones y por qué habían fracasado. Entonces yo le presentaba a tres hombres, de los cuales dos eran el hombre perfecto, opuesto a sus ex, y uno igual, que era el que finalmente le gustaba. Y le inquiría: ‘¿Te das cuenta que estás buscando el mismo prototipo?’ Me respondía: ‘Sí, pero éste me pone y los otros no’. Esa búsqueda del imposible estimula a las mujeres, a los hombres les preocupa mucho menos la rutina que a las mujeres, porque nos mata el deseo, necesitamos alicientes, somos más noveleras. El tipo complicado, imprevisible, seductor, que nunca sabes por dónde va a salir, aporta una serie de alicientes más allá del enamoramiento, te hace estar todo el tiempo maquinando cómo seducirle, cambiarle... es un estímulo infernal. He conocido a muchas que han acabado resignándose y descubriendo que igual era eso lo que necesitaban para estar entretenidas, sentirse vivas, y mantener el morbo en la relación”.

Son esas mismas mujeres que, según ha comprobado Cristóbal en su consulta, “buscan al cabronazo por excelencia por varios motivos: Unas, como excusa para no darse la posibilidad de comprometerse, buscan lo más exótico, lo que les sube la adrenalina, les hace sentir vivas, disfrutar de aventuras... Como si estuvieran en el parque de atracciones. Sin embargo, nadie se queda a vivir en la montaña rusa, sino que subes un par de veces y te vas a casa a descansar en tu sillón. Por supuesto que el sexo y las relaciones sirven para vivir aventuras, pero no se pueden identificar con la pareja, porque desde el principio se ve que alguien que en pleno enamoramiento ya te está haciendo sufrir, no te interesa como pareja, sino para divertirte. Otras se dan cuenta de que lo que quieren es liarse con los más complejos y retorcidos porque les estimulan intelectualmente, pero no se pueden empeñar en que esos sean los hombres de sus vidas (que seguramente será mucho más gris), con los que puedan hacer proyectos comunes. Otras se proponen conseguir al más capullo como un reto para ponerse la medalla, o para triunfar donde mi madre fracasó, porque muchas veces las mujeres que se sienten fascinadas por los guerreros tienen un padre guerrero”.

Laura Carrión coincide con la teoría del padre crápula, que se enclava dentro de la enunciada por la psicóloga Ayala Pines: “Elegimos a una pareja similar al progenitor con quien tuvimos conflictos durante la infancia que siguen sin resolver;

inconscientemente, intentamos resolver esta relación de la infancia en la edad adulta”. Otra tesis es la que se cuestiona Rocío: “¿Somos masocas? Supongo que nos gusta complicarnos la vida, siempre buscamos algo más de lo que nos ofrecen. Está el páñfalo que no te gusta, porque de lejos ves lo que te va dar; y está el que ves de lejos y de cerca y piensas: ‘uh, misterio, eres mi nuevo reto personal’. Qué imbéciles somos, ¿no?”.

Imbéciles no lo sé, pero lo evidente para Sònia Cervantes es que “si nos liamos con personajes imposibles es que algo no va bien. Quizá no hayamos aprendido de los errores anteriores o quizás seamos un poco masoquistas y nos va la marcha (que es otra opción). Si realmente disfrutamos complicándonos la vida, no hay nada mejor que seguir liándonos con quien no nos conviene; pero soy de la opinión que por tendencia natural no acostumbamos a torturarnos ni a complicarnos la vida (aunque parezca imposible) sino que siempre nos encaminamos hacia el bienestar personal”. Con respecto a las jóvenes que buscamos voluntariamente a hombres con los que se ve a la legua que no hay compromiso que valga porque eso es justo lo que deseamos esquivar, esta psicóloga afirma: “Otra cosa es no tener muy claro si queremos o no una relación estable. Si dudamos, nuestros vínculos afectivos se verán influenciados por nuestra indecisión aunque también es cierto que pueden existir relaciones que no sean estables con personajes posibles. Todo es cuestión de madurez personal y de tener muy claro qué es lo que queremos”.

Como le ocurrió a Ana, periodista de 34 años: “Durante un tiempo elegí a personas que, a priori, era difícil que se avinieran a tener relaciones estables, no tanto por diversión, sino por ser problemáticos. Cuanto más raro fuera el tipo, más parecía atraerme. Supongo que porque en el fondo no estaba preparada para empezar nada demasiado formal. A partir de sentirme más segura, entonces he elegido únicamente siguiendo los dictados de mi corazón”.

Lo chocante es que, según Alicia Gallotti, “somos las mujeres más activas, más libres y liberales las que nos sentimos más atraídas por los sinvergüenzas, complicados, los que no nos convienen, etc. el problema es que no lo hacemos con lucidez, sino con la falsa creencia de poder cambiarlo como una superwoman, porque yo no soy como las otras, etc. esa necesidad tan brutal que tenemos de reafirmación la tiene desde el más débil hasta el más fuerte”. La competitividad que mencionaban Laura y Sonsoles. Susana ha

captado la esencia después de muchos años seduciendo a los más desapegados, por llamarlos de alguna manera. “Lo haces por el reto. Para ponerte la medallita y poder demostrar que eres la mejor, la más guapa y la más seductora. Si tienes problemas de inseguridad y autoestima, llévate al más solicitado a la cama y verás cómo te refuerza. Aunque luego veas que se marcha igual que llegó y no te sirve para nada más. O aunque tengas que estar implorando y montando las 5.000 tretas para retenerlo frente a toda esa horda de locas por pillarlo. Es el camino perfecto para acabar arrastrándote, vapuleando tu autoestima y reconociendo finalmente que no podías controlarlo ni cambiarlo, porque no eres dios, aunque quieras.”

Sandra insiste: “Nos lo planteamos como un reto. Parece que si nos hacen caso desde el primer momento, no tiene ningún merito. No lo tiene conseguir ligarte a un tío “feo”. Pero lograr llevarte al tío por el que todas están locas, guapísimo, impresionante, es mucho más difícil. Así que, cuanto más difícil sea el tío más autoestima (falsa, por supuesto)”. Si bien ellos son menos dados a auto-boicotearse, Andrés interpreta que “todos tenemos un punto masoquista que nos incita a fijarnos en quienes no nos hacen ni caso. Hay ese punto imbécil que hace que deseemos que nos traten como a niños que buscan el cariño de unos padres que tienen que irse a trabajar constantemente. Cuando alguien muestra interés por ti, no sientes esa necesidad de ser amado porque ya lo eres. Cuando alguien no muestra interés por ti, sientes esa necesidad de ser amado porque no lo eres. Y este placer del ‘no sentirse del todo amado’ explica por qué en muchas parejas hay torturados y torturadores. Estas relaciones abundan, pero no tengo el más mínimo interés en ellas. Yo he sido torturador en unas ocasiones y torturado en otras ocasiones. Ahora no quiero nada de eso”.

La psicóloga Sònia Cervantes entiende que “todo lo que conseguimos por méritos propios y con el propio esfuerzo supone un “subidón” de autoestima. El orgullo de conseguir por nosotros mismos las metas que nos fijamos ayuda a mejorar la estima que nos tenemos pero, repito, hay que tener muy presente hasta dónde podemos llegar y no dejar de intentarlo para ver de lo que somos capaces, sin colgarnos medallas, simplemente porque nos llena el hacer cosas por nosotros mismos y además hacerlas bien”. En ese punto de equilibrio está Pilar, que comprende que “todos ansiamos con mayor vehemencia lo que no tenemos. A mí, un tío inaccesible me puede incitar una provocación inicial para intentar conseguirlo, pero sólo si previamente me gusta de

veras. Si es inaccesible pero idiota, se puede quedar en su inaccesibilidad para toda la vida”. Mayra propone otra lectura del hecho de ir a cazar a los más esquivos: “¿Por qué no le damos la vuelta? A lo mejor es que somos demasiado exigentes y no nos conformamos con el primer pantalón de la tienda. Si una no se conforma con el primer trabajo que le sale, ¿por qué ha de conformarse en algo tan importante como es el amor? No es tan fácil encontrar a la persona adecuada. A veces, para encontrar al príncipe hay que besar muchas ranas. Y, ojo, no es de ley que lo encontremos siempre”.

En la autoexigencia radica el intrínquilis

Susana reconoce: “Tanto mis amigas como yo tenemos el chip incorporado de que hemos de ser las mejores en todo para valorarnos a nosotras mismas. No nos permitimos ni un desliz ni un fallo. Tenemos que ser perfectas para no hundirnos en la miseria de una autoestima mal asentada”. Sandra vuelve a la carga: “Así como en nuestras vidas queremos que todo nos salga bien, los hombres no serán una excepción. Tenemos que ser fuertes y soportarlo todo. Y conseguir que ese tío se fije en mí será el mayor logro. En verdad es una chorrada que ya no hago. No es que suela fijarme una meta con un tío: tengo que conseguirlo sí o sí, pero es cierto que, a veces, si el tío que nos gusta no nos hace caso, no paramos hasta que se fije en nosotras”.

Vampirella opina que las treintañeras “somos cada vez más exigentes; tenemos que ser buenas profesionales, atractivas, jóvenes, elegantes, independientes, creativas, con dinero, madres... y multiorgásmicas. Demasiado”. ¿Por qué tanta intransigencia con nosotras mismas? Las sociólogas del estudio Las mujeres Jóvenes en España afirman que “la ansiedad de llegar a cumplir con todas las imágenes sociales que se esperan de ellas, el alcanzar a ser la mujer ideal es una pesada carga de la que reiteradamente se quejan las mujeres”.

Sònia Cervantes elucubra que “las mujeres nos exigimos más desde que estamos viviendo ese desdoblamiento de roles. La autoexigencia se fomenta desde uno mismo como la palabra misma indica, de lo que se trata es de hacer las cosas lo mejor que puedes y haciendo todo lo que puedes no estarás obligada a más. Autoexigirse en exceso, sin tener en cuenta las propias capacidades y limitaciones, nos lleva indiscutiblemente al callejón sin salida de la frustración”. Por su parte, Elvira engloba la autoexigencia femenina dentro la sociedad en que vivimos: “Es lo que hemos

aprendido: valemos lo que poseemos. Si nos resulta difícil significa, sencillamente, que vale más y, por lo tanto, más valdremos nosotras y más valoraremos lo que tenemos y temeremos perderlo”. Nuria Varela, autora de *Feminismo para principiantes*, también halla las raíces de esa necesidad de reforzar la autoestima a fuerza de la autoexigencia socialmente inculcada a las mujeres en que “la sociedad se cree en el poder de cuestionar y criticar a todas las mujeres, a cualquier mujer. Los modelos siempre son exagerados: santas o brujas, putas o madres... La sociedad no quiere mujer reales. Es casi imposible para las mujeres en estas sociedades nuestras tan patriarcales mantener alta la autoestima. Ése sí que es un gran problema. Nos llevaría mucho tiempo analizarlo pero no tenemos modelos sociales, pasamos por la escuela sin saber que ha habido históricamente mujeres maravillosas, escritoras, pintoras, artistas, políticas, reinas... que han hecho un trabajo excelso. Pasamos por la vida, gracias a estos medios de comunicación, sin creernos que realmente las mujeres son las que mueven el mundo, las que se encargan de la parte más importante de la vida: los cuidados. Nos acabamos creyendo que las mujeres no tenemos capacidades, inteligencia, valores”.

Hasta cierto punto. En el fondo, las mujeres sí que confiamos en nuestra valía, quizás porque vamos comprobando que sí que somos capaces de realizar con éxito todo lo que nos proponemos a pesar de que, en principio, no se esperara de nosotras. De lo contrario no tendría sentido que, aparte de esa autoexigencia exagerada seamos tan sumamente intransigentes con los demás, especialmente con nuestras parejas, con el hombre que se supone que amamos. La lógica implícita es: “Si yo intento ser perfecta, ¿por qué él tiene que dormirse hasta las tantas en los laureles mientras yo limpio ‘nuestra’ casa y hago ‘nuestra’ comida? O, ¿por qué yo tengo que sobre esforzarme en que todo salga bien para paliar los agujeros negros de su dejadez? Aquí salta a la palestra el gran escollo de las relaciones en la actualidad, una vez bien establecidas y asentadas. Veamos los precedentes:

La convivencia entre dos personas que se quieren está muy vista, es lo de siempre, no vamos a descubrir aquí la rueda ni las cerillas. El único handicap es que muchas mujeres sí han cambiado el papel que se les había otorgado sin consultarles en el hogar, y puesto que trabajan fuera tanto o más que su compañero, no están dispuestas a sobrellevar sobre sus espaldas, encima, toda la carga de las tareas domésticas y de los deberes familiares. Las autónomas (por lo menos) no barajamos bajo ningún concepto la remota

probabilidad de dejar de ir al gimnasio para limpiar la casa igual que él no renuncia al partido de los sábados para ir a comprar, ni la de trabajar media jornada para compaginarlo con la labor de ama de casa. O negociamos a partes iguales o no jugamos. Mas no se trata sólo de acordar un reparto igualitario, sino también de no tener que pasar todo el santo día recordándole al otro lo que hay que hacer, cómo lo ha de hacer y reparando lo que hace mal. Agota, cabrea, te lleva a renquear y plantearte por qué no optarías por el living apart together o LAT, esto es, cada uno en su casa y el amor en la de ambos, nos vemos cuando nos apetece, compartimos lo bueno y eliminamos de un plumazo desventajas como las peleas cotidianas por bajar la taza del váter y hacer la cama o la temida rutina.

Como mujer comprensiva, aceptas que él ha recibido una educación de señor feudal en la que disfrutaba de todos los privilegios hasta el punto de que mamá, prácticamente, le masticaba las croquetas y le remetía las mantitas por debajo de los pies hasta los 30 años (eso me lo ha contado una madre de 50 años textualmente, supongo que por ello me recomendaba siempre que retrasase lo máximo posible la hora de juntarme con algún ejemplar como su querido hijito). Como persona, sabes que hombres y mujeres tenemos los mismos derechos y deberes, en igualdad de condiciones, por tanto, tú, por el hecho de haber nacido mujer, no tienes ni la menor obligación de ser su criada, su cocinera, su alivio sexual, su confidente, etc. a menos que él te compense con lo propio. De la misma manera que él, por haber nacido hombre, no tiene obligación alguna de ser tu papi, ni tu protector, ni tu chofer, ni tu proveedor a domicilio, ni tu gigoló cumplidor, ni tu tarjeta de crédito ni quien tome por ti las decisiones para evitarte las angustias de la incertidumbre. Igualdad para todos.

Corroboran mi discursito feminista (me cubro las espaldas ante los que ya me habrán clasificado en su lista negra) las sociólogas Alberdi, Escario y Matas: “La convivencia cotidiana es un terreno en el que se debaten los problemas más profundos y a la vez más inmediatos de las parejas. Ocupa un lugar prioritario en las relaciones de la gente joven porque es la arena en la que se debaten una serie de cuestiones íntimamente unidas al concepto de feminidad y masculinidad, que trascienden incluso los afectos. La convivencia y las reglas del juego que sobre ella se establecen son críticas en cuanto es donde se definen los roles y los espacios respectivos del hombre y de la mujer. El equilibrio en el reparto de responsabilidades y deberes de cada uno en la vida cotidiana

constituye una reclamación esencial de las mujeres que lo ven como elemento necesario para romper con la dicotomía tradicional de género, según la cual el espacio privado es para las mujeres y el espacio público para los hombres”.

Eso se refleja en las actitudes de las más progresistas: “Por una parte, están llenas de cautelas reveladoras de lo incierto aún de sus propias convicciones y, por otra parte, temen el efecto devastador de la dejadez del hombre sobre las vivencias emocionales de las primeras fases de su unión. Ante la incompetencia doméstica masculina, algunas mujeres optan como solución por prescindir de su apoyo. A medio camino entre estas posturas más drásticas ante el nuevo contrato de pareja y las más conservadoras que aceptarían el reparto doméstico tradicional, aparece lo que Kaufmann ha denominado el hombre alumno, que disciplinariamente se somete a un aprendizaje de las tareas domésticas teniendo como solo instructor a su pareja femenina”.

Distintas ideas sobre el amor

Igualmente, en el terreno emocional, las mujeres y los hombres tienen dos culturas muy diferentes frente al amor. Según la sexóloga Shere Hite, la mujer tiende a la reflexión y a la prospección, lo que le lleva a examinar y evaluar constantemente sus relaciones y, muy frecuentemente, dado el nivel tan elevado de sus aspiraciones, a sentirse decepcionadas por ellas. Los hombres, por su lado, han interiorizado asimismo una ideología que les dificulta el acercamiento emocional y la entrega afectiva: “existe una contradicción inherente entre seguir siendo dueños de sus sentimientos y amar a otra persona porque temen que pueden llegar a convertirse en débiles y hacerse vulnerables”, recoge la autora del Informe Hite sobre sexualidad masculina realizado en 1995.

La citan Alberdi y sus compañeras para concluir que “terminan a menudo por perder a las mujeres de su vida, que no les entienden y se sienten abandonadas emocional y sexualmente”. Ante esa socialización machista que les impide ser felices y las exigencias femeninas de más sensibilidad, capacidad de diálogo y escucha, igualdad, y todas esas cualidades tradicionalmente circunscritas a “mujercitas débiles”, se impone una reeducación masculina. ¿Es factible? ¿cómo: con el trato de profesora-alumno tiza en mano o predicando con el ejemplo y aplicándose en la imitación? Antes de emprender esa resocialización del analfabeto emocional y amo de casa en prácticas, convendría dejar claro a los hombres, que son los que más prerrogativas tienen que

perder, que no deben temer nada, que podemos compartir el poder y no queremos arrebatárselo para humillarlos ni vengarnos por el sometimiento de sus antepasados a sus antepasadas.

Para ello, la psicóloga Sònia Cervantes aconseja “actuar en consecuencia. Todos podemos sentirnos amenazados o tener miedo ante una nueva situación, sobre todo, si ésta nos facilita poca información o se nos da información confusa. Lo mejor en estos casos es dejar las cosas muy claras para que cada uno sepa cómo afrontar los cambios. La confusión neurotiza porque las directrices no están claras. Así pues, comunicándonos las unas con los otros haremos que el miedo y el recelo desaparezcan”. Alicia Gallotti reflexiona: “He ido viendo a lo largo de mi vida que funcionan a veces mejor las actitudes que el diálogo. Puedes decirle a alguien que es libre y, por ende, puede hacer lo que quiera, pero luego verá que es mentira porque en la práctica le coartas. Lo que cuenta es la acción, respetar el espacio del otro, dejarle ver aquello en lo que una es fuerte o es débil, sin miedo; el reparto de las tareas domésticas se puede ir viendo según lo que a cada uno le vaya mejor, pero que también sea elástico e intercambiable. Porque si no la casa se convierte en un cuartel”.

Pilar Cristóbal también ha observado, como terapeuta de pareja, que “lo de discutir por que él no quiere hacer las tareas del hogar es una situación muy normal pero se puede negociar, repartir según las apetencias de cada uno. Hay dos voluntades imprescindibles en una relación de pareja: la de aprendizaje y la de consenso. Los hombres pueden aprender a cuidar a sus hijos igual que las mujeres, y a limpiar también. Es una cuestión de educación, los jóvenes que han vivido con madres que, a pesar de quejarse de que no hay manera de que hagan nada en casa, acaban cediendo y haciéndoselo ellas, están muy mal acostumbrados”. Claro que nosotras tampoco nos libramos de la crítica de Cristóbal: “A partir de los 26 ó 27, cuando se empiezan a emparejar, las chicas van dando vueltas de tuerca en el sentido de que tiene que hacerse todo como ellas digan y cuando quieran, y los chicos hacen lo mismo, con lo cual, es muy difícil establecer ningún tipo de relación si no se va por un camino central, si no se negocia. Cualquier negociación la viven, tanto los hombres como las mujeres, como pérdida, cuando en realidad se trata de ir cada uno con su máximo de condiciones y a partir de ahí ir regateando hasta donde ya no pueden ceder más. El truco está en saber hasta dónde cada cual puede llegar pero con la intención de llegar a un acuerdo, no plantarse en la huelga

si el otro no acepta todas nuestras exigencias”. En psicólogo social Enrique Gil Calvo coincide en que “hay que renegociarlo todo para traducirlo a las nuevas relaciones de paridad simétrica que se exigen ahora para mantener la dignidad de ambas partes. Y si esa simetría paritaria no se logra, hay que romper la relación para sustituirla por otra”.

La negociación la imponen las mujeres, claro

Por su parte, Carmen Freixa agrega que “las relaciones de pareja, dejando aparte las relaciones sexuales, implican una vida en común, unas negociaciones comunes y hacerse cargo de una intendencia que es comunitaria. Y eso se produce en la mayoría de los casos a costa de que las mujeres a diario libren una batalla personal las 24 horas del día, algo que aumenta cuando se tienen criaturas, lo cual impide bastante que avancemos”. Por ese motivo son ellas las que más agresivas se muestran en la negociación, como pone de manifiesto Cristóbal: “Dependiendo del momento en que estés vas a estar más o menos abierta a negociar ese terreno que, como mujer, ha sido tan difícil de conquistar. No vas a estar dispuesta a bajar el listón, que estará más alto o más bajo en función de la escala de valores, de qué lugar ocupen tu libertad, tu no renuncia a ninguna de las cosas que has conquistado con todo tu esfuerzo, el encontrar pareja... las posibilidades de negociación se van reduciendo”.

En general, “parece que la gente está tan insegura de misma que los límites están muy frágiles y se tocan enseguida. Hay un discurso muy agresivo porque una chica o un chico que emplea un discurso más suave, más generoso, más conciliador o más educado, se le considera que ha perdido la identidad, como si la identidad estuviera en mantenerse en sus trece. A veces están discutiendo sobre tonterías y no ceden, lo cual deja ver que eres un rey muy frágil cuando tienes que tener todo superestructurado porque temes que cualquier cosa implica perder tu poder, según esa percepción de que el poder está asociado a la obediencia ciega”. Esta pérdida de poder se extiende a la que las autoras de la ambición femenina llaman “la asincronía de pareja, en la que se conjuga el distinto desarrollo profesional de ambos cónyuges. Aparece entonces el síndrome de yo pierdo, tú ganas, es decir, la sensación de que uno de los dos renuncia a un ámbito –la familia a favor del trabajo o al revés- viendo que, en esta opción, es el otro cónyuge el que se beneficia –más tiempo personal, más carrera profesional-.”

El escritor Gabi Martínez ha llegado a la conclusión de que “hay que aprender a renunciar, la renuncia siempre conlleva un peso de melancolía muy fuerte, qué me obliga a hacer esto, por qué, si me voy a morir igual... pero si no renuncias por estar con alguien, siempre te puedes comprar un perro o un gato, como el alto porcentaje de solteros en Nueva York que ya los tienen en casa”. Realmente, muy pocos singles satisfacen sus necesidades substituyendo a una pareja por una mascota, por lo cual, al final, acaban abogando por el consenso, a juicio del antropólogo y sexólogo Alfonso Antona: “Hombres y mujeres se están encontrando en la necesidad de establecer unas reglas del juego en común, no se dan por preestablecidas muchas cosas. Las generalizaciones son muy peligrosas, pero cuando se habla de establecer nuevos espacios de relación eso no significa que todos los espacios sean posibles con todas las personas. Hay una expectativa por parte de las mujeres en cuanto que se han dado permiso a sí mismas para intentar poner parte de las reglas del juego y de reivindicarse, de la misma forma que hay hombres que están entendiendo que hay que ceder esos espacios y, además, están viendo los beneficios, a saber, que lo de romper con el modelo sexista mola, porque nos quita unas cargas de encima muy pesadas: ya no soy el dador de placer, ni el responsable de la familia ni de la vida de la mujer. Es genial. Otra cosa es cómo se maneja la negociación de las reglas, porque no estamos entrenados”.

En efecto, tenemos grabado a fuego, como todo rebaño, el modelo de familia patriarcal de mamá gallina con sus pollitos y papá gallo que trae el pienso, aunque, por suerte, según Antona, “las nuevas generaciones lo tienen en cuestionamiento y van cambiándolo poco a poco. Afortunadamente, pueden hacerlo: mi madre no pudo, mi generación lo insinuaba y esta generación lo hace público. A largo plazo se puede conseguir muchas cosas pero depende del contexto cultural, educacional y de las propias personas que interaccionan en un momento determinado”. Al menos, celebra, “ya está en el imaginario de la gente la necesidad de negociar espacios en las relaciones de pareja, otra cosa es cómo lo llevas a cabo, si reproduces el modelo de tu madre con tu padre, porque terminas haciéndolo, repitiéndole a tus hijos las burradas que te decía tu madre, en cuanto que es el modelo que tienes interiorizado”.

Los jóvenes entrevistados no ponen demasiados reparos para ceder a favor de la relación, aunque sin renunciar a su individualidad, al contrario de lo que solía implicar el ancestral mito de la media naranja, según el cual uno será feliz cuando encuentre a la

persona que le complemente. La psicóloga Clara Coria advierte de que “este mito tiene trampa porque cuando las mujeres buscan su media naranja y creen encontrarla cuando conocen a un hombre con quien tienen afinidades afectivas, sexuales, éticas, etc. lo que hacen es colocarse alrededor del eje de él. Con lo cual, haber conseguido la media naranja s adosarse a otro para seguir a su sombra”. Entretanto, cuando ellos encuentran la media naranja “lo que hacen es defender su eje propio”, interpreto yo, porque me siento muy identificada, que por puro miedo a que les corten las alas, se les cuelguen del cuello como un ancla y les limiten su libertad y su independencia. A esta psicóloga, una mujer separada le dijo: “Si yo me asocio con otro para crear una empresa, y en algún momento nos separamos, el otro se lleva su parte y yo me quedo con la mía. Lo mismo pasa con el amor: Si una relación amorosa se termina, el otro no se lleva mi amor, se lleva sólo la parte que a él le toca y yo me quedo con la mía”. Por esa misma autopista transita la generación del imposible, entre el carril de renunciar y el de seguir siendo uno mismo.

Ceder o no ceder, esa es la cuestión

Iñaki comienza la tanda de los dubitativos: “Creo que es eres tú mismo el que cede en el caso que lo considera oportuno, así que no son posturas contrapuestas. Es un tema delicado y me resulta complicado distinguir cuándo siento que es oportuno ceder, cuándo puedo estar dejándome condicionar mas de la cuenta por los requerimientos del otro...”. Susana ahonda en el caos: “Siempre he tenido muy claro que hay que ceder para acoplar los caracteres y poder seguir juntos, pero eso no quiere decir que me guste hacerlo. Cuanto más mayor me he hecho y más tiempo he pasado conviviendo conmigo misma, peor he ido considerando la necesidad de ceder, me supone un esfuerzo que estando sola no tengo que realizar y estoy muy mal acostumbrada a hacer lo que me viene en gana si contar con los demás para las decisiones más importantes de mi vida. Pero entiendo que para cualquier tipo de relación personal hay que ser flexible y ponerte de acuerdo con el otro, así que con una pareja, con la que pasas mucho más tiempo, con más motivo. La cuestión quizás sería encontrar a alguien lo más compatible posible para no tener que perder la esencia y, en consecuencia, sentirte mal contigo mismo. En todo caso, no aceptaría la violencia, de ningún tipo; no admito las imposiciones, ni los chantajes emocionales, ni las presiones o coacciones. Puedo llegar a hacer burradas por amor pero sólo si lo elijo libremente”.

A Sandra tampoco le agrada “que me hagan elegir ni me digan lo que tengo que hacer. Creo que, en pareja, hay que consensuar las decisiones por lo que, si por ejemplo, mi pareja me pide que deje mi trabajo para irme a Japón con él, ya no lo aceptaría. Lo que me gustaría que pasara, en un caso como éste, es que mi pareja me lo dijera y que lo habláramos juntos y tomáramos una decisión los dos. Hay que ser uno mismo siempre. ¡No sabría no ser yo misma! Pero entiendo que se tiene que ceder en ciertos aspectos. No veo el verbo ceder como algo negativo. ¿Por qué tendría que serlo? Nos pasamos la vida cediendo con la familia, los amigos... ¿por qué no con las parejas? Entiendo ceder en cosas “pequeñas”. Es decir, si a mí no me gusta el fútbol y a mi pareja sí, yo cederé e iré a ver algún partido de vez en cuando. Pero no porque deba hacerlo sino porque me apetece. Me hará mucha ilusión verle disfrutar con ello. Eso sí, espero que él haga lo mismo conmigo”.

También Lara: “Se cede un poco (no tiene que ser demasiado) para que el otro ceda un poco. No me importa ceder en las cosas que hacen feliz a la otra persona. No pienso que esto signifique dejar de ser yo misma. Lo que no soportaría es que me maltrataran física o psicológicamente. Carlota lo califica de “toma y daca. Hoy por ti, mañana por mí. Hay que ceder y no ceder, dependiendo del momento. Y nunca dejar que se convierta en una norma general que siempre ceda el mismo. No cedería jamás en una cosa que vaya contra mis principios”. Ni Sebas, que cedería en lo que fuera necesario excepto en lo tocante a “mi ideología, lo cual no significa inmovilismo, para nada. La vida es evolución natural, no forzada por mi pareja”.

En la misma línea, Marga no ve relación entre ceder y dejar de ser uno mismo, no es una cuestión de orgullo: “Ceder no significa perder la personalidad siempre que no sea la misma persona a la que le toque siempre, hay que saber ceder cuando toca: sopesar el grado de sacrificio y el resultado final y, en función de esto, decidir si merece la pena, saber lo que se gana y se pierde, valorar... Yo no cedería en la falta de libertad y de respeto”. Ingrid apuesta por el fifty-fifty pero con los límites en “la violencia, en la insistencia en cosas que sepa me desagradan (vale para el sexo y para todo lo demás), no reconocimiento de mis méritos personales (eso destruye la autoestima) o que me ignoren”. Elvira, que en una relación reciente se entregó hasta perder la independencia, cree “que el secreto está en que seguir siendo tú misma sea compatible con la relación. Pero el amor a veces no entiende de eso. No cedería en determinadas decisiones que

afectaran a terceros. Podría ceder en muchas cosas que me afectaran a mí, porque como persona madura e independiente soy yo la única que puede decidirlo y también la que cosecha las consecuencias. Pero si hay terceros implicados, especialmente si son los hijos, no hay campos neutrales”.

Elsa ve obvio que tienes que ser tú mismo, si no, no prospera la relación, sería como vivir una mentira y no creo que uno disfrute simulando que es otra persona. Pero también es cierto que hay que ceder en algunos aspectos para alcanzar la mejor convivencia posible con el otro. Ahora, las cesiones han de ser similares, si no, también se acaba rompiendo la relación en algún momento por el hartazgo de quien entrega más. Y no cedería jamás en el engaño, el maltrato, la dejación, la falta de amor...” Comulga con esa necesidad de equilibrio Pilar, que añade: “Nunca he perdido la independencia, aunque inevitablemente se adaptan algunos hábitos que luego pueden desaparecer al acabarse la relación. Pero si tu pareja te conoce como mujer independiente no es difícil que eso luego se te respete. Lo malo es iniciar una relación engañando al personal, haciéndole creer al otro que eres más sumisa de lo que realmente eres, porque luego es muy complicado volar sin que intenten cortarte las alas”.

Antonio da “por supuesto que hay que ceder, pero sin verlo como una pérdida, sino como un pequeño sacrificio que hacer para obtener algo mejor. No pierdes la independencia, pero no la gozas del todo. Al llevar una relación tienes que pensar en plural, aunque a veces no lo haces. Quizás no cedería en algo que ella quiere que no hagas o que hagas pero sólo porque ella quiere o se le antoja, o sea, sin un motivo coherente”.

Andrés aporta un punto de vista original: “Hay que ceder en las normas de conducta y en la convivencia, pero no en el carácter de cada uno; salvo que seas un capullo y, entonces sí, más que nada porque si no, te quedas más solo que la una. Yo he perdido independencia física, en cuanto a espacio en la casa o a las cenas con las amigas de la novia que me he tenido que tragar. Pero nunca he perdido independencia de la buena, o sea, nunca he dejado de hacer lo que yo tenía que hacer. Soy de los que creo que se es más independiente en pareja que en solitario, porque uno depende de sus amigos para hacer lo que sea. En pareja uno es autónomo absolutamente. Aunque sea una autonomía compartida con sólo una persona”. Lo que no tolera es perder la “independencia laboral.

Me ha pasado anteriormente, he tenido parejas que querían hacer cosas que económicamente yo no puedo hacer porque dedico muchas horas al día a una actividad económicamente poco rentable. Si encuentro a una mujer de estas, la saco de mi vida rápidamente. No me interesa ni el egoísmo ni las tentaciones del dinero”.

¿Por qué rompemos tanto?

A la vista de la equilibrada disposición que tienen los encuestados para negociar, consensuar e incluso renunciar a ciertas cotas de individualismo, cabe preguntarse a que se deben, entonces, la cantidad de rupturas sentimentales, tanto de parejas de hecho como de matrimonios. Según datos del Instituto de Política Familiar, en 2004 se produjeron en España unas 134.931 rupturas matrimoniales. Incluso se les ocurrió calcular la media temporal, “una cada 3,9 minutos”. De estas rupturas, 82.340 eran separaciones y 52.591 divorcios. La tan vaticinada (por los conservadores) crisis de la familia va cumpliéndose como una profecía de Nostradamus, dado que las rupturas ascendieron un 6,5% con respecto a 2003 y un 17,28% respecto a 2002. Pero eso no es nada comparado con el apocalíptico 60% que crecieron entre 1996 y 2004, pasando de 83.990 a 134.931 rupturas en 8 años. Casualmente, desde bastantes sectores se culpabiliza a las mujeres de esta decadencia de la estructura familiar tradicional, como señala Olga Salido en su documento de trabajo para la Universidad Complutense de Madrid, titulado La participación laboral de las mujeres en España: cifras para un debate: “Otro fenómeno que parece haber ido asociado al aumento de la participación laboral femenina es el del aumento del número de hogares encabezados por padres y madres solteros o divorciados con un único progenitor. Aunque comparado con otros países este tipo de hogares supone en España una proporción bastante pequeña, no por ello dejan de representar una problemática novedosa que desafía las estructuras convencionales de un Estado del bienestar como el nuestro, en el que la familia ha jugado históricamente un papel central”.

En la ambición femenina, Chacón y León dejan caer que “las parejas ven peligrar también sus espacios de convivencia conyugal, su relación interpersonal. La prisa reduce los momentos espontáneos, distendidos de trato, y cada vez es más frecuente llegar a casa agotado, sin energías para el hogar. En la convivencia, la escasez de tiempo y la dificultad de cambiar de rol (de ejecutiva a madre y esposa) obligan a las mujeres a ir al grano y esta actitud, sin duda muy práctica, puede resultar peligrosa cuando existen

problemas por una u otra parte, ya que la atención pasa tan rápido que no es capaz de fijarse en ellos”. El matrimonio Allan y Barbara Pease, en su bestseller *Por qué los hombres mienten y las mujeres lloran*, afirma que “la mujer actual trabaja demasiado, suele andar siempre enfurruñadas y cada vez está más sola. Los hombres creen que las mujeres quieren que ellos piensen y se comporten como mujeres. Todos estamos confusos”.

La abogada y feminista Lidia Chacón no lo está en absoluto: “La separación matrimonial, a la que acude una media de cerca del 50% de las parejas en los países desarrollados, se inicia a iniciativa de la mujer en el 80% de los casos. Como esa relación ideal se ha quebrado, fundamentalmente porque las mujeres ya no aguantan la tiranía marital, la familia se resquebraja. Ellas trabajan y, por tanto, ya no atienden bien la casa ni pueden esperar a los niños a la salida de la escuela. Apenas cocinan y la comida se sustituye por bocadillos y hamburguesas y la ropa nunca está limpia cuando se necesita. Pero lo peor de todo es que se han vuelto rebeldes y contestonas. Ya no aguantan pacientemente las imposiciones y caprichos del marido, esperan que éste colabore en las tareas domésticas y cuando no lo consiguen se muestran de mal humor. Exigen, supremo descaro, su cuota de placer sexual y si él no es capaz de suministrársela le regañan, le obligan a visitar al médico y lo desprecian. En muchas ocasiones se buscan un sustituto del que esperan conseguir lo que el primero no les da. En resumidas cuentas, es cierta la agorera profecía de que la familia está en crisis. Es una crisis que yo deseo insuperable para que acabe de una vez en lo que debe ser, lo que Alejandra Kollöntai definía como la unión libre de libres individuos”.

José Antonio Marina lo corrobora en un tono más comedido: “Ellas abandonan porque quieren más de lo que son capaces de conseguir en sus matrimonios”. Sònia Cervantes corrobora que “ciertamente, la mayoría de rupturas son propuestas por las mujeres porque suelen ser ellas las que acostumbran a tener más conciencia de problema, de que algo no funciona, de que la pareja ya no va bien y deciden romper la relación. Normalmente, los hombres acostumbran a tener conciencia de problema cuando el sexo no funciona o cuando las dificultades son muy evidentes, pero para las mujeres el abanico de posibilidades que puede hacer que una pareja no funcione es mucho más amplio así como su nivel de exigencia para valorar la relación positivamente. Es bastante frecuente que muchos de ellos se sorprendan cuando son ellas las que toman la

iniciativa a la hora de promover la ruptura porque ellos consideran que la cosa no iba tan mal”.

La periodista experta en sexología Laura Carrión lo constata: “Así como el hombre toma la decisión de romper cuando aparece otra persona o se enamora de otra tía, por lo general, las mujeres pueden aguantar durante un tiempo esa situación con alguien que ya no tienen nada que ver, hasta que de repente un día dicen que ya no pueden más y las ves con 50 años, estupendas, vestidas de gala para ir a bailar y a intentar recuperar parte de su juventud y de su sexualidad perdida”. Rosetta Forner ha profundizado en el tema como experta en coaching: “Las mujeres aparentemente son más decididas que los hombres, aparentemente. ¿Será porque no aceptan situaciones dobles, es decir, seguir casadas y tener amante, mientras que los hombres suelen ser más acomodaticios – aparentemente-, y no les importa vivir ‘entre Pinto y Valdemoro’? Será. Al parecer, los hombres gustan del ‘doble juego’, quizá porque no les plantea conflicto a nivel estratégico (están acostumbrados a jugar en equipo), ni parece suponerles un problema existencial –todo lo contrario, le va bien a su frágil ego tan necesitado de la aprobación de la ‘madre’ y de demostración de ‘macho triunfador’ de la especie-. Si bien, no debemos olvidar que a muchas mujeres también les va el doble juego. Aunque ellas no disponen de tanto tiempo para ‘el juego del amor y de la guerra’. Mientras que ellos sólo han de ocuparse en acudir al trabajo, ellas han de ocuparse de la casa, de los niños, de la despensa... y eso desgasta mucho y deja poco tiempo para la ‘estrategia’. A veces, los hombres no se separan porque no soportan mostrar a la sociedad que ellos, los que se supone que tienen que ser fuertes, triunfadores y existosos (si bien esta es una consigna que se nos da –impone- a todos en la sociedad sin importar el género), no pueden permitirse, ni admitirlo, fracasar en el matrimonio o en la pareja. La sociedad no premia la separación, ni la aplaude. Los y las que se separan son recibidos con un ‘pobrecito/a’, y se les da el pésame por semejante desaguisado vital: ‘les ha ido fatal’, qué mala suerte’...”

A Flavia Limone no se le ha escapado ese detalle: “Los mitos promovidos por el amor romántico, esos de que “el amor verdadero dura para siempre”, de que “una ruptura es un fracaso” y muchos otros suman, al dolor del duelo, el peso de hacerte sentir deficiente: ‘No fui capaz’ (o no lo fue o no lo fuimos)’.

En todo caso, puntualiza, “causas de rupturas hay tantas como relaciones. Partiendo por el simple hecho de que las relaciones de pareja son cosas vivas y como cualquier cosa viva, nace, crece y muere”.

Y Roseta Forner enumera unas cuantas: “A veces, las mujeres se separan porque se han enterado de que su marido se la está pegando con otra (mujer, claro), y su orgullo no soporta ser ‘engañada’, por lo que lo ponen de patitas en la calle. Muchas de estas mujeres, más tarde, cuando se les ha pasado el ‘frufú orgulleril’, se arrepienten y dicen que, de habérselo pensado, hubiese sido preferible mirar para otro lado, haber hecho la vista gorda, y luego haber tratado de demostrarle que ‘ella, la legal, era mucho mejor que el pendejo de la amante’. Más bien las mujeres se separan más porque no les gusta sentirse parte de un corro de damiselas de diadema floja”. Otra variedad de rupturas es “la consecuencia resultante de un ‘farol’ que se marcó la mujer y le salió mal. Me explico, muchas mujeres suelen usar la amenaza de separación como ‘arma disuasoria’, esto es, con la esperanza ciega de hacerles entrar en razón... Aunque a veces les sale mal la jugada, y todo acaba en separación. Y, cuando no fue por esa razón, la del ‘farol’ o medida contundente de motivación, lo es porque a muchas mujeres les gusta fastidiar o castigar al marido o a la pareja con una separación: ‘para que se entere de lo qué pierde...’ Y, claro, ellas no se aperciben de que nadie pierde nada que no aprecie”.

Forner critica sin compasión que “si las mujeres en general se separan porque buscan la felicidad, el tener una pareja en condiciones, el encontrar a un hombre de verdad -o sea, a un hombre metroemocional- que las amase...; si parten de ese supuesto, ¿por qué se ponen a la caza y captura de otro inmediatamente después de haberse separado? Considero que no se separan porque sean más valientes que ellos sino porque al considerarse con pleno derecho a tener alguien que les guste y que les dé lo que ellas quieren (están en su derecho a desearlo y a buscarlo), y dado que lo quieren sólo para ellas, plantean al marido la posibilidad del divorcio para ver si de esa manera ‘entra en razón’ y deja ‘lo otro’ (los amigos, la familia, el fútbol, la adicción al trabajo...) o a la otra (la amante) u otras (amigas varias). Ahora bien, si se parasen a reflexionar antes de volver a lanzarse a la caza y captura de pareja, muchas puede que tardasen mucho en volver a emparejarse –o que no lo hiciesen-; pero, cuando lo hiciesen, a buen seguro que se sentirían satisfechas con su elección porque lo harían desde la seguridad que da el saber ‘por qué, cómo, cuándo y dónde’ uno hace lo que hace, el precio que paga por

ello, y el haber llegado a un acuerdo negociado consigo mismas”. No obstante, algunos casos le permiten albergar esperanzas: “Haberlas mujeres valientes, sinceras y decididas, haylas. Las hay que mandaron una relación al garete porque no eran felices, aún a pesar de amar al marido, prefirieron optar por ellas mismas. Pero este estilo de mujeres no suele lanzarse en brazos de otro a continuación ni en bastante tiempo”.

Más fácil si eres autónoma y libre

Tal vez esas últimas mujeres son precisamente las más autónomas e independientes económicamente, las que disponen de mucha más información y de medios gracias al entorno en el que viven. Dicen las autoras de *Dímelo al oído* que, “por lo general, las mujeres económicamente independientes han tenido acceso a más espacios donde se puede (no siempre se hace) estimular el pensamiento crítico y, por lo tanto, cuestionar las normas que perpetúan desigualdades. Por otra parte, antes de la industrialización, al parecer, había menos dinero pero también más libertad. Aquí, como en muchos otros aspectos que ya se han analizado tantas veces, patriarcado, capitalismo e Iglesias parecen darse la mano para hacer un muro contra las mujeres”.

Sònia Cervantes quiere hacer constar que “no es la consecuencia de estos dos factores la que promueve la ruptura, pero sí que constituye un elemento fundamental para tomar la decisión definitiva de romper el vínculo. La dependencia económica al marido o pareja ha sido durante mucho tiempo la mayor dificultad con la que se han topado muchas de las mujeres que querían separarse de sus parejas. Actualmente, la mayor inserción laboral y la independencia económica de muchas mujeres facilita que puedan rehacer su vida después de una ruptura, al menos, desde el punto de vista económico, las independiza y las hace sentir más autónomas”. Y añade otros factores influyentes: “La inserción de la mujer en el mundo laboral, la comercialización de la píldora anticonceptiva, la defalcocratización de la sociedad, etc. El hecho que la mujer haya empezado a trabajar como opción primordial y no alternativa al sustento familiar la ha ido alejando paulatinamente de la exclusividad del cuidado del hogar; la píldora anticonceptiva ha relegado la función reproductora de la sexualidad a un segundo término, facilitando el goce y disfrute sexual femenino; el abandono de una sociedad básicamente falocrática donde el poder y el éxito eran exclusivamente masculinos ha favorecido la inserción de la mujer en un nuevo mundo que antes tenía vetado...”

En efecto, todos los expertos están de acuerdo con Cervantes y con Gil Calvo en que en los cambios que están afectando a las relaciones intervienen: “Un factor laboral, el de la nueva independencia económica de las mujeres profesionales, que ya no precisan colocarse bajo la protección masculina. Y un factor social, que es la pérdida por parte de los hombres de su anterior capacidad de transmitir su estatus a sus mujeres (señora de...) y a sus hijos (ayudándoles a colocarse a su mismo nivel). Los varones actuales ya no pueden actuar de "patrones", y esto les hace perder la llave de su antigua dominación masculina. Básicamente, resume Sonsoles Fuentes, “es evidente que pierdes el miedo a romper cuando sabes que no te vas a quedar tirada en la calle ni te vas a morir de hambre”.

Pero Flavia Limone relativiza: “La libertad crece con la información. Cuantos más conocimientos tienes, cuantas más posibilidades conozcas, eres potencialmente más libre de escoger. Y, por supuesto, tener los medios económicos, saber que tú misma o tus hijas e hijos no moriréis de hambre si decides terminar una relación de pareja que ya no te hace feliz, no es en absoluto un punto banal. Sin embargo, la independencia económica, claramente, no basta. Lo sabemos por mujeres que, incluso maltratadas por sus parejas, continúan en la relación a pesar de tener los medios económicos para ponerle fin y seguir adelante (y esto, tengan o no hijas e hijos)”.

Entonces, ¿qué falta y qué falla para que todas esas personas que se sienten desgraciadas en sus uniones den el paso hacia la liberación de las cadenas y busquen su bienestar individual, sea en solitario o en compañía de alguien más afín? Entre otras causas, avanzo que nos sobran los condicionamientos sociales, nos atenaza la presión de unos sistemas morales, religiosos y económicos que pretenden mantenerse por encima y a costa de las necesidades de los que han crecido bajo sus directrices e intereses. Mi más sentido pésame: No somos libres.

CAPÍTULO 5. UNA LIBERTAD ENJAULADA POR LOS CONDICIONAMIENTOS SOCIALES Y CULTURALES

Es más puta que las gallinas. Dicho popular castellano

*"La moral se ha convertido en un insulto a fuerza de confundir moral y represión".
Primitivo Aznar*

Érase una vez un paraíso terrenal en el que habitaba Adán tan felizmente cuando, de repente, le sacaron de una costilla, como si de una ameba se tratara, a la primera bruja de la Historia, o sea, Eva. Hasta aquí la fábula que nos han pretendido vender. En verdad, la primera y verdadera mujer de Adán fue Lilith, pero dado que era una mujerona independiente y autónoma como la diosa Atenea, las religiones patriarcales la borraron del mapa, a fin de que las mujeres no tomaran conciencia de que ellas podían ser igualmente libres con relación a los hombres y de que cargaran hasta la eternidad con el sambenito de peligrosas, tentadoras y manipuladoras del hombre. Hubo un largo tiempo, hasta alcanzar el bipedismo, como bien señalaba la antropóloga Helen Fisher, en el que las mujeres hacían lo que les venía en gana. Se autoabastecían, iban a recolectar, cazaban, etc. De hecho, todavía hay comunidades indígenas como la habitante del archipiélago de las Bijagós, donde ellas son las amas y señoras y ellos simplemente obedecen porque las consideran superiores.

Pero aquí no se da el caso por causalidades varias, así que continuo: Nuestras antepasadísimas estaban liberadas incluso en sus relaciones sexuales, yacían con quien deseaban como los bonobos, que son los animales cuya sexualidad más se asemeja a la humana, se lo pasaban bomba sin remordimientos de conciencia ni sentimientos de vacío ni de culpa por haber cometido pecado alguno. Aquello sí que podía anunciarse con un letrero enorme en la entrada de luces de neón: El paraíso. Nombre que hoy sonaría perfecto para un puticlub. Pues bien. Por lo visto, por aquella época ni siquiera se conocía la relación causa efecto entre la copulación y el embarazo. Tenían tan idealizadas a las mujeres que se pensaban que los niños germinaban más o menos como los frutos silvestres que se comían de postre. Hasta que un día descubrieron el pastel y todo dio un giro copernicano. Primero fueron las mujeres las que, impedidas para seguir agachando el espinazo a recoger tomates con su descendencia a la espalda, consideraron

conveniente que, ya que el hombre tenía algo de responsabilidad en el asunto, podría apechugar y ayudarlas a alimentar todas aquellas bocas, aunque fuera a cambio de sexo asegurado. Teniendo en cuenta que “el sexo enlaza demasiado fácilmente con los sentimientos, que son fenómenos de implicación del yo, como para considerarlo algo externo”, deduce José Antonio Marina en *El Rompecabezas de la sexualidad*, que “el amor es una creación de la mujer al intentar sentimentalizar el sexo”. Segundo, y definitivo, los hombres sacaron su orgullo varonil y se avinieron a juntarse con las madres de sus hijos por pura conveniencia: para no tener que alimentar a la incalculable cantidad de hijos que iban sembrando por ahí, para disfrutar de sus cuidados y del sexo con asiduidad sin tener que competir con otros y, por último pero no por ello menos relevante, para estar seguro de que los hijos que criaba eran sus legítimos herederos y no los del guerrero de enfrente o del nómada que había pasado el año anterior de peregrinación hacia el oasis más próximo. Con esos ingredientes se creó la primera relación monógama y todas las que le siguieron.

En este punto le cedo la palabra Carlos Ricart, autor de *Sexo, La gran estafa de la civilización*, en quien está inspirada esta Historia sui generis de la Humanidad: “Luego las normas sociales intentaron regularla por aquello de saber quién era el padre, y las religiones aprovecharon esas normas para recluir a la mujer en casa y convertirla en un ser eternamente dependiente para tenerla bien sometida y mantener el poder patriarcal. Trascurriendo el tiempo, a medida que la medicina y las normas higiénicas van consiguiendo reducir la mortalidad infantil, la cultura de las diferentes civilizaciones va marcando también una disminución de necesidades de embarazo y unas pautas de comportamiento socio-sexual proporcionales. Esas pautas, mayoritariamente justificadas por preceptos religiosos pero también morales y filosóficos, han llegado hasta nuestros días y están influyendo en nuestra manera de pensar, aunque no compartamos las convicciones religiosas que les dieron lugar”.

Y apostilla: “La fuerza y la pervivencia de la religión judía y su continuadora cristiana, de la que somos herederos, incluso sin ser creyentes, y de las que se nutren la moral y las costumbres actuales, nos marca, y señala como preferidas, unas actuaciones que, bien analizadas y despojadas de prejuicios, tal vez no elegiríamos. P.e. No pensamos, como aconsejaría la simple lógica, que una relación sexual sin descendencia sería sencillamente natural, sin juicio de valor, sin dobles raseros. La sobrenatural valoración

de la mujer en épocas remotas, junto con la constatable evidencia de la mayor fuerza física del hombre, indispensable para la protección del grupo, debieron de proporcionar un equilibrio familiar que, posteriormente, la cultura o quizá mejor dicho, la semicultura se encargaría de romper. El conocimiento de la participación masculina en el acto reproductivo otorgó al varón protagonismo en aquello que hasta entonces le era ajeno. Este nuevo valor, sumado a la evidente superioridad muscular, acrecentó desmesuradamente el poder del hombre frente al de la mujer; desequilibrio que pervive actualmente a pesar de la cantidad de conocimientos y experiencias que deberían restablecer la pérdida igualdad”.

A partir de ahí a las féminas las circunstancias se les escaparon de las manos: ni placer, ni libertad ni igualdad ni respeto ni nada más que sumisión, obediencia, infravaloración, humillación y oprobio por parte de los hombres que dirigían (y dirigen) el mundo. Según Marina, ya “la sociedad griega separó el placer del matrimonio, en el que no había cortejo, no había atención a los sentimientos individuales. Estos se reservaban para las heteras y los efebos. Se decía que el matrimonio había sido inventado por el mítico rey de Atenas Cécrope, que lo instituyó para evitar el sexo libre y para que pudieran conocerse los padres y los hijos. Iba, pues, contra la promiscuidad femenina y contra el peligro que representaba para los hombres, según la concepción en boga, la inestabilidad emocional de las mujeres, sus carácter errático e irracional. En el matrimonio, el sexo pasa a ser trabajo (érgon), pasa a ser juego o diversión (pauignia, térsis). En Atenas clásica sólo cabía el erotismo y el amor fuera del matrimonio”.

Tampoco hemos cambiado tanto

Lo peor es que milenios más tarde tampoco hemos podido tanto las raíces, a juicio del profesor Willy Pasini: “La pasión amorosa, pese a que la liberación sexual sea ya un hecho, se sigue considerando poco razonable porque responde a una necesidad personal y a menudo orienta al individuo fuera de las normas morales, del matrimonio, del trabajo, de la sumisión a la autoridad. En nuestra sociedad, sólo los artistas y los científicos tienen el derecho (y hasta el deber) de ser pasionales: para su actividad es indispensable. En el común de los mortales, en cambio, se acepta si se integra en la comunidad, si se somete a las normas vigentes, que, sin embargo, han canalizado su fuerza creadora hacia el trabajo y el consumismo”.

Marina argumenta la evidencia de que “la influencia cultural determina el repertorio afectivo de una sociedad. Proporciona un repertorio de significados, expectativas, metas, intereses y valores. Cada cultura describe un mundo peculiar, que es el resultado de sus preferencias, e intenta que cada uno de sus miembros se amolde afectivamente al paisaje construido”. Divide entre “culturas comunitarias y culturas individualistas, y esta distinción influye también en la personalidad básica de sus miembros y en su vida sentimental. Markus y Kitayama han mostrado que los sujetos con una construcción independiente del Yo experimentan más emociones centradas en el ego: ira, orgullo, satisfacción por los logros. En cambio, las sociedades más interdependientes fomentan las emociones dirigidas a otros, como la empatía y el respeto hacia los demás. Por debajo de los sentimientos que parecen espontáneos y originales actúan creencias fundamentalmente implícitas. Hasta los celos dependen de ellas. En las sociedades en las que el *el* *somos* prevalece sobre el *soy*, las relaciones sexuales promiscuas no amenazan la estructura personal”. Lo advertí: no somos libres, ni uno sólo de nuestros actos está incondicionado, algo así como si tiráramos de todos los libros de historia que se han escrito hasta la fecha con cuerdas amarradas a las lumbares.

¿A quién le ha tocado la peor parte? Bingo. No obstante, es innegable que el patriarcado también ha echado sobre los varones un fardo gigante de patrones que deben cumplir para ser considerados hombres de verdad. Sin duda, tiene razón la experta en construcción de géneros Flavia Limone cuando le comenta a Sonsoles Fuentes en su libro *Chicas Malas* que “el ser mujer ha estado desde hace siglos asociado a ciertas prácticas o comportamientos denominados “femeninos” (al igual que sucede con el ser hombre que se asocia al ser “masculino”, desconociendo la variabilidad presente en ambos géneros). Se ha supuesto, primero, una inspiración divina a dichas diferencias y, más tarde, se han sustentando en apreciaciones científicas y filosóficas que dan por entendido que esto es así, inmutable, biológico y natural. Aprendemos que las mujeres deben evaluarse con cánones morales (buenas o malas) y los hombres con cánones de eficiencia (insignificantes o destacados)”.

Bucea en plena marejada: “Los estereotipos de masculino y femenino nos oprimen a hombres y mujeres. No hay quién no se pille haciendo esfuerzos sobre-humanos para tratar de calzar en un ideal que es eso, una fantasía, un ideal; imposible de encarnar en una vida humana diaria. A mí que me presenten a un súper hombre de entre 25 y 40,

nacido macho, blanco, heterosexual, sano y fuerte física y mentalmente, de clase media alta, etc. y todo esto de manera permanente, que son los requisitos del hombre-norma, y ya hablaremos. Todo cuanto se desvía de esto es “menos” y, mientras más falte, más “feminizado” y, por lo tanto, más marginado. Se ha insistido mucho en que “lo otro” de este Hombre (hombre-norma) es la mujer, pero resulta que esto es sexo. Lo otro del Hombre, lo no-Hombre, es lo femenino, el género, por lo tanto, no sólo las mujeres (que sí nos llevamos una de las peores partes en ese sistema –Sistema sexo/género-) sino los niños, los ancianos, los homosexuales, los mestizos, los pobres, etc. también son “otros”. Otros con la ventaja de haber nacido machos, otros que, si se comparan con una mujer en la misma condición, son más que esa mujer, pero menos que Hombre.” Sobre la Mujer-norma, para evidenciar el nivelazo que se nos exige, Limone se limita a traer a colación el modelo de “ la Virgen María, más imposible inimaginable: virgen y madre a la vez, con eso ya se tiene una idea de lo que se nos pide. Da igual si no somos creyentes, nuestra cultura es judeo-cristiana y esta imagen es como una marca de agua en un papel: allí está, aunque no la notes a primera vista y no se borra fácilmente.

Reitera la especialista que “estos estereotipos de hombre y mujer nos oprimen a todos/as. Sin embargo, no es fácil renunciar a ellos: no sólo por hábito o porque el Sistema sexo/género funciona y se auto-mantiene con ideología, valores y emociones, sino también porque no todo es perder aquí. Hombres y mujeres ganamos con esta “identidad”, pertenencia, una especie de “lugar en el mundo” y eso ya es algo”.

En verdad, aporta cierta seguridad estar pisando terreno conocido, frente a la necesidad de reinventarse de nuevo, como ya analizamos con anterioridad. Si bien, merece la pena intentarlo, a juzgar por los resultados que pronostica Limone: “Si conseguimos los cambios, habrá más igualdad y bienestar en cuestiones de género, de hecho, mi sueño sería que el género desapareciera como criterio de clasificación de los seres humanos. Pero también perderemos ciertas “comodidades”, tendremos que adaptarnos. Por ejemplo, las mujeres solemos pedir hombres más involucrados en la vida doméstica pero, a poco que rascas, te das cuenta de que la solicitud, en muchos casos, es hacia una especie de robot a nuestras órdenes en la cocina. Qué no vayan a tomar demasiada iniciativa y “nos desplacen” de uno de los pocos lugares donde nos sentimos dueñas y señoras, seguras... ‘superiores’. Al revés, muchos hombres reconocen que les gusta que las mujeres tengan “su propia vida”, trabajen fuera de casa, sean partícipes de la

economía familiar, etc., pero como compañeras de trabajo, las desean empleadas o, con mucho, pares poco competitivas; como jefas, les resultan un incordio por lo mismo: lo viven como siendo desplazados de ‘sus’ lugares”. En esas contradicciones estamos instalados.

Ahora bien, ¿por qué no nos liberamos de esos roles tradicionales? Nuria Varela lo achaca a que nosotras tenemos miedo real porque el castigo social aún es muy potente. La mirada de la sociedad sobre las mujeres es muy dura. Aún no se permite la soledad, la no maternidad, el éxito, la ambición, la libertad, ni siquiera la fealdad... todo eso aún es muy castigado en las mujeres”. La psicóloga social Flavia Limone interpreta que “aparte de que hay un gran número de personas, ya no sólo mujeres, a las que aún les cuesta mucho preguntarse cómo quieren ser, cómo quieren vivir, a qué o quién responde su quehacer cotidiano, cuánto de sometimiento hay en ciertas aparentes elecciones, etc. también ocurre que, sin querer, se impone la alternativa única (como te decía antes: “frente a la masculinidad hegemónica y tradicional, la masculinidad correcta es X”; igual pasa con nosotras). Personalmente, creo que subvertir, transgredir, resistir, son, primero, verbos que no puedes creerte que conjugas sola. No se puede subvertir sin apoyo, sola del todo. O sí, se puede, pero es muy fácil ‘perder pan y pedazo’.”

Segundo, Limone matiza que “las subversiones no son las mismas para todos”. Esto es, para mí puede ser subversivo no querer ser madre porque siento que me lo impone la sociedad y, en cambio, ser una absoluta fashion victim que vista según el dictado del Vogue; y para un hombre hoy puede ser subversivo pasar de depilarse y de ir al gimnasio para convertirse en el metrosexual ideal de revista y, sin embargo, cogerse la baja por paternidad cuando nazca su hijo.

En cualquier caso, Sonsoles Fuentes opina que “tenemos demasiadas ideas preconcebidas con respecto al otro sexo. Si nos acercáramos el uno al otro desde la curiosidad, sin dar nada por sentado, sin malinterpretar, sin creer que el uno quiere sexo y la otra compromiso, por ejemplo, con el único afán de conocernos mutuamente, seguramente patinaríamos menos. Bajo mi punto de vista, no deberíamos creer que existen esas diferencias de planteamientos entre hombres y mujeres. Puede que existan entre Lola y Javier, entre María y Eduardo, pero no entre “el hombre” y “la mujer”. Lo que sí ha existido es una educación diferente para cada sexo”.

Marina comulga con ambas: “Si nos salimos de la lógica patriarcal y dejamos de entender masculino y femenino como polares, complementarios y jerárquicos, si, simplemente, dejamos de entender el mundo como dividido entre hombres y mujeres, entonces podremos aceptar que los comportamientos humanos son eso, humanos, resultado de cómo interactuamos entre personas y de cómo, tanto lo biológico como lo cultural entran en relación en cada persona y en cada sociedad”.

Y ejemplifica en *El laberinto sentimental*: “Los sentimientos femeninos y masculinos son un buen ejemplo del influjo de las creencias. Obran sobre diferencias biológicas, sin duda, pero introducen entendidos y malentendidos, expectativas, presiones, juicios sociales, aprendizajes por observación, adoctrinamientos. Al final, nadie sabe ya lo que es naturaleza y lo que es cultura. Hay pudores masculinos y femeninos, otro criterio social. El pudor de los sentimientos se considera masculino, mientras que en la mujer predomina el pudor corporal, distinción ya presente en Grecia. El pudor es el miedo a ser mal visto o mal mirado. El juicio social aparece como desencadenante. La categoría de lo vergonzoso tiene un origen social y lo mismo ocurre con su opuesto, lo honroso. El sujeto no desea ser mal visto ni visto en mala situación. Esto implica que para sentir vergüenza ha de poseer un modelo claro de ambos tipos de ocasiones. Tiene que saber lo que es necesario ocultar o lo que es necesario mostrar. La mirada ajena, convertida en una amenaza, está presente en toda esta familia sentimental. También lo está en la del miedo, lo que no es de extrañar, porque en muchas de las clasificaciones tradicionales la vergüenza era un miedo social. Ni siquiera sabemos si deberíamos ir hacia una identificación afectiva de los géneros o mantener ciertas diferencias sentimentales. Las diferencias no proceden sólo de las creencias sino también de los deseos y de la situación real fisiológica. Tenemos distintos sistemas endocrinológicos, tal vez distintas estructuras cerebrales, y eso supongo que influirá en el perfil afectivo. Es plausible que los distintos sistemas hormonales provoquen emociones distintas. También se está estudiando si anatómicamente hay diferencias entre un cerebro de hombre y de mujer. Nancy Chodorow, Jean Baker y Carol Gilligan sostienen que las mujeres conceden más importancia a las relaciones personales que los hombres. Desde la infancia, los niños luchan por la independencia, definen su identidad separándose de la persona que los cuida. Las niñas, en cambio, se alegran con la interdependencia. Las mujeres muestran más empatía, y también tienen más interés por los temas afectivos que los hombres. Pero en todo esto puede haber un aprendizaje muy precoz. David M. Buss ha estudiado

los deseos en 37 culturas distintas, y encuentra una constancia universal en los deseos masculinos y femeninos. Da una explicación evolutiva de los diferentes valores que hombres y mujeres buscan de sus parejas. Las mujeres se interesarían menos por los valores reproductivos, ya que su capacidad de procrear es limitada, y más por la capacidad del hombre para conseguir recursos. En cambio, los hombres valorarían más la capacidad reproductora. Supuso que si esto era así, las razones para los celos serían distintas en el hombre y en la mujer. El hombre sentiría celos de un competidor sexual y la mujer de una competidora emocional”. Nadie lo habría expuesto mejor.

Por lo tanto, de todo lo anterior se deduce que hay diferencias, menos mal porque de lo contrario el mundo sería un aburrimiento, pero que ni son tantas, ni tan naturales, más bien parece demostrado que se nos ha hecho creer que era biológico lo que en realidad es culturalmente aprendido. Y no lo hemos aprehendido voluntariamente, hincando codos con el fin de sabernos de memoria la lección, sino que nos lo han inculcado con el lema ese de “la letra, con sangre entra”. Literal. La caza de brujas que se ha ido justificando constantemente a lo largo de los siglos así lo atestigua:

Las autoras del libro ¿Qué quieren las mujeres? recuerdan que “sobre el tema de la insaciable voluptuosidad y perniciosidad de las mujeres debido a sus pérfidos atributos femeninos ya se encargó Heinrich Institoris de tomar buena nota. El fraile dominicano fue inquisidor en el siglo XV y se le atribuye la autoría, en 1487, del libro *Malleus Maleficarum*, también conocido como El martillo de las brujas. Por causa de esta obra, que atribuye ansias sexuales a la mujer por haberse prestado a ser poseída por el diablo, fueron quemadas en la hoguera entre los siglos XV y XVII como mínimo un millón de mujeres como brujas”. Moira Soto en su artículo *Brujas, el gran femicidio*, publicado en la página www.telefonica.net/web2/web-brujas/, lo califica como “un femicidio alentado por el desprecio y temor hacia la mujer generado por la Iglesia Católica, que veía en ella “la puerta del Diablo” y que apenas pidió someramente perdón hace un par de años, unos siglos después de violar en tan grande escala el quinto mandamiento”.

Soto cita: “En el ensayo *Las mujeres renacentistas* (Alianza, Madrid) Margaret L. King dice, refiriéndose a este período: ‘Fue de una brutalidad excepcional contra las mujeres. El fuego que consumió a las brujas de Europa es tan brillante que ilumina crudamente la condición de las mujeres en el Renacimiento’. Entre esas decenas de miles de

perseguidas, suplicadas, asadas vivas, King pasa información documentada y detallada de la condición de monjas encerradas en pésimas condiciones, niñas abandonadas (porque se prefería a los varones), muchachas humildes vejadas, enorme desigualdad de salarios por el mismo trabajo. Era entre estas mujeres que estaban las comadronas, las mujeres sabias herboristas, sanadoras, que ayudaban a parturientas y a enfermos, cuyo poder era envidiado por los médicos. Según Victoria San (Diccionario Ideólogo Feminista, Icaria, Barcelona), cada vez se afianzaba más la teoría de que las miles de mujeres torturadas y asesinadas en concepto de brujas no eran únicamente enfermas mentales o físicas –explicación que prevaleció durante un tiempo– ni sólo víctimas de la ignorancia o codicia de vecinos o inquisidores, “sino que un número importante de ellas formaba parte de un movimiento social subversivo que fue barrido a fuego con la excusa de la religión”.

Soto prosigue suspicaz: “¿El colectivo de varones siempre ha estado atento a cualquier movimiento de mujeres que pudiera tender a liberarse de la opresión y/o vengarse de ella, para sofocarlo y aplacarlo? Lo que es seguro es que para los represores cualquier mujer podía ser una bruja: pobres y ricas, jóvenes y viejas, cayeron bajo sospecha para ser exterminadas”. Gemma Lienas enlaza esta barbaridad con la actualidad al comparar a las mujeres independientes e inteligentes que hoy acobardan y echan para atrás a muchos hombres con las brujas de antes: “Desde siempre los hombres han tenido miedo a las mujeres que no les tenían miedo. Por eso han convertido en figuras negativas a las mujeres que no se someten”.

Por la parte que les toca, las expertas en sexología de Dímelo al oído escriben: “La formación heredada pesa mucho a la hora de atreverse a cambiar de comportamiento sexual y mostrarse más activa, especialmente si la mujer ha recibido desde pequeña mensajes que dañan la imagen que tiene de sí misma: que carece del atractivo y la sensualidad necesaria para gustar a los demás. Esa valoración peyorativa puede frenar el impulso de innovar por temor al rechazo y llevarla a conformarse con el papel de receptora, a dejarse hacer por el otro para sentirse más cómoda que si se arriesgara a afrontar el rol de iniciadora o a poner en práctica lo que le gusta. Es el miedo a que la pareja se enfade, se decepcione, que no acepte el cambio, en pocas palabras: a fracasar. Aún pasarán muchas generaciones hasta que se erradique la connotación pecaminosa del sexo, suponiendo que no haya una involución, tan frecuentes en la Historia. Las

brujas, por ejemplo, eran las mujeres que no admitían un papel sumiso ante el hombre. Tampoco en las relaciones sexuales. La represión las ha perseguido durante siglos, culpándolas de todo tipo de calamidades que padecieran los pueblos, hasta torturarlas y condenarlas a la hoguera”.

Años de tierna infancia observando acongojada cómo volaban sobre una escoba en los dibujos animados y yo sin saber que acabaría siendo una de ellas, salvo que en bici. Porque, la verdad, a pequeña escala y sin sufrir torturas físicas, las mujeres de esta generación no nos zafamos de ser permanentemente juzgadas como seres malvados, pecadores y sucios en cuanto nos desviamos de lo normal, de lo generalizado y de la persistente moral judeo-cristiana, en tanto que mide por otro rasero a los hombres que muestran las mismas o más execrables actitudes. En el siglo XXI. Han cambiado mucho las formas, empero, el fondo continúa contaminando cualquier intento de avance ideológico que intentemos.

A pesar de los adelantos auspiciados por las feministas, en absoluto baladíes, con los que nos refresca la memoria la autora de *Feminismo para Principiantes*: “Todo lo conseguido por las mujeres ha sido gracias a mucho trabajo, esfuerzo y reivindicación feminista. El mayor logro ha sido lo que denominamos el feminismo difuso, es decir, la conciencia de ser personas dignas de una vida en libertad, con sueños, aspiraciones, deseos... el factor más importante, a mi juicio, es el cambio histórico que supuso la democracia. Con la desaparición de la dictadura por fin se pudo elaborar una legislación igualitaria. Aunque los cambios legales no son cambios reales, son fundamentales. A partir de ahí, quitadas todas las prohibiciones y trabas que tenían, las mujeres por fin pudieron comenzar a ser como ellas querían ser: estudiar, acceder a la universidad, soñar con realizar cualquier tipo de trabajo, tener su dinero, sus propiedades, estar solteras o casadas, tener hijos o no... es decir, la libertad teórica provocó que cada una de nosotras creyera que realmente podía ser como era, no como la sociedad le ordenaba ser y, poco a poco, lo vamos consiguiendo”.

El doble rasero sigue aplicándose

Muy paulatinamente, pues no hemos logrado contrarrestar lo que Flavia Limone atestigua: “El doble rasero sigue vivo y coleando, casi diría que ha empeorado. ¿En qué sentido? Hasta antes de la tan mentada “revolución sexual”, una mujer que

expresaba con libertad su deseo sexual era una puta y no había otra. Después, resulta que igual eres puta si te mueves por deseo, pero además, eres una reprimida si dices al hombre que te lo propone que no quieres sexo con él. O sea, la libertad sexual se ha entendido como una especie de deber de estar siempre dispuesta y deseosa frente a cualquier sujeto (en la lógica patriarcal, una “masculinización” porque esta era una exigencia tradicionalmente hecha a los hombres). ¿Qué tiene eso que ver con la “libertad”? Libertad es poder decidir sí o no, según tus deseos y tus evaluaciones de las posibles consecuencias de tus deseos. Si estoy obligada a decir siempre sí, no entiendo dónde está la libertad allí. Y encima, igual voy a ser considerada negativamente: promiscua o reprimida, pero no libre, no respetada en y por mis decisiones. Pues sí, la verdad es que siento que, aunque se avanza en ello, mi hija de 21 años, sus amigas y algunas clientes jóvenes, me tienen bastante al día como para saber que este (¡claro que sí!) instrumento de control de la sexualidad femenina, sigue en pie y con muy buena salud”.

Nuria Varela apunta con los bolos: “El control patriarcal, desde que tenemos conocimiento histórico siempre ha intentado controlar la sexualidad femenina. De hecho, sobre la prostitución es sobre el aspecto que recaen más tópicos, mentiras, estereotipos... Aún hoy en día se dice como verdad absoluta que la prostitución es el oficio más viejo del mundo ¡menuda idiotez! Que se sepa, respecto a las mujeres, el oficio más viejo del mundo es dar a luz, la capacidad de crear, de traer hijos al mundo. Es el control del hombre sobre la mujer. La expresión del poder. El origen, probablemente esté en la necesidad de perpetuar el apellido y los bienes –herencias– que en todas las sociedades por supuesto van por la línea masculina”.

Y Rosetta Forner hace un pleno: “Personalmente, opino que el disfrute del sexo por el sexo, es otra de las engañifas de los ‘amos del universo’ para tenernos alienados de nuestras emociones y con la dignidad prostituida, de forma que seamos sujetos más fácilmente manejables ya que nos consideramos ‘liberados’. O sea, puro *agit prop* (*agitación y propaganda*) y *demagogia*...Las mujeres una vez más, han mordido el anzuelo de una sociedad patriarcal que les ha hecho creer que si imitaban los comportamientos de los hombres, en ese caso habrían ganado la igualdad. Y, qué mejor que hacerles creer que el comportamiento sexual es el paradigma de la liberación y de la igualdad, mientras la auténtica liberación e igualdad está alejándose cada vez más. Y, si

no ¿cómo se explica que las mujeres, si tan liberadas están y tan iguales somos, se estén siliconando hasta las neuronas con tal de seguir siendo ‘muñequitas lindas’ para atraer, agradar y atrapar a los hombres? Si de verdad las mujeres estuviesen liberadas no dedicarían tantos esfuerzos a ‘estar monas’, y los dedicarían más a dirigir sus destinos y a lograr sus metas. Las mujeres han de asumir de una vez por todas que ellas son tan dignas, capaces, inteligentes, valiosas y maravillosas como cualquier hombre. Una mujer tiene tanto derecho a triunfar como lo tiene un hombre. Por consiguiente, ellas, las mujeres, han de dejar de emplear tantos esfuerzos y dejar de comprometerse en respaldar a un hombre para pasar a promover sus propios sueños y comprometerse con sus propias metas. Bien es cierto que muchas mujeres siguen creyendo (la sociedad patriarcal así lo inculca) que si una mujer no se casa y tiene hijos no vale nada. Una mujer sin marido es como un jardín sin flores para la mayoría. Muchas mujeres se sienten ‘vacías, incompletas, insatisfechas, no realizadas...’ si no son ‘señoras de’. Para ellas, tener marido es sinónimo de triunfo y de valer como mujeres. Pero ‘necesitar, desear’ marido no es igual a buscar afecto o amor”.

Lidia Facón vuelca datos sobre la pista en su libro *Las nuevas españolas* que revelan hasta qué punto ese doble rasero ha calado en la sociedad: “La encuesta sobre Actitudes y conductas interpersonales de los españoles en el plano afectivo revela que “la persistencia de diferencias en la valoración de los comportamientos sexuales de los españoles y españolas, y en los que se refleja la aceptación mayor de la actividad sexual en los hombres, y cómo ésta redundará en la mayor facilidad que tienen para hablar de ella sin miedo a ser juzgados. En esta misma encuesta, la cantidad de relaciones sexuales que dicen haber mantenido los varones con personas que no eran su pareja habitual es muy superior a la de mujeres que manifiestan lo mismo. Teniendo en cuenta que esos encuentros sexuales se han de producir necesariamente entre hombres y mujeres y, generalmente, de dos en dos (Richard Lewontin, 1995), “no podemos pensar en algo así como un ejército de mujeres solteras y sin pareja, para que la idea de infidelidad no se les aplicara, dispuestas a relacionarse con los hombres teóricamente ya emparejados. Los encuestados han respondido más de acuerdo a las expectativas sociales que basculan sobre ellos, en razón de su sexo, que de la realidad de sus actividades sexuales. La norma social sigue considerando como muy positivo que el hombre tenga numerosas relaciones sexuales, mientras que se sigue viendo como reprobable que una mujer sea promiscua. La cantidad de hombres que declaran que

desearían iniciar relaciones cortas o esporádicas que incluyeran relaciones sexuales es casi el doble que la de mujeres: un 24% frente a un 15%”.

Las autoras de Dímelo al oído enuncian una teoría sobre las mentiras en las encuestas: “A pesar de los cambios experimentados en las últimas décadas, a pesar de la libertad de comunicación, a pesar de que actualmente imperan actitudes menos rígidas que en los tiempos de nuestras abuelas, la sociedad sigue sin dar permiso a las mujeres para expresar sus deseos sexuales, sobre todo si estos no se mantienen atados a sentimientos afectivos. Todavía impera un sistema de valores diferente para cada género, y ellas, la mayoría de las mujeres, no quieren sentirse rechazadas, catalogadas o censuradas. Por eso las que han conseguido desvincular el sexo del afecto, apenas se atreven a verbalizar sus experiencias y su manera de sentirlas. Hay una larga lista de argumentos para convencerse a sí mismas y a los demás de que tienen derecho a comportarse como seres sexuales sin sentirse sucias y que pueden, además, responder sexualmente ante la provocación de otros estímulos eróticos que no sea la visión del pene erecto de sus parejas”. Y adicionan las conclusiones reveladoras del Informe Hite: “El hombre deseaba ser a veces el receptor durante el sexo, sentirse deseado, sentir que se actuaba sobre él, recibir la entrega y que la otra persona realmente deseaba hacerle el amor. Muchos hombres se quejaron de que a las mujeres les faltaba entusiasmo, que no saben cómo hacer estas cosas (ni desean aprender) y que, en general, son “demasiado pasivas”. Pero por otro lado, muchos hombres protegían celosamente su prerrogativa de ser “el responsable”, el que dominaba la relación macho-hembra y se lo tomaban a mal si una mujer intentaba imponerse o ser más activa sexualmente”.

Laura Carrión y Sonsoles Fuentes albergan muchas dubitaciones a este respecto: “Algunas premisas están tan enraizadas en la sociedad (y en nuestra herencia cultural tras siglos de represión) que no cambian por mucho que evolucionen los tiempos. Por qué, en pleno siglo XXI si todo el mundo –hombres y mujeres- admite (en el plano teórico) que nosotras sentimos también la pulsión sexual, que disfrutamos del sexo cuando somos estimuladas adecuadamente y que no es objetable practicarlo fuera del marco de relaciones estables y monógamas si ambos están de acuerdo, todavía se tacha de puta a una mujer que satisface su deseo sexual de forma más o menos promiscua a una edad más o menos precoz? ¿Por qué las mujeres somos incluso las más mordaces cuando se trata de criticar la libido más o menos efervescente de otra mujer? ¿por qué

en ellos es hasta bien visto que tengan muchas experiencias sexuales (si no, se les considera unos pardillos)?”.

Varios expertos intentan arrojar luz sobre sus oscuras dudas: La psicóloga Sònia Cervantes lamenta: “Tristemente, todavía existe este doble rasero fruto de muchos años de valoraciones sexistas respecto al comportamiento sexual de hombres y mujeres. Creo que se intenta perpetuar desde ciertas posiciones resistentes al cambio que no acaban de aceptar la nueva realidad y que siguen los clichés discriminatorios a la hora de juzgar el comportamiento entre hombre y mujeres. Quienes no acepten la igualdad entre sexos (al menos en lo que a derechos se refiere) seguirán utilizando este doble rasero. Evidentemente, no tiene ningún sentido querer hacer sentir a una mujer como una puta a no ser que lo sea o que ella quiera ser considerada como tal dentro del contexto del juego sexual. Si aún así se hace sabiendo que este juicio puede ofenderla, entramos en el terreno del desagravio y la falta de respeto hacia la otra persona. Este tipo de valoraciones corresponden a puntos de vista sesgados y anclados en un pasado sexista todavía presente”.

El filósofo Marina aporta una posible explicación de estas dos varas de medir: “Es explicable que la trascendencia del embarazo exigiera una normativa muy estricta respecto a las relaciones sexuales. Y es explicable también que esa normativa afectara a las mujeres más que a los hombres, puesto que ellas iban a ser las implicadas irremediabilmente en ese acontecimiento. Ocurre que las sociedades han dado un carácter religioso o moral a ciertas cautelas de sentido común porque se fiaban más de la presión social que de la sensatez personal”. Agrega más, por si acaso: “El hijo es, ante todo, el heredero. Por esta razón, en casi todas las culturas, las leyes matrimoniales castigan la infidelidad de la mujer más que la del marido, porque hacía confusa la transmisión de la herencia. Por otra parte, están los mitos de legitimación en forma de prejuicios. Cuando un prejuicio se generaliza, la presión social hace que con frecuencia las mismas víctimas del prejuicio lo acepten.

Gloria Steimen confiesa: ‘Había interiorizado la subvaloración social de todo lo femenino, incluida mi propia persona”. Hay un mecanismo más cruel aún de pervivencia de este mito legitimador contra la mujer. Se trata de lo que los psicólogos llaman profecías que se autorrealizan por el hecho de enunciarlas. Si se da por supuesto

que una mujer inteligente es poco femenina, la mujer acaba haciendo lo posible por parecer mema, con lo que, al final, tendrán razón los hombres cuando critiquen su inteligencia”.

Gil Calvo confiesa que “sigue existiendo ese doble rasero porque, aunque a nivel privado las nuevas relaciones ya sean paritarias, a nivel público sigue persistiendo la misma dominación masculina, pues los hombres seguimos ocupando todas las posiciones de poder institucional. De ahí que impongamos nuestra preferencia cultural por el dualismo de la virgen madre y la mala puta”.

En esa línea argumental, María Jesús Izquierdo ironiza sobre la pregunta ¿Por qué la sociedad utiliza el doble rasero? “Porque somos inferiores. Si hay un instrumento de ingeniería social de los eficaces y tramposos para mantenernos arrodilladas es pretender la abolición de la prostitución. Lo peor que te puede ocurrir no es ser puta sino que gestionen tus condiciones de trabajo. Cuando una mujer liga con un hombre, está trabajando en conseguir una pareja, una padre para los hijos, en conseguir una posición; todas nos vendemos a cambio de algo, sólo que algunas tienen la relación formalizada, acotada: tantas horas, a tanto. Pretender que la mujer ha de hacer sexo por amor implica que la mujer no debe entrar en contacto con el hecho de que sus relaciones afectivas tienen una base económica. Se ha de impedir que se dé cuenta, pero claro, si no se aplicara el doble rasero, serían muy clarificadoras las prácticas sexuales porque te dejarían reconocer cuándo te acuestas con alguien porque la persona que tienes delante te hace vibrar o porque necesitas a alguien que pague el alquiler, que te tenga llenita la nevera. Seguro que nos encantaría estar del brazo de un Bush por facha que sea, ninguna rechaza a un hombre que tenga poder (sin que se note), que te lleva a los sitios, que te trata con educación, que parezca que está a tu disposición... Las niñas se enamoran de Tarzan, no de un señor barrigón, calvo y bajito, características que no son anatómicas sino sociales: la barriga significa no tener empleo, no tener prestigio social, en el hombre. En tanto que en la mujer la barriga es la barriga pura y dura porque somos objetos sexuales. Es que tienes a señores de 60 años que cuando van a la tele a buscar a una mujer piden una de 25 pese a su aspecto decrepito. El doble rasero es un mecanismo de control social, que se hace inconscientemente pero que alguien inventa deliberadamente. Hay dos planos, un grupo que tiene muy claro por qué hay que aplicarlo, y otra gente que lo aplica sin darse cuenta de qué implicaciones conlleva. En

este mundo hay ingenieros sociales, hay unos señores que saben lo que hacen, y lo provocan, y que están en los medios de comunicación, en las grandes organizaciones... y lo mueven todo deliberadamente. Te vas a investigar sobre el s. XIX y te dan la lista de gente de colectivos profesionales, de agrupaciones políticas, etc. que creó unas condiciones para que se formara la familia fusional, la familia moderna”.

Lo que me temía: somos víctimas de una conspiración ancestral. No es un sarcasmo, realmente confío en esta teoría que comulga con las de Noam Chomsky sobre ese reducido número de personajes poderosos que manejan los hilos del mundo, las cuestionadas elucubraciones sobre el Club Bilderberg, etc. Es que los resultados son demasiado próximos a sus intereses como para creer que se hayan cumplido sus deseos por casualidad.

Cómo nos afecta la doble vara de medir

De todos modos, mantengamos el vuelo rasante pasando el testigo a los entrevistados para que relaten su visión del doble rasero en sus vidas cotidianas: Matías observa un “doble, triple o quintuple” rasero en la sociedad actual. Adriana lo concreta: “O se va de muy abierto y luego se critican según qué comportamientos sexuales, o se va de muy conservador para con los demás y de puertas para adentro se hace de todo. Además, a hombres y mujeres se nos juzga diferente haciendo lo mismo”: Por esa vertiente, más que por el puritanismo hipócrita, se inclina la mayoría: Carlota no consigue “entender por qué tantas cosas no evolucionan con los años y esto no. Normalmente, se sigue considerando una puta a la mujer promiscua y un tío con los cojones bien puestos al hombre más promiscuo”.

A Sandra le da igual lo que piensen. Supongo que habrá de todo. Por parte de las mujeres, algunas pensarán que soy un putón y otras tendrán envidia porque ellas no se atreven a hacerlo. Claro que quizás, éstas sean las mismas. Y los hombres pues... quizás crean que puedan conseguir un polvo fácil (ni que me fuera acostando con el primero que pasa) o quizás se alegren porque vaya a ser “más guarra” en la cama o quizás nunca querrían un compromiso conmigo justamente por eso... Pero todos esos serían con los que a mí tampoco me gustaría acostarme. Yo no pienso nada en particular de un tío que se haya acostado con muchas. Bueno, quizás sí, que tendrá más experiencia, pero poco más. Es sólo un aspecto más de la persona”. Lara no se deja influenciar: “Espero que

mis amigos, como yo, no tengan prejuicios. No escondo mi manera de vivir, estoy bastante orgullosa de vivir mi vida sexual libremente. El resto de la gente podría pensar que soy un poco frívola. Tampoco suele interesarme lo que piensa la gente”. Isabel está en las mismas: “Tal vez parezca muy radical decirlo así, pero no influye en absoluto. Nunca ha influido nadie en mis decisiones, ni siquiera cuando era adolescente, y a esa edad muchas veces lo que dijeran las amigas iba a misa. Siempre me ha dado igual lo que pensarán”.

Los amigos de Vanesa saben que “me voy con quien quiero y no me afecta lo que puedan pensar. Sí que es cierto que alguna relación te la guardas y no la cuentas por miedo a que te tilden de facilona o de fresca por acostarte con alguien con pareja o por no buscar más que la satisfacción sin intención de tener una relación seria y estable”. Zuriñe aún lo vive peor porque en su entorno de pueblo guipuzcoano sí que siente el peso del doble rasero y de la presión social, y Susana la comprende, desde su Salamanca natal: “En el entorno cosmopolita y libre en el que me muevo ahora, me ven normal. Quizás soy de las que más relaciones esporádicas ha tenido en los últimos tiempos, pero nadie se escandaliza ni siquiera viéndome en acción. Sin embargo, he sufrido en mis carnes el escarnio social en mi adolescencia, por lo que me encargué de mantener mis devaneos en secreto, para disfrutar sin someterme al juicio social, que me importa un pito porque creo que viene de la represión y de la envidia. Esto viene de muy antiguo pero, a pesar de cómo han cambiado las costumbres, permanece esa doble moral de que las mujeres han de ser las que esperen, las que conserven su valía y se hagan valer. Miles de veces me he tenido que oír que no me acostara con un hombre la primera noche porque no me valoraría, me vería como una fresca y no querría salir conmigo porque pensaría que me acuesto con todos. He de reconocer que es cierto. Pero tampoco quiero parecer lo que no soy porque entonces acabaría con un hombre que no me corresponde, machista, posesivo y que tiene miedo a que yo haga lo mismo que él, o sea, acabar poniéndole los cuernos en cuanto me cruce con algún sujeto mejor por la calle, que es lo que hacen la mayoría de esos que se casan con la tradicional pero luego van buscando a las liberales para pasárselo bien”.

A este respecto, la escritora Alicia Gallotti anota que “en cuanto a acostarse o no la primera noche que sales, yo tengo 56 años y en mi generación ya se planteaba eso, así que después de todo el agua que ha corrido bajo los puentes, me deja sin fuerzas oír que

se siguen cuestionando lo mismo. Ya en mis tiempos las amigas me decían que la primera vez nada, ni meterte mano, ni acostarte; y yo siempre he hecho lo que me venía en gana. Es duro, porque también te duele cuando recibes el palo y el mundo te juzga, pero siempre me ha gustado ir contracorriente, si no, no resistiría. Hoy en día me siguen diciendo lo mismo, y el hecho de ir a un programa de radio y escuchar que los jóvenes siguen hablando de ello, me hace pensar que la libertad con respecto a las emociones y los sentimientos está bastante cogida con alfileres”.

Pilar quiere mostrarse positiva: “Salvo entre la gente joven y en determinados ambientes más liberales, desgraciadamente, aún perdura la idea de mujer con muchos amantes igual a ligera de cascos (en el mejor de los casos) o zorra (en el peor), mientras que el hombre sigue siendo el seductor, afortunado y tío con suerte cuando liga mucho. Pero la cosa va cambiando poco a poco y se acepta que las tías nos vayamos con quien queramos y cuando queramos. De hecho, creo que a veces los tíos van un poco perdidos por el salto brutal que se ha dado en poco tiempo, y algunos no saben muy bien qué hacer con una mujer delante, se asustan y dejan que dé ella el primer paso por no arriesgarse a meter la pata.” Tanto ella como Mayra son discretas en sus relaciones: “Creo que casi nadie ve bien la promiscuidad, por eso no lo suelo contar, aunque no porque me vayan a juzgar sino porque creo que forma parte de la intimidad de las personas. Hay de todo, tanto en el género masculino como en el femenino. Es probable que mis amigas de 40 años sean más tolerantes que las que son menores y mucho más, desde luego, que los hombres”. A la contra, Laila, que no cree que exista ese doble rasero en la sociedad, “o al menos yo no lo vivo así. Para mí, el doble rasero sólo lo tenemos nosotras y es culpa nuestra”. Pero salvo por la compañía de Andrés, convencido de que “actualmente no se me juzgaría de otra manera si hubiera nacido del género opuesto”, Laila se queda sola incluso entre los hombres.

Manuel no duda de que existe, “aunque cada vez menos y por parte de los dos géneros”, matiza. Ramón se remonta “a la tan manida teoría del macho que quiere perpetuar sus genes y de la hembra que busca el que muestre más garantías de una prole que llegará lejos, etc. Según lo cual, una mujer fácil es una hembra que no vela por la calidad de su especie. Un hombre poco fogoso no es un macho que mira por su raza. Ambos serían por tanto censurables”. Jordi confirma “la doble visión actual que se tiene de las mujeres y los hombres que se acuestan con mucha gente del sexo opuesto. Se tiende a

pensar que estos hombres son unos machos, triunfadores... mientras que a éstas se les tiende a ver como unas putas. De todo modos, es un punto de vista actual, no el mío”. Iñaki lo certifica: “A mí se me ve como un campeón si ligo. Alguna vez sí que he oído referirse a tías como guarras por su promiscuidad, pero no sé, supongo que hay tantas opiniones como prejuicios”. Antonio va más allá: “Mis amigos me ven como un triunfador, siempre que sea la primera noche y haya sido por ahí de marcha. Esto condiciona mucho lo que piensa la gente en ese momento, salir de marcha y liarte con una desconocida para mucha gente de mi género es un triunfo, pero si repites luego con la misma persona ya se puede pensar que empiezas una relación y se ve de otra manera”. Como el calzonazos que se ha dejado cazar, he oído ladrar a varios súper-solteros-de-bronce de esos que prefieren pagar en los prostíbulos a ligar con chicas en los bares porque así se aseguran de que invitar a la copa les saldrá rentable sexualmente.

Por otro lado, Eduardo Verdú cree que los treintañeros buscan “el término medio: Una mujer que se ha acostado con muchos hombres sigue sin resultar atractiva para uno que busca un compromiso serio. Sin embargo, una mojigata tampoco resulta ya interesante. Un término medio tirando a pocas relaciones precedentes”. Alfredo Ruiz sigue sin distinguir entre géneros: “Los tíos harán los mismos comentarios que una mujer hace cuando le gusta un tío que se ha acostado con muchas. Para una noche da morbo y para compartir la vida da miedo por lo inseguros que somos.”

La inseguridad: ésa nefasta responsable de muchas de nuestras extrañas reacciones a la hora de relacionarnos con el prójimo, disfrazada de miedos de todas las texturas y colores o camuflada en forma de contradicciones que, a su vez, son espoleadas por las características sociológicas de la civilización occidental. Si es que se le puede llamar civilización a este sistema tan incivilizado.

CAPÍTULO 6. LO QUEREMOS TODO Y LO QUEREMOS AHORA

Si quieres un hombre comprometido... búscalo en un hospital mental. Mae West

No hace falta conocer el peligro para tener miedo; de hecho, los peligros desconocidos son los que inspiran más temor. Alejandro Dumas

Definición de miedo, según José Antonio Marina en *El laberinto sentimental*: “El sentimiento del miedo se vive como la experiencia de que algo amenaza nuestras metas o nuestra integridad. Es la percepción de que la meta no va a alcanzarse a no ser que se realice una acción protectora, la huida o la retirada. Tiene una clara función: proteger toda la vida, evitar el dolor, mantener la autoestima. Incluye también una advertencia a los demás para que eviten la situación o presten ayuda.”

Sobrevuelan nuestras cabezas los misiles del miedo, de la incertidumbre y de las contradicciones. Si los factores históricos, culturales y biológicos condicionan las relaciones, no menos influyen los psicológicos (o meramente humanos, pues, al final, todos llevamos en mente parecidas disquisiciones desde que el mundo es mundo) y los sociológicos, en el sentido de que no podemos evadirnos de nuestro entorno. Estos torpedos que nos atacan indiscriminadamente están tamizados, contaminados o ensalzados por las ‘peculiaridades’ de cada sociedad. Es decir, uno puede sentirse paralizado por el miedo al compromiso, que ha existido siempre, empero, quizás hoy en día rige más nuestros comportamientos porque nos hemos criado en unos valores individualistas y egoístas. Igualmente, las contradicciones que hoy nos afligen vienen muy determinadas por el sistema económico, que hace incompatible la vida laboral con la familiar debido a la precariedad generalizada. Vayamos a por ellos, a pesar de que son muchos y nuestra generación bastante cobarde, a juzgar por las siguientes declaraciones, que nos procuran, como mínimo el consuelo del mal de muchos.

Ramón es del parecer de que “los miedos, hasta que no los padeces, no puedes decir que los tengas o no. Todavía no he llegado nunca al estado de sentirme comprometido con alguien”. Iker comulga con él: “A mí me apasionan las mujeres e intento comprender y

aprender de ellas pero a veces prefiero observar y ser un poco independiente. No hay amor sin sufrimiento aunque no debería ser así, pero creo que merece la pena. El compromiso no es eterno, así que en la actualidad viendo el panorama no creo demasiado en él. Y por ahora nunca me he sentido realmente rechazado así que desconozco el rechazo...” Lo haya experimentado o no, Manuel padece miedo al compromiso “en sus dos vertientes: Tengo miedo a comprometerme. Y tengo miedo a no hacerlo. Lo que sí está claro es que tenemos muchos prejuicios y resquemores en cuanto a la pareja, sea cual sea el género”.

“Eso es más de mujeres, creo que el hombre sólo tiene la necesidad de comprometerse cuando se ha convencido de que no puede ligar más”, contraría David, publicista madrileño que reconoce “miedo al compromiso y a un futuro triste, y a una separación con hijos de por medio con una pensión alimenticia por narices. No intento superarlo, a pesar de que el miedo me ha llevado a huir de alguna relación”. Matías se une al clan de los temerosos “porque el compromiso siempre implica una renuncia a parte de la libertad individual. Eso no significa que sea un miedo insuperable. Me puedo comprometer y lo he hecho. El compromiso es precisamente lo que la palabra indica, comprometer ciertas libertades a cambio de otras cosas. Lo difícil es decidir si el trueque sale a cuenta en términos de felicidad personal”.

Susana se les suma: “Me acongoja perder todo lo que he conseguido en mi vida hasta ahora, tener que renunciar a mis prioridades por estar con alguien o, lo que es peor, querer renunciar por voluntad propia, por gusto, porque me puedo meter en una espiral de la que no salga hasta mucho tiempo más tarde habiéndome, quizás, perdido a mí misma por el camino. Lo malo es que no sé muy bien qué significa perderme a mí misma, es un miedo abstracto, quizás a ceder en mi libertad, pero ahora tampoco me siento demasiado libre porque mis propias ansias de independencia y libertad me impiden mantener una relación estable con alguien. Creo que me implico tanto cuando quiero a alguien que me da miedo darlo todo por esa persona y que luego se acabe la química (dudo mucho que el enamoramiento dure más de 5 años), y me haya quedado sin amigos, sola, dependiente emocionalmente, hasta el punto de que me tenga que rehacer de nuevo”.

En correspondencia, se ha topado con muchas potenciales parejas que han huido por miedo a profundizar en la relación. “Es una tónica en los tíos que atraigo y me atraen. A los que sólo les atraigo yo pero no hay reciprocidad por mi parte no les pasa, al parecer ven en mí a la gran mujer que llevo dentro; en cambio, a los que me atraen y viceversa les doy un miedo terrible, como si sintieran que se pueden enamorar de mí y, al tener tanto miedo como yo, necesitaran huir para no caer en la posibilidad de desear una relación estable conmigo”.

La comprende sin esfuerzos Carlos: “Supongo que mi inconsciente ha generado mecanismos de rechazo que han hecho que la otra persona se cansara de mí, siempre ha sido así. Imagino que por miedo a que me hagan daño, dado que mi primera historia fue desgarradora, también la falta de independencia o la sensación de que tengo que dar explicaciones ha hecho que mis relaciones se desvanezcan...” Irina comenta su temor “a dejarme transportar por un viento que no sé qué dirección va a tomar, a dejar de controlar, en definitiva. Me gustaría superarlos siendo valiente pero, como eso no es real, primero me tengo que autodestruir hasta sangrar y, después, con una paciencia que no sé de donde sale, intento mirar el ‘problema’ desde varios prismas, hablar conmigo misma y apoyarme también en buenas dosis de amor por parte de la personas que me quieren (importante). El miedo siempre me hace huir de las relaciones”. Ana recuerda: “A mí me ha paralizado la falta de seguridad en mí misma. Pensaba que si me conocían demasiado, acabarían dejándome. Curiosamente, mi anterior pareja me dejó porque su miedo al compromiso le hacía sentir campanas de boda, antes incluso de plantearnos siquiera vivir juntos. Yo intento solucionarlo día a día, con altas dosis de autoestima, apoyo de los amigos, de mi actual pareja y repitiéndome varias veces al día aquello de ‘nena, tú vales mucho’”. Rubén siente “pánico a perder mi espacio (vital, físico, emocional). No tengo ni idea de cómo superarlos. El miedo me ha hecho huir, definitivamente”. A Zuriñe le atemoriza la posibilidad de “perder la independencia”, cosa que intenta evitar “tratando de mantener mis amistades, aunque cierto es que las he dejado de lado en los últimos años”.

Otros miedos en la casa del terror

Quizás la fobia a comprometerse y a perder la independencia son los más extendidos, pero habitan muchos más miedos en esta casa del terror que semejan a veces las relaciones: Amanda padece miedo “a que me agobien, y a agobiar, por supuesto. Mi

independencia jamás se perderá, porque siempre ha sido mía, por muy comprometida que estuviese. Tengo miedo a desilusionar, y también a que me desilusionen. Tengo miedo a equivocarme, aunque sé que volveré a hacerlo. Y ya no intento superar nada. Hoy por hoy, es todo un lujo sentir, sentir lo que sea. Las relaciones se han vuelto tan ramplonas, que alguien que te haga pensar y repensar, incluso sufrir (sin excesos, se entiende), al menos mantiene viva tu mente, que no es poco. En lo que se refiere a si el miedo me ha hecho huir de alguien, no, rotundamente no: Jamás he temido meterme de cabeza en lo que fuera, si en ese momento creía en ello, y aunque estuviera segura de que me iba a causar más de un problemón... peligroso en bastantes casos. Aguerriada que es una”.

Igual que Maite, que se da cuenta, a toro pasado, de haber “echado a perder el principio de una relación porque tenía miedo, principalmente a sufrir, y en el momento no lo sabía. Pero ha sido en circunstancias concretas y ahora, a la larga, doy gracias. Siempre recomiendo que no se piensen las cosas, que se actúe por inercia sin analizarlo todo porque, de lo contrario, se echa a perder, nunca empezarías puesto que hay cosas malas que te pueden pasar en una relación... pero quien no arriesga no gana.” Xavier aduce: “Me dan miedo básicamente perder mi independencia, el rechazo y sufrir pensando que aquello se pueden acabar en cualquier momento. Siempre me tiro a la piscina porque es la mejor forma de saber si aquello puede tener futuro o no, el miedo no me ha hecho huir de relaciones en las que ya estaba pero sí empezar otras nuevas, sobre todo, antes de los 25”.

María, informática de 30 años, disiente a causa de sus miedos “a no actuar debidamente, a hacer algo que haga pensar al otro que no soy la persona adecuada. Tengo miedo de mis defectos. Intento superarlo comportándome según creo que el otro quiere que me comporte. No creo que sea positivo hacer esto pero me suele costar mucho dejarme llevar. Tengo claro que quiero mantener mi independencia, aunque en algunas relaciones anteriores había renunciado a ella. Durante algún tiempo tuve miedo a relacionarme con cualquier persona del otro sexo porque todo me parecía demasiado complicado, así que huía de todas las posibilidades de relación que aparecían”. Marga no tiene “miedo al compromiso sino al fracaso”. Aitor no contempla otra posibilidad: “Miedo al rechazo, ¡claro! Intento superarlo cogiendo el toro por los cuernos. A veces pruebo ir a donde una mujer y empezar a hablarle sin tener nada preparado para decirle.

No soy un tipo con una labia excepcional; es más, me pongo un poco nervioso, pero bueno... el experimento siempre da buenos resultados: haya éxito o fracaso, por lo menos hay superación”.

Asimismo, Manu lo sufre “al rechazo, intento salvarlo pensando que la otra persona es la que se lo pierde al no querer conocerme más. Me ha impedido llegar a tener relaciones, por miedo al rechazo nunca avancé”. Para Ángel, “el miedo se manifiesta en el terreno mediante el pánico a perder a la mujer deseada. El miedo al engaño, a la decepción. El compromiso asusta cuando uno no está seguro (y me ha pasado), la independencia se pierde gustosamente cuando la otra persona está a la altura y te compensa ampliamente esa supuesta pérdida. El sufrimiento en perspectiva siempre se traduce en miedo. El miedo es difícil de superar. Hay que tratar de convivir con él, domesticarlo”.

Rocío expresa su reparo “a entregarme más que la otra persona, pero no a comprometerme con alguien que me aporte lo mismo que yo a él. No han huido muchos de mí, más bien me he encontrado con muchas potenciales parejas que han intentado que yo no huyera de las relaciones”. Andrés, por su lado, reconoce su “pánico” a volver a sufrir por una pareja: “Con los años los miedos se incrementan, he triplicado mi dosis de sinceridad porque creo que es la única forma de no cometer errores anteriores. Antes mentía más pero era más transparente. Ahora soy más sincero pero mis sentimientos están absolutamente escondidos. O sea, que ahora soy más sincero para compensar la falta de transparencia”.

Peor aún lo lleva Adriana: “Tengo miedo a las relaciones estables, pero no por el compromiso, sino por terror al sufrimiento. Lo pasé fatal con mi ex (psicólogos y antidepressivos incluidos) y desde entonces he asociado relaciones estables a dolor. Actualmente no sufro y supongo que es eso lo que me lleva a seguir sin querer arriesgarme. Tengo relaciones más o menos superficiales, en las que no me implico tanto y, por tanto, no sufro. Una vez leí en el último libro de Lucía Etxebarría algo con lo que me siento triste y absolutamente identificada: “Siempre he tenido miedo a sufrir y he preferido por ello no sentir. Por eso nunca me he embarcado en relaciones con futuro, por eso las elegía con fecha de caducidad ya impresa... romances turbulentos pero nunca muy profundos en los que no llegaba a comprometerme del todo, pasiones cuyo final podría preverse desde el mismo principio”.

Otros se lanzan sin red

La otra cara de la moneda les ha caído en suerte a los que no se sienten apenas atemorizados en sus relaciones, como Lara: “Me encanta el compromiso hasta que puedo sostenerlo. Algún hombre ha huido por ese miedo pero no muchos. Alguno se ha resistido un poco y luego ha caído. Otros han huido porque no les apetecía estar conmigo”. Tamara, periodista de 34 años, racionaliza: “Miedo, lo que se dice miedo, no he sentido porque al iniciar una relación he intentado comunicar al otro mis incertidumbres e inquietudes, poniendo las cosas muy claras desde el primer momento. Lo que sí me ha hecho huir de una relación son los miedos e inseguridades del otro”. Almudena tampoco tiene miedo al compromiso porque no lo concibe “como algo negativo”.

Vanesa rechaza el miedo: “Cuando estoy bien con alguien tiendo a relativizar aquello que me ocurre y no me gusta avanzar acontecimientos. Procuro disfrutar de lo bueno, aunque no puedo negar que cuando por fin encuentras algo especial que no quieres perder te aferras a ello e intentas encontrar la manera de que no decaiga, que no se pierda ni un ápice de todo lo bueno que destila la relación, y por encima de todo, que no se acabe. Si la otra persona no te acaba de llenar, la cosa cambia porque eres tú la que temes que él se “enganche” a la relación y bloquee tu libertad. También es distinto cuando la única que se ‘engancha’ eres tú, supongo que entonces la inseguridad se apodera de ti e intentas superar el miedo haciendo ver que eres más fuerte y dura que nadie. Hay relaciones que tienen un final doloroso, pero nunca he tenido miedo a huir de relaciones, cuando algo no funciona es mejor cortarlo, por mucho que cueste. Por muy vulnerable que me haya sentido con alguien he procurado quemar siempre mis cartuchos y no rendirme, mi frase ha sido siempre: Que por mí no sea”.

Sandra no teme comprometerse “si es con alguien con quien realmente quiera hacerlo. He dejado de creer en el ‘amor para toda la vida’ así que creo en el compromiso, dure lo que dure y en todos los ámbitos. Algunas personas ha huido a diferentes edades y por motivos muy diversos. En algún caso, porque se sentían inferiores; en otros, inmaduros; en otros porque acababan de salir de una relación difícil, en otros porque se engañaban a sí mismos...” Aurelio deniega notar “miedo a nada; al principio, yo no tengo miedo, los miedos van viniendo cuando aparecen los problemas y las dudas, eso, las dudas, tan

feas, entonces tengo miedo a sufrir y a hacer sufrir, y evidentemente también al rechazo, a nadie le mola... Yo no creo que todos nos acabemos comprometiendo, pero sí existen matrimonios tardíos convenientes, por miedo a muchas cosas, a seguir siempre así, al aburrimiento, a enloquecer...”

Belinda tampoco sufre este mal del corazón, “pero claro, mi relación viene de años. Cuando inicié ésta lo único que no quería era un novio, por eso supongo que tuve baja la guardia, no me creé expectativas de ningún tipo e igual fue esto lo que hizo que no se forzase absolutamente nada y la cosa saliese como salió. Muchos acabamos comprometiéndonos porque es lo que nos han enseñado: hemos de casarnos y tener hijos. Si no lo cumples es como si hubieras fracasado en una parcela de tu vida. Tenemos esta obligación bastante metida en la cabeza. De momento, empezamos a asumir que el amor no es para toda la vida (un paso bastante importante). Esta idea romántica sí que es mayor en las mujeres que en los hombres (tendrá algo que ver el famoso reloj biológico). De todas maneras, estamos en una sociedad individualista y esto se refleja también en la pareja. Cada vez estamos más solos en todos los sentidos y esto no es nada bueno ya que nos necesitamos los unos a los otros”.

Isabel no se acobarda por nada: “Creo que mientras mantienes una relación hay que disfrutarla al máximo y no pensar en lo negativo que pueda acarrear. Si llega esa parte mala, pues ha llegado, si te dejan o sufres, qué se le va a hacer. Pero dejar de disfrutar, sufrir antes de tiempo pensando que no podrá pasar, desde mi punto de vista no tiene sentido. Las mujeres hoy podemos mantenernos, somos más independientes (que no individualistas) y no estamos dispuestas a aguantar lo que sea, no se nos ha educado para eso. Al no tener ningún miedo a estar solas, si la relación no nos convence, la dejamos”.

José Ángel señala: “No tengo ningún miedo a la hora de relacionarme con personas de otro sexo. Soy una persona algo tímida pero es una faceta que no depende del sexo del contrario”. Marina no quiere “parecer engreída” por asegurar que no tiene miedo: “o no tengo por lo menos un miedo que imposibilite relaciones. Como todo el mundo, siento miedo a sufrir, a complicar la vida, a pasarlo mal. Lo siento en su justo punto, igual que siento otros miedos humanos: el miedo a la enfermedad, a la muerte, al dolor... El miedo no me ha hecho huir de ninguna relación; tal vez, en algún momento, me ha

hecho ser más cauta, más precavida, perder algo de la espontaneidad más juvenil”. Jordi le quita hierro: “Todos tenemos nuestros miedos, quizás a perder la intimidad y a la pérdida en sí misma, no les doy demasiada importancia ni he huido de momento de ninguna relación por miedo”. Elsa no le teme al compromiso “para nada si es con la persona adecuada, lo que me preocupa es no encontrarla o empeñarme en adquirirlo con la equivocada”. Sebas no teme comprometerse en absoluto, “si el compromiso llega, lo hace de una forma natural. Además, un compromiso no implica que cuando la relación se haya agotado se tenga que continuar, se acaba y punto. Cierta nivel de compromiso hace que una relación funcione, pero no se trata de firmar un contrato, si la pareja permanece unida sinceramente, ahí está el compromiso”.

Mayra introduce una tesis bien respaldada: “Me he encontrado con bastantes huidizos, aunque yo creo que la mayoría de las personas no huimos por miedo al compromiso, sino porque no es la persona adecuada. Cuando sientes el enamoramiento, todo lo demás, a veces por desgracia, es inútil”. En este punto aparece Vampirella: “¿Comprometernos a qué? Cuando te has enamorado de alguien, la relación te absorbe y te conduce a estar pendiente de una persona, sólo de una, mientras dura el “encantamiento”. No es necesario forzar un compromiso. Cuando hace falta “pactar”, poner normas a una relación, estamos hablando de “socios”, no de amantes. El deseo no es gobernable”. Agrega que “la huida se supone más propia de hombres que de mujeres (por el miedo a sentirse “atados””, aunque ya ha quedado claro que muchas también ponen pies en polvorosa.

Ésta es la explicación de Alfredo Ruiz: “Los miedos son comunes en hombres y mujeres, normalmente un hombre deja a una mujer cuando le ha dejado sin ego, cuando ya no se siente atraído, cuando parece que no hace nada bien o cuando los celos de su pareja ya no le dejan vivir, vamos, cuando siente que no puede ser él mismo. Estoy simplificando mucho pero, en general, creo que nos pensamos a través de los tópicos que nos inculcan la tele y el cine”. Eduardo Verdú insiste: “Creo que la verdadera motivación para huir de una relación es el descontento, la insatisfacción. Hoy en día el compromiso ya no es, necesariamente, para toda la vida, por lo que asumirlo en un momento determinado ni a los hombres ni a las mujeres nos ata definitivamente. La independencia suprema de la mujer es un nuevo problema al que nos toca enfrentarnos pero si existe una sólida base amorosa y amistosa no tiene por qué suponer un escollo

insalvable. Por otro lado, en este nuevo contrato de igualdad sexual, la independencia de la mujer nos otorga el mismo derecho a hacer uso de la nuestra, algo que siempre es valioso. Opino que el respeto se basa en la concesión de espacios propios y privacidades. Desde luego, una mujer absorbente, excesivamente dependiente y acaparadora sí es un motivo para salir corriendo. De todos modos, creo que la degeneración en el trato es la principal causa por la que los hombres huyen de sus relaciones (al igual que las mujeres), aparte, por supuesto, de haber encontrado a otra persona”. Eduardo cree que las mujeres ahora, más que en el pasado, tenemos miedos muy parecidos, dado que, “para empezar, ya no temen quedarse en la calle y sin dinero si el hombre las abandona, porque la gran mayoría no depende económicamente de él. Por otro lado, albergan nuevos temores como no ser capaces de compatibilizar el trabajo con la maternidad o encontrar el perfil, entre "clásico" y "liberado", que demanda el hombre”. Este miedo no se me había ocurrido ni lo ha mencionado ninguna de las entrevistadas, pero podría venir provocado por la ausencia de modelos y de patrones de conducta por los que guiarnos, idiosincrásica de esta generación en tránsito.

Miedos colaterales

Pero hay más miedos comunes que presenta Margarita Rivière, periodista y escritora de libros como *Mujeres y hombres: La impía rebelión* o *El placer de ser mujer*: “La incertidumbre laboral es el principal miedo. En España no sucede como en Estados Unidos –al menos en el mito norteamericano- donde cuando uno se cansa de un trabajo puede enseguida encontrar otro. Aquí lo que se encuentran son contratos precarios, una explotación en toda regla de los jóvenes. Quien quiere trabajar debe mostrar una gran docilidad hacia la empresa que le contrata: eso impide desarrollar el talento personal entre otras nefastas consecuencias”. Con la consiguiente inseguridad a todos los niveles. Además, “se da la paradoja de que tenemos los jóvenes mejor preparados y con más estudios de nuestra historia y, en cambio, el trabajo causa una total incertidumbre en sus vidas. Los jóvenes no pueden hacer proyectos vitales a medio o largo plazo por esa razón: hay demasiados imponderables en la vida laboral. Aunque, desde luego, nadie piensa ya en un trabajo para toda la vida: no se trata de lograr eso, sino un lugar donde uno pueda dar de sí todo lo que lleva dentro. Eso es lo que resulta tan difícil que da miedo: da miedo ser lo que uno ambiciona ser. Un desastre que influye sobremanera en la relación personal entre ellos y ellas”.

Por un lado, prosigue Rivière, la competitividad que nos envuelve en el terreno laboral puede extenderse al ámbito de la pareja, “los esquemas de competencia entre hombres y mujeres pueden abocar a que algunos actúen como si vieran en el otro a un competidor. El miedo refleja la ignorancia respecto a otro tipo de relaciones posibles, como el compañerismo o la amistad”. Por otro lado, “los jóvenes de hoy, ellas y ellos, no tienen interés en la pareja porque saben por experiencia personal lo difícil que resulta mantenerla estable. Y también creo que tienen claro que no es seguro que sus hijos vivan mejor que ellos: es un claro miedo al futuro”.

Alicia Gallotti ve indicios de ese miedo a lanzarse a la aventura: “Antes la gente se casaba y las cosas iban sucediendo, en cambio, ahora lo queremos todo muy establecido, así que no nos atrevemos. Y es peor cuanto más edad tienes porque tus exigencias van aumentando, pones por delante todo lo que no quieres que sea, así que te tira para atrás meterte en esas historias”. Por lo menos, celebra Rivière, “ya no hay ningún miedo a la soledad, al menos por parte de las chicas, y eso es un gran avance respecto a mi generación en la que ser una solterona era una lacra”.

En efecto, antes se daba por hecho que la mujer debía comprometerse y, por tanto, era el hombre quien tenía miedo a que le cazara, como nos trae a la memoria la psicóloga Sònia Cervantes: “Hace años los roles sexuales estaban claramente diferenciados y la función de la mujer era casarse, cuidar y servir al hombre. Dentro de este compromiso la relación era absolutamente asimétrica pues se esperaba mucho más compromiso por parte de la mujer que por parte del hombre. En este sentido, se daba por hecho que la mujer casada debía dedicarse plenamente a su marido y a su familia”. Hoy en día, por contra, cuanto más independiente es la mujer, más retrasa el matrimonio o lo rechaza incluso, “porque con su independencia la escala de prioridades se amplía y no se circunscribe al matrimonio, los hijos y la casa. Hay muchas mujeres que anteponen un proyecto profesional a una vida personal o amorosa y esto es tan lícito como quienes optan por formar una pareja y posteriormente una familia. Creo que es cuestión de las prioridades personales que cada mujer se marca”. Gallotti asiente: “La falta de modelos da mucho miedo. Por el contrario, no les da miedo el compromiso con su profesión, que es el refugio de muchas, quizás porque mi generación sí dejó claro que las mujeres debían ser económicamente independientes para poder elegir”.

Willy Pasini cita al periodista Massimo Gramellini, que provoca: “Hoy día los verdaderos inmaduros son los neuróticos que no huyen por amor, sino del amor. Y que consideran el trabajo su única pasión, que justifica las locuras que ya no están dispuestos a hacer debido a los sentimientos.”

Carmen Freixa comparte que “en las mujeres se está produciendo una asunción tal de responsabilidad de sí mismas que quieren conservar ese terreno adquirido y no desean cansarse del día a día de la convivencia como ven a otras compañeras. Esa lucha constante que observan las hace tener miedo a comenzar una convivencia. Es una conducta pragmática a la que son más dadas las mujeres que los hombres, y consiste en que, antes de que sea así, prefiero que no sea nada.”

En este sentido, el psicólogo social Luis López Yarto insinúa: “No sé si tendrán miedo: ¿podría ser pereza a adoptar unos roles que tienen sus exigencias nuevas y costosas? ¿será prudencia ante lo confuso de una situación ambigua?” En efecto, para Cervantes “ha habido una confusión en esta nueva visión de la relaciones de pareja, del amor y del compromiso en general. El cambio de roles ha hecho que las relaciones sean más simétricas, que cada uno de los miembros de la pareja actúe más libremente sin el peso de la carga social que ejerce sobre ellos su condición de hombre o mujer, y este hecho se ha confundido con la imposibilidad de seguir siendo libre si establecemos un vínculo, lo que a su vez provoca este miedo al compromiso que se traduce en temor a perder la libertad. En definitiva, a dejar de ser niños y convertirnos en adultos”.

O sea que, aunque sea tangencialmente, las mujeres también se ven afectadas hoy por el miedo masculino por excelencia, “el síndrome de Peter Pan, que se traduce en inmadurez personal. El desear quedarse anclado en la niñez es propio de quienes no quieren asumir sus obligaciones como adulto y quieren dejarse llevar por el Niño que llevan dentro”. Mete el dedo en plena llaga Rosetta Forner, “La gente de inmadura psique teme perderse en la vorágine de algo que desconoce. Por consiguiente, no quiere hacerle frente, ya que de hacerlo tendrían que madurar emocionalmente hablando, y eso conlleva ‘procesos’ a los que no se está acostumbrado, no se desea y la sociedad no fomenta. Creo que el principal miedo es a amar, miedo a sentir, puesto que el sentimiento no es controlable”. En consecuencia, deduce la psicóloga del IPAB, “solemos huir del compromiso por miedo a la dependencia, por el temor a perder

nuestra identidad al unirnos con alguien. Como dice Antoni Bolinches una pareja para siempre no significa estar siempre con la pareja. Siguiendo este precepto no hay que temer el compromiso con alguien a quien queremos, porque podemos estar con él preservando nuestra propia identidad y al mismo tiempo enriquecernos el uno con el otro; creo que esta es la clave de la convivencia y el compromiso”. En el fondo, elucubra Pilar Cristóbal, “no hay más miedo que a la pérdida de identidad. El problema ahora es de educación, en general. Y comienza por las familias, que han pasado de una etapa represora y de autoridad incuestionable, a otra generación que no ordena ni manda nada a sus hijos”.

Por eso sospecha Forner que “existe el miedo a amar al ser que uno es, de ahí que la responsabilidad sobre la existencia de uno mismo no quiera ser asumida y la gente, en general, sea presa del ‘virus’ del victimismo que fomenta la sociedad occidental consumista para así tenernos atrapados en una espiral de insatisfacción vital, aparentemente insoluble e intrínsecamente entretejida en el devenir humano. Nada más lejos de la realidad, ya que es posible tener una vida humana satisfactoria siempre y cuando se asuma la responsabilidad de la libertad. Uno ha de aprender a convivir con los posibles y los imposibles de la existencia humana. Aprender a manejarse con la frustración que produce el que no podamos controlar –a veces, ni tan siquiera influir mínimamente- ciertos acontecimientos es vital para poder fluir como el agua y conseguir una felicidad dinámica”. Esta especialista en psicología y sociología quiere hacer ver que “comprometerse no tiene nada de malo, porque el compromiso no conlleva ausencia de libertad ni excluye el libre albedrío, muy al contrario. El verdadero compromiso se fundamenta en la libertad (la de escoger ser feliz cómo, cuándo, dónde y con quién o sin quién uno desee) y se alimenta de respetuosa sinceridad. La gente más comprometida consigo misma y más libre, es la que mejor calidad de compromiso ofrece, puesto que sólo se une a otra persona en relación cuando es lo que desea de verdad, y permanece fiel a su compromiso mientras sea feliz, se sienta amada y respetada su integridad”.

La verdad es que nadie podría quitarle la razón, mas sucede que, aunque haya amor de por medio, a juicio del filósofo Marina “el deseo de libertad pone límites al resto de los deseos. Cuestiona, precisamente, el arrebato pasional. Esta retroacción crítica de un deseo sobre los demás resulta notable y peliaguda. El amor por la libertad va a poner

barreras a otros amores. El ser humano necesita vivir sentimentalmente, pero necesita también vivir por encima de los sentimientos. Aspira a vivir de acuerdo con valores pensados, pero esta tensión entre valores pensados y valores sentidos le va a producir grandes quebraderos de cabeza y de corazón”. Y hace falta osadía para enfrentarse a ello. “La valentía supone un cierto desdoblamiento de la conciencia en la que tiñen dos principios de acción: lo que deseo y lo que quiero. Deseo huir pero quiero quedarme. Esta dualidad de niveles es lo que está complicando nuestro análisis de los avatares afectivos. En nosotros resuenan dos canciones distintas, hay una doble llamada, una doble incitación, un doble obstáculo: los valores sentidos nos llaman desde nuestro corazón, nuestra esencia afectiva; los valores pensados nos llaman desde nuestra cabeza, que es casi como si nos llamaran desde fuera. De la tensión entre los valores que pensamos, los valores que queremos sentir y los que sentimos realmente, surge este concepto que nos parece impertinente de “los deberes del amor”. Es tan sólo un síntoma de que nuestra capacidad de pensar sentimientos va por delante de nuestra capacidad de sentirlos”. Lo cual no es óbice para que, en cuanto empezamos a sentir, todo se convierta en un caos en el que la racionalidad y las emociones se van golpeando como palomitas en el microondas.

Estamos como cabras

No hay duda de que el campo de las relaciones está repleto de minas en forma de contradicciones. Como miembro de la generación del imposible, me parece que básicamente se fundamentan en que lo queremos todo a la vez porque nos han enseñado que podemos tener todo lo que deseemos sin apenas renunciar a nada: si algo no te lo puedes permitir hoy, pides un crédito o pagas con la Visa; si no estás bien, te tomas una pastilla, ora un fármaco, ora un éxtasis. Más en concreto: muchos nos contradecimos porque queremos ser independientes a la vez que amar y que nos amen, recibir pero no ceder ni conceder, pasarlo bien pero no tener que aguantar los bajones ni las manías del otro, que nos adoren pero a la vez nos metan caña para no aburrirnos, no toleramos el aburrimiento ni la rutina; buscamos una relación duradera pero después añoramos las relaciones sexuales esporádicas con un enamoramiento loco, porque necesitamos estar continuamente estresados y motivados para sostener las situaciones y no salir a buscar nuevas aventuras. Realmente, estamos como cabras. Somos niños grandes y narcisistas preocupados por sentir apasionadamente, vivir en la continua satisfacción, no toleramos la frustración ni concebimos el dolor y el paso del tiempo como parte inexorable de

nuestras vidas; nos hemos metido en una espiral de consumo y de autosuficiencia que nos hace sospechar del prójimo como un estorbo para nuestros fines: Si yo gano mucho dinero y estoy sola, me lo puedo gastar todo en mí: en mi ocio, en mi estética, en mis viajes, en mi piso, que nadie me ensuciará y alguien me limpiará cuando yo quiera, en mis autoregalos porque yo lo valgo o en mi supercoche con el que fascinaré a todo mi entorno... Si salgo con alguien, tengo que contar con él para tomar todas esas decisiones: a dónde nos vamos de vacaciones, qué sofá compramos, quién plancha y quién cocina, y ponerse de acuerdo implica un esfuerzo que no necesito hacer porque sola estoy divinamente. Lo único que me falta es el sexo y puedo tenerlo cualquier noche con cualquiera que me ponga un poco o con un amigo con derecho a roce. Es un razonamiento bastante extendido.

El escritor Gabi Martínez interpreta: “la educación tradicional se estampa contra los deseos que te surgen en tu sociedad. En ésta actual, se nos proponen todas las posibilidades y nuestra ambición nos lleva por igual a hombres y mujeres, no ya a una contradicción, sino a tantas como posibilidades existen. Cuanta más información y más sepas, mejor preparado debes de estar para enfrentarte a ello y encontrar tu rinconcito. Ahora es imposible vivir sin contradicciones, así que el esfuerzo ha de enfocarse a llevar la brida entre tus deseos y lo que consideras más sano intelectual e incluso físicamente. Por ejemplo, puedes desear estar todo el día fornicando con una y otra, pero eso te lleva a no estar en ninguna parte, con ninguna. Antes también existían las contradicciones, pero se nos imponía como fórmula válida la de formar una pareja y quedarte con ella. En cuanto nos hemos dado cuenta de que nada es blanco o negro sino que existen todos los colores, la única salida es buscar tu voz, saber dónde te encuentras a gusto: solo, en pareja o con muchas parejas”.

Expone su visión del asunto el filósofo Marina: “Las relaciones familiares están operando fuerzas contradictorias. Se valora más que nunca su marco afectivo, pero al mismo tiempo resulta más difícil que nunca mantener unas relaciones satisfactorias. El proyecto matrimonial se convierte cada vez más en dos proyectos yuxtapuestos de realización individual, pero se sueña con integrarlos en un proyecto común. Se siente una responsabilidad tremenda hacia los hijos y su futuro, lo que conduce a no tenerlos, a tenerlos pero desentenderse de ellos, a la vista de que es imposible satisfacer lo que necesitan o dedicarse a ellos por completo, lo que suele producir daños a veces

irreparables en las relaciones de la pareja (...) Se afirma el aspecto privado de la sexualidad pero se reclaman ayudas públicas para las consecuencias de la sexualidad. Unas mujeres ven su salvación en la liberación sexual y otras ven su seguridad en una vuelta a los modelos tradicionales”.

Por su parte, el matrimonio de Barbara y Allan Pease señala a los varones, aunque es aplicable a bastantes féminas : “Por mucho que los hombres afirmen que el compromiso significa perder todas sus libertades, resulta difícil discernir a qué libertades se refieren en concreto. Cuando se les obliga a concretar, hablan de la libertad de entrar y salir cuando quieran, de no hablar si no les apetece, de no tener que dar explicaciones o justificar su comportamiento y de tener todas las mujeres que quieran. Pero, por otro lado, sin embargo, también quieren amor, que les cuiden, y muchísimo sexo. En resumen, lo quieren todo”. Marina apostilla que soñamos con expectativas contrapuestas: “La idea de libertad como espontaneidad es contradictoria, porque espontaneidad significa dejarse llevar sin reflexión por las ganas o por las incitaciones del ambiente, y en ninguno de los casos hay libertad. También es contradictoria la expectativa de la relación amorosa construida sobre dos personalidades narcisistas. O pretender hacer compatible prisa y ternura”.

Tales son las contradicciones de nuestro tiempo, pero, como puntualiza Rosetta Forner, todos los seres humanos tienen contradicciones. “Nadie de libra, en su devenir humano de las contradicciones, las dudas, los sinsabores, los fracasos, los miedos, los éxitos... El sentir, el vivir, es cosa de humanos”. Y estas son las contradicciones que nos afligen, en palabras del incansable Marina: “Queremos estar a la vez tranquilos y exaltados, ser a la vez tiernos y apresurados, vinculados y desvinculados, intrascendentes y trascendentales. Porque estamos movidos por dos grandes motivaciones: El bienestar (que es conservador, utilitario, calculador) y la expansión (que es arriesgada, incómoda, inestable, innovadora). Confundimos la exaltación con la intensidad. Por eso nos despepitamos por estar excitados, cuando lo que estamos buscando es un vivir intenso, que es una de las características de la felicidad. Valoramos lo que no tenemos, por no tenerlo; y lo que hemos perdido, por haberlo perdido. Nos pasamos, pues, la vida consumidos entre la ansiedad y la nostalgia. El consumismo devora lo actual, lo desprecia, lo anula, convierte todo en mercancía de usar y tirar, incluido el sexo. Hemos jaleado tanto la individualidad, el cuidado de uno mismo, la autosuficiencia, que hemos

perdido el talento -si es que alguna vez lo hemos tenido- para relacionarnos afectivamente con otras personas. En nuestra sociedad, cunde la idea de que los seres humanos dan poco de sí. Sirven, a lo más, para pasar un buen rato. Y la cama es el más fácil de los buenos ratos. Casi se espera más de una persona tumbada que de una persona erguida. La cultura ambiente, por muchos caminos, está produciendo una trivialización de las relaciones, que va unida a una superficialización de las personas. Nos estamos volviendo muy aburridos, muy inertes, viviendo de simulacros de sentimientos más que de sentimientos verdaderos. Nos hemos instalado en una ideología del fracaso confortable. Pero al mismo tiempo aspiramos irremediamente a una vida lograda, es decir, a una vida afectiva interesante, que procura no diluirse en pequeñas gulas o en mil breves estremecimientos, que aspira más a la intensidad que a la excitación, que cuida su intimidad y no la desparrama, que no desea una libertad espontánea sino vinculada. Pero estamos claudicando de ese proyecto de vida amplia. Vivimos enrocados y a la defensiva, con pequeñas incursiones epidérmicas hacia los demás”.

La gran contradicción contemporánea

Una fotografía exacta (y peripatética) de la sociedad actual que resume todo lo que los demás entrevistados desarrollan en sus análisis. Para empezar, la gran contradicción: Lo queremos todo: Por ejemplo, en las relaciones, aparte de que ya hemos visto que buscamos compromiso sin renunciar a la libertad, nos ocurren cosas como a la protagonista de Un año de sexo de Manuel Valls: “En el fondo, los dos me atraen por razones distintas y me asustan a la vez. Uno por no querer comprometerse y el otro precisamente por lo contrario. Y ya se sabe, las personas siempre queremos lo que no tenemos y últimamente abundamos las que lo queremos todo a la vez y sin limitación alguna”. Va más allá: “Yo no soy una ególatra incapaz de reconocer mis errores, yo soy la primera en admitirlos. Pero no nos confundamos, no es un error tener miedo a la soledad. Los humanos no estamos genéticamente dotados para vivir solos ni mal acompañados. Está científicamente demostrado. Necesitamos emparejarnos, copular y reproducirnos, es ley de vida”. Autosugestión que no nos falte.

En el plano profesional, Margarita Rivière observa que los jóvenes “lo quieren todo y enseguida. Buscan la perfección por un lado; mientras, por el otro, se convierten en trepas obligados”. Las autoras de La ambición femenina aportan su interpretación: “En

la actualidad, todo el mundo está sometido a mediciones de eficiencia y valoración de su trabajo y son casi públicos los éxitos y los fracasos. Es el nuevo fenómeno de la notoriedad construida al amparo de los medios de comunicación y vinculada a la idea de que el éxito para ser tal debe ser individual (self made men and women, personas hechas a sí mismas). Lo importante es la determinación personal. Por lo tanto, el razonamiento es “mi principal interés soy yo mismo. La libertad consiste en definir mi vida como yo quiera... pero he de demostrarme a mí mismo que valgo y que soy alguien. La demostración de lo que soy consiste en tener éxito”. Motivo por el cual muchas nos planteamos que la familia debe quedar relegada para poder alcanzar nuestras metas, en especial las mujeres, puesto que todavía sigue discriminándose por tener la capacidad de quedar embarazadas.

Chinchilla y León aconsejan: “Más bien se trata de, en vez de renunciar, hacerlo convivir con nuestro proyecto familiar y profesional, que lleguen incluso a alimentarse mutuamente en vez de reprocharse que el uno es un obstáculo para el otro”. Pero, en su opinión, “el problema es que además de querer que todas nuestras actividades sean compatibles, a veces queremos sacar un 10 en todas ellas. Es entonces cuando llegamos a decir: “No es posible tenerlo todo y al mismo tiempo”. ¿No estaremos justificando con esta frase el motivo por el que hemos sacrificado la vida familiar o la unión conyugal en aras del éxito social o profesional o al revés?

Andrés interviene: “Todas las mujeres están en primera línea de la carrera, todas se creen la hostia por el mero hecho de ser mujeres (antes todos los hombres se creían la hostia por el mero hecho de ser hombres, ojo) y todas buscan exactamente lo mismo: éxito laboral, éxito sentimental y éxito económico. Así que todas descubrirán que no se puede triunfar en las tres cosas a la vez”. Lo mismo que prevé Rosetta Forner: “Las mujeres, en general, se hallan pilladas entre su maternidad y su profesionalidad. Quieren ser como los hombres, cuando su biología es diferente. No quieren perder ningún tren, y se escudan en que los ‘hombres no tienen que elegir como ellas’. Consideran que las mujeres que no tienen hijos son ‘traidoras’ a la causa femenina. Lo cierto es que es propio de los inmaduros el quejarse de que tienen que elegir, porque el inmaduro emocional lo quiere todo y ya... La madurez emocional nos hace asumir que en la vida siempre hay que elegir, y que todo a la vez... muchas veces no se puede tener”.

En este aspecto, Pilar Cristóbal tampoco detecta “grandes diferencias entre hombres y mujeres en este momento, para ambos el espacio del yo está disparado y queda muy poco para el otro. Antes el espacio del yo en las mujeres era muy pequeño y para los otros era muy grande, y en los hombres era al revés, con lo cual, eran complementarios terribles porque lo pasaban mal los dos. Pero ahora es muy difícil compaginar dos yos tan grandes porque surgen muchas palabras como ‘ceder, no lo voy a consentir, tolerar, qué se ha creído ésta’... No se acepta al otro como es de la misma manera que se acepta a un amigo, sino que se le exige que sea exactamente idéntico a uno mismo: como yo soy el centro, el otro ha de ser igual que yo, no respetamos la diferencia por mucho que esté muy de moda ese vocablo, en aras de establecer el milagro de la media naranja”.

¿Y por qué somos tan ególatras? Rivièrè saca a colación que los jóvenes “han sido sobreprotegidos por sus padres, por lo general, de modo que los han convertido en unos niños mimados, unos ‘bebés gigantes’ como explica Boris Cyrulnik en su libro. Si bien, en cuanto se dan de bruces con la realidad, “empiezan a ver que el individualismo exacerbado, el hedonismo y el consumismo no lleva a ninguna parte”. Para Cristóbal, dejar de ser un bebé y crecer significa “asumir responsabilidades; uno madura con los problemas, pero si no tienes ninguno porque tus padres te lo solucionan todo y lo único que has de hacer es ser feliz, te conviertes en el eterno Peter Pan y no quieres ni pensar en tener una pareja que venga a decirte lo que tienes que hacer o a obligarte a ceder. El tributo que se paga por la eterna juventud es la eterna soledad”. Claridad meridiana. Con la que continúa: “Por un lado, se ha hecho algo muy bueno, a saber, devolver a la gente su identidad de una forma tan democrática que pueden enfrentarse a cualquiera en cuanto que todos somos iguales. Ahora bien, eso, llevado al límite, puede abocar a una pérdida del respeto hacia el otro. Teniendo en cuenta que todo lo que hay en el lenguaje y en la inteligencia emocional está al 50% y que han de estar en perfecto equilibrio libertad, seguridad, adaptación y modificación, cuando eso se desequilibra, cuando el que manda es el yo propio y el otro ni existe o se convierte en un objeto, tenemos a un psicópata. Y al contrario, si el que manda es el otro y yo no existo, tenemos una persona excesivamente adaptativa que simplemente obedece como un borrego. Aunque no seamos psicópatas en el más alto grado, con que lo seamos al 70% ya tenemos un problema de no aceptar que el otro está ahí, que tu dolor es su dolor, su sufrimiento también; y pensar que uno mismo está siempre por delante, que es lo primero, puede

rayar en la mala educación. Hay que aprender a controlarse para poder convivir en comunidad y para ser más feliz”.

O sea, ni el absoluto egocentrismo actual por parte de ambos géneros, ni la sumisión femenina frente a la autoridad masculina de antes. Convendría alcanzar un término medio. Claro que la sociedad nos pone zancadillas y trampas continuamente que retrasan nuestra madurez en todas las facetas. Aventuro que hay demasiados agentes interesados en que no maduremos dado que conllevaría un espíritu crítico y, en consecuencia lógica, nos incitaría a desconfiar e incluso a rebelarnos contra el sistema impuesto (nada que ver con el idílico contrato social de Rousseau, a mí nadie me dio a firmar mi aquiescencia con este ataque preventivo).

No es ‘mea culpa’

Marina desciende a las alcantarillas sociales: “La cultura occidental presiona para favorecer la insatisfacción y la agresividad. Nuestra forma de vida, la necesidad de incentivar el consumo, la velocidad de las innovaciones, el progreso económico, se basan en una continúa incitación al deseo. Este es el gran tema psicológico de nuestra época”. Willy Pasini se calza las botas para la inmersión: “La búsqueda incesante de sensaciones nuevas, y al mismo tiempo, el reto de superar los propios límites, nos revela que nuestra sociedad se vuelve cada vez más adolescente. Ante todo porque la belleza se ajusta a cánones cada vez más juveniles: cuerpos firmes y lisos, sin una sola arruga, cirugía plástica incluso para los veinteañeros. Y no sólo eso. En la publicidad de moda y en la música, el teenager ambiguo cada vez tiene más éxito. Y esta sociedad, como una auténtica adolescente, persigue sus propios condicionamientos, las tapaderas han saltado, las normas sociales y morales se han relajado y se ha llegado al punto de que el límite es cosa de uno mismo. Además se ha olvidado que se puede decir que no, cuando en el amor también es importante saber rechazar”.

Se arremanga para entrar al sucio debate Margarita Rivière: “Nadie lo verbaliza con claridad pero el peso de las normas y hábitos sociales en las conductas individuales es mayor que nunca. Tenemos, al fin y al cabo, generaciones que han nacido con la televisión junto a la cuna, y eso marca. La televisión ha sido el gran ‘catedrático’ para bien y para mal: ha creado un nuevo tipo de sensibilidad”. La psicóloga Carmen Freixa no puede celebrarlo: “El poder de la televisión, el agit-prop (agitación y propaganda)

capitalista y patriarcal que sigue emitiendo su ideología tradicional... Esas películas y la televisión con sus comedias y sus anuncios son la principal fuente de información y de educación de las jóvenes. Y lo peor es que son la peste”.

También abomina Alicia Gallotti: “La sociedad busca la uniformidad de la gente, por eso todo lo que se sale un poco se critica, no se le deja espacio. Considera que todos se les puede comer el coco a través de los medios. La sociedad de consumo es capaz de convencerte de que tienes cinco faldas y necesitas tres más; tú sabes que no es verdad, pero lo hace tan bien que acabas comprándolas”. En cuanto a los roles de las mujeres que perpetúan las criticadísimas series de Ally McBeal y Sexo en NY, así como la publicidad, a pesar de la imagen trasgresora que proyectan, Gallotti opina que con su trasfondo “te convencen de que tienes que ser una buena chica, en el sentido convencional y en los límites de una pareja, es decir, que, vestidas y peinadas de otro modo, tenemos que hacer lo mismo que hicieron nuestras abuelas”. Lo disimulan enviando mensajes muy inteligentes y meditados que nos representan como “una mujer independiente que sabe lo que quiere, pero después nos cortan la libertad con esa historia de que somos tan sensibles, con tantos sentimientos... que no podemos vivir sin el amor. La sociedad ejerce una presión social con todas esas realidades como el consumo, la política neoliberal... a ninguna le interesa que el individuo sea libre en ningún aspecto, y por supuesto, tampoco en el sexual. Si no es libre en todos los aspectos de su vida no puede serlo en su relación con una pareja”.

Forner pisa el lodo: “Vivimos en una sociedad que impulsa el fijarse en lo ‘externo’ (valores, variables, principios, activos...) en detrimento del interior (la meditación humana). Vivimos impulsados hacia fuera, hacia todo lo que no tenga que ver con el alma ni con el bienestar interior y los afectos. Y ese vivir tan centrados en lo ‘externo’ pasa factura: desconocemos al ser que mora en nuestro interior, lo tenemos desatendido, lo hemos olvidado... Y, con tanto desaguisado somos presas fáciles del consumismo de todo tipo: más coches, más casas, más cremas, más parejas... Porque se nos inculca que con la ‘posesión de esto o de aquello’ alcanzaremos la felicidad. Y eso es mentira. Mentira de la cual son perfectos concedores los que manejan los hilos (los creadores de opinión, los mass media, los agit prop...). Pero, ¿qué sería de la sociedad capitalista sin el ‘externismo’ adictivo al que se apuntan casi todos? Una persona feliz vive su vida a su aire, con o sin pareja, y sin ser esclava de ningún tipo de consumismo. Pero personas

felices hay pocas que se atrevan a serlo, ya se sabe que la libertad conlleva una responsabilidad que acaba por no gustar a muchos”.

Rivière intenta respirar aire puro: “Creo que fue Sting quien dijo hace tiempo que comenzaba una época en la que el consumo llevaba a la frustración: el consumo no da la felicidad en contra de lo que todavía dicen los mensajes publicitarios y la ideología oficial. Así que vivimos una situación que es una contradicción en sí misma. Cabe recordar que mi generación, la de los años sesenta, ya lo dijo y especialmente fue Herbert Marcuse quien lo dejó claro. En relación con el sexo pasa lo mismo: el consumo de sexo continuado no lleva a ninguna parte. Creo que los jóvenes se están volviendo más selectivos y me alegro porque el sexo se ha convertido, también, en una obligación comercial. No obstante, aún no han descubierto que el sexo es tan sólo una parte (importante, pero parcial) del proyecto de vida”.

Tampoco nos hemos percatado los jóvenes de que necesitamos a los demás para vivir, según alerta María Jesús Izquierdo: “Es la quiebra del vínculo social, hemos perdido el sentimiento de necesidad de los otros. Y no es verdad que no los necesitemos en el plano emocional y en la práctica: te puedes romper una pierna, perder el empleo... cuando tengo una crisis de identidad, si no tengo a otro que me sostiene, no soy nadie; mi éxito profesional no tiene ningún valor hasta que se lo cuento a alguien que se ilusiona conmigo. No nos representamos en un estado de precariedad, tenemos un sentimiento de prepotencia auspiciado por estas sociedades que no nos socializan en contacto con la enfermedad, la precariedad y la muerte; lo cual es una catástrofe civilizatoria, porque todos podemos estar enfermos, quedar parapléjicos. Y no se puede concebir un ideal de vida donde no contemple esa eventualidad. Es verdad que vivimos más años, pero en mal estado, porque hemos alargado el proceso de maduración y es muy largo el proceso de muerte. Aun en este contexto, no nos imaginamos niños ni viejos ni enfermos crónicos, a pesar de que las enfermedades crónicas son el futuro, van a ocupar una cantidad de recursos enorme. Toda esa falta de compromiso expresaría un caldo general cultural, incluso civilizatorio, de ideales que promulgan no necesitar al otro para nada o el aquí te pillo aquí te mato, ignorando hechos tan elementales como la precariedad del ser humano. Por tanto, no es extraño que esos imaginarios se den de bofetadas con la realidad y se tengan tantas contradicciones”.

Lo que es más: “En las capas altas se pueden montar la historia que quieran porque lo que no tienen, lo compran; pero en las capas bajas, mantener ese imaginario es simplemente suicida. La gente que se enfrenta a la dureza de la vida, no tiene ese sentimiento narcisista ni omnipotente, necesitan al grupo para sobrevivir. Estamos en los límites de la profundización del liberalismo, el individualismo, que implican que en la gestión de relaciones familiares y de pareja hay rasgos enormemente narcisistas, esto es, que el otro está para confirmar lo que vales, no porque lo necesitas como ocurría antes”.

Izquierdo nos retrotrae al pasado: “En las sociedades tradicionales el ámbito colectivo lo ocupa todo. Es decir, estás donde estás porque te toca, es del todo irrelevante o improcedente la pregunta qué quieres hacer en la vida, haces lo que toca, lo que hacen tus padres, por heredar el oficio o el negocio. Y las opciones vitales no van más allá de la continuación de las tradiciones. El hecho de no ser autónomos sino de depender unos de los otros, y, por tanto, estar todos sujetos a responsabilidades, se traslada a lo doméstico o familiar de manera que, incluso cuando en la sociedad moderna la elección de la familia deviene libre, no designada por el entorno, el vínculo sigue siendo fusional: yo no soy un individuo solo, soy un miembro de una familia que ha contraído una serie de obligaciones con los demás, guste o no guste, ya no hay elección. Formas la parte de un todo, la media naranja de alguien que procrea y hace que se reproduzca el ciclo transmitiendo a los hijos ese tipo de responsabilidades, deberes recíprocos, etc”.

La socióloga lo traslada a la economía: “Esta forma de organización enormemente productiva hace viable la actividad económica en el sentido de que se organiza la producción de modo que exista gente totalmente a disposición del aparato productivo, debido a los deberes que se contraen con la familia de cubrir sus necesidades, al tiempo que impone que las mujeres se ocupen de la casa y renuncien a tener su profesión porque contraen unos deberes al casarse. Esto era muy productivo para el sistema económico así como para el Estado pues implicaba que la obligación de ocuparse de los débiles recaía sobre la mujer e inclusive beneficiaba en términos de orden público ya que la mujer ejercía la función de policía de costumbres, a saber: era la que sacaba al hombre del bar, evitaba que se gastara el sueldo en vino y en prostitutas, le disuadía de ir a las huelgas que promovían los movimientos sindicales... y, por otra parte, sostenía a su marido como ciudadano, lo motivaba, etc.”

De ahí procedemos, de “sociedades en las que esa idea de lo comunitario venía a decir que el individuo no es tan importante sino que lo importante es el grupo, que se traslada a la institución de la familia”.

Y nos encontramos inmersos en un proceso de transición que influye directamente en ese individualismo imperante entre los jóvenes: El psicólogo social Enrique Gil Calvo, en su conferencia para el Centro de Estudios Andaluces Hacia la privatización familiar lo atribuye a que “hay un desenclasmamiento porque las familias son crecientemente incapaces de ayudar a sus hijos a insertarse en su mismo nivel social, como revela el prolongado bloqueo de la emancipación juvenil. Pero no hay suficiente desfamiliarización porque entre nosotros, y a diferencia del norte de Europa (donde más ha avanzado la desfamiliarización), todavía se sigue manteniendo una intensa dependencia familiar de jóvenes y mujeres respecto de sus padres y maridos”.

Lo explico: Primero, los padres ya no pueden transmitir a sus hijos su estatus ni su puesto de trabajo por herencia, luego son ellos y ellas quienes han de luchar por sí mismos, demostrar si son capaces por sus propios méritos. Segundo, como los progenitores llevan todavía en la sangre la herencia de la protección filial, de no dejar que su descendencia sufra para buscarse la vida, le facilitan todo el apoyo, dinero, alojamiento y afecto hasta que decide independizarse. Obviamente, ahí hay un bebé gigante de esos tan individualistas de los que despotricaban antes los expertos (no digo que sin motivos).

Gil Calvo lo argumenta: “Respecto a la individualización, puede decirse que en España se ha instalado un fuerte individualismo posesivo y consuntivo (dada la obsesión por acumular propiedades inmobiliarias y toda clase de bienes de consumo). Sin embargo, sigue habiendo un fuerte déficit de autorrealización individualista, como revela la muy escasa movilidad residencial y geográfica de nuestros jóvenes, que no parecen destacar por su capacidad de autosuperación, asunción de riesgos, espíritu de sacrificio y toma de iniciativas emprendedoras, dado que continúan prefiriendo alcanzar aquellos trabajos poco competitivos (como el de funcionario) que proporcionen seguridad antes que elevados ingresos o facilidades de ascenso. En consecuencia vale decir que la individualización española sigue siendo de tipo pasivo y rentista”. En cuanto a las

mujeres, no podrán independizarse de sus padres y maridos mientras no logren la independencia y la igualdad económica.

Desde luego, no es por excusarnos, el mercado laboral no es demasiado halagüeño, como retrata Izquierdo: “Si en la sociedad, por ejemplo, en las empresas, no te reconocen ni te respetan ni te dan derechos como cabeza de familia, tu imaginario cambia y ya no te ves como tal sino como individuo: Ha proliferado la idea liberal de individuo libre e igual y la mujer quiere para sí los mismos derechos del hombre. No puede tenerlos en el formato originario porque los derechos del hombre eran los del cabeza de familia, como dice la constitución del 75, que aprobó que todo español tiene el deber de trabajar, el derecho al trabajo y el derecho a unos ingresos suficientes para mantenerse a sí mismo y a su familia. Luego el modelo subyacente es el de cabezas de familia que la sostienen, por eso cuando la mujer quiere equipararse como ciudadano, no cabe en el modelo de ser cabeza de familia porque entonces él debería ser amo de casa”. En esta coyuntura, “al patriarca se le quitan sus derechos en tanto que se le sustituye en las empresas por los solteros, que resultan más baratos, no hay que pagarles tanto porque no tienen tantos vínculos de dependencia, pueden estar sometidos a empleos discontinuos y cambiar de trabajo continuamente. Son jóvenes que reciben un salario como individuos y, por tanto, se conciben como tales, sin responsabilidades hacia otros, sin vínculos afectivos y duraderos, que les convendrían en el caso de quedarse sin trabajo o caer enfermos. Lo sospechoso es que la empresa no quiere gente con familia sino individuos dispuestos a trabajar, la familia ya no sale rentable, sale muy cara para el capital”.

Por tanto, resume, “ese ideal de hacer lo que a cada uno le da la gana está demasiado cerca del ideal de las empresas y de los partidos políticos de ideología liberal, que no asumen que el Estado tiene responsabilidades”. Con la política económica hemos topado. Para Izquierdo, esto significa “una profundización del liberalismo, coincide con el liberalismo puro y duro en esa ficción de la gente nace criada y muere al pie del cañón, y si no, no es culpa nuestra (del Estado liberal). Los inmigrantes nos están resolviendo el tema, vienen criaditos y es asunto suyo si se mueren. Hay unos flujos de personas a raíz de la globalización gracias a los cuales esa ficción absurda de que las personas somos autónomas se sostiene, puesto que las funciones de la atención y el cuidado a los demás recaen, se han derivado, sobre los inmigrantes. Estos flujos

favorecen que un número de mujeres no poco importante adquiera una posición de individuo en la sociedad, porque queda desterrada del grueso, y se profundiza en la ficción de que somos libres y hacemos lo que nos da la gana”. La gran falacia, de nuevo: no somos libres. Izquierdo mira atrás con nostalgia: “Las sociedades tradicionales eran más transparentes en sus relaciones, emociones e instituciones que ahora. La sociedad se ha vuelto más opaca porque en la actualidad los jóvenes se suponen sujetos que se mueven por sus deseos y preferencias cuando, en realidad, lo que opera es la fuerza de las estructuras sociales disfrazadas de deseos y preferencias. Hay unos imperativos sociales que te permiten la supervivencia, distintos para cada colectivo social, y configuran la trayectoria de lo que vas a hacer. La sociedad liberal reviste eso de conveniencia, de forma que lo que tienes que hacer, lo sientes como una opción libre. Las sociedades actuales, en las que se pone tanto el acento en la educación, el discurso y el imaginario que construimos presuponen elecciones propias, nos hacen creer que vivimos según elecciones libres, al margen de que lo hayan sido o no. Al sujeto le parece una opción libre pero los sociólogos encontramos tales niveles de regularidad en las conductas que llama la atención que los miembros de un grupo social hagan todos lo mismo. O tienen un gen de clase social que les impulsa a actuar igual que todos o bien los impulsos, deseos, formas de querer, etc. están intensamente asociados a la posición social individual”.

De todo lo anterior, la socióloga de la UAB concluye que “las contradicciones provienen del momento de transición en el que estamos inmersos: el nuevo orden general social ya no requiere ese tipo de familia tradicional, pero en cambio estás socializada en ese tipo de familia”. Así mismo lo conciben la mayoría de los jóvenes encuestados:

Y los afectados, ¿qué alegamos?

Davinia empieza por las causas: “La gran mayoría no es feliz. Más que contradicciones que, bien llevadas pueden ser enriquecedoras, observo frustraciones. No conseguimos lo que queremos, nos exigimos demasiado y a los demás también. Somos una sociedad en transición, demasiado preocupada por lo material, con poco tiempo. Ni siquiera tenemos tiempo para dedicarnos a las artes amatorias ni a escuchar al otro ni a nosotros mismos”. Ana lo caza al vuelo: “Todos nos contradecimos. Queremos ser independientes, pero tener a alguien cerca que nos mime. Los conflictos vienen de la evolución. Nosotros no

reconocemos como propia la manera de comportarse de nuestros padres, pero tampoco hemos asumido una nueva con total normalidad porque estamos sumidos en el proceso de cambio. Quizás nuestros hijos lo puedan hacer. Además, tampoco ayuda que la sociedad acepte los cambios con menos rapidez de la que nosotros necesitamos”. Manu lo achaca a “una educación que por un lado es conservadora y católica frente a una realidad abierta, liberal”.

Según Belinda, “los conflictos vienen de la manera en que se nos ha enseñado a vivir. Claro que tenemos contradicciones. Por un lado pedimos independencia, pero por otro nos encanta sentirnos protegidas, y ellos lo mismo, claro.”. Aurelio coincide: “Por un lado, no quieren compromiso y, por otro, están enamorados del amor ¿en qué quedamos? Por otro lado, Elsa piensa que “ellos quieren llevar la batuta, priman el curro y descargan sus estados de ánimo sobre nosotras. Muchas veces con mal humor e incomunicación. Y nosotras también queremos llevar la voz cantante, el curro empieza a ser importante pero seguimos volcadas en el aspecto sentimental y esto resulta frustrante cuando recibes descargas de desánimo o desinterés por parte de tu pareja en sus momentos de ‘ausencia masculina’. Ellos viven sin pensar en la relación como tal y nosotras la amasamos mentalmente creando otra paralela que a veces distorsiona la real”. Quizás por lo que apunta Pilar: “El conflicto procede “de la educación, de lo vivido en tu casa, entre tus vecinos y amigos, lo que refleja la sociedad a través de los medios de comunicación, el cine, la literatura, los cómics, etc. En la actualidad aún conviven las dos culturas y muchos no saben a cual adscribirse. Algunos, y también algunas, desearían volver a los antiguos papeles establecidos. Sobre todo algunas mujeres, que a pesar de su situación de igualdad en otros aspectos de la vida (intelectuales, económicos, etc.) siguen comportándose de manera muy sumisa en lo que respecta a sus relaciones sentimentales”.

Eduardo Verdú ofrece su visión sobre sus compañeras: “Durante la adolescencia y ya entrados en los veinte apreciamos contradicciones en las mujeres relacionadas con su comportamiento sexual. No sabían qué esperábamos de ellas ni, probablemente, cómo se veían a sí mismas. Hasta dónde llegar en la primera cita, cuándo permitir el acercamiento físico y a qué ritmo, era un conflicto suyo que nos afectaba. Creo que no tenían claro hasta qué punto liberarse de tabúes y complejos y hasta qué otro debían seguir una serie de protocolos preestablecidos. Ahora, entrados en los treinta, creo que

su gran contradicción tiene que ver con la maternidad. Quieren ser madres pero, a la vez, desean ser las importantes profesionales para las que se han estado preparando con gran intensidad desde el colegio hasta el último máster. Creo que la maternidad les plantea una encrucijada, pues la renuncia a continuar una trayectoria profesional desacredita todo un pilar muy determinante en sus vidas y para el que se han y las han concienciado desde pequeñas como ejemplo de un nuevo prototipo de mujer moderna”.

Alfredo Ruiz da su versión: “Las mujeres, actualmente, tienen prisa, prisa por conseguir las cosas, por encontrar pareja. Nada es perfecto y creo que no hay día que lo sea. Quizás ellas pequen de un idealismo que nosotros no tenemos”. Tal vez por su causa “ellas están acuciadas por el mal de nuestra generación, que es quererlo todo, pero, esto, que es común en hombres y en mujeres, creo que es más acentuado en ellas. Todos lo queremos todo, tenemos miedo a hacer sacrificios, pero los chicos relativizamos más las cosas, porque nuestro ideal es estar tranquilos y siempre hemos sido perdedores, somos nosotros los que perseguimos a las hembras, para entendernos, entre nosotros hay más compañerismo y entre ellas más batalla. Los treintañeros compartimos cierta perplejidad hacia la mujer, pero no por su liberación, sino por la manera que se enfrenta a lo que le rodea, que les acaba haciendo daño. A nosotros, de rebote, también, porque padecemos las consecuencias, pero son ellas las que acaban en el psicólogo, no nosotros (hasta donde yo sé)”.

La editora Marina también reconoce más contrariedades entre su género, “probablemente, por defecto de vista; en el caso de los hombres, yo percibo cierta inseguridad, cierta sensación de no entender exactamente cuál tiene que ser su papel. El conflicto interno femenino sigue siendo antiguo y casi primigenio: ¿liberación o familia? ¿compromiso o libertad? Conozco varias mujeres que afirman no querer compromisos pero manifiestan muchos deseos de tenerlo, de reproducir el esquema familiar de su pasado. Supongo que hace falta más tiempo y más definición”. María intuye que “las contradicciones provienen de la mezcla de valores que nos han inculcado. Por un lado, siguen teniendo fuerza los valores tradicionales inculcados a través de la familia, entorno, etc... Por otro, se encuentran todos los nuevos ideales de libertad que nos llegan a través de la televisión, los libros, etc... Cada uno tiene en distintos porcentajes aportaciones de estos dos sectores y se producen contradicciones que hay que ir afrontando, hay que ir posicionándose y buscando qué es lo que nos hace

felices realmente”. Y evitar sentirnos mal, como Zuriñe: “Influye el qué dirán. Muchas veces lo que hacemos y lo que nos han enseñado que se debe hacer se contradicen, por lo que puede crear cierto grado de remordimientos”. Rubén se topa con contradicciones “constantemente” en su generación, “por su educación y su (habitualmente poca) experiencia. También los traumas, los tabúes y el miedo son factores clave”. Almudena observa “muchas contradicciones, pero especialmente en el amor creo que todos quieren tener una pareja (por lo menos cuando van de confesiones de borrachera) y luego no luchan por tenerla”. A su juicio, “proviene de que nos han educado para ser profesionalmente muy capaces y hemos olvidado la educación de los sentimientos”.

En consonancia con Ramón, para quien la culpa es “de la educación: O es arcaica o inexistente. La improvisación es mala consejera. Así pues, la mujer quiere ser más libre y, en cambio, se vuelve esclava de su propia libertad. El hombre intenta ser más tolerante y, en cambio, se radicaliza por miedo a perder su identidad”. Sandra imagina “que los hombres empiezan a entender que nosotras pintamos algo (poco, pero algo más que antes). Lo aceptan pero a la vez no quieren perder su poder. Y nosotras vamos intentando ganar terreno poco a poco. Lo que pasa es que tampoco nos acabamos de creer que podemos aspirar a más y ganarles terreno a ellos. Sentirse “superior” a un hombre no quiere decir necesariamente sentirse mejor. No se trata de ser mejor que ellos si no de poder hacer lo mismo que hacen ellos sin ser juzgadas por ello. Los conflictos tienen su origen en que “la sociedad está cambiando y en que no es tan sencillo asimilar tantas cosas de golpe. En teoría, todos entendemos todo. En la práctica, nos encontramos que lo que vamos predicando no es tan fácil de llevar a cabo. Es como dar consejos: es muy fácil dárselos a alguien pero no cumplirlos cuando le toca a uno mismo”. Lara cree que “ambos grupos están en continua adaptación a sus nuevos roles. Las mujeres quieren ser modernas y independientes pero al mismo tiempo reclaman las atenciones y los cuidados que se les tributaban antes. Los hombres es que no saben que hacer...”

Tamara comenta que “hombres y mujeres tienen en algún momento conflictos internos de diversa índole y provocados por muchos y diferentes motivos. En mi caso, en mis anteriores relaciones, observé que los problemas que sufrían mis parejas se derivaban, la mayor parte de las veces, de ese complejo de inferioridad del que hablaba. Es como si el hombre hubiese sido educado para ocupar, sobre todo en las relaciones con el otro sexo,

el papel de liderazgo, y claro, si el otro le hace sombra en algún sentido, salta el conflicto”. Elvira se refiere a la mujer: “Es un momento difícil: compaginar la vida personal, laboral y social con los desequilibrios sentimentales no siempre resulta fácil. Huimos del compromiso, tememos sentirnos atadas pero también tememos amar y ser abandonadas”.

Algo así refleja Ingrid con una ironía que aplica a los dos sexos: “Te quiero, quiero que seas libre, pero si eres demasiado libre, me enfurezco; te quiero, eres perfecto, ya te cambiaré; compartámoslo todo pero deja esto que es mío. Las contradicciones provienen de lo que se vive en casa en la niñez y lo que se vive fuera en la edad adulta. Nada es igual. Los roles no son los mismos y no los asumen de la misma manera los hombres y las mujeres de hoy que sus padres y sus madres”. En idéntica línea, Amanda subraya “la contradicción máxima: se idolatran... hasta que se dejan de idolatrar. Ley de vida. Pero ley muda. Yo te dejo de idolatrar, pero ya veré cuándo encuentro el momento apropiado para comentártelo. Lo mismo ese momento llega dentro de un año, o de dos, o de siete, o de toda una vida. Y es que los matrimonios apenas funcionan. Las parejas sin matrimoniarse van algo mejor, pero me apuesto la cabeza a que, por la mente de todos y cada uno de los tórtolos que en el mundo han sido, ha sobrevolado el fantasmón del tedio, de lo adocenado, del “cuánto me apetecería hacer esto o lo otro, pero claro, a fulanito o a menganita le iba a sentar como una patada en la ingle, así que mejor me abstengo...”.

Carlota va en la misma órbita: “Creo que los dos sexos perseguimos lo mismo, pero no hay una comunicación fluida que nos permita expresarlo y dejarlo suficientemente claro. Hoy en día la mujer no va a la caza del marido perfecto, pero en el fondo ellos siguen creyendo que es así. Los conflictos provienen de callarse las cosas para que el otro no sepa demasiado y crearle incertidumbre. Es un error”. Marga va más allá: “En cuanto a las relaciones, nadie tiene las cosas muy claras, queremos una cosa y mostramos otra, no somos del todo francos por miedo a mostrarnos o sentirnos rechazados, nos disfrazamos todos, no nos mostramos de antemano hasta que no sabemos las intenciones del contrario, hay tanto tanteo que se vuelve confusión...” Laila confirma: “Creo que hay un desacuerdo absoluto entre hombres y mujeres y en parte es culpa nuestra: todavía no sabemos pedir lo que queremos. No se dicen lo que realmente desean, sobre todo, ellas. Puede que el problema radique en que vivimos en una

sociedad donde las debilidades y los sentimientos no están muy bien vistos y cuanto más adentro estén, mejor. Así que no hay que decir lo que se siente”.

Los relativistas

Ponen el punto final a la serie los que más relativizan estos devaneos mentales: Xavier da por hecho “que todos tenemos nuestras contradicciones. ¿Podría ser feliz alguna vez en pareja? ¿Podré ser feliz alguna vez sin pareja? Las personas con las que me relaciono (ya tenemos todos una edad, en la treintena) no creo que tengan demasiados conflictos internos con relación a lo que quieren en la parte sentimental de su vida, únicamente esperan encontrar esa parte”. Por último, Isabel arriba a la conclusión de que “todos vivimos contradicciones a lo largo de nuestra vida, sobre todo, en la adolescencia, cuando descubrimos que hay un mundo más allá de lo que nos han enseñado y que aquello que siempre creímos no era cierto cuando empezamos a formarnos nuestras propias opiniones. ¿En la edad adulta? Hay mucha gente que sufre pero, al menos desde mi punto de vista, si no son menos frecuentes deberían serlo porque uno ya tiene las cosas más o menos claras”.

Sebas atempera: “Hay muchísimas contradicciones, pero es que son necesarias e inevitables, y más en los procesos de cambio. En los cambios de actitudes así como de tradiciones y usos es normal que existan esos conflictos, no me preocupan”. Apoya su reflexión el antropólogo Alfonso Antona: “Te pongas como te pongas, el discurso social lo reproduces y se va modificando poco a poco, mucho nivel de sufrimiento desaparecería en las personas si admitiéramos la contradicción, pero no como una responsabilidad nuestra sino como mecanismo activador de los cambios. Si todo me parece coherente y cuadra, es perfecto, no me planteo nada. Por el contrario, si dudo y todo me rechina, intento cambiar algo. Las contradicciones hay que vivirlas desde la perspectiva de la dinámica de cambio, no desde la responsabilidad de cambiar el mundo, olvídate. Hay cosas que podrás recolocar, reconstruir y reeditar en tu vida, pero asumiendo lo anterior como una realidad susceptible de cambio si nos damos permiso. Hay cosas que no podemos modificar, otras que van a modificarse en un futuro próximo, pero vivimos en la permanente contradicción y no pasa nada, hay que reconocerlo.”

Sobre todo, por los beneficios que conllevan, a juicio de Gabi Martínez: “Las contradicciones suelen ser la base de lecciones más o menos sólidas, que luego durarán lo que sea, pero por lo menos sirven para tomar decisiones. Lo importante es ver hasta qué punto puede llegar tu contradicción y de ahí extraer tus conclusiones, tu aprendizaje y volver a estructurar un mundo nuevo o seguir con el mismo, si crees que has acertado. La vanguardia ahora es la gente que sabe vivir tranquila, aun llevando una vida llena de alteraciones, pero sintiéndose a gusto dentro de su modelo elegido”.

Realmente, es fantástico contar con testimonios optimistas, de hecho, he apostado por que las guindas del pastel sean las esperanzas que los entrevistados tienen puestas en los cambios que, en esta travesía del desierto relacional, están causándonos tantos malestares y malentendidos y desencuentros y desamores y... da igual, cualquier tiempo futuro será indescriptiblemente mejor. Para todos y todas.

EPÍLOGO. UN LUGAR PARA LA ESPERANZA... Y EL ENCUENTRO

Todos los cambios, aún los más anhelados, tienen su melancolía, pues lo que dejamos es una parte de nosotros mismos; hay que morir una vida para entrar en otra. Anatole France

Hasta aquí hemos llegado. Me gustaría pensar que, como mínimo, con la mente más despejada y un ápice más de confianza en que el controvertido momento actual es pasajero y podemos aprovecharlo todos como una inversión de futuro, con el saludable objetivo de convivir y relacionarnos de forma sencilla y directa, sin vericuetos ni prejuicios. Bajo mi punto de vista, los cambios que vayan surgiendo a instancias de las mujeres en la sociedad y en las relaciones pueden resultar positivos si sabemos gestionarlos, en el sentido de no adoptar los roles masculinos más agresivos sino de aplicar valores que tradicionalmente se han clasificado como femeninos y que enriquecen, complementan o contrarrestan a los denominados masculinos. A la larga, podemos incluso propiciar que se nos considere a todos/as, para todo, personas; sin esperar unas determinadas actitudes, conductas y comportamientos en función del género, quitándonos las etiquetas para darle prioridad al conocimiento de cada individualidad. Es decir, si los hombres aprenden de nuestras supuestas “habilidades” femeninas, que anidan en su interior como potenciales, y nosotras aprendemos a desarrollar las supuestamente masculinas, podremos devenir seres más completos, y eso siempre arroja un saldo positivo para cada uno tanto como para los demás.

Los hombres tendrán la posibilidad de quitarse la presión de tener que ser los proveedores, machotes, sexualmente malabaristas, social y profesionalmente agresivos para ser reconocidos. Con lo cual, podrán dedicarse a ser personas, sin más, con sus miedos, sus virtudes, sus defectos, sus bajones y sus lágrimas, sus ganas de abrazar o de amar... sin que se les tache de maricones, todo un paso. Eso ya está empezando a cambiar, pero no precisamente gracias al prototipo de metrosexual (que no deja de ser un hortera posmoderno que imita las revistas de moda sin pensar por qué se depila ni se le pasa por la cabeza que su imagen haya de corresponder con un cambio interno). Quizás ha auspiciado cambios más auténticos el “metroemocional” acuñado por Rosetta Forner, gracias a esos profeministas que no ponen reparos en sacar su parte sensible a la luz del día.

Por la parte que nos toca, las féminas podemos aprovechar nuestras energías para llegar a la igualdad real, no sólo a la sexual, que es, al menos en la superficie, la que hemos ganado con más o menos éxito. A nivel laboral nos queda mucho por recorrer, un camino básico para lograr que las relaciones se establezcan en un plano de igualdad, porque mientras la mujer no sea independiente económicamente, necesitará a un marido que la mantenga, por lo tanto, no estará tan preocupada por su felicidad afectiva como por su supervivencia, como ocurre en las pequeñas ciudades o entornos rurales, más afectados por el desempleo y la falta de oportunidades.

A este respecto adelanta el antropólogo feminista Alfonso Antona que “cuando una mujer sea independiente y no tema el riesgo de perder su capacidad adquisitiva y económica en función de la reproducción, podremos hablar de igualdad”. De momento, Sònia Cervantes ya se atreve a afirmar que “la relación hoy en día se establece más en términos de iguales. Dos personas de distinto sexo (en el caso de las parejas heterosexuales) pero con los roles no tan diferenciados. Las mujeres trabajan y no se dedican en exclusiva al cuidado del hogar e incluso hay hombres que cursan baja por paternidad. Hombres y mujeres comparten muchas más actividades que han estado durante mucho tiempo determinadas en función del género. Creo que eso nos puede beneficiar a todos si creemos que ciertamente se abren nuevos caminos ante nosotros. Considero que son modelos mucho más plásticos y dinámicos, donde cada uno de nosotros puede ejercer distintas funciones de acuerdo con nuestras propias necesidades personales, independientemente de nuestro género. Van a salir perjudicados quienes se empeñen en luchar por mantener un estatus inamovible o quienes se sientan amenazados en su feminidad o masculinidad por los nuevos cambios”.

A estos les tranquilizan Nuria Chinchilla y Consuelo León: “Ningún sexo está librando una batalla para desplazar al otro en la familia, en el trabajo, en la cultura o en la sociedad. Se trata de sumar, compartir y perfeccionar la vida que, al fin y al cabo, es de los dos. Y siempre bajo el lema de la libertad, pero una libertad responsable que busca la cooperación y se basa en el respeto”. Añaden que “el feminismo integrador que se va abriendo paso requiere una masa crítica de mujeres capaces y aptas para ello, en puestos clave básicamente en centros de decisión (legislativos, laborales, políticos, empresariales) y una especial sensibilidad por parte del varón para entender esta realidad y apoyar estos cambios”. No en vano, citan a Juan Antonio Pérez López, ex

decano de IESE, en su libro con Nuria Chinchilla *La mujer y su éxito*: “Si el siglo XXI funciona, será porque la mujer tendrá una participación cada vez mayor en la organización de la sociedad, la cual se haya en un estado deplorable, está mal concebida y soporta las consecuencias de un racionalismo decadente y absurdo. Pero esta misión sólo puede ser aceptada por la mujer si no conduce a su deshumanización, si no pierde su feminidad. Porque la mujer es el núcleo de la familia y ésta es la base de la sociedad”.

Frente a posturas más conservadoras, las investigadoras de *Las mujeres jóvenes en España* desdramatizan: “No creemos que la sociedad actual propugne una vuelta atrás, preconizada por sus fuerzas más reaccionarias, como decía Faludi en su libro *Reacción*. La guerra no declarada contra la mujer moderna; pero es indudable que existe un riesgo de que se diluyan los contenidos de la causa feminista y que la suma de las dificultades lleve a que, para algunas mujeres, tenga más sentido quedarse en casa que trabajar, dedicarse a estar con sus hijos antes que sentirse culpable por no hacerlo, y fregar los cacharros antes que pedir ayuda a un hombre, al que, además, hay que tomarse la molestia de explicar cómo se hace. Creemos, sin embargo, que se trata de tentaciones pasajeras. En términos generales, las mujeres jóvenes saben que se encaminan hacia una sociedad distinta donde se va haciendo realidad la equidad en las relaciones de género. Saben, como dice Ana Cabré, que tienen todo el futuro por delante pero lo enfocan con prudencia”.

Rosetta Forner pone también toda su fe en ellas: “Si las mujeres ‘feministas’ dejaran de agredir a los hombres con su queja, si dejaran de pedirles el ‘pago de una deuda histórica’ y dejaran de querer vengarse de ellos demostrando que ellas son superiores a ellos (es lo que creen los machistas: que el hombre es infinitamente superior a la mujer, no en vano ésta salió de una costilla de Adán...) porque pueden engendrar niños, y esa biología les hace ser más emocionales, sensibles, tiernas, dialogantes y etc... Si en el colectivo machista, ellas dejan de darles a ellos con la sartén de la maternidad y ellos dejan de marujonear (sic) sus neuronas, puede que ambos bandos podamos unir capacidades y, como si de un excelente equipo de trabajo se tratase, los puntos fuertes de ellas supliesen los débiles de ellos, y viceversa. Sólo creando sinergia podremos liderar un verdadero cambio y generar beneficios. Ni los hombres son culpables del

desaguisado vital en el que viven las mujeres, ni las mujeres son víctimas del mismo y no han contribuido en nada”.

Vampirella explicita las ventajas en sus preguntas: ¿No es más placentero y enriquecedor estar con alguien independiente y libre que relacionarte con alguien que busca ser protegido y mantenido? ¿no es mejor una relación con alguien que tiene una vida interesante? ¿No es mejor saberse deseado que saberse buscado como marido/trofeo? Para Nuria Varela, “los cambios van a beneficiar “a hombres y a mujeres, por supuesto, a todos. Acabar con los roles y las obligaciones en función de tener biológicamente un sexo u otro, construirá una sociedad más plural, más rica y más libre. Las mujeres verán los beneficios más rápido puesto que son las perdedoras actualmente, pero es obvio que descargarse del rol masculino tradicional también será un alivio para los hombres inteligentes”. Laura Carrión tira por la misma senda: “Yo soy optimista, creo que ya somos bastantes mujeres liberales y cada vez vamos a ser más, cada vez vamos a salir más del armario, en el sentido de poder hablar de nuestra sexualidad de verdad, sin falsos prejuicios ni mojigaterías. Pienso que los tíos cada vez se van a apuntar más al carro de ese nuevo modelo que les beneficia, así como la competitividad sana les va a hacer mejores, dado el afán de superación necesario para cubrir las exigencias de la mujer que ya no se conforma. Los hombres inteligentes, sensibles, etc. van a tener aumentar aunque sea por la supervivencia de la especie”.

También alienta su optimismo “el instinto: la mayoría de gente se vanagloria mucho de que el hombre es el único animal racional; yo creo que eso es lo que nos pierde, ojalá fuéramos todos más animales y más instintivos. Lo único que es verdadero, sincero y válido es el instinto y el sexto sentido, el de la supervivencia pura en la selva. Teniendo en cuenta que la sexualidad tiene como fin hacer sobrevivir la especie, aunque haya píldoras, condones, etc, seguimos sobreviviendo. Por eso, al igual que el nearthental debía ser muy fuerte y muy sano para que la mujer le escogiera a él como macho procreador, ahora también lo que importan son las feromonas, son las que te hacen que de repente la pasión se desborde y seas compatible con alguien y te haga concebir un hijo que, además, sea el mejor de la especie. Desde ese punto de vista genético, ancestral, animal, cuanto más seamos las que exijamos ese tipo de tío muy completo, más se van a tener que superar a sí mismos porque, de lo contrario, se van a extinguir”. Y se van a quedar solos añado. Laura lo niega: “No, por pura tendencia a tirar hacia una

mujer igual que la mujer tira hacia el hombre (si nos circunscribimos a los heterosexuales, obviamente). Por mucho que haya películas porno, juguetitos sexuales, chats eróticos, un montón de posibilidades para correr solos, no va a ir por ahí, hay unas feromonas y no todo pasa por la mente”.

Alicia Gallotti incide en la faceta sexual: “El hombre siempre estuvo sometido a una presión extra por la cultura machista, a través de ideas y hábitos arraigados desde hace siglos. El hombre, según los tópicos, debía ser fuerte, enérgico, mantener su virilidad intachable y demostrarla a través de la mejor prueba: la erección. Todavía hoy, cualquier fallo en alguna de estas cualidades se observa como una disminución de su condición masculina. Evidentemente, esta carga extra hizo que durante muchos siglos los hombres entendieran la relación sexual justamente como un examen de virilidad, y redujeran el placer al contacto genital, donde la erección era el punto de referencia. La falta de deseo, traducida en un miembro flácido o una erección blanda, suponían una frustración personal. Desde luego, un gatillazo provocaba una gran inseguridad y en muchos casos la represión del apetito sexual por temor al fracaso. El resultado era una libido disminuida y más dificultades para lograr la erección. Afortunadamente, el hombre del siglo XXI intenta modificar el papel asignado por la sociedad en busca de valores que le permitan aceptarse tal como es, quitarse de encima la falsa responsabilidad del éxito de todo contacto sexual y entender que el placer es compartido. Rebajar estas cuotas de culpa hasta eliminarlas de las relaciones sexuales permite acrecentar la autoestima”.

Finalmente, Margarita Rivière abre paso a la juventud implicada: “A mí me gustaría ver una alianza de los jóvenes (ellos y ellas) más inteligentes para cambiar este estado de cosas. Para devolver a las relaciones personales autenticidad y libertad, para no tener que actuar según los dictados de lo comercial en todos los órdenes de la vida. Me gustaría ver a unos jóvenes unidos en torno al rechazo a convertirse ellos mismos en producto (sexual, laboral, ciudadano).”

Ramón apunta en la dirección de Chinchilla y León: “Los avances hacia la igualdad y la ampliación de la libertad han supuesto una desintegración de la estructura familiar tradicional y su función de generación de descendencia y educación de la prole. No son estos avances los que han tenido la culpa, sino la inflexibilidad de la sociedad a

integrarlos y adoptar nuevos modelos. De esta manera, se habla de libertad de la mujer, pero aún se sigue descargando en ella la responsabilidad de la unidad familiar, con lo que se encuentra ante la disyuntiva de tener que elegir entre sí misma y la familia. Si a esto le añadimos los valores actuales de éxito y ambición a cualquier precio, la elección es fácil: ella misma. Pero, otra vez, no se puede responsabilizar a la mujer por eso. La sociedad debería reconocer nuevos modelos de familia, con equiparación de responsabilidades hombre-mujer, mayor libertad laboral, para ambos sexos, para permitir más atención a la familia, los hijos y su educación, pilar básico de la sociedad". Si se favorece lo anterior, supone que los cambios lo agradecerán ambos géneros: "La mujer por su ampliación de libertades y el hombre por la posibilidad de disfrutar de una mujer más plena, porque es más enriquecedor aprender de una persona que de un perrito faldero. El problema es que, obviamente, relacionarse con una persona es más complicado que con un perrito faldero. Y a eso el hombre va a tener que acostumbrarse".

Le secunda Elvira: "Esperemos que los cambios redunden en beneficio de la sociedad, pero la desestructuración familiar está pasando por un momento de transición que no tiene los objetivos marcados. Intentamos improvisar sobre la marcha, sin saber hacia donde nos lleva, aunque ya empezamos a intuir el peligro de construir mundos de autistas que son incapaces de compartir nada. No queremos caer en los errores de nuestros padres pero estamos cometiendo muchos otros cuyas consecuencias todavía desconocemos. Quizás ni hombres ni mujeres puedan beneficiarse, me temo mucho que no estamos en el camino correcto y que los cambios reales vendrán mucho más adelante. A algunos les perjudica porque, al no ser necesitados, la mujer no tolerará muchas cosas que antes sí toleraba. Les beneficia a aquellos que basan su relación en el amor, la confianza y la comunicación, porque comparten de una manera horizontal todo lo que atañe a la pareja". Junto a ellos se sitúa Antonio: "los cambios redundarán en beneficios en cuanto a la libertad, y para ambos géneros. Para los hombres, porque puedes pensar en una mujer como otra persona más, igual que si piensas en un hombre. Personalmente, en mi trabajo cuando salgo a la calle salgo con un compañero, sea hombre o mujer".

Laila limita los parabienes a "los inteligentes porque pueden tener relaciones de igualdad, con todas las dificultades que la igualdad conlleva. Pero incluso los buenos

han crecido en una sociedad donde el hombre es el centro del mundo y está acostumbrado a que sus asuntos son los más importantes”. Parecido opina Carlota: “Cambian la forma de ser de la sociedad en general, las actitudes de uno y otro género a la hora de relacionarse. Ambos sacarán partido, porque tratar con iguales les acaba poniendo un poco los pies en la tierra y les impide creerse por encima del bien y del mal, se humanizan y normalizan un poco”.

Sandra confía en que nos encaminamos hacia una coyuntura mejor, “pero nadie ha dicho que fuera fácil. De ahí a que ahora estemos todos perdidos sin saber cómo actuar. Espero que redunde en beneficio para los dos porque si sólo sacamos partido nosotras, habremos dado la vuelta a la situación pero no habrá cambiado nada. No sé si ellos pensarán que van a salir beneficiados pero no tienen más remedio que aceptarlo. De momento, los hombres están cambiando y lo harán todavía más. Aunque tampoco se trata de buscar el look andrógino para todos. Lo del “metrosexual” es una moda espantosa. Los hombres tienen que seguir siendo hombres y las mujeres, mujeres. Por tener más derechos no voy a renunciar a mi feminidad ni creo que ellos tengan que perder virilidad. Por algo somos diferentes. Pero creo que el cambio de valores puede enseñarles un poco de humildad”.

Marga se reconoce “positiva viendo el cariz que está tomando la sociedad porque, en general, y aunque aún estemos demasiado inseguros y desconcertados por ser el comienzo, creo que es posible un equilibrio entre hombres y mujeres, dejando atrás los prejuicios de género. Nos beneficiaremos ambos, sin duda, las que más nosotras, ya que ganamos libertades e igualdad, en derechos. En definitiva, la clave es que dejaremos de ser tan dependientes respectivamente, y esto podría originar una mayor madurez en el plano emocional. Me explico: Si dejamos de necesitar una compañera para que nos haga la colada y un compañero que nos llene el tiempo, quizás comencemos a vernos de diferente forma y se dé un diálogo más fluido entre el hombre y la mujer. A ellos les puede fastidiar por la pérdida de poder y, como consecuencia, de dejar de ser el centro del universo, cosa que les toca el orgullo. Pero siendo prácticos y dejando de lado los sentimientos, les ha de beneficiar aunque sea por efecto rebote, si nosotras logramos el equilibrio de poderes con ellos, esto significa una mayor libertad y autosuficiencia que se traduce en el terreno personal por mayores satisfacciones, ya que todos podemos realizarnos como personas con total libertad”.

Olé, aplaude Lara: “Los dos géneros pueden y, de hecho, están sacando ya beneficio de todos estos cambios. Como perjuicio hay que reconocer que esto mina un poco su seguridad pero una vez superado, aprenden a sacar provecho de sus nuevas compañeras”. Ingrid señala: “Los dos pueden sacar partido de ello pero de entrada se interpretaría como una pérdida de privilegios masculinos. Si son iguales e independientes hay que esforzarse más en el día a día porque si dan mucho mal ellas se irán”. Según Elsa, estamos “en un momento de transición que sin duda deparará relaciones más libres y sinceras. Los dos se beneficiarán, pero las mujeres teníamos tal déficit que cualquier avance lo vamos a acusar más, porque vamos a poner en práctica nuestros deseos y nuestra independencia, y a ponernos en un primer plano dejando atrás la subordinación. Ellos se inhiben más ahora, pero se acostumbrarán y disfrutarán de los beneficios”.

Mayra pronostica, categórica: “Desde luego los cambios no van a ser negativos. Es la eterna discusión de siempre: las corrientes ideológicas, así como las leyes, van por detrás de la sociedad. Primero la sociedad va cambiando, después se va aceptando y por fin se legisla, como pasa con el aborto, el divorcio, los matrimonios homosexuales... Indudablemente, la mujer va a tener más que celebrar, es como si a una afgana le preguntamos que quién cree que se beneficiará de la abolición de la lapidación. Los hombres tendrán que ir acostumbrándose. Por lo que yo veo, estos cambios les descolocan porque los aparta de su rol tradicional de hombre cazador que busca una presa para llevarla a casa y que su mujer la cocine. Si les quitamos la sensación de que nos protegen, se podrán sentir más vulnerables. Pero siempre queda la protección del amor, del sentirte arropada por alguien y eso es recíproco. Los hombres inteligentes sabrán apreciar lo que significa esto, ¿o prefieren un petarda sexy y con risa estúpida con la que no se puede ni hablar? Y cuándo lleguen las vacas flacas y necesiten alguien que los comprenda, a dónde irán?”.

Eduardo Verdú la calma: “En general, esos cambios nos benefician: compartir funciones en la casa, aspiraciones profesionales o aficiones nos permite alcanzar una complicidad inédita en las relaciones de pareja, pero también nos cuesta romper completamente con el modelo más o menos ‘machista’ que hemos visto en casa y que, como es de figurar, reporta ciertos beneficios y comodidades”. Sebas está seguro de que “con los cambios, por supuesto, ganaremos los dos, si ambos los usamos en nuestro beneficio: a nosotros

nos beneficia porque ya no depende todo de nosotros, nos ha aligerado la carga psíquica. Ahora también los hombres somos más libres”. Por su parte, Matías no cree “que los derechos de los demás se deban juzgar en términos de beneficio o perjuicio. Los demás, y en este caso las mujeres, tienen sus derechos, y estos son independientes de mis intereses. Por supuesto, a cualquiera le beneficiaría individualmente que el resto de la humanidad careciera de derechos y estuviera a su servicio, pero eso se llama tiranía. A título personal, me parece que me beneficia que las mujeres tengan los mismos derechos que los hombres. Eso nos permite relacionarnos entre nosotros en un plano de igualdad y sin reproches de antemano”.

Pilar la emprende por el lado de la sexualidad: “Una sociedad más libre sexualmente es una sociedad más libre en general. Pero hay que encontrar el equilibrio personal, no todo el mundo necesita tener amantes distintos cada semana, ni experimentar. Una sociedad ideal sería aquella en que desaparecieran los tabúes sexuales, e incluso se viera como algo natural que haya personas que pasen del sexo como lo más fundamental de sus vidas, que también las hay. Me parece que cualquier cambio beneficiará a ambos sexos. Ahora puede que los tíos anden más perdidos, pero a la larga la cosa se equilibrará, y eso siempre es bueno. Es difícil predecir el futuro, pero los hombres ya no tendrán que pretender ser lo que no son, y las mujeres tampoco. Y eso, el no tener que disimular sino mostrarse tal y como uno es, siempre es mejor que engañar al personal. Yo creo que son todos beneficios, aunque a algunos de ellos les parezca raro. Si la mujer adquiere mayor libertad, el hombre también disfrutará de ella. Una mujer más sumisa implica que el hombre deba estar pendiente de ella en todos los aspectos (económico, sentimental, etc.). Con la igualdad, los hombres y las mujeres no deberán enfrentarse a roles estereotipados, sino solamente a sus limitaciones como personas. Los más inteligentes saben aprovecharlo y escogen mujeres inteligentes y libres, porque saben que a la larga lo van a pasar mejor”.

La editora Marina saca su vena feminista: “El principal cambio de la revolución sexual femenina está relacionado con el poder de determinar, elegir y planificar la maternidad. Separar el sexo de la reproducción ha sido, sin lugar a dudas, el paso más avanzado y beneficioso para la mujer. Y yo creo que nos beneficia, no puede ser de otra manera: a partir de esa posibilidad de elegir se abren direcciones laborales y se rompen con una serie de tabúes que han hecho mucho daño y han fijado una psicología femenina

estereotipada y artificial”. Manu desea que, “con el paso del tiempo, ambos sexos se igualen y todo sea normalidad a la hora de disfrutar del sexo en ambos géneros. Si bien las excepciones siempre existirán”. A juicio de Vanesa, si ambos se respetan y se ven como iguales con el mismo derecho a disfrutar de su sexualidad todo puede ir bien en la relación entre géneros. Asumiendo que todos sufrimos, lloramos, nos enamoramos y desenamoramos del mismo modo”.

Nos despide a todos Belinda que ve la clave en que “empezamos a decir lo que nos gusta y lo que no. Dejamos de fingir orgasmos. Supongo, espero, que será altamente beneficioso. Tener en casa una persona que es capaz de darte aquello que antes se buscaba fuera, creo que es hasta cómodo. Si yo disfruto tú disfrutas y al contrario. Y si somos capaces de expresar adonde nos pica, ¿cómo no vamos a ser más valientes para decirle las verdades a la vida? Es duro, porque son 3000 años siguiendo unos roles y menos de 100 intentando cambiarlos”. Qué no decaiga.

FIN